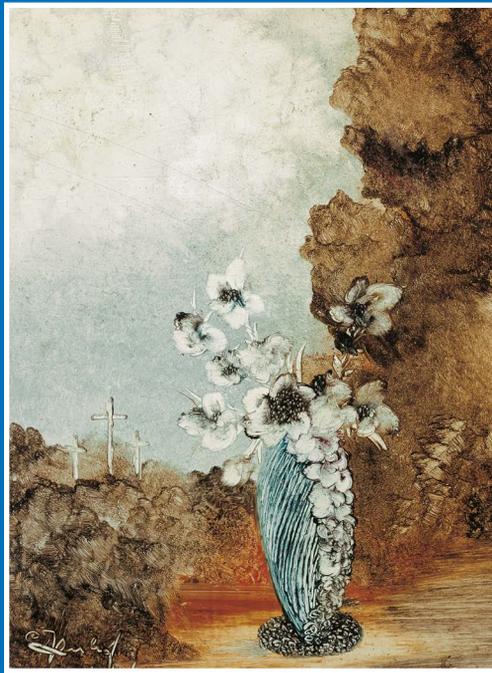
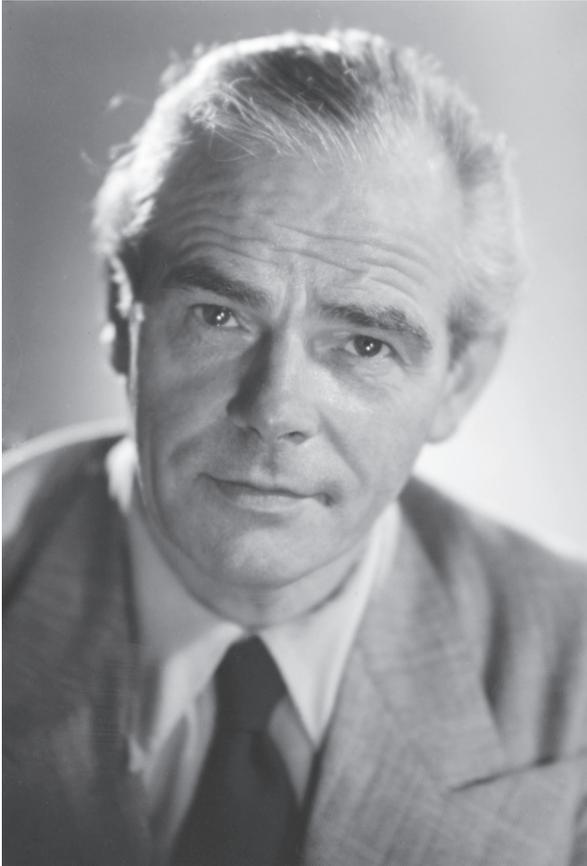


# Aquellos que volvieron de la muerte



Jozef Rulof



Jozef Rulof  
1898-1952

Jozef Rulof

Aquellos  
que volvieron  
de la muerte



El Siglo de Cristo

## Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: [info@rulof.org](mailto:info@rulof.org)

Página web: [rulof.es](http://rulof.es)

----

En la portada verá la imagen de una pintura que Jozef Rulof recibió desde el más allá.

----

© 1937-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

Aquellos que volvieron de la muerte, 2023

ISBN 978-94-93165-44-1

# Contenido

Contacto y derechos de autor .....	4
Palabras del editor .....	7
Lista de títulos .....	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof .....	9
Lista de artículos .....	11
Jozef Rulof .....	15

1937

Prefacio .....	21
La transición del sacerdote X y su regreso .....	23
No hay muerte, solo hay vida .....	52
Jeanne vuelve .....	78
El regreso de aquel que se burlaba de lo que no entendía .....	90
Mi transición .....	99
Mi despertar en las esferas .....	105
Se me convence de mi muerte terrenal .....	108
Desintegración y construcción .....	118
El país en el que yo vivía .....	126
Cómo aprendí a controlarme .....	132
De regreso a la tierra .....	140
A la escuela .....	156
La comunicación contigo en la tierra .....	159
Al infierno .....	176
A la primera esfera .....	188
A la tierra, para hablar de mi vida .....	191



# Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario.

Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,  
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo  
2023

# Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

# Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web [rulof.nl](http://rulof.nl), se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

# Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno
34. Dante y Doré
35. Ángeles

36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá
- Parte 2 Nuestras reencarnaciones
41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento
72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué

76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación
- Parte 3 Nuestra alma cósmica
81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnia Fuente
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado
110. Animación de nuestro viaje cósmico
- Parte 4 La Universidad de Cristo
111. La Universidad de Cristo
112. Moisés y los profetas
113. Autores de la Biblia
114. Dios

115. El primer sacerdote mago
116. El Antiguo Egipto
117. Pirámide de Giza
118. Jesucristo
119. Judas
120. Pilato
121. Caifás
122. Getsemaní y Gólgota
123. Apóstoles
124. Cuentos eclesiásticos
125. Evolución de la humanidad
126. Hitler
127. Pueblo judío
128. NSB y el nacionalsocialismo
129. Genocidio
130. Grados de amor
131. Almas gemelas
132. Maternidad y paternidad
133. Homosexualidad
134. Psicopatía
135. Demencia
136. La mediumnidad de Jozef Rulof
137. El Siglo de Cristo
138. Futuro luminoso
138. Instrumento de sanación definitivo
140. Aparato de voz directa

# Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera

ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma

de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de ‘Jeus de madre Crisje’, bajo el nombre de “Jozef” y el nombre de su juventud, “Jeus”.

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influ-

encia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el “aparato de voz directa”. Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro ‘Dones espirituales’ que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1937



# Prefacio

*Estimado lector, estimada lectora:*

En la primera, segunda y tercera parte de ‘Una mirada en el más allá’, hablé de André Hendriks, que en calidad de eslabón entre el mundo material y el invisible tuvo la oportunidad de vivir todo eso, aunque en la segunda parte anuncié que habían sido mis vivencias personales, que pude recibir a través de mi líder espiritual Alcar.

Sin embargo, en esta parte (el libro completo: ‘Aquellos que volvieron de la muerte’) soy yo quien habla. En ella podrás leer que algunos de mis pacientes volvieron para hablar de su vida al otro lado.

No dudes de la verdad, por increíble que te parezca todo lo descrito en esos libros, igual que lo descrito en este. Comprueba cómo es tu vida en comparación con la de aquellos que ya hicieron la transición: te reconfortará y te fortalecerá durante la vida en la tierra. Que brinde confianza a muchos y los convenza del reencuentro eterno al otro lado.

Jozef Rulof

La Haya, 15 de septiembre de 1937

*No temas la muerte*  
*La vida eterna está en ti.*  
*Alcar*

## La transición del sacerdote X y su regreso

(En una nota a pie de página de la primera edición, Jozef Rulof apuntó acerca del título de este capítulo: “A petición de los deudos, omito las iniciales de su padre, que ha hecho la transición”. El 15 de mayo de 1952, Jozef Rulof dijo en una velada de Preguntas y respuestas: “La prueba contundente de Rosanoff, ahora puedo pronunciar ese nombre, la conciencia suprema para la iglesia Ortodoxa rusa, que había tratado aquí, las hijas y los niños, las hijas, los hijitos no querían que hablara, pero ahora lo pueden saber”).

Viví muchos milagros gracias a mis dones, pero lo que experimenté en este estado con uno de mis pacientes no solo fue asombroso, sino que también me enseñó lo grandes que pueden ser las fuerzas de las personas cuando cambian lo terrenal por lo eterno y han completado una vida fructífera. Hacer la transición representa para unos felicidad; para otros tristeza, pena, dolor y profunda oscuridad. En cambio, aquellos que poseen amor y que están abiertos a la vida tal como les venga son los dichosos al otro lado, verán la luz y recibirán mucho amor: el que dieron a tantos a lo largo de sus vidas en la tierra. Dios sabe cómo fue su vida, y recibirán de acuerdo a su fuerza interior.

Una paciente vino a verme con la petición de que hiciera un diagnóstico para otra persona a partir de una foto. Tomé el retrato entre las manos y al cabo de unos minutos oí que mi líder espiritual Alcar dijo:

—Aquí ya no hay nada que hacer. La enfermedad está en una etapa demasiado avanzada; será su muerte. Dile que no lo podrás curar. Pero si lo desearan, lo tratarás.

Se lo comunicó a la señora, pero mi visitante respondió:

—Tanto trabajo que me ha costado convencerlo. Este hombre es un sacerdote y su fe lo detiene. Y ahora que he logrado persuadirlo, ¿me dice usted que ni siquiera lo puede ayudar?

—Puedo ayudarlo —dije—, pero no curarlo.

—Eso me defrauda completamente —retomó—, nos gustaría tanto que siguiera entre nosotros. Oh, es un hombre tan bueno. En cualquier caso, lo aliviará si usted lo ayuda.

—Eso desde luego —dije—. Pero, de todo esto, por favor, no comente nada a su familia, no deben saberlo. Y ahora quiero comentarle otra cosa. En un mes, tendré que salir de la ciudad.

—¿Va a tardar? —me preguntó.

—Tres semanas.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿No será mejor que de cualquier forma se lo presente? Así habrá contacto y podrá seguir en cuanto regrese.

—Por mí está bien —le respondí.

—¿Es grave lo que tiene?

—Sí, muy grave (—concluí).

Transcurridos unos días, el enfermo vino a visitarme una tarde. Era un hombre alto y flaco, pero bien parecido. Había algo en su presencia que intuí de inmediato. Tenía unos hermosos ojos azules, inocentes, radiantes de amor. Se acostó para someterse al tratamiento y, por lo visto, tenía mucha curiosidad por saber cómo iba a ser todo esto, porque nunca antes lo habían magnetizado. No obstante, se puso en mis manos bien dispuesto, cerró los ojos y se abrió completamente a mí. Después del tratamiento, que le había hecho bien, dijo:

—Vea mis pantalones y mi abrigo, hay sitio para dos como yo, porque he adelgazado mucho.

Al decirlo, se rio de su propia figura. Era de otra nacionalidad y hablaba un holandés deficiente, con un acento peculiar, pero tan bello y con una voz tan cálida, que cualquiera lo amaría al instante al oírlo.

‘De lo más simpático’, pensé, ‘qué agradable escucharlo’.

—Me he quedado tranquilo —me dijo—. Esto me ha hecho mucho bien; tiene usted mucha fuerza.

Resulta que yo había recibido una figura de Cristo de una de mis pacientes, hecha por ella misma; se fijó en la estatuilla y preguntó:

—¿Es usted creyente?

—Sí —contesté—, soy muy creyente.

—Qué escultura tan bella. Un gran artista quien la hizo, preciosa. —En la palabra “preciosa”, en su forma de pronunciarla, residía toda su personalidad—. Fenomenal —añadió—, muy sensible. —Después se marchó.

Cuando volvió por segunda vez, su primera mirada fue hacia el Cristo; la estatuilla del Hijo perfecto de Dios le interesaba mucho. Se me hacía normal, a fin de cuentas era sacerdote.

—Me hizo bien —empezó—, mucho bien. Me alegro de haber decidido dejarme tratar por usted. ¿Sabe que soy sacerdote?

—Ya me lo dijeron.

—Ah —sonrió—, se lo contó ella.

—Sí —dije—, fue ella.

‘Qué hermosura de sonrisa’, pensé, ‘así le roba el corazón a cualquiera’. Quien lo veía sonreír, sentía correr por las venas una oleada de amor.

—Nunca me he entregado a este tipo de cosas, pero ¡en usted confío plenamente! (—concluyó).

Le agradecí el cumplido y procedí a tratarlo. Durante el tratamiento yo sentía que él mantenía la mirada clavada en la estatua de Cristo y que yo estaba logrando penetrar muy hondo en su ser. Poder ayudar de esta forma a una

persona es una dicha maravillosa y muy grande. Absorbía mi irradiación y mis fuerzas magnéticas y eso lo aliviaría. Sentía, además, que se me conectaba de una manera íntima con él. Este tipo de personas no las veía yo todos los días. Abrirse por completo: muy poca gente es capaz de hacerlo. Lamentaba no poder cambiar su estado, pero se requerían otras fuerzas, más elevadas, para poder sanarlo. Lo que mi líder espiritual me había transmitido, en eso podía confiar yo, aunque fuera una gran decepción. Mientras, también este tratamiento le había sentado bien.

—Me ha ayudado mucho —dijo.

—Lo único que puedo hacer es esforzarme, esperemos que le siga haciendo bien. Tendremos que esperar.

Lo sondé para sentir qué pensaba de su propio estado, pero estaba tranquilo.

—Sí —dijo—, no somos más que seres humanos. —Y mientras tanto miraba al Cristo. Comprendí esa mirada: deberíamos hacernos como Él. Bajó su bella mirada azul y dijo—: El Hijo del Hombre.

Sentí que irradiaba un gran amor hacia el Cristo. Por un instante se quedó sumido en honda meditación. Luego me dirigió la mirada —dos soles que me transmitían su brillo— y sentí cómo me inundaba su calor interior. ‘Un momento hermoso’, pensé, ‘se entrega por completo’. Era como un sol y todo su ser irradiaba amor. No era de extrañar que anhelaran que siguiera entre ellos; no podían sin él.

—He vivido muchas cosas —dijo.

Intuí lo que quería decir. Pasó a hablar de su propia vida a la vida con la que estaba conectado en este momento.

—Nunca he tenido que ver con estas cosas y aun así sé mucho de ellas. Pero ahora tengo que irme a mi casa.

Y se fue. Después del tercer tratamiento ya nos habíamos hecho buenos amigos. Nos intuíamos el uno al otro y poco a poco y con cautela empezé a hacer preguntas. Todas sus preguntas se centraban en su propia vida y en el ámbito religioso. Le importaban mucho las desgracias que ocurrían en el mundo, porque no era necesario, decía, que tanta gente tuviera que estar sufriendo. Sentía toda esa desgracia, entristeciéndose. Pero también entendí que podría mover montañas. En este sacerdote había mucha fe y confianza en la justicia de Dios. Cuando hablaba de su propia vida y de todas esas desgracias de la gente, se le llenaban los ojos de lágrimas y había también mucho amor en su voz.

Le pregunté si le gustaría ver las pinturas que había recibido como médium.

—Con mucho gusto —respondió—, pero entonces tendrá que explicármelas, quiero saber lo que significan.

Le dije que yo no sabía dibujar ni pintar, pero que las había recibido estando en trance. Solo sonrió y se quedó callado. Pero su admiración por este acontecimiento quedó reflejada en su hermosa sonrisa. Se quedó mirando mis obras durante bastante tiempo, reflexionando.

—Asombroso —dijo—, pero da miedo.

—Miedo —continué la conversación—: ¿Por qué miedo? ¿Acaso no es una maravilla poder recibir algo tan bello? Los espíritus vienen a mí con buenas intenciones. No se ve nada malo en todas estas pinturas, ¿o sí? Todo significa amor y fe, fe en la pervivencia eterna después de la muerte. Lo que he recibido es amor.

Siguió sonriéndose. Iba de una pintura a otra. Reflexionaba mucho sobre todas las cosas, como si quisiera resolver este enigma para sí mismo. Entonces volvía a dirigir la mirada hacia el Cristo, como si intentara recibir la verdad de Él. No quería interrumpirle, sentía gran respeto por su personalidad. De ninguna manera quería imponerme.

Una vez que hubo visto todo, dijo:

—Me voy, más adelante hablaremos de esto, más adelante.

Se despidió estrechándome las manos con cordialidad y se marchó.

En una siguiente ocasión me preguntó de golpe:

—¿Cree en María?

‘En María’, pensé, ‘¿qué significa esa pregunta?’. Y contesté, después de sentir interiormente lo que quería decir:

—Pero claro que creo en María. Creo en todos los santos. ¡Porque era mi fe!

—¿Ya no la es?

De nuevo lo sondé, sentí a donde iba y le dije:

—Se lo explicaré. —El sacerdote miró hacia el Cristo, como si intuyera de qué le iba a hablar yo—. He recibido otra religión, por medio de los espíritus para ser preciso, es decir, por medio de aquellos que partieron antes que nosotros. Esta fe es más profunda que la que conocía antes y que era mía. Pero permítame decirle de antemano que no soy yo quien llama a los espíritus, porque no se dejan llamar. Creía en todos los santos, ¿y por qué, justo ahora que sé todo esto, iba a dejar de creer en ellos? Todos esos santos que usted conoce poseen ahora un significado distinto y mucho mayor para mí que antes. Ahora estoy empezando a entender sus vidas en la tierra y la misión que cumplieron. Sí, siento lo bellas que han sido sus vidas. Antes no era capaz, han sido los espíritus los que me lo han explicado. Aquellos que murieron en la tierra y volvieron a nosotros conocen a todos esos santos y saben cómo debemos vivir para asimilar esa santidad. Dicen que debemos amar la vida y que después de la muerte terrenal, si hemos vivido debidamente, seremos felices y volveremos a ver a todos los santos (—dije).

Asintió con la cabeza, diciendo que así era.

—Las lecciones que recibo del espíritu siempre tratan las cuestiones que más preocupan a la humanidad: la fe y el amor. Me indican cómo debo vivir para poder tener felicidad y luz en la vida después de la muerte. Esa vida la encuentro en la naturaleza, en ella descubro la vida de Dios. La naturaleza es Dios, dicen ellos. Sus enseñanzas son profundas y contienen mucha verdad. Me hablan de sus vidas y más de una vez se me ha concedido contemplarlas, desdoblándome de mi cuerpo. He visto lo devota y sagrada que es su vida. Dicen, como ya comenté, que debemos amar toda forma de vida, porque la ha creado Dios. Y los que dicen esas cosas no serán diablos, ¿no? La gente no lo puede creer, aunque sea la verdad. Créame si le digo que si recibiera alimento espiritual que me hiciera retroceder, no querría saber nada de esos espíritus. Pero hasta ahora todo ha seguido siendo inmaculado y puro, y seguramente así continuará. Es solo amor lo que he recibido por medio de ellos y esto se ha convertido ahora en mi fe. Usted mismo afirma que sabe mucho de ello, de modo que podrá imaginarse mi estado, ¿verdad? Ellos me dirigen hacia Él, el que está allí detrás de usted, hacia esa gran figura, hacia el Cristo. Su ejemplo, dicen, lo deben seguir todas las personas. Murió por nosotros, recibiremos Su amor si seguimos el camino que los espíritus nos indican. Viven detrás del velo y ese velo queda levantado para mí. ¿No es una maravilla poder contemplar desde la tierra sus vidas bellas e inmaculadas? Recibir algo así es una enorme gracia y me hace sentir muy agradecido. Poder servir de instrumento a los espíritus elevados es un cometido grande y hermoso y llevarlo a buen término es muy difícil. Mi vida ha cambiado después de haber entrado en comunicación con ellos. Dicen que todas las religiones son una sola y que todas tienen razón. Pero la conexión que poseo ahora, esta fe, es más honda que todo lo demás. Gracias a los espíritus he conocido leyes espirituales y ninguna otra religión me puede dar eso, porque estoy en comunicación con esas leyes, ellos son la propia ley. Me muestran y me han aclarado cómo era su vida en la tierra y en qué se ha convertido ahora. Son felices y lo seguirán siendo eternamente.

—¿Cree realmente —preguntó repentinamente— que seguiremos viviendo y que será como ellos dicen?

—Desde luego. Ya le dije que los veo y que conozco sus vidas. He estado allí repetidas veces y le aseguro que el ser humano no habrá cambiado cuando entre en esa vida. Seguiremos siendo tal como sintamos ahora. Nada cambiará.

De nuevo se sonrió, pero no dijo nada.

—¿No puede aceptarlo?

—No —me dijo con franqueza—, es demasiado inverosímil para mí, demasiado bonito para ser verdad.

—¿Usted cree en la pervivencia y aun así piensa que todo será diferente?

—No sé, pero esperaré.

—Y sin embargo, todo es verdad.

—Usted también es un sacerdote —me dijo.

—Las personas —continué— que están en el camino espiritual, hablando de ello a otros, son sacerdotes, sin excepción.

Me miró y dijo:

—Muy bien, está muy claro.

Después de que se hubiera ido, Alcar me dijo:

—Un ser humano en el buen sentido de la palabra. No hay muchos sacerdotes como él. En la tierra pueden contarse estas personas. Ya no tiene que quedarse mucho más en la tierra, pronto verá nuestra vida. Su sentimiento está sintonizado con el espíritu.

‘Maravilloso’, pensé, ‘que Alcar hablara de él de esta manera’. Todavía alcancé a oír que mi líder espiritual dijera:

—Ya lo conocerás más a fondo.

Una tarde, después de tratarlo, me preguntó:

—Pero ¿qué es lo que me está dando usted? Me siento tan refrescado y animado cada vez que me trata. Y, ¿qué es lo que hace, cuando me pone tan silenciosamente las manos en el cuerpo, allí donde me duele?

—¿Me pregunta qué hago? Se lo voy a contar. Cuando cierro los ojos, me pongo a rezar y le pido a Dios fuerza para poder ayudarlo y poder aliviarle los dolores. Sin Su ayuda y fuerza no puedo conseguir nada. Después de rezar me sintonizo con su estado y entonces percibo en mi propio cuerpo dónde le duele a usted. A continuación, me concentro en mi líder espiritual, que me dirá lo necesario acerca de lo que tengo que hacer, y según lo que diga, actúo. Todo está relacionado con su enfermedad, porque es Alcar quien desea transformar la pena y el dolor de la gente en felicidad. No solo en lo corporal, sino sobre todo en lo espiritual. Lo percibo y lo veo a mi lado, sí, oigo cómo me habla. Ve a través de todo lo material y mis conocimientos son los suyos. Nada soy y nada puedo sin él, me entrego a él en cuerpo y alma. Cuando él me dice que pare, sé que lo he tratado lo suficiente. Puedo confiar en él y contar con él para todo. Es un maestro y un padre para mí, es gracias a él que veo, es gracias a él que he conocido la vida, y los problemas espirituales difíciles me los resolverá él. Gracias a él aprendí a valorar el amor sagrado de Dios, en la medida en que valorarlo esté en mi poder, porque no soy más que un ser humano, ¿verdad? En sus manos amorosas la gente se siente segura, puede entregarse a él completamente. Mi líder espiritual, reverendo sacerdote, es un espíritu de amor y en esa calidad lo conocerá la gente que entre en comunicación conmigo. Quien se ponga en manos de Alcar nunca se sentirá engañado.

Me miró asombrado y preguntó:

—¿De dónde sacó ese nombre? ¿Quién se lo nombró?

—Él mismo. ¿No le he dicho que soy capaz de ver y de oír hablar a los espíritus? Él mismo me dijo su nombre espiritual. Mientras vivió en la tierra, tuvo otro nombre. Veo su bella figura, irradia una luz inmaculada y pura, y su doctrina es como la de Él.

Señalé el Cristo.

—¡Todo es amor!

—Qué hermoso —dijo—. Me hace bien y me reconforta. Ojalá que siga siendo así —añadió.

—De eso me encargaré yo. Es una enorme gracia y no quiero ser ingrato. Mis dones me son sagrados; vivo para ellos y en mis sentimientos ya me he despedido de la tierra. Créame si le digo que conozco mejor la vida después de la muerte que mi vida terrenal.

—Usted tiene muchos poderes.

—Es verdad, los tengo. Repito: estoy agradecido de tenerlos. Soy un médium clarividente, clariaudiente, que pinta, sana y escribe, pero poder desdoblarme de mi cuerpo, ese es el don más bello de todos. Poder estar precisamente allí y contemplar sus vidas, oh, ¡es tan maravilloso! Es un gran don divino, como solo pocos reciben. A las personas que desconocen estos poderes no les parecen milagros y además para ellas todo carece de valor, porque no aceptan esa verdad ni son sensibles a ella.

—Ese desdoblamiento del cuerpo, como usted lo llama, ¿es lo más bello?

—Sí, es lo más bello y lo más grandioso de todo. Porque por hablar de ello a la gente, empezarán a vivir de otro modo y dejarán de existir las guerras y los asesinatos.

—Es usted un profeta.

—No, reverendo, no lo soy, solo soy un ser humano como los demás, pero lo que le cuento es la verdad. ¿Acaso no es maravilloso hablarle a la gente de la pervivencia, tal como la ha vivido uno mismo? Es un asidero, porque necesitan apoyo.

—Podría contar usted muchas cosas sobre eso —dijo.

—Ya lo hice, y si le interesa conocer a mi líder espiritual, mi vida y la de los que están al otro lado, puede llevarse la primera parte de mi libro, los tengo aquí en la estantería. Le ofrecerán una idea verdadera de la vida después de la muerte.

Pero no accedió y preguntó:

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y ocho años.

—Estupendo, entonces todavía podrá hacer mucho por la gente. No he

hecho otra cosa en mi vida y hasta el momento no me arrepiento; al contrario, siempre me ha hecho feliz. Pero —dijo, como si de repente se acordara de mi conversación—, ¿ve usted a los espíritus como es usted mismo?

—Sí; ya le dije que los veo, oigo y siento. Son como nosotros, pero han avanzado más por el camino espiritual, al menos los que poseen luz. No ha dejado de existir algo así como el infierno, y los que viven allí deberán recorrer un largo camino, teniendo que deshacerse a sí mismos, pedazo a pedazo. Y ese deshacerse no es tan sencillo, la gente no entiende de eso. Nosotros, los seres humanos, solemos sobrestimarnos todavía. He visto el infierno y el cielo, no, he visto varios infiernos y cielos al otro lado, pero fuego no hay. El fuego que arde allí es el de la pasión y la violencia en sus almas, quiero decir, en las de quienes viven en las tinieblas. De eso hablo en mis libros.

Al mismo tiempo me acerqué a la estantería y saqué la primera parte de 'Una mirada en el más allá' y le dije:

—Aquí tiene mi primera obra y la segunda también ya salió. No es literaria ni científica, pero lo que contiene es la verdad sagrada. Se asombrará y se preguntará si de verdad todo será así cuando entremos más tarde en esa vida. Pero yo ya pude vivir todo esto. En esta obra conocerá a mi líder espiritual y a muchos otros espíritus. Se sorprenderá entonces cuando lea lo grandiosa que es la vida después de la muerte, que ya no existen los milagros y que todos los problemas dejan de existir cuando el hombre conozca a unos y a otros. No se trata de una visión romántica o de una invención, es la realidad. Le pasé el libro, lo tomó entre sus hermosas manos y preguntó:

—¿Puedo llevármelo?

—Desde luego, lléveselo, por favor, tengo suficientes ejemplares y cuando lo termine, si quiere podrá leer también la segunda parte.

Y se despidió cordialmente.

Más tarde, cuando la paciente vino a verme, dijo:

—¿Sabe que lo quiere mucho? A usted lo llama André y Jozef, y dice que André planea por el Universo, que allí consigue su sabiduría y que habla con los espíritus. Por el amor de Dios, ¿de dónde sacará todas esas cosas? ¿Ha hablado usted con él, contándole sus experiencias?

—Es más, he hablado muchísimo con él, pero ¿no le ha comentado que le presté la primera parte de mi libro?

Porque para mí era la prueba de que ya había estado leyéndolo, dado que yo sabía dónde estaba el fragmento que trataba del universo.

—Está progresando —dijo muy feliz—, ¿no le parece? Todos lo estamos viendo. Está tan contento los últimos días y lo elogia, porque le va tan bien. No cabe la menor duda de que últimamente se siente mejor. O sea, debe ser que va mejorando, a pesar de todo.

La dejé terminar, pero intuía adónde iba y cuando no reaccioné, me pre-

guntó:

—¿Por qué no dice nada? Está mejorando, ¿o no?

Pero no respondí de manera directa, sino que dije:

—Estemos agradecidos por lo que hemos conseguido y no nos adelantemos.

—Pero lo estamos viendo, ¿no?

Le dije:

—Lo que logramos ya es ganancia.

—Ganancia, dice, ay, qué horror.

—No tiene nada de horroroso —repetí—, ¿qué le podemos hacer? Alegrémonos de que le está yendo bien y esperemos.

—Aún no podemos sin ese tesoro de hombre —dijo.

—Y sin embargo no hay nada que hacer.

Se fue triste. Sí, era una lástima que fuera a morir. Era imposible no echar de menos a este sacerdote, porque era muy querido, pero solo por sentirse bien ya podía estar feliz. La mujer deseaba mucho retenerlo, pero su sacerdote y padre partiría. Si le decepcionaba no era mi culpa, porque en lo que yo podía confiar era en lo que decía mi líder espiritual. Tenía bastante curiosidad por saber qué diría el sacerdote de mi libro, porque demostró tener una mente abierta. Por eso no me sorprendió que cuando volvió a verme me pidiera la segunda parte.

—Hablares más adelante —dijo—, y entonces le haré muchas preguntas, pero primero quiero leerlo todo.

Después del tratamiento no hablamos más y me despedí por tres semanas, pues había llegado el momento de que me fuera de la ciudad. Se sentía de maravilla, no tenía dolor y a mi regreso volvería a verme. Me deseó buen viaje y mucha suerte. Añadió:

—Estaré tranquilo y leyendo.

El sacerdote se marchó.

Mi paciente, que había acordado venir a visitarme, dijo:

—Anoche estuve con él, hubo misa por la noche. Después de misa, de repente me dijo: “Jozef sabe qué enfermedad tengo, tú y él lo saben, nadie más”. Quise que la tierra me tragara. ¿De dónde sacaría él todo eso ahora, tan de repente? No lo compartí con nadie. ¿Sabrá que es algo muy grave? ¿De verdad es así? ¿Tiene esa enfermedad? ¿No es curable ese mal? No comprendo de dónde lo saca tan de repente —insistió—. ¿Usted lo entiende?

No, no lograba entenderlo y le dije que no lo sabía.

—Solo espero —continuó—, que no empeore cuando usted esté fuera.

Se fue y me preparé para ir de viaje.

Alcar me dijo:

—Siente que se le acerca el final.

Entonces me marché. Pero a mucha distancia de él sentía cómo le iba al sacerdote. Alcar también me dijo que había empeorado. Cuando regresé del viaje, me mandaron llamar de inmediato. Llevaba ya varios días en cama. ‘Ya estamos’, pensé. ‘Se acerca el principio del fin. Ojalá que ahora ya no tome mucho tiempo’. Esta enfermedad podía prolongarse mucho. Todos sus amigos y seres queridos lo lamentaban mucho y pensaban que si no hubiera detenido el tratamiento, no se habría llegado a ese punto. Pero yo sabía que no era cierto. Un miércoles por la mañana fui a verlo. Cuando entré en la habitación, irradiaba felicidad y se alegró de verme de nuevo. Me agarró de ambas manos, me miró y exclamó:

—¡Mi Jozef! No sabes cuánto te he echado de menos.

Sentía su gran amor por mí, lo que me hacía muy feliz y parecía que ya no quería soltarme.

—¡Afortunadamente está aquí! ¡Leídos todos los libros, Jozef!

Temblé un instante, ¿qué me diría?

—¡Bellísimos! ¡Bellísimos!

Cerró los ojos, no le volvió a salir ni una sola palabra. Allí yacía, en silencio, parecía pensativo. En ese momento sentí el silencio del espíritu que me llegaba de él, y también me quedé callado. Me senté cerca de la cama y ambos nos quedamos absortos en nuestros pensamientos. Pensé en la gran amistad y el gran cariño que sentía por mí. Aceptaba complacido su cariño tan puro, me sentía muy agradecido. Hacía tan poco que lo conocía pero parecían haber pasado muchos años. Recé por él y procedí a tratarlo. A mi lado vi a mi querido líder espiritual, el espíritu de amor, que me había conectado con el enfermo. Ahora éramos uno solo y me quedé esperando a lo que tuviera que decirme, porque vi que estaba examinando al enfermo. No tuve que esperar mucho y cuando entré en comunicación con Alcar, le oí decir:

—Aquí ya no es posible ayudar, dentro de poco hará la transición. Te daré pruebas de ello, tan solo ten paciencia.

Me estremecí. ¿Ahora qué? Le pedí a Dios que pudiera dejar esta vida sin dolores. No me atreví a pedir más, ya no se le podía dar nada. Poseería luz en la vida después de la muerte y la luz significaba felicidad. El hombre cuyas manos estaba apretando había completado una vida bella y estaba dispuesto a morir. Con los ojos todavía cerrados y las manos dobladas, me dijo después de un largo silencio:

—Es precioso, Jozef, bonito para la gente, pero pocos lo creerán. Es difícil, muy difícil, aceptar todo esto. Gran amor, Alcar.

Hablaba entrecortado, palabra por palabra, pero yo las captaba. ‘Gracias a Dios’, pensé, ‘ha comprendido mi obra’. Había dicho pocas palabras, pero me hizo bien oírlas de su boca. Me hizo feliz. Sí, poca gente podía aceptarlo. Tantas veces me decían que yo era demasiado sencillo, que me faltaba ser

más literario y más sugerente, por lo que no se valoraba todo lo que contaba de la vida después de la muerte. ¡Les resultaba demasiado dulce! Pero algún día todos serían dulces, tan dulces como la miel. Cuando estas personas se enfrentaran al último problema, y el más grande, cuando se les cayeran las vendas de los ojos, cuando pudieran ver tras el velo, cuando estuvieran desnudas ante el santo trono de Dios, ¡entonces todo ya no sería demasiado dulce ni sencillo y desearían poseer mucha, muchísima de esta sencillez! Solo allí se verían a sí mismas, solo entonces valorarían todo esto. Pero es que tampoco escribía yo para esas personas. Eran inalcanzables. El que estaba en su lecho de muerte, él, el sacerdote, sentía el calor y la fuerza espiritual que salían de todas las cosas, pero sobre todo sentía el gran amor de Alcar. No me podía haber esperado otra cosa. También de parte de aquellos que vivían apenados y doloridos, que se habían quedado solos y que pertenecían a la clase más alta de la sociedad, había recibido yo cartas que decían que estaban muy, muy felices. En las horas de la separación, Alcar les había apoyado con su gran amor. Ahora sabían que volverían a ver a sus seres queridos. Habían visto suceder lo grandioso; en el lecho de muerte de sus seres queridos también ellos habían percibido algo. El propio moribundo lo había exclamado. Para todos ellos mis libros se habían convertido en un apoyo espiritual, en la fuerza para poder continuar ahora la vida solos. Por aquello que había dicho Alcar habían tomado sobre los hombros la cruz que Dios les había dado a cargar. Solo cuando la gente se encontraba apenada y dolorida, resultaba alcanzable y se entregaba de manera bien dispuesta. Ninguna ciencia terrenal los podía ayudar entonces; anhelaban el calor espiritual, un mismo sentimiento y el amor. Entonces se les caían las vendas de los ojos y escuchaban aquella voz suave pero clara, encontrándose a sí mismos. Pero esos otros no necesitaban alimento espiritual, tenían los pies bien firmes sobre la tierra y querían seguir así, según decían. Se habían extraviado; la vida en la tierra los había absorbido también a ellos. Arrojan mis libros a la estufa y volvían a atizar el fuego, pero el frío y la pobreza espiritual los consumían por dentro. No se les pasaba por la imaginación que también su hora podría llegar pronto. Si solo se me hubiera concedido escribir para él, sin duda también lo habría hecho, pero por fortuna había muchos más. Pero me reconfortaba que el sacerdote me comprendiera tan bien. No es que me hiciera falta, nadie me molestaba, porque yo veía la vida sobre la que escribía, me desdoblaba de mi cuerpo material y se me concedía vivirla. Todo era verdad, algún día todos lo verían cuando entraran en esa vida. Pero mucha gente vivía en la materia (materialmente) y se reía de todo, incluso de su propia necesidad. Estas personas mayores y adultas eran como niños. Pero los niños saben sentir más que las personas mayores y cultas. Los que profundizaban en la vida después de la muerte y vivían de acuerdo con ella eran los felices del otro lado. Los demás

necesitarían muchos años para ver la luz, porque sus sentimientos se habían enturbiado. La vida espiritual es difícil de alcanzar. Pero cuando se siente, da lugar a la felicidad y a la verdad eterna, a una confianza grande y vigorosa, y a la posesión de una vida sagrada. Trae amor: amor inmaculado y puro. Este ser humano lo sentía.

—Jozef —dijo de repente el sacerdote—, voy a planear, muy lejos de esta tierra.

Me asusté. Empezó a hablar justo sobre aquello en lo que estaba pensando. Era como si otra persona le hubiera dado la fuerza para decírmelo. Al decirlo, le brotaron las lágrimas. El arcipreste era como un niño y yo también me sentía así. Éramos dos adultos y, sin embargo, niños en el espíritu. Teníamos un solo Dios y habíamos hecho la transición el uno en el otro. Sentíamos una sola vida, un solo amor, él como sacerdote, yo como instrumento. Ambos servíamos a un solo Dios, queríamos servir a un solo Dios, teníamos un solo Padre y conocíamos una sola verdad. Él había sabido asimilar esa verdad y sabiduría por medio del estudio y experimentando la vida, tal como Dios quería que el ser humano hiciera. Así es como se había desarrollado. Yo lo recibía directamente del Más Allá y me había encontrado en conexión con la vida eterna. Se me concedió ver a través de sus estudios y así conocí su teología al mismo tiempo que la vida detrás del velo. Toda esta grandiosidad me cruzaba la mente; gracias a mi líder espiritual Alcar se me incorporaba al cosmos. Ahora me sabía una partícula de esa vida formidable, grandiosa y sagrada. Pero yo carecía de estudios y procedía de un pueblo campesino, a pesar de haber recibido una ciencia y una fe tan puras como el cristal. Sencillamente, era la naturaleza, no podía aprenderse, era algo que había que sentir. El sacerdote lo sentía; era suave, suave como la vida misma y estaba abierto a esa vida formidable. La vida se reflejaba en sus bellos ojos, en el sonido de su voz, manifestaba los sentimientos suaves del alma y del corazón y así se daba a conocer su personalidad. Esa candidez, esa pureza impregnaba todo su ser. Al rato entraría como niño en las esferas, accediendo a esos cielos donde le esperaba una belleza sin par. Este sacerdote amaba a la gente con todos sus defectos y pecados. Conocía las pasiones y comprendía, porque quería comprender. No quería ver fallos y daba, siempre daba a manos llenas. Esas manos nunca habían estado cerradas, y abría la puerta a quien tocara en la morada de su alma. Las bisagras de la pequeña puerta de su alma rechinaban, estaba sacada de quicio de tantos tirones, con el marco destrozado, y no la reparaba porque sabía que la destrozarían de nuevo. Dejaba la puerta abierta y todos, jóvenes y mayores, pobres y ricos, podían entrar. Lo consentía porque amaba y por tener mucho amor; porque de otra manera no era posible ayudarlos. Quien tocara a su puerta podía entrar, y entraron muchos. Pero había quien llegaba con lodo y fango en los zapatos; sin embargo, no lo notaba; no quería

verlo. Porque los amaba con todos sus errores y pecados. “Pasen”, lo oía decir, “vamos, pasen sin miedo, mi puerta está abierta”. Y sonriendo se acercaba a la gente, tranquilizándola. Ya lo ven, la puerta está destrozada, ya no la puedo cerrar, ni lo quiero. Quedará abierta para todo el mundo, para siempre”. Esto se lo había enseñado la vida y se le había acercado mucha gente. Había quien dejaba los zuecos en la puerta, acercándose a él despacito. Ese tipo de personas sentía veneración, una veneración sagrada por su personalidad, y honraba la morada de su alma. No querían perturbar la paz de su alma y regresaban a sus casas con sosiego. Las había ayudado en cuerpo y alma. Pero también había otros que irrumpían sin más; no conocían el respeto, ni lo sentían. A ellos los miraba sorprendido, pero sin decir nada. El ser humano necesitaba ayuda y él quería dársela. Aunque temblando de miedo, sintiendo al ser humano con todos sus defectos y errores, lograba tranquilizarse. Se dominaba, solo sonreía y los calmaba. Su sonrisa eterna hacía milagros. Muchos entraban, lo miraban a los ojos con dureza, haciéndole temblar, pero él estaba delante de ellos como un niño y se sorprendía de tanta falta de humanidad. Su limpia morada del alma, siempre cuidada para que pudiera entrar Dios, la ensuciaba el ser humano. Después, cuando los seres humanos se habían ido, se quedaba a solas con todas esas cosas humanas. Tenía que arreglárselas solo para superarlo. Nadie podía ayudarlo, pero tampoco le hacía falta. Sabía y tenía la fuerza, dominaba el arte y tenía los conocimientos necesarios para mantener limpia su morada espiritual, para que Dios pudiera entrar en el momento menos esperado. Poseía esa gran fuerza, llevándola consigo, y en lo íntimo, en lo más íntimo de su ser estaba ese amor puro.

No, la gente no lograría mancillar su morada del alma. Una marea de amor la lavaba, nada quedaba en su lugar y las llamas de su amor inagotable la secaban. No había un alma que conociera su secreto, pero es que ni querían conocerlo. Cargaba este tesoro en silencio y se limitaba a sonreír, conquistando a toda la gente que se le acercara. Así vivía, así había aprendido que tenía que vivir. Así es como yo intuía a este sacerdote. El enfermo estaba envuelto en silencio y pensé en las palabras de Alcar: que había sido un gran sacerdote. Sentía yo el silencio de la muerte, la partida de este mundo y la entrada en el otro lado. Ese problema se revolvía en mí; lo sentía y lo veía y me absorbía. Lo que me estaba pasando en este momento le tocaría vivir a cada ser humano en la tierra. Sentía al sacerdote, sondaba su estado interior y sabía lo feliz que sería más tarde. Había vivido como ser humano, como un hijo de Dios.

De repente abrió los ojos y preguntó:

—¿Cree en la gente?

Me asusté. Una vez más había hecho suyos mis pensamientos, porque continuó:

—La muerte es mi amiga, Jozef. ¿Acaso ya sentía la lengua espiritual, solo

conocida y usada en la vida después de la muerte?

—Creo —dije, sin saber qué otra respuesta debería haberle dado. Entonces alzó la vista y la fijó en el Cristo, colgado encima de la cabecera. Hacia allí dirigió su bella mirada. Era como un niño pidiendo fuerza para ser adoptado, para adelantar su fin. Luego, tras algunos instantes, dijo:

—Eres un bendito, Jozef.

Era como si el propio Cristo se lo hubiera dicho.

—No debes olvidarte de los santos —prosiguió, y después, de repente, dijo, tras fijar la mirada una vez más en el Cristo—: Voy a morir, Jozef; antes de que acabe este mes ya no seré. Entonces planearé, como tú.

‘Cómo es posible’, pensé. ‘¿Se lo habría dicho Cristo? ¿Estará tan íntimamente conectado? ¿De dónde lo habría sacado tan de repente?’. Me parecía asombroso, tan sereno como estaba. Él percibía qué dones tenía yo y en silencio le agradecí sus escasas pero tan hondas palabras. Recogían una advertencia para que yo mantuviera mis dones inmaculados y elevados. Ya se había alejado mucho de mí, muchísimo. Lo seguí interiormente y sentí que se entregaba por completo. También ese secreto solo lo conocía él, se sentía conectado con el Hijo de Dios. De nuevo miró al Cristo. Las lágrimas corrían por su tierno rostro, iluminado por un rayo de luz. ‘Eres’, pensé, ‘un ángel’. Poseía la ciencia que solo los moribundos poseen, que incluso la viven. Ya se encontraba en ese estado inexplicable en el que las leyes y la sabiduría terrenales se disolvían, fundiéndose con él. Él no albergaba dudas, no sentía yo el menor titubeo en él. Esta era la sabiduría que él acababa de experimentar en completo silencio y que había recibido de una fuente más elevada.

Esta mañana estoy experimentando algo grandioso, algo antinatural. ‘Será algo sobrenatural’, pensé. Lo sobrenatural lo iluminaba, esas fuerzas hacían la transición a él, y me lo dijo, dejando que las compartiera.

—¿Me ayudarás, Jozef? —volvió a preguntar muy inesperadamente—. Me voy.

Cuando lo miré, temblé. Me vibraba el cuerpo y sentí una gran felicidad.

—Desde luego —dije, y vi que lloraba otra vez.

Me sintió y dijo:

—No es porque me vaya, Jozef, no es por eso, no pienses eso.

Comprendí y sentí por qué dejaba correr las lágrimas. Pensaba en todos sus hijos. Le resultaba difícil tener que separarse de ellos. No iban a poder sin él, porque ya no podrían entrar y volver a encontrar una casa abierta donde poder calentarse. Ay, ¡tan fácil no era!

Volvió a hablar, respondiendo a mis reflexiones. Era sorprendente.

—Es difícil separarme de ellos.

Me había intuido con mucho acierto y otra vez había adoptado todo. Para mí eran pruebas de que en él operaba otra fuerza. Eran pruebas de que poseía

un gran amor y de que sabía captar fuerzas y verdades espirituales, por ya estar conectado en el espíritu. No era muy común ver y experimentar algo tan bello al pie de un lecho de muerte. Esta sin duda era una transición muy especial, una preparación para el mundo eterno. No solo que sintiera su propia transición, sino también que ya conociera la lengua espiritual que allí se hablaba. Ya poseía la facultad de hacer la transición de una persona a otra, a pesar de vivir todavía en la tierra. Era grandioso lo que me tocaba vivir en ese momento.

—Ahora debe marcharse, Jozef (—concluyó).

Me despedí. No había pasado ni media hora y cuánto me había tocado vivir ya.

De camino a casa reflexioné sobre todas estas cosas. Qué mañana tan hermosa había sido. Qué grande decirle adiós a esta vida de una manera tan convincente. También era maravilloso poder ayudar de esta forma a los moribundos. Ya había visto a muchos hacer la transición, pero a ninguno como él. Unos tenían miedo, otros ingerían alimentos vigorizantes porque no querían morir. Pero cuando se presentaba la muerte, ningún sabio podía ayudar ya, y tampoco las fuerzas espirituales podían cambiar nada. Nadie se libraba; si había algo justo en esta terrible tierra, era eso. Este sacerdote estaba familiarizado con la muerte. Para él era una grata amiga, una amiga que lo liberaba de su sufrimiento, que le traía felicidad, luz, amor y belleza; sí, la vida eterna. ¿Qué es lo que entonces restaba de la muerte? ¿Dónde estaba su poder? ¿Dónde quedaba todo eso tan terrible, cuando a la muerte se la podía considerar una amiga? En el caso suyo, la muerte no encontró con qué alimentarse. Porque no tuvo miedo ni sintió pena o dolor, y eran esas las cosas con que se relamía la muerte. Sea como fuere, con él la muerte solo sufriría penurias. Moriría de hambre porque no se le alimentaba. Mantuvo una formidable conversación con la muerte, le mostró una sonrisa y la muerte se la devolvió. Se tenían confianza y se habían hecho grandes amigos, grandísimos amigos. Es lo que la vida le había enseñado, recibiendo a todos en la morada de su alma, sin refunfuñar cuando entraban con zuecos y todo, sino recibéndolos con cariño y saliendo a su encuentro. De ese modo había llegado a conocer a la muerte y así había llegado a saber que esta significaba vida eterna. Veía a través de su máscara, era clarividente y veía más allá de la cortina de perdición y horror. Veía que la muerte no era el final, sino una continuación hacia regiones ignotas. Para él esa mujer cruel de la guadaña había sido sustituida por un cielo de un azul celeste, un paraíso de pura felicidad. La fatalidad dejaba de existir, para él todo consistía en la dirección sagrada de Dios. Dios lo reclamó y la muerte se apartó y desapareció, porque no podía acercársele. No, este sacerdote poseía todo lo que necesitaba en el país de la verdad eterna. La muerte se sentía feliz de que entre toda esa gente hubiera

algunos que no le tuvieran miedo.

—Escúchame —parecía que me dijera la muerte—, tú, hombre de la tierra, oye lo que voy a decir. Mírame, no estoy muerta. Tu interior arde, es Dios quien te está enviando Su amor, quien los mantiene en vida a todos. Lo que ves, lo que eres por fuera y cuidas, eso es lo que muere. Pero en tu interior vive algo que pervive, que pervivirá siempre y que conocerá profundidades infinitas. A todos espera una felicidad sublime, pero solo a quienes ven en mí la vida. Yo no me puse ese nombre de “muerte”, sino que lo hiciste, tú, ser humano, porque no me conoces. Tú me considerabas “muerto”, pero solo lo estoy para quienes están muertos en vida. En ti reside una chispa de vida eterna, en ti reside la verdad eterna. No permitas, oh, hombre, que tu vida se amargue en mi nombre. No soy muerte, soy vida, y quien me conoce será feliz.

Lo había podido seguir todo, pero ¿quién hablaba así conmigo? ¡La muerte! Era un ser vivo, que veía más allá que nosotros, convencidos de estar viviendo. Era fría y al mismo tiempo poseía sol, por lo que podía calentar a todos que en ella vieran la vida. Con una sensación de gran felicidad entré en mi casa. ¡Qué mañana! ¡Cuánto había recibido y podido vivir! Qué dicha era ser médium en esas ocasiones. Así es como llegué a conocer la vida que vivía tras el velo. Y esto gracias a él, a quien conocía desde hacía tan poco, pero en quien había descubierto un gran amor por el ser humano. Al sacerdote pronto le quedaría claro el verdadero significado de la muerte y haría la transición en una luz morada. Lo morado se asociaría con otros mil colores, que eran la irradiación de su propia vida interior. Era su cielo, que sentía y veía. Es allí donde estarían esperándolo. Le esperaban una belleza imperecedera y una serenidad eterna. No se me ocurrió en ese momento que tendría aún más experiencias bellas y elevadas con el sacerdote.

Pronto llegó el sábado. Ya anhelaba poder ir a verlo. Estando con él, se sentían mis fuerzas y se me comprendía. El sacerdote ya estaba esperando. Tomó mis manos en las suyas y dijo:

—Mi Jozef.

¡Cuánto había empezado a quererme este hombre! Se me llenaron los ojos de lágrimas. Empeoraba a ojos vistas, la enfermedad era imparable. Me senté a su lado, le puse la mano izquierda en la frente, la derecha en su pecho y empecé a radiarlo. Él, el sacerdote, absorbía esa fuerza y esta le daba serenidad, que tanta falta le hacía para sus últimos días en la tierra. Haría más fácil su partida. Sintió el efecto benéfico del magnetismo vital.

Aquí ya no servían los medicamentos, ni yo tampoco podía cambiar nada en esta situación. Después de rezar, oí decir a mi líder espiritual que me concentrara en el espíritu. En el mismo instante en que me sintonicé, me pareció percibir inteligencias. Sí, lo había visto bien. Alrededor de la cama del sac-

erdote vi a varios espíritus. Iban vestidos con hermosas túnicas e irradiaban una luz preciosa. Miraban a quien pronto haría la transición. Me pregunté qué significaría. Pero pronto lo entendí, porque oí cánticos. Eran cánticos espirituales y dos voces acaparaban toda mi atención. Eran un tenor y un bajo y las demás voces las complementaban, fundiéndose en una sola. ¡Era celestial! La voz del tenor era de una belleza inaudita. Me conmovió profundamente, tan poderosa y sublime era.

Cuando terminó el canto, Alcar me dijo:

—El sacerdote forma parte de una orden y los que han acudido a su lecho de muerte quieren facilitar su transición. Vienen a él desde el Más Allá, son espíritus de amor. Se le transfiere la fuerza espiritual de este acontecimiento. Aún es inconsciente de eso, aunque sentirá algo.

Descubrí que se me conectaba con la irradiación de este acontecimiento. Veía el amor de todos esos seres en una luz y esa luz se pasaba al enfermo. Estaba alrededor de él y permanecería allí para detener otras fuerzas. Esto es lo que era serenidad espiritual, una bendición en el espíritu. Era alrededor suyo donde ahora estaba la luz, como un muro espiritual, un bastión de fuerza del amor. Era grandioso lo que se me concedía contemplar allí. Los que ya vivían en el Más Allá y lo habían conocido en la tierra sabían que iba a morir, y él también lo sabía. Sentí en ello una conexión, un solo saber. El amor iba más allá de la tumba. Todos estos seres habían sido sacerdotes en la tierra y habían completado una vida hermosa. Lo adoptarían como uno de ellos, porque allí estaba su sitio, y que ya en la tierra estuviera conectado con esa irradiación, desde luego era algo especial, poca gente recibía algo así. El enfermo se había quedado dormido y me alejé en silencio. También los seres espirituales se habían disuelto para mí. Cuando llegué abajo, su esposa me preguntó cómo había encontrado a su marido.

—¿Falta mucho todavía?

—No —le dije—, ya no falta mucho. Pero ni yo sé exactamente cuándo será. Si es necesario, se lo diré.

La siguiente vez me tocó vivir otros milagros. Cuando entré, me pidieron esperar. Había llegado un sacerdote desde París, pero el enfermo solo le concedió un minuto. Sonreí y sentí que no quería perderse ni un segundo del tiempo que yo pasara con él. Al cabo de un minuto ya me mandaron llamar y entré en la habitación del enfermo. El paciente estaba muy contento y ardía en deseos de contarme algo. Lo sentí en cuanto lo vi.

—Escucha —me dijo—, siéntate. He planeado, Jozef, muy, pero muy alto, como tú. Fue precioso. He visto cosas bellas. —Cada vez esperaba un instante para recuperar el aliento y para ver lo sorprendido que yo estaría. Él estaba muy, muy feliz. Después siguió hablando—. Vi flores, oh, tan hermosas. No aquí, no, aquí no son tan hermosas. Estas eran diferentes. También

oí cánticos, preciosos, muy lindos.

Me asusté. Entonces, ¿sí habría oído esos cánticos?

—Cánticos preciosos —repetió—, oh, qué delicia. Bellas voces.

‘Asombroso’, pensé, ‘este hombre se ha convertido en un médium clariaudiente, clarividente y clarisintiente’. Por lo visto, esos dones le habían venido en el último momento de su vida. Lo entendí perfectamente. Sus sentimientos estaban haciendo la transición en el espíritu. Lógico que estuviera feliz. Así es como yo siempre lo veía y oía conscientemente, pero cuando lo contaba, la gente no me quería creer. Él, el sacerdote, ahora había quedado conectado con la vida eterna. Cuando terminó de hablar, tuvo los ojos llenos de lágrimas de tan conmovido que estaba.

—He visto a mucha gente —empezó de nuevo—. Hermosísimo, hermosísimo, bellas voces.

Al decirlo, miraba al Cristo, para dar gracias por todo al Hijo de Dios. Como de costumbre, me senté a su lado y lo traté. Alcar me avisó que estuviera atento, de nuevo se me iba a mostrar algo. Sentí como el sacerdote iba hundiéndose bajo mis manos. De repente vi un resplandor y en esa luz se manifestó un ser radiante. Se hacía cada vez más densa, de modo que la podía percibir claramente. Se trasladaba de la cabecera hacia el pie de la cama y me hizo entender que yo veía y sentía bien. Ahora vi en aquella luz una aparición, un espíritu joven de una belleza radiante. Sin querer estimé su edad y pensé que tendría entre treinta y cinco y treinta y siete años. Luego la imagen se desvaneció y vi otra. La propia aparición me mostró algo, vi una cuna, y en ella un niño muerto. Sobre la cuna planeaba el número diecisiete. El número estaba iluminado, de modo que lo apreciaba nítidamente. ‘¿Diecisiete?’, pensé.

—Meses —oí decir—, ¡fallecido!

De manera concisa pero enérgica se me dio esta verdad. No dejaba lugar a dudas y lo comprendí al instante cuando oí decir:

—¡Mi padre!

‘¿Mi padre?’, pensé. Dios mío, qué milagro tan grande. ¿Su padre? ¿Así que era hijo del sacerdote, un hijo que había dejado la tierra a corta edad? Alcar dijo entonces que lo había visto bien y me dispuse a esperar qué más sucedería. Un hijo que había dejado la tierra a los diecisiete meses de edad, ¿regresando a la edad de treinta y siete para venir a recoger a su propio padre? ¿Para ayudar a su padre a hacer la transición? Pero qué cosa tan extraordinaria. Era un misterio muy hondo, inescrutable para cualquier mente humana. ¡Cuánta sabiduría! Qué grande era esta ciencia y qué problema más grandioso. El niño había vivido, de modo que no estaba muerto; si no, le hubiera sido imposible manifestarse, y había crecido. Pero ¿dónde? ¿Era posible? Pero estaba viendo muy claramente a un ser bellissimo, una aparición espiritual. ¿No era

esto un misterio? Se me mostraba un misterio sobrenatural y se me conectaba con él. Un problema del que no se sabía nada en la tierra y que no era posible comprender. Con todo, era la verdad, porque lo estaba viendo. Eran problemas y leyes espirituales que uno solo llegaba a conocer después de la muerte, en la vida donde vivía mi líder espiritual junto con millones de otras personas. Precisamente allí donde se me había concedido estar ya varias veces y donde había crecido la aparición. Representaba una prueba contundente y poderosa de la pervivencia, si uno estuviera dispuesto a aceptarla. ¡Qué tesoro de verdad estaban poniendo en mis manos! Sentí que me venían a la cabeza centenares de preguntas y que a todas era capaz de responder yo mismo.

¿Y adónde fue a parar ahora la muerte con su poder? El ser humano se engañaba. ¿Y quién iba a seguir ahora creyendo todavía en la muerte? He aquí la vida joven, el niño dado por muerto, regresando a la tierra como un ángel para ayudar a su padre en la materia y para venir a buscarlo. ¿Qué hondura tenía ese problema y de dónde sacaba ese ser esta verdad? ¿Cómo sabía que su padre moriría? ¿Cómo es que tenía nociones de padre o madre si cuando partió no sabía qué significaba padre o madre? Aun así regresó, justo en este momento, ahora que su padre iba a morir y a hacer la transición a esa otra vida donde vivía su hijo.

Mi líder espiritual estaba diciéndome ahora que escuchara y oír decir a la hermosa criatura:

—He venido a recogerlo: se me ha permitido. Es la voluntad de Dios. Pregúntele a quien es mi madre si fallecí a esa edad, lo confirmará. El vínculo de amor me ha mantenido conectado con ellos. Un eterno vínculo de amor nos une, conecta a todas las personas con sus seres queridos que viven de este lado y que estarán esperándolos cuando también ellos hagan la transición. Se me concedió dejar la tierra a corta edad. Esto ya es una enorme gracia. Como ve, estoy vivo y me oye hablarle. Todo es la verdad sagrada. Convéncase y pregúntele a ella.

Había estado escuchado a esta aparición con admiración, profundamente conmovido por este acontecimiento. Todavía alcancé a oír decir:

—Crecí en las esferas de luz, porque debe saber que la vida es eterna. Pienso como piensa usted y vivo en el espíritu. A usted lo veo y lo oigo, y puedo conectarme con su vida. Sé que quien yace allí es mi padre, mi padre en la materia. Sin embargo, tenemos y conocemos a un solo Padre y ese es Dios. Le agradezco que haya querido escucharme y abrir para mí sus ojos interiores. También le agradezco el amor que le ha dado. Dele las gracias también a quien es mi madre por todo su amor. Siento y recibo su amor, porque estoy vivo y porque siempre seguiré estando conectado con ellos. Sé que me aman y que algún día volveremos a vernos, para siempre, para siempre. Este momento es sagrado para mí, no lo olvide nunca. ¿Podría decirselo

también a ellos, a todos mis seres queridos? Vivo en las esferas de luz y también mi padre poseerá luz y felicidad. Luego estará conmigo y todo esto es la voluntad sagrada de Dios, ¡que se haga Su voluntad! Es la verdad y por ser verdad es sagrada, y la gente inclinará la cabeza ante Él, que es el Padre de todos nosotros. Para usted es una enorme gracia poder vivir esto. Desde este lado exclamo, a usted y a toda la gente: no teman la muerte, vivimos en una belleza celestial. Usted verá luz cuando en su interior haya luz. Todo esto es amor, amor sagrado. Permaneceré junto a él hasta el final. Se va a enterrar su vestidura terrenal, pero su cuerpo espiritual regresará a la vida, la vida que es Dios. No hay ser humano que pueda cambiar esto. Váyase ahora, yo lo velaré, nada perturbará su serenidad. Le doy las gracias.

Vi que a continuación la aparición se retiró, disolviéndose. Me sentí planeando, ya no me sentía a mí mismo, porque había vivido algo sagrado. Antes de irme le di las gracias a Dios por todo lo que había recibido. Después me despedí de mi querido amigo, hermano y padre. Llegado abajo, le pregunté a la madre de la aparición, la esposa del sacerdote, por la verdad de este problema.

—¿Tuvo un hijo —le pregunté—, que murió a la edad de diecisiete meses? ¿Un varón? ¿Es posible que el niño, de haber seguido viviendo, tuviera ahora treinta y siete años?

No había razones para dudar de la verdad, porque rompió a llorar.

—Sí —dijo—, nuestro pequeño murió así de joven.

‘Mira’, pensé, ‘qué milagro’. Qué grande era esta verdad, qué sagrado era todo.

Entonces oí decir a Alcar:

—Dile que has hablado con su hijo, debe saberlo. Y entonces proseguí:

—Acabo de experimentar algo hermoso. Su hijo se manifestó ante su padre. Pero me di cuenta de que no sabía o no comprendía lo que era manifestarse, y que no debía continuar, esto era demasiado hondo, demasiado irreal. La gente no podía aceptar cosas sobrenaturales, así que me despedí de ella.

En toda la mañana no tuve el valor de seguir reflexionando sobre este problema. Para eso tenía que estar tranquilo, también a mí me había conmovido. Me rondaban por la cabeza muchos problemas, veía profundidades y panoramas en el aún tan desconocido horizonte humano. Algo terrible enturbiaba todo este esplendor, toda esta belleza, y esto era la muerte. Esta imagen lo destruía todo, impidiéndole al ser humano aceptar la vida eterna. La gente se encogía de hombros y regresaba a sus preocupaciones cotidianas. La muerte destruía la felicidad de la gente, traía pena y dolor, a pesar de que solo podía significar una gran dicha. Colocaba su velo mortuario delante de la luz eterna y hacía borrosa la verdad sagrada, y solo porque la propia gente lo quería. La gente la amaba y no quería ver la luz. Pero aquí se hacía

patente la verdad de que la muerte significaba la vida. Un niño de diecisiete meses regresaba ya de mayor y decía haber crecido en las esferas de luz, en la vida eterna. Ese niño vivía en una belleza celestial. Ay, muerte, desaparece de la tierra y no destruyas la felicidad de la gente. Vete y guarda tu guadaña, porque eres amor. Radia hacia la gente tu luz eterna, tu ardor solar, y esparce flores en su sendero iluminando sus caminos donde antes sembrabas perdición. Oh, muerte, ¿dónde están ahora tu poder, vejez y horror? Usted es como el niño, el niño que dejó la tierra y que regresó como un joven. En ustedes, seres humanos de la tierra, radica esta verdad. Ustedes viven en la materia y poseen la sintonización eterna. La vida eterna arde en sus almas, la muerte se derrite y se evapora, incluso se disuelve y continúa, siempre más alto, hasta que la vida haya llegado a las alturas más elevadas y sienta a Dios. Justo allí donde creció el hijo del sacerdote. Guarda tu vestidura negra, no es más que apariencia. Nosotros conocemos la verdad de la vida eterna, porque nos la acaban de mostrar. Es imposible cambiar nada en esto.

Sentía yo que se acercaba un tiempo en que el ser humano ya no querría conocer a la muerte, en que decaería su existencia y se alteraría su ser. Su reino de tenebrosidad estaba viniéndose abajo; no podía existir más tiempo. El propio ser humano la estaba destronando. Ya era hora de que dejara de amargar la vida terrenal. El ser humano iba a saber que no había muerte y que solo la vida era realidad. Por fin, la pena y el dolor se estaban transformando en felicidad y en una convivencia eterna al otro lado. Eran llamativas todas las pruebas de ello, y qué grande era esta sabiduría. Qué asombrosamente hondo, qué poderoso resultaba ser todo. Regresaba un niño que había dejado la tierra a temprana edad, porque sabía que iba a morir su padre. Los diecisiete meses y los treinta y siete años abarcaban una sola vida. Para el ser humano en la tierra, todo eso tan grandioso lo cubría un velo, pero yo veía a través de él y lo comprendía todo. Gracias a Dios que ahora podemos exclamarlo con aquellos que nos precedieron, que regresaron a nosotros para decírnoslo. Gritan muy fuerte: “¡No hay muerte, no hay más que vida!”. Oh Dios, qué verdad tan inmensa y qué felicidad tan grande le das a los seres humanos. Pero no aceptarán esa verdad hasta no ver con sus propios ojos. No quieren ni pueden aceptar y temen que su propia construcción de ciencia se desplome. Prefieren creer en ese ser preanimal, en una muerte que los hace miedosos y que les trae pena y dolor, cuando podría reinar la felicidad. Duermen su profundo sueño espiritual y seguirán durmiendo. No oyen esa voz tenue pero clara; no quieren oírla y la pequeña morada de su alma está y seguirá cerrada.

¿Tiene que seguir existiendo la muerte? ¿Tiene que seguir amargando la felicidad de la gente? ¿No es entonces algo feliz poder recibir la verdad ya en la tierra y precisamente por mediación de aquellos que partieron antes que nosotros? Vamos, abre tu casa y recibe la vida. Puede que sea tu hijo, herma-

na, hermano, padre o madre quien pida poder entrar. ¿No nos da esta certeza la fuerza para echarnos al hombro todo lo que Dios nos hace cargar? ¿No nos responde a nuestra pregunta de dónde están nuestros difuntos? ¿Están vivos? ¿Desde cuándo no lleva preguntádoselo el ser humano? Ahora recibimos noticias de ellos, de nuestros seres queridos. ¿No nos dice eso que el amor nos conecta y que nos dejará conectados así eternamente?

La cabeza del sacerdote estaba rodeada de un halo de verdad espiritual, tejido por su propio hijo. Gracias a él estábamos descubriendo la vida eterna. Cuando alguno de los que lo aman acepte ese mensaje y la muerte se disuelva, habrá valido la pena el esfuerzo, quedará compensado el regreso de su hijo.

Había descubierto yo en el sacerdote un gran espiritista, aunque él no se considerara así. Pero lo era en cuerpo y alma, porque era espíritu y además estaba vivo. Precisamente esto es el espiritualismo. Y esto es lo que el ser humano llama obra del diablo y a lo que se le tiene miedo. La gente no entendía el espiritualismo ni la muerte, pero ambos significaban espíritu y vida. Por todo esto, el ser humano descubría un espiritualismo sagrado. Todas las desgracias se disolvían en él y la muerte se convertía en “vida”, sonriendo levemente, como la dulce sonrisa de un niño. El diablo que se escondía tras el espiritualismo se había transformado en un ser celestial. La muerte se fundía con él, ambos eran uno solo, hermanos en el espíritu. Podría haber seguido reflexionando horas y horas, no parecían tener final, porque el final de este asombroso acontecimiento, de este problema, estaba en la eternidad. Allí es donde estaba; el problema era el ser humano, el hijo de Dios.

Aún no había recibido todo; aún ignoraba verdades y milagros cada vez más grandes que los que había recibido hasta el momento. Pero pronto experimentaría también estos. Llegó la mañana del sábado y como de costumbre fui a ver al enfermo. Ahora tenía en los ojos un brillo que yo había observado en las esferas de luz, donde los ángeles que permanecían allí. Este brillo se observaba también en los niños; estos pequeños seres irradiaban la pureza del alma. Me encontraba delante de su cama cuando el sacerdote abrió los ojos. Me inundó una oleada de amor: dos ojos que sondaban, dos ojos que sentían, dos ojos que me enviaban amor y que hablaban de partir. Se fueron cerrando muy suavemente, muy despacio y supe: estaban cerrándose a esta tierra. Me estremecí. ¿No volverían a abrirse para mí? ‘Cómo has cambiado’, pensé, ‘mi querido amigo y padre’. Ahora ya será rápido. Me acordé de los inicios, cuando mi paciente vino a verme y mi líder espiritual Alcar me transmitió el mensaje del inminente fin. Qué verdadero todo. Qué puro, y qué poder se escondía en este acontecimiento. Cuando querían, los espíritus lo sabían todo y eran capaces de saberlo todo del ser humano. ¿Volverían a hablar sus labios? ¿Volverían a mirarme alguna vez esos dulces ojos azules? En realidad, ¿ya no volverían a abrirse? Los pocos pasos desde detrás de la cama, donde

me encontraba de pie, hasta el lugar donde siempre me sentaba, me parecían una eternidad. Lo sentía, algo surgía en mí que me decía que ya no volvería a hablar o mirar. En él yacía la paz eterna y esa paz me era transmitida. A su lado seguía velando el joven ser celestial, su hijo, que la gente creía muerto. Yo veía y sentía al ser, que había posado sus bellas manos en la cabeza de su padre. Una gran luz radiaba hacia el sacerdote. Con esta luz, que le rodeaba y llenaba, haría la transición. Amanecería y viviría en las esferas de felicidad y amor. Sentía yo el silencio del espíritu y en este estado sólo se podía sentir; la palabra hablada perturbaría la serenidad. Recé con fervor para que ya no durara mucho. ¡Qué sublime era este lecho de muerte! La aparición emanaba la paciencia de la eternidad. Sus limpias manos irradiaban esa luz. El sacerdote estaba sumido en un profundo sueño; el magnetismo sanador lo había arrullado. Habían transcurrido algunos minutos cuando ya oí que tenía que parar. Era mi líder espiritual quien me transmitía este mensaje. También oí: “Despídete de él, Jozef”. Pensé: ‘¿hará la transición entonces?’. “Pronto lo sabrás, ¡márchate ya!”. Miré por última vez a quien había sido un amigo y un padre para mí.

—Adiós, honrado sacerdote, muchos lo echarán de menos.

Me detuve en la puerta. ¿Volverían a abrirse los ojos? ¿Ya no dirán nada esos labios? ¿Ya no tienen nada que decir? Yacía allí como una escultura de mármol. Pareciera que se le hubiera dormido hasta la respiración. Me veía obligado a abandonar algo hermoso, pero a cambio recibiría algo aún más hermoso. Aunque de eso todavía no sabía nada; todo eso lo experimentaría más tarde. Allí yacía un ser humano, digno de llevar ese nombre. Qué hermoso era entonces un ser humano; así estaba radiante, habiéndose despertado al cosmos. Miren, entonces el ser humano era hijo de Dios, tal como Dios quería ver a todos Sus hijos. Qué maravilloso sería el mundo si todos los seres humanos fueran así. En ese momento sentí necesidad de marcharme; Alcar me mandó salir de la habitación. Abajo volvieron a preguntarme si todavía faltaba mucho, pero seguía sin saber nada; les deseé fuerza y ánimo, y me fui.

Poder vivir todo esto era sin duda una enorme gracia. Sentirlo suponía felicidad espiritual, poder verlo era aún más asombroso. El sacerdote era como un niño, era padre, pastor de almas y amigo para todo aquel que necesitara su ayuda. Como niño entraría en las esferas de luz, como padre y pastor de almas era la fuerza motriz y el ángel salvador. En él vi el símbolo de la felicidad y de la verdadera humanidad. Los rayos de la vida eterna alimentaban su conciencia diurna, en ella había vivido.

El domingo y el lunes pasaron volando, sin que supiera nada de él. El lunes por la noche, como de costumbre, atendería a otro paciente. El hombre llegó muy puntual. Pero durante el tratamiento experimenté las cosas más asombrosas, como no las había vivido antes a través de mi mediumnidad. Sentí

una incidencia diferente, también intensa. Esa incidencia no era la habitual y me puse a pensar qué era lo que podría significar. El hombre al que estaba tratando no sintió nada, era algo solo para mí. Me concentré en mi líder espiritual y oí decir a Alcar:

—Mira a tu alrededor, Jozef, mira quién está allí.

‘¿Que quién está aquí?’, pensé.

—Mira quién ha llegado —oí de nuevo—. ¡Mira quién tienes a tu lado!

Me sintonicé espiritualmente, observé y me asusté mucho. ¿Estaba viendo bien? A mi lado estaba el sacerdote. ¡Estaba radiante! ‘Dios mío’, pensé, ‘¿y ahora qué me va a tocar vivir?’. ‘¿Será posible?’.

—¿Ya falleciste? ¿Estaré viendo bien? —pregunté. Entonces oí una voz suave, que reconocí y que había llegado a querer tanto, que me dijo:

—¿Me ves, Jozef?

—Sí —respondí— lo veo; qué asombroso.

—¿Me estás oyendo, Jozef?

—¡Lo oigo, sí, lo oigo! ¿Ya falleció?

Entonces oí decirle claramente:

—No, todavía no.

‘Oh, qué problema’, pensé. El espíritu del sacerdote X estaba allí delante de mí. Era un acontecimiento poco común, porque los que saben manifestarse de manera directa sin duda poseen un bien interior grande. Las personas así entran muy conscientemente en la vida eterna.

—Jozef —dijo—, ¡estoy planeando, estoy planeando! Ahora voy a morir, oh, qué hermoso es esto, Jozef. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto que lo ayudaré.

Pensé que me tragaba la tierra. Lo vi sonreírse, con su peculiar sonrisa hermosa. No la había perdido ni en esa otra vida. Qué asombroso era todo; no encontraba palabras. Me revoloteaban los pensamientos por la mente, ya apenas conseguía concentrarme. En ese momento sentí que me estaba ayudando Alcar. ¡Qué bello era él! A su lado vi a un ser joven y precioso, al que yo conocía. ‘Lo que faltaba’, pensé, ‘ese es su hijo, cómo es posible’. El sacerdote parecía ya haber rejuvenecido y aun así seguía conectado con su vestidura material. Padre e hijo ya estaban unidos. Este momento era inolvidable. Mucho le habría gustado mostrarse a todos sus seres queridos, pero no era posible. Aquí, a mi lado, estaba el sacerdote junto a su propio hijo. Sin embargo, tendría que regresar de nuevo, pero ya no faltaba mucho para que quedara libre de los lazos terrenales, pudiendo irse a donde quisiera. El ser humano moribundo se había desdoblado de su cuerpo. ¿No era asombroso?

—Alcar —oí que dijo—, Alcar está aquí, lo he visto. Precioso, Jozef.

Todavía seguía a mi lado, estaba más vivo que nunca. Nunca antes había vivido yo semejante milagro. Había visto a muchos hacer la transición, pero

ninguno poseía el bien que él resultó poseer. Irradiaba la paz eterna. Sentí que el corazón me palpitaba mucho. No había cambiado en nada, solo había rejuvenecido. El sacerdote me miró y dijo:

— Los libros, Jozef, ¡todo es la verdad! ¡Estupendo!

Esto era demasiado para mí; aún no había pensado en eso. ¡Que desde el Más Allá vinieran a contarme de ello!

—Todavía no puedo decir mucho, Jozef —prosiguió el sacerdote—, todo lo que contienen es la verdad, Jozef. —Le corrían gruesas lágrimas de felicidad por las mejillas, por poder comunicarme todo esto—. Ahora tengo que irme —oí que dijo—, pero volveré.

Las apariciones del sacerdote X y de su hijo se disolvieron ante mis ojos y supe adónde iban. Otra vez a su vestidura material para vivir sus últimas horas en la tierra.

Cómo le estaba agradecido a Dios por que se me hubiera concedido contemplar algo tan bello y elevado. Cómo debemos agradecer todos a Dios que se nos concedan esas pruebas de la pervivencia. Gracias a Él recibía pruebas en las que jamás habría pensado, y todo esto servía para convencer a la humanidad de una vida después de la muerte. Todo esto ocurrió al mismo tiempo que trataba a mi paciente, que no notó nada, ni sintió o vio nada. Todo sucedió sin que se diera cuenta, porque no estaba “conectado”. ‘¿Me creería’, pensé, ‘si le dijera lo que hace un instante se me concedió experimentar?’. El hombre se lo pensaría dos veces, para al final no ser capaz de decir nada, dada su incapacidad de resolver este misterio. Todo esto era demasiado profundo para él. Había estado yo conectado con tres seres: atendía a un ser humano, quitándole los dolores con los que había llegado, y hablaba con seres en el espíritu, de los cuales uno estaba muriéndose. ¡Qué milagro de la fuerza de la naturaleza! Pero todo era sencillo al conocer y ver esas fuerzas, al oírlas y sentir las, cuando se quería aceptar. Si se poseía la vista para ver, el oído para oír, para poder captar sus voces claras pero tenues, entonces todos estos problemas dejaban de ser problemas y el milagro un milagro, y eran, en cambio, fuerzas humanas del espíritu, entonces era el amor que poseía el ser. Para mí, este problema se había resuelto, convirtiéndose en un acontecimiento natural. Pero quien no pueda verlo o sentirlo se reirá de todo. Quien no posea esta sintonización se reirá, pero se reirá de su propia necesidad.

Seres humanos en la tierra, ¿no les dice nada esto? ¿No los hace felices? ¿Aceptan que tienen la vida eterna? ¿Aceptan que avanzaremos cada vez más y que seguiremos nuestro camino, que evolucionarán de un planeta al otro? ¿Sienten que la vida en la tierra ya es la eternidad? ¿Sienten que la vida eterna está en nosotros? ¿No les demuestran estas pruebas que aquellos que murieron en la tierra viven en otro estado? Depende de nosotros que puedan darnos esas pruebas. Tenemos que abrirnos, tenemos que abrir las puertas de nuestra

morada del alma. Entonces recibiremos, recibiremos mucho, muchísima belleza. Nuestros seres queridos volverán para asistirnos en nuestras últimas horas. Nos ofrecen pruebas de que nos están esperando. No se rían, entonces, de un conocimiento que no sienten en su interior, ni conocen. No se rían de otra religión ni maldigan a otro ser humano, porque así maldicen su propia sintonización eterna. Vivan una vida en el espíritu y les caerán encima los tesoros del espíritu. Entonces las puertas del infierno no se abrirán para ustedes, porque están esperándoles las esferas de luz. Pero el ser humano se maldice a sí mismo cuando solo piensa en su vida material, dejando morir su ser interior, ese cuerpo eterno, de hambre espiritual. Sucumbir espiritualmente equivale a entrar en andrajos en la tierra de la paz eterna. Ya han pasado miles de años y el ser humano sigue riéndose de todos estos milagros. Sigue burlándose de esos milagros y los eruditos siguen sintiéndose “eruditos”.

¿Oyen a los espíritus llamando a la puerta? Llaman a la puerta de su morada, pero ustedes no quieren dejarlos entrar y aun así ellos les piden que la abran. Unos llaman con suavidad, otros con mucha fuerza. Todos llaman, pero el ser humano mantiene cerrada la puerta de su morada espiritual. No deja entrar a nadie. Oh, ser humano, no tengas miedo, no destruirán nada, no traen más que amor, entran con delicadeza y traen sabiduría espiritual. Te traen luz, mucha, muchísima luz y saludos de tus seres queridos, que partieron antes que tú. Pero la gente dice: no quiero tener nada que ver con todo eso. Atrancan sus puertas y no quieren hablar de eso. Las llamadas a la puerta empiezan a aburrirles, viven en una época moderna y no necesitan ese amor, porque tienen su propio amor. Pero ¿cuál? ¡El amor propio! Entonces se cierra la puerta y desaparece el espíritu. Y los pocos que la abrieron, pronto se olvidaron, o se decepcionaron, porque el amor que trae el espíritu sobrepasa su entendimiento. Esa vida no la quieren; no pueden comprender aquel amor, porque se paga caro y requiere demasiada lucha. Para el amor espiritual uno tiene que perderse a sí mismo, tiene que deponer su personalidad entera. Pero la gente sigue siendo sorda y dura; no quieren sentir aquel amor ni quieren oír esas llamadas en la puerta. No es posible convencerlos. Ven en los espíritus a “extraños” y no quieren tener nada que ver con ellos. Pero si quieren ver bien y claro, entonces tendrán delante de ellos a su madre o padre, a su hermana o hermano. Son ellos los que regresan, con el corazón colmado de amor para que también reciban calor, pero a un muerto así no se le quiere conocer. Aun así, todos regresarán, una y otra vez, hasta que las puertas permanezcan abiertas para la eternidad. Solo entonces el espíritu podrá descansar y estarán todos unidos. Entonces la iglesia y el espiritualismo serán uno solo y la muerte se habrá transformado en “vida”.

¿Acaso no son entrañables quienes vuelven con nosotros? ¿Acaso no merece la pena reflexionar alguna vez sobre todo esto? Aquí es un niño el que llam-

aba a la puerta, y gracias a Dios fue escuchado. Todo esto hay que sentirlo intensamente. Saquen sus antenas espirituales y palpén esa vida invisible; hay miles que les ayudarán. Si sienten, verán y esta forma de ver es como saber. Solo entonces se rompe el corazón humano y solo entonces el hombre inclina la cabeza. Muchos dan media vuelta a tiempo, otros llegan tarde. En sus vidas oscuras todo esto podría ser alimento espiritual, para llevar la luz. ‘Qué cierto es todo’, pensé, ‘tan cierto como que el ser humano posee un corazón y sabe que es un ser humano’. Pero al hombre como ser humano realmente vivo no se le conoce; ¿no es terrible? El ser humano realmente vivo tiene que contarle al que está cerrado que está muerto en vida. Esa profundidad del alma es insondable para el ser humano. No puede aceptar la vida invisible y aun así esta vive en él, en realidad él mismo es ese gran problema. Y sin embargo maldice y sigue maldiciendo todo lo que no entiende, y por tanto también a sí mismo. Cuando regresan con nosotros los espíritus que han llegado a conocer esa vida eterna, ¿debemos cerrar entonces los ojos a ello? ¿Podemos soltarles: “No llamen a nuestra puerta”? ¿No podemos dejarlos entrar un momento? Nos llevarán a regiones ignotas y nos mostrarán panoramas hermosos y nuevos, en todo su esplendor. Hablarán del esplendor de la naturaleza y de la belleza, y nos guiarán por los mares, salvando peligrosos escollos, y sabrán evitar las tempestades. Después de que se marchara mi paciente, Alcar me dijo que tenía que dejar constancia escrita de las pruebas recibidas. Le conté a un amigo y a mi esposa lo que había vivido y que el sacerdote moriría esa noche. A la mañana siguiente, después de vestirme, lo vi. Caminé a la sala de estar y sentí que me empezaba a incidir la influencia. Cuando entré en la sala, vi el espíritu del sacerdote X junto a la figura de Cristo. Me asusté y me quedé tieso. Lo tenía delante de mí en una túnica radiante y me miraba con esa gloriosa sonrisa suya en el rostro. Me dejé caer en el sofá y sentí que se me conectaba con él. Allí estaba mi amigo, ¡había fallecido en la tierra! Había dicho adiós a la vida terrenal. ¡Ahora era espíritu para siempre!

—Ya fallecí —oí que dijo—, anoche. Oh, ¡qué hermoso es esto!

Lloré, profundamente conmovido por tanta belleza y santidad, y asentí con la cabeza, pero no pude pronunciar palabra, me sentía desbordado.

—He muerto y estoy vivo, —dijo otra vez—. Jozef, ¡estoy planeando! Jozef, ¡vine planeando hasta aquí! —repite—. Nadie lo sabe, salvo tú. Hablar poco todavía.

Había hablado entrecortado, palabra por palabra. Vi que alzó la mirada. El sacerdote contemplaba el cosmos infinito; allí iría al encuentro de su paz eterna, al encuentro de lo que poseía en la vida después de la muerte. Ya se había alejado mucho de la tierra. La luz que irradiaba era el amor que llevaba dentro. ¡Hacia el amor, la luz y la felicidad!

—¿Adónde va ahora? —pregunté después de un rato.

—Voy a dormir deliciosamente —respondió—, estoy cansado.

Entonces vi que le hablaba mi líder espiritual; el sacerdote le dirigió la mirada y se fue.

—Adiós, mi Jozef —le oí decir todavía—, volveré. —

Y se disolvió ante mis ojos. Todo esto era indescriptiblemente bello.

Esa misma tarde, en todos los periódicos abundaban las noticias sobre su partida. Todo el mundo que lo había conocido lo elogiaba por la nobleza de sus sentimientos humanos. Había partido un gran sacerdote, padre y amigo; era irremplazable. Había sentido su propia muerte con anticipación; yo nunca antes había vivido un lecho de muerte que se pareciera. Algo así no me volvería a suceder pronto.

Pasaron dos semanas. Una tarde, estando tranquilamente en mi habitación, vi de pronto al sacerdote. Me advirtió Alcar y me conectó con él. Se me acercó sonriendo.

—Ya pasó todo —dijo—, estoy despierto, despierto para la eternidad.

Me pasó el brazo por los hombros sin decir nada. Muy sumido en sus pensamientos estaba ahí, y sentí en lo que pensaba. Me iba pasando por delante la película de toda una vida. Entonces vi llegar el momento de nuestra conexión: contenía partes bellas, demasiado bellas para ser olvidadas nunca. Luego vi su fallecimiento y la entrada en el mundo espiritual.

Todo era grandioso, formidable y profundo. Estaba como un filósofo a mi lado. Había obtenido esa sabiduría en la vida y ahora era su posesión. Me mostró muchos estados en el espíritu donde ya había estado. Desvinculado de la tierra vivía en la tercera esfera. Solo faltaba una esfera para que entrara en la Tierra Estival. Después me mostró otra imagen. Era la imagen de la mujer que me lo había presentado.

—Dale las gracias y saluda a todos los demás. Vivo y soy feliz. Hasta la vista, Jozef, volveré.

Estaba llegando el momento de que me pusiera a describir todo esto. Después de recibir el mensaje de Alcar, vi al sacerdote junto a mi líder espiritual. Estaba contento de poder regresar a mí y de poder vivir todo eso desde el otro lado. Se sentó junto a mi escritorio y cuando terminó volvió a marcharse. Todavía no tenía mucho que contar.

—Más tarde —dijo—, primero tengo que asimilar muchas cosas; ¡primero hay que ver todo!

No podía describirme su esfera. No era hombre de muchas palabras y le quedaba por conocer a fondo la vida espiritual. Pero yo conocía la tercera esfera, había estado allí con mi líder espiritual, y también conocía la felicidad que poseen quienes viven allí. Todos son espíritus de la luz y poseen amor, amor limpio. ¿Qué más debo añadir? Las pruebas hablan por sí solas. A todos los amigos y parientes les digo en voz alta desde este lugar:

—Su sacerdote querido vive y es feliz. Lo volverán a ver, porque no los olvidará. Si esto pudiera convencer a uno solo de ustedes, entonces él y su hijo serán felices. Los espera y les agradece su amor.

He transmitido todo esto en verdad, tal como se me concedió vivirlo.

*Quien se llama maestro en la tierra  
Es el discípulo al otro lado.*

Alcar

## No hay muerte, solo hay vida

Un día recibí la visita de una paciente que me pidió hacer un diagnóstico. El diagnóstico, que se me permitió determinar a través de mi líder espiritual Alcar, consistió en: “Nada que hacer, pero puedes mitigar su dolor”. Pensé: ‘¿Cómo se lo digo?’. Pero mientras todavía estaba dándole vueltas, me interrumpió y dijo:

—Sé lo que me va a decir.

La miré y pensé: ‘¿Será que conoce su estado?’.

—Los médicos —dijo— me han desahuciado, con eso se lo digo todo.

Era abrumador; no era común ver entre la gente tanto valor para enfrentar su enfermedad y para aceptar esta fatalidad. Exigía fuerza y personalidad. Después me preguntó:

—Pero sí podrá aliviarme un poco, ¿verdad?

Me pregunté si sería clarividente y clariaudiente, por haber adoptado con tanta precisión mis pensamientos y el diagnóstico. Indudablemente, era muy sensitiva y extremadamente sensible. Le respondí:

—No puedo devolverla a su estado anterior, pero seguro que le ofreceré alivio.

La señora se sometió a mi tratamiento, pero pasados dos meses ya tuve que ir a tratarla a su casa, porque le resultaba demasiado fatigoso desplazarse para venir a verme. Su enfermedad fue agravándose a ojos vistas. Le conté que mi primer libro estaba por salir y fue la primera persona que lo encargó. Pero cuál no fue mi sorpresa cuando mi líder espiritual dijo en el mismo instante:

—¡Ya no lo leerá!

Sus palabras fueron breves pero contundentes. ‘Que ya no lo leerá’, pensé, ‘entonces hará la transición dentro de poco’, dado que mi libro ya aparecería en dos meses. Era un mensaje muy llamativo, era sobre la muerte de mi paciente, con quien había trabado una entrañable amistad. Pero no dudé ni por un momento de lo que mi líder espiritual me había contado, aunque naturalmente, no hablé con ella de esto. Jeanne, como se llamaba, estaba convencida de una pervivencia y a menudo teníamos conversaciones maravillosas. Me hablaba mucho de su vida, pero siempre volvía sobre la vida después de la muerte; era lo que más le interesaba. La llegué a conocer como una mujer con mucha personalidad. Era grande en sus puntos de vista, pues de la vida había aprendido a asimilar las fuerzas buenas. Cuando me contaba sobre su vida era como una niña pequeña, aunque ya tuviera más de cincuenta años. Interiormente llevaba un gran tesoro, era sencilla y estaba llena de amor por todo aquel que se le acercara; era suave de sentimientos y estaba dispuesta

a ayudar a los demás. Solía decir: “Nunca se sabe cómo podrás necesitarlos algún día tú misma, siempre lo he tenido en cuenta”.

Una mañana me dijo:

—Cuando haya llegado al Más Allá, vendré a visitarte desde ese mundo. Porque me verás, ¿no? ¿O crees que no?

No dije nada, pero sonreí y pensé: ‘¿De dónde sacará un ser humano, una persona enferma, semejantes pensamientos?’.

—Sí, mejor no te rías, volveré a la tierra —prosiguió—. Jozef, ¿no te parecería maravilloso? Imagínatelo: qué hermoso, qué maravilloso poder vivir eso. Pero —continuó—, si se concede, porque allí uno no puede hacer lo que se le antoje. He leído bastante sobre eso y sé mucho de ello, conozco las dificultades inherentes. Cuántos no dicen que volverán, pero después ni se los ve, ni se los oye. Otros vienen a manifestarse a sus familiares y dicen que son felices y que viven. Sí, la vida allí debe ser asombrosa. La gente debería ahondar en ella, pero a la mayoría le da miedo hacerlo. Es maravilloso estar allí, saber que estás vivo y que todavía recuerdes todo de tu vida terrenal, ¿no te parece?

—Sí —dije—, es magnífico y te hace sentir feliz.

—Tienes que haber llevado una buena vida —continuó Jeanne—, de otra manera no es posible. ¿Tú qué piensas?

—Lo mismo que tú —respondí, pero entretanto estaba pensando en otras cosas. Porque estaba oyendo palabras bellas y mucha gente podría tomarlas como ejemplo. Yo conocía a gente que no tenía ninguna enfermedad reseñable, pero que ya tenía miedo de morir. Jeanne hablaba de la muerte como de una verdadera amiga; albergaba mucha fuerza, era la convicción de la otra vida.

Agregué:

—Allí es como dices tú misma. La fuerza para volver a la tierra hay que llevarla dentro. No todos los que llegan allí pueden conectarse sin más con el hombre en la tierra. Entraña mucha dificultad y tenemos que aprenderla. Son leyes, Jeanne, es un bien espiritual, es amor que debemos sentir por toda la vida creada por Dios. Por eso hay tanta gente que no puede volver; no se conocía a sí misma. Aunque estén en la esfera de la tierra, no poseen ni conocen esas fuerzas para llegar al hombre material. Deambulan por nuestro entorno y esperan con dolor el momento en que puedan ser conectados. Es una situación terrible; vivirla significa mucha lucha, mucha pena y mucho dolor. Pensaban que la vida en el espíritu sería como esta vida, pero no es cierto. Depende de la irradiación, que se debe poseer, y que es la fuerza del amor, la personalidad, o como se quiera llamar. En el otro lado viven seres humanos que ni siquiera saben que han muerto en la tierra. Ya te estarás dando cuenta de lo alejados de la verdad que están estos seres. Primero tie-

nen que poder imaginarse que se han despojado de su cuerpo terrenal, y eso es muy difícil. Oh, si la gente supiera lo natural que es la vida al otro lado, qué real, qué humana; entonces ya empezaría a vivir de otra forma y querría llegar a conocerse a sí misma. Pero vive de forma terrenal y quien viva así no puede conectarse desde esa vida con una persona en la tierra. Sin embargo, también a ellos se les ayuda, para eso existen los espíritus más elevados. Son ellos quienes los acompañan a la tierra, para conectarlos con sus familiares. Pero para poder conectarse por fuerza propia, para eso se necesitan posesiones espirituales.

—Jozef, ¿no te parece triste que uno ni siquiera sepa que ha muerto en la tierra? A mí me parece algo horrible.

—Es que lo es, Jeanne, es pobreza espiritual. Son personas que se han olvidado de sí mismas y que nunca han pensado en la pervivencia.

—Entonces soy una afortunada, Jozef, porque ya sé mucho de eso y ni siquiera temo a la muerte.

Jeanne estaba sumida en pensamientos y continuó hablando mentalmente.

—¿Por qué —la oí decir—, por qué y para qué la gente no quiere ser convencida? Cuando oyen hablar de la muerte, ya tiemblan de miedo y, sin embargo, puede ser algo tan hermoso.

—Jeanne, ¿qué quieres decir con que puede ser hermoso?

—Pensaba en este mundo. Aquí podría ser tan hermoso si las personas supiesen, sí, si supiesen que continuarán viviendo y quisieran sintonizar con esa otra vida. Entonces no habría tantas desgracias, habría felicidad para todos, una enorme y formidable felicidad, no matarían a sus prójimos y amarían todo lo que vive. Así me imagino la tierra y en eso pensaba.

Jeanne era una luchadora por el bien. Lo que ella manifestaba eran mis pensamientos y yo quería dedicar todo mi interior a ese objetivo. Sí, entonces la tierra sería hermosa y todos serían hijos de Dios.

—Oh —continuó Jeanne—, no sé adónde llegaré, ni si poseo luz u oscuridad, pero una cosa sí sé: nunca he sido mala. Nunca le he hecho mal a nadie, al menos no conscientemente. Cuando la gente hablaba de mí o cuando hacía que me enfadara, me iba y no hacía caso. Entonces uno sigue siendo uno mismo, ¿entiendes?, y no pueden entenderte, porque entonces los dominas. Eso lo aprendí de mi madre. Era valiente y sabia, y sensible. Las personas que no sepan hacer eso todavía lo tendrán que aprender. Pero ese aprendizaje no es tan sencillo, toma media vida, y ni así lo consiguen. Se enojan por nada y en la vida allá no debemos enojarnos, porque allí solo reina la paz. Si allí no fuera así, no valdría la pena que viviéramos. No, Jozef, mala no he sido, al menos no a propósito. Pero el ser humano comete pecados sin darse cuenta, ¿cierto, o no? Y a veces son muy grandes, y tenemos que enmendarlos. Dios seguro que sabrá cuál es mi rinconcito. Cada persona ve luz y recibe su lugar

según cómo haya vivido. Se asigna su propio lugar en el Más Allá. Así lo siento yo, así tiene que ser. ¿No es así, Jozef?

—Así es, Jeanne. —Me preguntaba de dónde sacaría ella toda esa sabiduría—. Dios conoce —continuó— a todas las personas. Ni una sola podrá esconderse. No hay caja fuerte o edificio con suficiente grosor que Dios no pueda atravesar con su mirada. Él conoce a todos sus hijos.

—Es tan maravilloso poder hablar contigo de estas cosas, no me aburre nunca y siempre puedes seguir hablando de ellas. Es entonces cuando te das cuenta de que vives y vuelves a sentir fluir la sangre. Hay que darle la cara a la vida, decía mi madre, y no tener miedo cuando las cosas no llegan como las queremos. Sí, mi madre era sensata. ¡Oh! —continuó—, no temo la muerte, aunque ya tuviera que emprender mañana ese viaje desconocido, ¡cuanto antes, mejor! Y tampoco es que esta tierra sea tan grata. Uno trabaja día y noche y nunca se tiene descanso, a uno siempre le rodean las desgracias. En mi vida ha habido poco sol. Durante años me lamenté por cosas que me hubiera gustado tanto poder vivir, pero que de todas formas no me estaban reservadas. La voluntad de Dios se hará. Eso es así, aunque no se quiera. Entonces siempre pensaba en las palabras de mi madre: “Acepta, hija, y toma las cosas como son, podrían ser mil veces peor”. Eso también lo aprendí y mi madre decía la verdad. Cuando ves a los demás, se te quitan las ganas de cambiar tu desgracia por la suya. Lo que tienen ellos es aún más lucha y dolor y desgracia que la que ya tienes. Cada uno debe saber cargar su cruz, los demás no te pueden ayudar. ¿No es así, Jozef?

—Eres valiente, Jeanne —dije—, muy valiente.

—La gente siempre mira a los demás —continuó—, pero cuando descubre lo que tienen los demás, entonces ya no quiere cambiarse con ellos. Es cuando suelen curarse de golpe. La mayoría suele hacer alarde de todas sus desgracias, cosa que yo jamás hice. Para que todos lo sepan, vayan donde vayan hablan de sus penas. Y sin embargo nadie puede ayudarlos. Tienen que arreglárselas como puedan y más vale que así sea, porque si no uno se apoyaría en otro. Así se pasa la vida sin haber vivido. Cuando se sabe todo de otro, es cuando uno siente lo feliz que es todavía, y todo vuelve a ser soportable y más liviano sin que uno se dé cuenta. Entonces la queja cesa por un tiempo. Entonces vuelve a brillar el sol, que de todas formas ya brilla tan poco en la vida del hombre. Hay momentos en que uno piensa haber llegado, pero después se te vuelven a echar encima y todo vuelve a acosarte, de cabo a rabo, y vuelves a cavilar. Estamos aquí para aprender, decía mi madre, y lo que aprendas aquí ya no te lo tendrá que enseñar Nuestro Señor. ¿No te parece sensata, Jozef?

—Muy sensata, Jeanne —le di por respuesta.

—Nunca dejé de ser así —continuó Jeanne— en toda mi vida. No sé lo

que hacían los demás, porque nunca tuve muchos amigos o amigas. Cuando brillaba el sol, lo aprovechaba. No tardaron en llegar nubarrones que eclipsaron la luz. Mi mamá está mejor allí arriba que en la tierra, porque era buena persona.

—Tu madre era una filósofa, Jeanne.

—Sí, lo fue; ayudó a muchas personas, ricas y pobres. No era culta, pero sabía de la vida. No sé cómo llegó a saber todo eso, pero siempre daba consejos y a cada pregunta te respondía al instante. Creo que he heredado mucho de ella, si es que es posible. En algunas cosas soy exactamente como ella, porque en mi carácter reconozco cualidades que ella también tenía. Para ella morir se no era muerte. Decía: “Es entonces cuando se empieza a vivir”.

—Es un gran bien cuando la gente es capaz de pensar así —dije—, porque entonces la vida no es tan difícil. Esa es la gran confianza y esa es la que debemos poseer, entonces todo marcha por sí solo.

—Cuando mi madre partió, Jozef, fui la única que supo controlarse. Mis hermanos y hermanas perdieron la cabeza y parecían deshechos. Consideré todo como una ley y les dije: “Es que la volveremos a ver”. Pero no eran tan creyentes como yo y no confiaban. Para ellos fue una gran pérdida; para mí, una breve despedida. Sí —continuó reflexionando Jeanne—, sí que es un largo viaje el que emprendes, lejos, a mucha distancia de la tierra, y sin embargo está muy cerca. Pero eso hay que sentirlo, sentirlo con nitidez, si no, no te dice nada. A todos nosotros nos llegará algún día ese momento y entonces hay que hacer las maletas (—dijo).

Me hizo reír, pero continuó:

—Pero a uno le basta con poco. Es el viaje más barato que jamás podrás hacer y a pesar de ello es el más grande. Ay, en la cama le doy muchas vueltas, es cuando se me pasan cosas raras por la cabeza, y a menudo me aparece en sueños. Algunos, según me imagino entonces, cruzan valles y montañas y en ese viaje ven escenas naturales muy hermosas, muy diferentes a las que uno ve en su propio país. Podrán disfrutarlas si no están nerviosos, porque la mayoría seguramente se habrá perdido a sí misma y sentirá miedo por lo que le espera. Algunas veces veía a muchos viajeros delante de mí, los seguía uno por uno. Entre ellos vi a personas que para nada querían irse de viaje. Se resistían como podían, pero se las metía en el tren, al encuentro de lo desconocido. Y veía a otros, que estaban muy tristes, y esa tristeza les venía porque estaban dejando atrás a tantos amigos y seres queridos. Los que más se resistían eran los que tenían muchos hijos, porque se quedaban solos. Veía a personas que se comportaban como bestias, no querían partir de ninguna manera. Es que era muy inesperado, claro. Preferían quedarse en casa con su copita de vino y todo lo demás. Pero es que estaban muy bien en este mundo, y me parecía comprensible. ¿A quién le apetece ir a regiones desconocidas cuando se está

tan bien en casa? Pero también veía a gente que inmediatamente hacía las maletas y salía de viaje. Por ejemplo, mi propia madre. Se despidió de todos nosotros y comenzó el viaje. Ojalá se me conceda partir como lo hizo ella. Partió en silencio y fue maravilloso, oh, tan hermoso. Fue exactamente como si la subieran al tren en brazos. Y es lo que ella deseaba, lo sé, que muchos la acompañaran en el viaje. No veía yo a esos seres invisibles, pero los sentía. Entonces veía a gente que sin haber podido decir nada más había emprendido el viaje. Ya llevaban tiempo de camino, antes de que los familiares lo oyeran, que entonces naturalmente se asustaban. Sí, se quedaban tristes, muy, muy tristes.

De repente Jeanne dijo:

—¿Te parece que hablo mucho, Jozef?

—Para nada, Jeanne.

Después continuó:

—Pero tampoco olvides que aquí no hay nadie con quien pueda hablar de todo esto. Lo temen, y en la soledad de la cama se te pasan muchas cosas por la cabeza. He visto irse de viaje a gente que se topaba con oscuros túneles, que yo ya podía ver de lejos. Entonces pensaba, ay, cómo les va a costar, porque no veía otro camino, tenían que pasar por ellos. Jozef, ¿no te parece raro lo que te cuento?

—No, Jeanne, me parece maravilloso.

—Pero ahora lo más curioso de todo. Solía soñar y entonces veía a la gente delante de mí, y siempre sabía con lo que había soñado. Sí, conocía a mucha gente que tenía que emprender el viaje. A veces ya lo oía pocos días después, y me preguntaba si tendría que ver con mis sueños. Es imposible, ¿no? ¿A ti qué te parece?

—Te diré lo que pienso de esto. En primer lugar: es posible. Son sueños impuestos. Sueños que te son dados por inteligencias, o sea, espíritus. Yo, por mi parte, siento y veo que no es de otra forma. Que vieras salir de viaje a mucha gente significa que se te quiso transmitir eso de antemano, o sea contártelo, por lo que sentiste que partirían. Pero son sueños curiosos, deberías haberlos anotado.

—Entre los que vi partir había varios familiares y eso me asustó muchísimo. Cuando tenga que partir yo, al menos espero estar rodeada de montañas, porque me gustan. Las escalaré hasta la cima para ver desde allí todo el entorno. ¡Es maravilloso! Ya de niña me subía a cualquier cosa y después mi madre tenía que bajarme, porque a menudo hacía cosas como para romperse la nuca. Subida a alguna cosa, solía contarle entonces a mi madre lo que me parecía estar viendo. Sí, eran momentos hermosos, así con mamá, juntitas. No, Jozef, no temo el momento de tener que partir de viaje.

—¿De dónde has sacado toda esa sabiduría, Jeanne? ¿De los libros?

—No todo, pero siento mucho por la naturaleza y ya te dije que aprendí mucho de mi madre. Mira lo que te voy a contar, así sabrás de una vez por todas por qué he dejado de temer a la muerte. Eh, eso quieres decir, ¿no, Jozef?

—Sí —dije—, eso mismo.

—Antes, de niña, veía mucho, pero cuando me hice un poco más mayor ya no vi mucho más. Lo que te quiero contar sucedió hace no tanto. Me dio mucho miedo, porque sucedió tan de improviso. Aunque aquí se crean que estoy loca o que son alucinaciones, yo sé lo que vi. No me dedico a las alucinaciones, tengo demasiado sentido común para eso. La gente que a fin de cuentas no cree en ello y que no es capaz de ver por sí sola piensa que te estás imaginando cosas. Pero escucha. Hace algún tiempo se me murió una amiga. Fue muy repentino, así que me asusté mucho, porque solo unos días antes de que hiciera la transición, había hablado con ella. Se llamaba Greetje y era una gran artista. Si te digo su nombre sabrás a quién me refiero. Murió en un accidente. La brusca transición me alteró muchísimo y estuve llorando sin parar durante días. No lograba entender el porqué. Yo estaba convencida de la pervivencia, y a pesar de eso no lograba deshacerme de esa tristeza. Más de una vez había hablado con ella sobre el espiritismo, porque Greetje poseía un don: a menudo veía con mucha nitidez, aunque no quería saber nada de eso, también porque la vida la acaparaba demasiado. Esa tristeza duró un buen tiempo. A veces me sentía un poco más aliviada, pero entonces de repente volvía esa pena con toda su intensidad. Rezaba mucho por Greetje, pero tampoco eso me ayudaba. ¿Tú no la ves? —se interrumpió Jeanne a sí misma—. A menudo tengo la sensación de que está aquí.

—No, no la veo, pero veo a otra persona, de la que te hablaré luego.

Continuó:

—Una noche vi a Greetje y me asusté mucho. Eran exactamente las cuatro de la madrugada cuando me quedé completamente despierta. Pensé: ‘¿Qué es esto? ¿Cómo es que estoy tan despierta?’. Era algo anormal, lo sentí claramente. Mientras lo reflexionaba en la cama, la vi parada delante de mí. Jozef, allí estaba —y me señaló el lugar donde había percibido la aparición—. ¡Justo delante de la cama! ‘Qué horror’, pensé, y grité pidiendo ayuda. Mi hermana, que duerme aquí al lado, vino corriendo por mis gritos de auxilio y me preguntó qué me molestaba. “¿Qué te pasa?”, dijo. “Estás muy pálida”. Me temblaba todo el cuerpo. Cuando me calmé un poco, le conté lo que había visto. ¿Sabes lo que le pareció a ella? “¡Ay, niña!””, dijo. “No son más que imaginaciones, no te preocupes y duérmete, te tapané”. Pero no iba a permitir que de esa manera me arrebataran lo que había visto. “No soñé”, dije, “estaba completamente despierta, nunca lo he estado tanto. ¡Allí es donde estaba!”. Pero mi hermana me miraba como si yo misma fuera Greetje. Pero no quería asustarla y no dije nada más. Imaginé que ya no dormiría mucho, porque no

dejaba de pensar en ella. Sin embargo, debí de dormirme de nuevo, porque de repente volví a despertarme. Al instante pensé en Greetje y en lo que había visto y, en efecto, allí estaba por segunda vez frente a la cama. Ahora ya no me asusté nada y estaba muy tranquila. Me miraba y sonreía. Oh, qué maravilloso era eso, qué feliz estaba, porque sentí que me embargaba una gran felicidad, que no sabría describir. En ese mismo momento desaparecieron mi tristeza y mi miedo a la muerte. Pero primero volví a frotarme los ojos, pensando: ‘¿Eres o no eres tú?’. ¡Pero era ella! Volvió a sonreírse, pero cuando la llamé por su nombre, desapareció como había venido. No entendía nada y estuve dándole vueltas mucho tiempo. Pero no conseguía encontrar una explicación, y después no vi nada más. ¿Se asustó y fue entonces mi culpa que volviera a desaparecer tan de golpe? ¿No debí haberla llamado? ¿Lo sabes tú, Jozef? ¿Puedes explicármelo? ‘Por qué’, se me pasaba por la cabeza, ‘se deja entonces ver, para al instante desaparecer de nuevo’. Me parecía tan extraño, porque tenía mucho que preguntarle. ¿No debí haber pronunciado su nombre?

—Escucha —le dije—, te lo voy a aclarar. Es muy interesante lo que has percibido. Cuando se manifiesta un espíritu, lo hace por su propia fuerza. ¿Tú pensabas haber visto a Greetje por tus propios poderes, o sea, por el don de la clarividencia?

Jeanne reflexionó y dijo:

—Sí, puesto que la vi.

—Exacto, eso es lo que te quiero aclarar. Es justamente al revés, porque era “Greetje” quien deseaba que tú la percibieras. Así que viste porque ella así lo quiso. Porque, ¿por qué motivo no la ves ahora? ¿Tienes ese don? Sí, en cierta medida, porque tienes predisposición para ello. Y sin embargo ahora no ves nada y de eso se trata justamente. El mundo espiritual te resulta ahora invisible, porque no posees la sintonización de los sentimientos que abarca el don de la clarividencia, si no podrías ver en cualquier momento. ¿Entiendes?

Jeanne volvió a quedarse pensativa y no tardó en decir:

—No, no lo entiendo, no consigo entenderlo, porque la vi, ¿no es cierto?

—Entonces escucha. Al mismo tiempo que percibías a Greetje, estabas conectada con ella, eras una en sentimiento, por tanto sentías lo que ella quería que tú sintieras, y por eso te pudo despertar así tan de repente. Mientras dormías, Greetje se conectó contigo, pero cuando te frotaste los ojos, puede que esa conexión ya estuviera cortada, por haber regresado en tus sentimientos a ti misma. Pero Greetje mantuvo la conexión. De modo que eras una en los sentimientos con ella, por lo que podía manifestarse como quería. Te llevó a una sintonización espiritual más elevada: la de la clarividencia. En ese estado uno solo puede sentir; por eso, cuando te pusiste a hablar y dijiste su nombre, volviste a tus propios pensamientos. Habías vuelto a concentrarte

en ti misma, quedó interrumpido el contacto y por eso ya no pudiste percibir nada. Porque, ¿cuál es la razón de que ya no la vieras después? ¿No estabas siendo clarividente en ese momento? Tendrías que verla también ahora, pero no es posible. Por eso suele ser justo al revés. De modo que fuiste tú misma quien interrumpió la conexión con Greetje. La mayoría de las personas piensan que se han vuelto clarividentes, pero sigue sin ser un don propio. Es maravilloso y una gran felicidad poder experimentar algo así, si es que te gusta. Greetje habrá estado allí todavía mucho tiempo, pero ya no lograba comunicarse contigo. Solo era posible en ese estado de inconsciencia. O sea, habías vuelto a tu conciencia diurna, haciéndote inalcanzable para Greetje. Mientras dormías, como ya te dije, eras una con Greetje en sentimiento. Pero igual que tú viste a Greetje, así veo yo siempre en mi conciencia diurna. Así que siempre puedo ver, pero solo cuando mi líder espiritual quiere que realmente vea. Ya ves, de nuevo mediante la conexión.

Cuando los espíritus tienen que dar un mensaje deben quererlo ellos mismos. Entonces me abro, recibiendo y pasando lo que tengan que decirme. Poder abrirme bien y claramente no es tan fácil, pero eso me lo ha enseñado mi líder espiritual. Cuando veo, entonces hago una transición a sus vidas, pero Greetje te atrajo hacia la suya, en la que vive ahora. ¿Has entendido ahora por qué no volvió?

—Sí, ahora lo entiendo, Jozef, ¡es tan sencillo!

—Sé cómo veo, Jeanne, y conozco todos esos grados de clarividencia. Hay siete grados, pero en la tierra ningún clarividente alcanza el séptimo. Hay tanto que contar sobre eso.

—¡Qué gloria como me lo has explicado! Veo, siento y oigo que es así; otra explicación no hay. Y esos milagros, ¿los estás viendo siempre?

—Siempre, Jeanne, y puedo imaginarme que tuvieras miedo. Yo también me asusté cuando por primera vez vi a mi líder espiritual, y eso que es un espíritu muy elevado.

—Greetje tenía un aspecto glorioso, completamente radiante, pero fue tan inesperado verla.

—La mayoría de las personas que perciben algo de esta manera, por lo general interrumpen la conexión en el acto al esforzarse por verlo aún mejor. Pero ese querer verlo mejor supone por tanto que vuelven a sus propios sentimientos y así interrumpen el contacto. Greetje debe haberse quedado todavía bastante tiempo contigo para ver cómo reaccionabas. Así es como nos rodean nuestros seres queridos, sin que la gente sepa nada de su existencia. Cómo les gustaría contar todo de la hermosa y formidable vida en la que se encuentran, pero el ser humano resulta inalcanzable. Están en nosotros y a nuestro alrededor, y sin embargo la gente no los siente ni los ve.

—Greetje había rejuvenecido y estaba más guapa, parecía tener treinta

años. Si todas las personas solo pudieran ver un momento, ya no temerían a la muerte. Entonces la tierra cambiaría, porque tendrían una vida mejor. Mira, por eso ya no tengo miedo. ¿Ha sido Greetje quien me ha quitado esa tristeza? ¿Sabría que yo estaba triste y que lloraba continuamente? ¿También me lo puedes explicar? Me hubiera encantado oír su voz un instante. A pesar de todo, di gracias a Dios de que se me concediera verla.

—Te lo voy a explicar. ¿Así que era Greetje?

—Sí, ella en persona.

—Debe haberse conectado contigo, ya bastante de antemano, hasta podría decirse desde el momento del accidente. Cuando hacemos la transición, lo primero en que pensamos es en quienes más queremos. Nos unen los vínculos de amor y esas fuerzas espirituales solo las conoceremos en esa vida. Cuando Greetje se despertó en esa vida, seguro que sintió que estabas triste. Debido a que lo sintió, la atraíste de vuelta a la tierra.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Cómo es posible eso?

—Ya ves lo intensas que pueden ser las fuerzas del pensamiento, lo experimentarás más tarde cuando también nosotros entremos en esa vida. Interferiste en su felicidad, por estar afligida y vinculada a ella. Eso es un gran obstáculo para ellos, cuando llegan allí. Greetje volvió, pero vio que no la percibías; a pesar de eso, intentó transformar tu tristeza en felicidad y de una manera que ya conoces. De modo que cuando se dejó ver, todos esos disgustos se disolvieron y tú volviste a tu propia sintonización.

—¡Qué bonito es eso, Jozef!

—Vale la pena, sin duda, porque esos estados tienen un significado más profundo. Pero ya sentirás que hay miles que han hecho la transición que son atraídos de vuelta y que cuando visitan a sus seres queridos, experimentan que no los pueden alcanzar. Es horrible, y entonces nace un dolor tan intensamente profundo y fuerte que solo lo puede resolver el espiritualismo. Por eso el espiritualismo es sagrado, y es una enorme gracia para el hombre haberlo recibido de Dios. El hombre en la tierra apenas sabe nada de todas esas leyes. O sea, no había más que un solo ser que sabía que estabas triste, y era Greetje. Ella lo sabía, lo sentía, eras una sola con ella, o sea, una en sentimiento. Si Greetje no hubiese conseguido alcanzarte y hubieras permanecido mucho tiempo en ese sufrimiento, la vida se te habría vuelto insostenible. Aquellos que siguen apenados sucumben y esa no es la intención de Dios, menos aún cuando la gente sabe de la pervivencia eterna.

—Conmueve lo bello que es, Jozef, poder verlos.

—Así es, Jeanne.

—¡Cuántos dones tienes como para que los puedas ver siempre!

—Los tengo, sí, y no quisiera vivir sin ellos, por nada del mundo.

De repente dijo:

—¿Qué piensas de mí?

—¿Que lo que pienso de ti?

—Sí, quiero decir, de mi enfermedad. No voy a recuperarme, porque sé lo que tengo. No hay con qué curarme. ¿También lo sabes?

Me miró con severidad y sentí que quería saber la verdad, pero miré para otro lado e hice como si no me diera cuenta. ‘De dónde habrá sacado eso, tan de repente’, pensé. La pregunta había sido sin rodeos y demasiado drástica para su estado. Reflexioné sobre todo esto como en un fogonazo. No se lo podía decir todavía, por mucho que supiera ella de la vida después de la muerte y por mucho que estuviera dispuesta a morir. De modo que no reaccioné y seguí mirando en la dirección donde percibía algo. Entonces preguntó:

—¿Ves algo?

—Sí —dije—, veo a una inteligencia, a una mujer. Ya lleva aquí bastante tiempo y está esperando a ser conectada, ya la vi cuando empezaste a hablar y creo que la conocerás, porque te pareces a ella. Te la describiré.

Aún no había terminado de contar todas las particularidades del ser que yo percibía, cuando exclamó:

—¡Ay, mamá! ¿Está usted aquí? Mamá, ¿es usted de verdad? Es imposible que no lo sea, esa es mi madre.

La aparición me mostró algo y al mismo tiempo Jeanne dijo:

—Aquí, Jozef, mira, aquí lo tengo.

Me mostró el medallón que llevaba, con el retrato de su madre.

—Jozef, ¿dónde está ella? —A Jeanne se le llenaron los ojos de lágrimas—. Siento a mi madre, Jozef, está cerca de mí, ¿es posible? ¿No dice nada?

Vi que el espíritu que era su madre la abrazaba y que besaba a su hija. Cuando lo percibí, de pronto Jeanne exclamó:

—La siento, Jozef, tengo la sensación de que me está abrazando, como antes cuando me daba un beso; ¡lo siento en la mejilla!

Estaba yo temblando de emoción. Jeanne era clarisintiente; un grado más y sería clarividente. Pero también esta conexión se interrumpió, y ahora hubo un breve silencio. Jeanne sentía el silencio del espíritu que le había embargado por la llegada de su madre. Primero tuvo que asimilar todo, pero después de una breve pausa dijo muy inesperadamente:

—Jozef, ¿sabes lo que siento ahora que vienen a verme mi madre y Greetje?

—No —dije, aunque ya sentía lo que quería decir.

—Que partiré en breve —y a renglón seguido dijo—: que moriré.

‘Qué asombroso’, pensé, ‘y de nuevo me atravesó con la mirada’. Qué ac-

ertadas eran sus palabras, pero resistí su mirada y proseguí tranquilamente.

—Sí, bueno, qué te puedo decir, no siempre tiene que ver con la muerte. Imagínate que todos a los que se manifestaban sus familiares hicieran la transición. No sería posible, ¿no? A menudo están en la esfera de la tierra, y están haciendo trabajos.

Pero entretanto pensaba yo: ‘en este caso sí es para venir a buscarte, porque ya no falta mucho’. Jeanne se estaba volviendo demasiado sensible. No solo decía la verdad, sino que la sentía, porque estaba en ella.

Pero aún no estaba satisfecha y dijo:

—Ah, ¿piensas eso? Estoy tan sensible últimamente. A veces pienso que las veo, pero entonces me entra miedo de que solo me lo esté imaginando, y no quiero.

Alcar me hizo saber que no le dijera la verdad y que me fuera. De manera que me preparé y me despedí. ‘Hay que ver qué curioso’, pensé: ‘ahora que dejará pronto la tierra, siente el mundo espiritual’. Pero yo ya conocía esos estados; se me había concedido percibir estas fuerzas e incidencias en muchos otros. Cuando en poco tiempo emprendieran su gran viaje, como tan bien decía Jeanne, entonces sentían en el espíritu y sus sentimientos hacían la transición a esa vida. Lo mismo le estaba pasando ahora a ella. Ahora había tomado conciencia de la sensibilidad que ya poseía desde niña y que siempre había llevado consigo. Pero me parecía muy valiente; a pocos oía hablar así. No temía la muerte, para ella era una amiga de confianza.

Otra mañana, en cuanto entré me preguntó:

—Jozef, dime, por favor: cuando me muera, ¿me desprenderé de inmediato de mi cuerpo material?

—¿Ya estás hablando otra vez? Primero buenos días y después ya veremos.

Y entonces me puse a tratarla. Pero después del tratamiento volvió a lo mismo y preguntó:

—Bueno, ¿qué piensas, ya me desprendí? Es que he leído sobre eso. —Me miraba como una niña, sonriente.

‘Buena pregunta, desde luego’, pensé. Rara vez los enfermos harían esa pregunta, porque no querían ni oír hablar de morirse. Por eso admiraba a Jeanne, que pudiera entregarse tan completamente. Entonces dije:

—Sí, ya te has desprendido.

—¿Lo sabes así de pronto? —Me miró con cara de asombro y esperó la respuesta.

—Te diré por qué lo sé: porque lo veo y lo siento. ¿Satisfecha, ahora?

—No, todavía no, quisiera saber, por favor, por qué, y de qué depende, ya sientes a lo que me refiero.

—Entonces escucha. Tal como te siento en mi interior, tal como percibo tu sintonización espiritual y tal como veo tu irradiación, te digo que te has

desprendido de tu cuerpo material.

—Vaya, qué sencillo todo, me esperaba toda una historia. Y sin embargo soy feliz, porque los últimos días estaba dándole vueltas a eso en la cama, no me dejaba en paz. Supongamos, pensé, ¿que no se me liberara de mi cuerpo material! ¿Puedes contarme algo más de eso?

—En mi libro hablo mucho de eso.

La miré queriendo saber cómo reaccionaría ahora. Pero no se dio por aludida, por lo que sentí que la ocupaban varios problemas. El gran viaje que iba a hacer la llenaba, y dijo:

—Pero que no tarde mucho, porque sí que quiero partir. —Ya había olvidado su primera pregunta y se reía a carcajadas. Jeanne era grande, muy fuerte en sus sentimientos. Continuó—: No te creas que voy a pasar por túneles oscuros, oh, no, ¡ya me veo en la hermosa naturaleza! Con que no tenga que sufrir demasiado ya estaré agradecida.

‘Eres un tesoro’, pensé, ‘un auténtico pedazo de tesoro’. Había en ella una fe muy grande y una profunda convicción. Yo haría todo por hacérselo lo más llevadero posible.

Ahora preguntó de improviso:

—Tu libro, ¿todavía no ha salido?

—No, todavía no, pero falta poco.

—Qué bien —dijo—, estupendo, entonces lo leeré. Hay una tranquilidad deliciosa aquí.

Pobre Jeanne, ya no lo leería. Me conmovió mucho.

—Jozef, por favor, cuéntame algo de tu libro, ¿quieres? ¿O no tienes mucho tiempo esta mañana?

Ya me había preparado para poder hablar con ella. Estas conversaciones, así me dijo mi líder espiritual Alcar, le dan fuerza para luego poder sobrellevarlo todo, le dan apoyo en las horas difíciles venideras y también cuando llegue a las esferas.

—Si quieres, pregúntame algo —dije— que te gustaría saber.

No tuvo que pensárselo mucho y al instante me preguntó:

—Cuando muera, ¿veré enseguida a mi madre y a Greetje?

—Sí, las verás.

—Qué gloria, que contenta estaré. Estoy muy curiosa por saber cómo es todo allí al otro lado. ¿Estarán esperándome?

‘Es lo que faltaba’, pensé, ‘que preguntara si vendrían a buscarla’. Pero no tuve que contarle mucho, dado que ya empezó a hablar otra vez

—¿Puedes creerte que ya lo estoy deseando? ¿Qué es lo que tengo en este mundo? ¡Nada! Siempre sola con mi hermana, con la que no se puede hablar de nada. Y después esa paz, esa inmensa paz sobre la que tanto escriben. ¡Oh, ese silencio! ¿Tú también lo sentiste allí? Es casi increíble y sin embargo sien-

to que así será. Y entonces estás eternamente conectada, ¿para la eternidad! Imagínate eso, Jozef. Seguro que me tienes envidia porque parto, ¿verdad?

Jeanne era una filósofa, qué pensamientos tan profundos tenía. Pasaba yo de un asombro a otro. Yo lo que prefiero es morir. Lo más bello que se me podría dar en la tierra era la muerte. Pero también en ella se encontraba esta fuerza. Y, sin embargo, ella no había estado en las esferas, no era clarividente, ni poseía la gran conexión que yo sí poseía. Pero sentí por qué estaba tan segura de todo. Cada vez estaba más cerca de su viaje y cuanto más se acercaba ese momento, más sensible se volvía. Era todo muy natural, así deberían ser todos los seres humanos; deberían entregarse, así la muerte no sería un tormento, sino un viaje a la eternidad.

—¿Cómo me achuchará mamá, Jozef!

—¿Cómo dices?

—Que me achuchará —repitió—. Es una palabra suya, una palabra como la que tiene mucha gente para expresar algo cariñoso. En el Más Allá iré a vivir junto a una montaña alta, así puedo escalarla cuando yo quiera. ¿Será posible?

—También eso es posible. El ser humano se construye su propia morada en las esferas. En la tierra ya hemos empezado a construirla, al menos quienes desean enriquecerse espiritualmente. Otros viven rodeados de tinieblas y frío, y tienen pobreza espiritual.

—De eso vendré a contarte una vez que esté allí y se me conceda volver a ti. Rezaré por ello, Jozef, y sé que podré alcanzarte; incluso me parece muy fácil. Te siento verdaderamente como un hermano y al sentirte así, cuando haya hecho la transición, podré alcanzarte fácilmente. Parece que te conociera de toda la vida y sin embargo apenas han pasado unos meses. Me resultas tan de confianza, tan abierto, Jozef, te das por completo, eres como un niño y a la vez una persona hecha y derecha. Oh —continuó—, si se me concediera poder contarte mi llegada allí y cómo es mi vida al otro lado y la de mamá y Greetje y la de muchos otros, entonces no puedo ni imaginar la felicidad que será poder vivir esto. Sí, rezaré por ello, una y otra vez, y Dios oírá mi oración. También rezo para que no dure mucho más porque voy a desear mucho estar con mamá y Greetje.

—Es tan espléndido que puedas hablar de todo esto con tanto sosiego.

—Ya se lo agradezco a Dios y también me alegra mucho haberte conocido.

Jeanne cayó de nuevo en profundas cavilaciones y cuando la sondé, vi y sentí que había establecido un contacto espiritual.

—¿Tú también lo viste? —preguntó por sorpresa, como si supiera que yo la estaba siguiendo.

—Sí, lo vi.

—¿Qué viste, Jozef?

—La eternidad.

—De verdad, ¿era la eternidad? Vi otra tierra, un país muy distinto al de nuestra tierra y vi luz, una luz grande y potente. Después vi a personas vestidas con bellísimas túnicas que parecían estar planeando. ‘Mira’, pensé, ‘no son seres humanos terrenales y sentí que eran espíritus’. ¡Dios mío, qué bonito! La de cosas que se pueden ver en unos segundos. Sentí que estaba allí, como si yo misma lo estuviera viviendo. ¿Lo sentiste tú también? ¿Cómo fue eso tan de repente?

—¡En ese momento estabas siendo clarividente!

—Ahora entiendo aun mejor lo que quisiste decir cuando me explicabas lo de Greetje. Ahora lo entiendo y lo siento, está en lo más hondo de mí. ¡Mi viaje, mi gran viaje!

Cada palabra la decía tranquilamente, pero tenía la mirada perdida, sumida en sus pensamientos.

—Están avisándome, lo estoy sintiendo, no, lo sé. Están haciéndome las maletas.

Después, como si se despertase, dijo:

—¡Cuánto estoy hablando, me oía a mí misma! ¿Qué es eso, Jozef? Anda, explícamelo.

Había estado yo todo ese tiempo escuchándola en silencio y con atención, pero al mismo tiempo en conexión con Alcar. Jeanne hablaba en medio trance, formaba parte de la vida espiritual, pero aún conservaba su vestidura material. Así hablaban muchos médiums y yo conocía ese estado.

—Venga —dijo—, di algo.

—Primero tengo que pensar y sintonizarme con mi líder espiritual —dije, pero en realidad ya no sabía cómo ocultarle la verdad—. Mi líder espiritual te ha conectado con las esferas, te dejó ver porque eres tan valiente.

Se puso feliz como una niña y dijo:

—¡Qué detalle, Jozef! Muy amable tu líder espiritual, dejarme vislumbrar toda esa inmensidad. Estoy muy contenta, se lo puedes decir. ¡Qué hermosa es la muerte entonces! ¿No debería ser feliz la gente? ¿Qué más quiere el ser humano? Poder abandonar para siempre este valle de lágrimas, ¿no es una gracia? Es increíble, y sin embargo he visto que es la verdad. Muchos sienten miedo, pero a mí me apetece partir. ¿No es una gloria para ti poder hablar con gente o pacientes que no le tengan miedo a la muerte? Que estén dispuestos a morir. No, yo no tengo miedo, ¿y no te parece fantástico? La muerte estuvo ante mi lecho y me sonrió. Pero la muerte eran mamá y Greetje, ¡mi amiga, mi hermana! ¿Quién le sigue temiendo ahora a la muerte? Yo no, ni nadie si viviera todo esto. Para muchos la muerte significa pena y dolor, la pérdida de sus bienes, solo desgracias. Pero desde que sé todo, la vida me resulta diferente y más completa, y siento el significado de la vida en la tierra.

Antes yo era una muerta en vida. Espiritualmente me encontraba en un estado irreal, solo ahora comienzo a vivir, ahora, ahora que se aproxima mi fin. Así lo veo, así lo siento, Jozef.

Miré a Jeanne lleno de admiración, que retomó la conversación profundamente humana.

—La muerte, en la persona de Greetje, es un verdadero amor. Ella, a la que conocía desde hacía años y que está muerta, estaba allí, ante mi lecho, viva, joven y hermosa. Vivía como tal vez nunca antes lo había hecho. Ella estaba despierta, lo sentí claramente. Si ella puede regresar, yo también puedo. Me enseñará el camino y lo aprenderé. ¡Te encontraré, Jozef, volveré a ti! —Me miraba mientras le corrían las lágrimas por las mejillas—. Soy tan feliz, tan intensamente feliz, porque se me haya dejado ver un fragmento de todo lo inmenso que me espera. ¿Cómo agradeceré a Dios?

Me tomó de las manos, apretándolas con cariño.

—Si piensas bien en la muerte —dijo al retomar la palabra—, no queda nada de toda su desgracia. La muerte se había rejuvenecido y embellecido y me conocía, liberándome de todos esos disgustos. La gente la considera cruel y dura, porque no conocen a la muerte. Pero ahora yo la conozco y dentro de poco la conoceré del todo, pero en otra hermosura. ¡Qué grandioso es todo, Jozef! Pero lo más hermoso, sin duda, es que los que están muertos saben más que nosotros, que vivimos. Pronto estará allí, pensé. En pocas semanas saldría mi libro. Porque ya no lo leería, ¿no? Mientras esto me pasaba por la cabeza, hizo de pronto una pregunta, una que me asustó mucho:

—Jozef, ¿me dejarías leer las pruebas de imprenta?

—¿Las pruebas de imprenta? —dije, repitiendo su pregunta—. ¿Cómo se te ocurre eso de repente?

—Se me cruzó la mente hace un instante.

Qué sensible se estaba haciendo. Después de todo, eran los pensamientos que había adoptado de mí.

Jeanne continuó:

—Pensé: ‘Imagínate que me vaya pronto, entonces no podré leer el libro’. Quizá los de la imprenta ya estén y así leo las galeradas. ¿Todavía no están?

Tuve que ocultar con todas mis fuerzas mis sentimientos íntimos. Jeanne se había vuelto médium clarividente, clariaudiente y clarisintiente. La fuerza motriz de estos dones era la muerte, la transición al mundo espiritual. El proceso de morir la estaba elevando, porque en su fuero interno quería, haciéndole sentir y ver la nueva vida. Era sorprendente, pero entonces su fin sí que estaba muy próximo. Los de la imprenta ya casi habían terminado. En solo catorce días podría leer la obra.

—No —dije—, aún les queda.

—Lástima —fue todo lo que dijo. Era como si sintiese que estuviera aprox-

imándose a su fin—. ¿No ves a Greetje o a mamá?

—No, en este momento no veo nada.

—¿Cómo vendrán a la tierra, Jozef? ¿Sucede sin más?

—Por la fuerza de los pensamientos —dije.

—O sea que queriéndolo, ¿vas, sin más, al punto al que deseas ir?

—Así es, pero aún hay más estados y leyes que debemos aprender allí a nuestra llegada.

—Claro, ya me lo imaginaba —continuó—, si no ya me parecería demasiado fácil.

‘Eres asombrosamente perspicaz’, pensé.

—Pero eso también lo sé, Jozef.

—Vaya, ¿conque eso también lo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

—Cómo se desplazan.

—Oye, ¿de dónde has sacado eso?

—Lo viví una vez, escucha. Si quería ir rápido, entonces lo deseaba y sucedía por sí solo. Planeaba en sueños sobre valles y montañas, y era consciente de todo. ¿Es porque me gustan tanto las montañas? Iba tan veloz como el viento. ¿Es posible? ¿Me había desdoblado de mi cuerpo?

—Sí, es posible.

—¿De verdad?

—Cada persona se desdobra, consciente e inconscientemente.

—Pero estaba soñando, ¿no, Jozef?

—Eso es lo que tú crees, pero estabas en las esferas y consciente. Durante la noche, muchos están en las esferas. Cuando se despiertan, cuentan a menudo que estuvieron hablando con familiares que, sin embargo, hace tiempo ya murieron. Saben recordar todo y hablan de belleza y felicidad; y, a pesar de eso, no lo aceptan. Los acapara la vida terrenal, y así es como se pierden esas fuerzas espirituales. Esos sueños suelen ser desdoblamientos, pero también hay sueños con deseos. Por ejemplo, como tú misma dices, que te gusten tanto las montañas. Puedes vivirlo espiritualmente sin haberte desdoblado. Entonces estás y continúas estando conectada con tu cuerpo material, pero haces grandes viajes en el espíritu.

—Jozef, ahora me viene a la memoria otro sueño muy hermoso. Una noche soñé que mi madre me decía que debía irme al médico y que no tardara demasiado en hacerlo. Al despertarme por la mañana, lo primero en que pensé fue en mi sueño. A pesar de eso, no fui, porque no me creía a mí misma al no sentirme enferma. Sí sentía dolores, pero no valía la pena ir al médico por eso. Pero imagínate, pocos días después volví a soñar lo mismo. Mi madre dijo, como si todavía estuviera en la tierra hablando conmigo: “Hija, vete al médico ya, si no, tendrán que operarte”. Me asusté mucho y me desperté de golpe. Ese mismo día fui al médico. ¿Qué crees que me dijo? “Ha llegado

usted justo a tiempo, si no tendría que ser operada”. ¿Qué te parece?

—Fantástico, Jeanne.

—Pero ¿fue un sueño, mi madre o un desdoblamiento?

—Fue tu madre, fue ella quien te dio esa verdad espiritual, pero no por desdoblamiento. No quería correr el riesgo de que por la mañana, al despertarte, volvieras a olvidarlo. Estuvo actuando sobre ti conscientemente y puso ese conocimiento en ti, mantuvo una conversación espiritual contigo y después hizo que te despertaras. Te despertaste y supiste que había sido tu madre, sentiste miedo, y todo eso lo hizo el espíritu de tu madre. Te hizo vivir todo eso, exactamente como lo hizo Greetje. Ya has vivido cosas asombrosas, Jeanne.

—Sí, así es. Mi madre me advirtió más cosas aún. Una mañana quise ponerme a limpiar la sala, cuando oí, al querer abrir la puerta: “No entres allí”. Me quedé de piedra porque por el tono de voz supe que era mi madre. Pero no la veía, por más que lo intentara, aunque la voz de tu madre la reconoces entre mil. ‘¿Por qué no?’, pensé. También podía entrar en esa habitación por un pequeño pasillo. Eso hice y cuando entré lo vi de inmediato. Encima de la puerta colgaba un pesado cuadro. Estaba apoyado en la puerta y si hubiese entrado por el otro lado, se me habría caído en la cabeza. ¿No es milagroso?

—Estás protegida maravillosamente.

—Ahora también sé cuándo me volvieron esas cosas. Fue cuando comencé a tener achaques.

‘Muy bien’, pensé, ‘pena y dolor, enfermedad y otros fenómenos hacen que la gente se ponga sensible’.

—Pensándolo todavía he vivido bastantes cosas. Entonces, podía oírla, Jozef, porque mi madre podía alcanzarme, si no el cuadro se me habría caído con toda seguridad en la cabeza, ¿no?

—Sí, se te podía alcanzar. Tu madre incidió sobre ti y lo consiguió del todo.

—Pareces un hombre de pensamiento por cómo me explicas todo.

—Y tú —dije a continuación—, tienes hambre de pensamiento.

Jeanne se rió y me preparé para marcharme.

—¿Te vas, Jozef? Vaya, entonces tendré que esperar otros dos días.

—Sí, tengo que irme, hay más personas que me necesitan.

Esta despedida era difícil, Jeanne también lo sentía. Me miró, aunque no dijo nada, pero yo sabía en lo que pensaba, porque la intuía. No se habló ni una palabra más. La rodeaba la muerte, a la que estaba esperando. Lo sentíamos los dos.

Cuando volví la vez siguiente, vi de inmediato que estaba aproximándose su fin. Su rostro reflejaba la muerte, su amiga, a la que pronto conocería. Mentalmente tenía conciencia de todo y enseguida volvió a hacer preguntas.

—El otro día estuvimos hablando de los sueños, ¿verdad? Poco antes de que te fueras dije que sabía cuándo me había vuelto. ¿Te acuerdas?

Deduje que había estado pensando día tras día en todas estas cosas y le pregunté:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero saber cómo es posible. —Era muy aguda en sus preguntas, pero mi líder espiritual me dijo que no la fatigara más y que me fuera pronto. ¡Ya sabía suficiente!—. Bueno, ¿no dices nada?

—Eres impaciente, Jeanne, primero tengo que pensar. —La verdad era que estaba en comunicación con mi líder espiritual, sin que ella lo pudiera oír o ver—. Que hayas soñado mucho es porque estás enferma, eso hace sensibles a las personas, pero solo cuando se quiere conocer la vida espiritual. Cuanto más sensible la persona, más percibe en el espíritu cuando empieza a sintonizarse con la vida espiritual. Solo cuando se pierde a un ser querido es cuando el espiritualismo adquiere valor, antes de eso se desprecia. Lo vivo a menudo, muy a menudo, cuando la gente viene a verme. Entonces uno no da abasto para hablarles de la vida después de la muerte y quieren saberlo todo. Solo entonces leen libros espirituales, profundizando en ella. Es cuando tienen el corazón partido y se les puede alcanzar. De modo que cuanto más pugna, enfermedad, pena y dolor padezca la persona, más sensible se vuelve, por más horrible que sea. ¿Sientes lo que quiero decir?

—Sí, lo entiendo.

—Cuando el ser humano es capaz de renunciar a sus posesiones, solo entonces vive como Dios quiere. Si no lo hace, entonces siente la pugna, y muchas veces sucumbe a ella.

—Entonces puedo congratularme —dijo Jeanne—, no siento apego por ningún bien.

Cuando volví a visitarla, el médico de cabecera había acordado con ella ingresarla en un hospital. Ya no tenía nada que decir. ¡Cómo había empezado a quererla! Se había hecho hermana mía. Me quedé un buen rato con ella, ambos sentíamos el silencio del espíritu. No decía nada, pero sus ojos reclamaban fuerza. Con su mano en la mía, recé a Dios para que se le concediera partir pronto. Inmóvil, pálida como una sábana, con los indicios de la muerte cercana en los labios, miraba hacia ese espacio imponente desde donde la iluminaba un rayo de luz. Ya había perdido su vitalidad, su vida en la tierra estaba llegando a su fin. Era una partida pura, una entrega espiritual a Él, a quien se llama Dios. ¡En Tus manos pongo mi espíritu! Fue el pensamiento que se me vino a la cabeza. ¿También sería el suyo? ¿Pensaría en eso? El gran problema había comenzado a manifestarse.

Hombre, hombre de la tierra, ¿sabes que tienes la vida eterna? ¿Sientes que algún día compareceremos ante el trono sagrado de Dios? ¿Que estaremos

desnudos, por lo que todos verán cómo somos, cómo sentimos?

Ahora, una criatura de Dios iba a hacer la transición; ya no tendría que esperar mucho más, sus maletas ya estaban hechas. Jeanne estaba medio dormida y me fui sin hacer ruido. “Adiós, pequeña, adiós”, dije para mis adentros, “saluda a mis amigos en las esferas, pronto verás a tu mamá y a Greetje, ambas felices y eternamente hermosas”.

Había concluido mi cometido.

Unos días después vino a visitarme su hermana.

—¿Podría usted hacerle una última visita? Pregunta por usted.

—Con mucho gusto —dije—, mañana iré a visitarla.

—Es sorprendente cómo ha recaído, ya no la reconocerá.

Al día siguiente fui a verla. Jeanne ya había perdido la conciencia y tenía la mirada quebrada. Se me hacía glorioso haber podido hablar con ella tanto. Sería de gran apoyo cuando hiciera su entrada a la vida en el otro lado. En su interior estaba ese saber, era el sosiego para su vida espiritual. Ya vivía en lo desconocido, en el espíritu, lejos de la tierra, justo allí donde vivían Greetje y su madre. ‘¿Dónde estará ahora?’, pensé. Quizá ya viese y oyese en el espíritu. Morir era sin duda algo asombroso cuando se sabía adónde se iba. Tenía la muerte en la mirada, desprovista ya de brillo; la fuerza que antes irradiaban sus ojos se había sumido en la nada. Como en un fogonazo recordé todas las conversaciones. ¡Qué gloriosos habían sido esos momentos, cuánta fuerza había tenido y qué valiente fue hablando así de la muerte! No había vertido ni una sola lágrima de pena o miedo. Jeanne era un gran ser y me alegraba haber podido conocerla. Era un ejemplo para cualquiera, no la olvidaría en mi vida. Planearía hasta esas alturas, aquellas alturas insondables que tanto amaba. La muerte había dejado su cuerpo irreconocible, pero le daba una vestidura eterna, y lo eterno se haría cada vez más bello.

Allí yacía ahora, ¡la habladora! Si me oyese, también le haría gracia. Ni para ella ni para mí había tristeza, ni sufrimiento, dolor o desgracia. Jeanne iba a una fiesta, estaba haciendo un hermoso viaje, pero a mí todavía me tocaba esperar. ¡Cuánto me hubiera gustado irme con ella! Oh, qué grande se me hacía la felicidad de quienes podían hacer la transición así. Tomé su pequeña mano, que hacía tan poco me había extendido calurosamente y rebotando alegría. Ahora estaba fría, al parecer moriría pronto. Me concentré en ella y sentí que se había dormido profundamente. Ya no la pude encontrar, se había alejado mucho de mí en el espíritu. Su hermana estaba llorando, porque para ella se estaba muriendo. ¡Qué diferencia en bienes espirituales! Eran de la misma madre y sin embargo estaban tan lejos una de la otra. Vi que mi líder espiritual Alcar estaba a mi lado. ‘Ahora ya no puedo hablar con ella’, pensé. Qué pena no haber ido antes, pero no había encontrado tiempo para hacerlo. Otros enfermos me necesitaban. No me reprochaba nada a mí

mismo, porque de todas formas ya me había despedido de ella.

Así estuve pensativo unos minutos, cuando oí decir a mi líder espiritual que tenía que concentrarme en él. Hice lo que Alcar quería y entonces oí:

—Voy a conectarte con ella.

Al mismo tiempo sentí que me sumergía en las profundidades. ¿Adónde estaría yendo? Desconocía el lugar al que me estaba llevando mi líder espiritual. No entendía nada. Sentí algo muy curioso. Sabía que tenía la mano de Jeanne en la mía, que estaba al lado de su cama y que a mi derecha estaba su hermana. El silencio era tal que podría oírse caer un alfiler. Pero me sentía descender, que descendía más y más en los sentimientos y que llegaba al mundo donde ahora estaba Jeanne. Me acerqué a ella en el espíritu, era algo fuera de lo normal; nunca había experimentado nada semejante. ¿O solo eran imaginaciones mías? ¿No serían alucinaciones? Pero aun así tenía conciencia de todo. Me pareció sentir a Jeanne, era como si estuviera cerca de ella, como cuando iba a visitarla antes. Era algo poderoso, algo sobrenatural. Llegué a conocer leyes de las que ni había oído hablar nunca. Era asombroso. En la tierra no se conocían estas fuerzas, de eso estaba muy seguro.

Entonces oí decir a Alcar:

—Escucha, hijo. No son alucinaciones, ni ilusiones, ni pensamientos tuyos propios, pero voy a conectarte con Jeanne, para que de todas formas puedas hablar con ella; comprendeme bien, aunque para la tierra esté en un estado inconsciente.

—¿Hablar, dice usted? —pregunté asombrado.

—Hablar, Jozef. A la gente en la tierra esto le es imposible, pero con mi ayuda, o sea, con nuestra fuerza, podrás hablar con ella enseguida. Jeanne vive, Jeanne seguirá viviendo y como vive es posible hablar con ella, aunque esté muy alejada de su conciencia terrenal.

Me faltaban las palabras, todo esto me resultaba demasiado profundo.

—Puedo conectarte en un abrir y cerrar de ojos —oí decir a Alcar—, puedo conectarte ahora, pero quise que vivieras todas esas transiciones y la profundidad de su sueño. Su cuerpo espiritual ya vive en el espíritu, y como yo vivo en este lado y conozco su sintonización, puedo conectarte con ella. Repito, solo con la incidencia espiritual desde nuestro lado es posible que se produzca este milagro. Quiero dejarte claro de este modo que, en realidad, no hay de hecho un estado de inconsciencia. Su estado de inconsciencia significa que está entrando en la vida espiritual. El vehículo ha abandonado, por tanto, el cuerpo material, sigue viviendo en este lado y es el cuerpo espiritual. Jeanne se halla en un estado que desconoce, pero yo veo en lo que vive y conozco todas esas leyes. Más tarde verá esa sintonización, cuando se vuelva consciente en esta vida.

‘Ah, qué glorioso es esto’, pensé; ‘demasiado profundo para la comprensión

humana; un ser humano no puede concebirlo’.

—Pero aun así verdad y naturaleza —oí decir a Alcar—. Esas leyes están en nosotros, las somos nosotros mismos, son fuerzas del amor propias del ser humano.

Sentí surgir mucha paz en mí. Era la misma paz de espíritu que sentía al otro lado, cuando estaba en las esferas con mi líder espiritual. Pero Jeanne seguía conectada con su cuerpo material. Cuando este cordón, un cable plateado iluminado, como estaba viendo claramente, se rompiera, moriría y podría abandonar su cuerpo material; no era posible hacerlo antes. Solo entonces habría muerto para la tierra, y ahora me estaba quedando claro todo el significado del gran problema. En ese momento sentí brotar en mí un suave deseo, y cuando me concentré en Jeanne supe que venía de ella. Se había dormido, pensando en mí. Qué asombroso, qué glorioso era este acontecimiento. Ya había quedado fuera del alcance de la tierra, de sus hermanas y hermanos. ¿Quién habrá sabido alguna vez en lo que piensan los moribundos? Pero a mí se me concedió vivirlo. Se me aclaraban milagros en el espíritu y llegué a conocerlos. La distancia se acortaba cada vez más y sentí cómo Jeanne entraba en mí, se nos estaba conectando espiritualmente. La sentía, era una en alma y espíritu. Ignoraba si ella también me sentía. Después me entró una gran felicidad. Era como el sol que nace, el espíritu que se despierta, el muerto que se levanta y cuya vida volvía a despertarse por la incidencia en él de fuerzas espirituales elevadas. Era Alcar, mi líder espiritual. Jeanne estaba feliz, ella también me sentía, y entonces se produjo el mayor milagro de todos los que tal vez llegue a vivir gracias a mis dones. En este inmenso silencio oí decir a Alcar:

—Ahora presta atención, Jozef, te voy a conectar. Vas a poder hablar con ella. De repente sentí que se hablaba dentro de mí y oí que se decía:

—¿Has venido, Jozef?

Era la voz de una niña y me conmovió profundamente.

—Sí, Jeanne —le dije mediante señales—, soy yo. Parecía que Jeanne me hablaba desde detrás de un velo; el sonido era un suave susurro que yo sentía y entendía. Oí que Alcar me dijo entonces:

—Es la misma fuerza que actuaba cuando hablabas a mucha distancia con tu cuerpo material.

Ahora lo entendía; yo ya lo había experimentado. Estaba sintiendo la voz de Jeanne. Hablaba como se hablan los espíritus, era la lengua espiritual que ella ya conocía y usaba. ‘Qué asombroso es este gran acontecer’, pensé. Ahora la sentí entrar por completo en mí, éramos uno solo en el alma, uno solo en los pensamientos. La vi delante de mí y el velo que acababa de ver estaba siendo eliminado. La vi resplandeciente de belleza, porque su cuerpo espiritual ya estaba cambiando. Jeanne estaba haciendo la transición al espíritu y gracias

a su hermosa vida terrenal, al amor que llevaba y que sentía, su cuerpo espiritual estaba retomando ahora esa gloriosa irradiación. Las palabras que se me ocurrían ahora casi me dejaban sin aliento. Jeanne dijo:

—Jozef, ahora me voy a morir, estoy en ello. Me voy de viaje ahora, tengo las maletas hechas.

‘Oh, Dios mío’, pensé, ‘¿quién se creará alguna vez que he vivido esto?’ Me entraron temblores, no porque se fuera, sino porque se lo oía decir a ella misma y, por lo tanto, era consciente de ello. No había palabras para expresarlo.

—Vete —dije, sin saber qué decir—, vete, querida Jeanne, que Dios te guíe en tu camino. No te olvidaré nunca, ahora somos hermanos para la eternidad.

Después el silencio se hizo más intenso, y en ese silencio sentí que Jeanne estaba alejándose de mí. Dejé de oírla y de verla por completo. Pero después —había pasado algo de tiempo— volvió y me dijo:

—¿Estás ahí todavía? Sentía que volvía a dormirme, es que estoy tan cansada, y sin embargo me desperté. ¿Tú sabes lo que es?

‘La Jeanne de siempre’, pensé, ‘cómo me conmovía su pregunta’. Sentí todo esto debido a que mi líder espiritual lo puso en mí, y le dije:

—Mi líder espiritual, Alcar, me hizo sentir que tú y yo estamos conectados gracias a su fuerza. Alcar se concentró en otra cosa y volviste a tu estado anterior.

Jeanne no reaccionó, pero justo después dijo:

—Jozef, vi a Greetje y a mamá, vienen a buscarme.

Me sorprendió tanto que me quedé sin palabras. Entonces me preguntó:

—¿Por qué no dices nada?

Conmovido por todo esto dije temblando:

—Jeanne, eres un milagro.

—Vaya, ¿eso crees? No —oí—, no lo soy. Mira, allí, esa gran luz, ese es el milagro.

Y Jeanne agregó:

—Jozef, estaba dormida. ¿Sabes tú quién me despertó?

—Mi líder espiritual, Jeanne.

Alcar me hizo sentir ahora que volvería a mi conciencia diurna.

—No debemos cansarla demasiado, necesitará sus fuerzas.

Entonces dije:

—Buen viaje, Jeanne —y en un fagonazo me sentí volver. Al mismo tiempo sentí que Jeanne aún quería hablar, pero yo ya no estaba a su alcance. Me desperté junto a su cuerpo. Todo estaba como lo había dejado en el espíritu. En un cuarto de hora, yo había vivido una eternidad.

Ahora estaba viviendo otro milagro. Jeanne aún había querido decir algo, pero yo ya había desaparecido. Y sin embargo, su deseo de hablar se man-

ifestó en su cuerpo material. Solo oía hip, hip, hip, pero nadie más que yo conocía su significado.

—Ese hipo —me dijo su hermana—, también lo tuvo ayer varias veces; es un sonido extraño y desagradable.

A mí, sin embargo, no me resultaba desagradable, era el deseo de Jeanne de hablar todavía conmigo y con sus familiares. Qué milagro, con cuánta nitidez se manifestaban sus deseos en la vestidura ya medio depuesta. Pero su cuerpo material se negaba; el espíritu ya no conseguía controlar al vehículo de la materia. Qué sencillo era este problema.

Entonces viví otro milagro más. Nunca se le acababan a mi líder espiritual.

—Mira el reloj —Oí que me dijo Alcar. Hice lo que quería mi líder espiritual y vi que las agujas se iluminaban y que comenzaban a girar. Era un gran reloj eléctrico, colgado en la pared frente a mí, cuyas manecillas marcaban las dos menos cuarto. Eso vi con mis ojos terrenales, poco después pasé a percibir en mi estado clarividente. Al preguntarme en pensamientos qué significaba esto, se detuvieron las agujas—. Jeanne hará la transición a la hora que te indicaré.

Mi líder espiritual no podía haber hablado más claro. Las agujas volvieron a girar, avanzando lentamente. Llegadas al siete, se pararon, y sin embargo seguía habiendo movimiento. Avanzaron entonces a paso de tortuga hasta llegar a las ocho menos cuarto, cuando todo me quedó claro. Entendí y agradecí desde el fondo de mi corazón a mi líder espiritual todo lo que se me había concedido recibir y vivir. ‘Dios, Padre mío’, recé en silencio, ‘no puedo agradecerte suficientemente todo esto, pero lo daré a conocer a la humanidad. Padre, este es mi agradecimiento’. Miré una última vez a Jeanne, me despedí de ella y salí. Sus hermanas ya me estaban esperando.

—No lloren —les dije—, es un espíritu de la luz. —Preferí no decirles que aún había hablado con ella, porque no podrían asimilarlo—. Ya ven que va a morir —agregué—, ya no hay nada que hacer. Ella también lo sabía desde hace tiempo y doy gracias a Dios por haberla conocido, porque ella es grande y emprende el viaje llena de paz. Cuando todo haya terminado, ¿podrían venir a contarme si todo ha ido como voy a contarles ahora? En primer lugar, les aconsejo quedarse aquí. Esta noche, a las ocho menos cuarto, hará la transición. Deben saberlo, así que avisen a todos los demás.

Me lo prometieron y entonces también me despedí de ellas.

Volví a casa muy pensativo. ¿Quién me creería, cuando luego lo diera a conocer? El ser humano se ríe de las leyes que desconoce y que solo conocerá en el otro lado. ¡Qué mañana! Qué grande era Alcar. ¿A quién se le ocurriría algo semejante? Eran leyes psíquicas de una profundidad insondable para el entendimiento humano, pero en el fondo qué sencillo era todo. Pero yo tenía una vida rica, debido a que se me concediera vivir todo esto; los dones que

había recibido de Dios eran grandes. El ser humano debía aceptar, aunque no lograra entender esas leyes, porque no se dejaban sentir; para ello había que hacer la transición a la vida espiritual. Jeanne aún me echaba en falta. Ese hipo era asombroso. La muerte era desagradable y sin embargo era amor. Mi libro iba a salir pero Jeanne hacía la transición. Qué verdadero era todo. Cuando quieren, los espíritus lo pueden ver y saber todo de nosotros.

Cuando llegué a casa, Alcar me dijo:

—Esto solo fue posible porque Jeanne poseía estas fuerzas espirituales. Aquellos que no posean esta sintonización no podrán vivir todo esto.

Lo entendí, hasta un niño podía entenderlo si quisiera, pero el ser humano no quería. La condición de médium era sagrada, porque me permitía vivir todo esto tan bello.

Dos semanas más tarde me visitó la hermana de Jeanne. Me picaba la curiosidad, pero no tenía ninguna duda sobre lo que me iba a decir.

—Vengo a contarle —comenzó—, que Jeanne falleció a las ocho menos cuarto.

‘Con qué limpidez ha sucedido todo’, pensé.

—¿Cómo es posible que usted pudiera preverlo?

—Yo no vi nada —dije—, son los espíritus quienes ven, nosotros no somos más que instrumentos.

—Pero ¿no lo dijo usted?

—Cierto, pero para mí se trata de justo esa cosa que el ser humano se niega a aceptar. Repito, son los espíritus los que perciben todo, aquellos con los que Jeanne vive ahora.

—Ahora sí que nos alegra que haya hecho la transición. Por su muerte pienso ahora de otra manera y he aprendido mucho durante su enfermedad. Oh, qué valerosa fue, siempre se mantuvo valiente. Los últimos días hablaba continuamente de su viaje; veía montañas y hablaba de su amiga Greetje. He empezado a creer que hay más de lo que podemos imaginarnos, he despertado. Siempre pensaba que eran alucinaciones, pero ahora ya sé que no era así. Los últimos días no me aparté de su lecho de muerte. A veces decía: “Mira, allí está mamá de nuevo. Pero ¡mira, allí está mi madre! No, mamá, ella no la está viendo, falta mucho para eso, pero yo sí! Ay, esto me supera, por qué he merecido todo esto? ¿Y Greetje también?”. Me parecía mejor irme entonces, me parecía que se volvería loca. Pero no se volvió loca. Cuando estábamos solas me hablaba de cosas hermosas. Lo nombraba mucho a usted y decía: “Mira, así es como Jozef ve siempre. Ya sé por qué veo. Vienen a buscarme, sí, hermana, vienen a buscarme, puedo hacer el viaje; Jozef lo sabe”. Hablaba sin parar y contaba lo que había a su alrededor. Sé que antes también era capaz de hacerlo, pero todo era tan distinto. Hablaba como una filósofa, pero es que era la más sabia de todas nosotras. Cuando murió mi madre —lo

recuerdo como si fuera hoy— pareció como si la cosa no fuera con ella. Se lo tomamos muy a mal. Entonces decía: “También esto lo aprenderás. Algún día lo verás, algún día sentirás que no hay muerte”. Y entonces hablaba del espiritismo. A mi hermana y a mí se nos abrieron los ojos. Una mañana me dijo: “Mira lo que me ha traído mi madre”. Yo no veía nada y pregunté: “¿Qué quieres decir, Jeanne?”. “¿Pero no lo ves?”. Hablaba como una niña y se me encogió el corazón cuando me lo preguntó. Dije que no veía nada y pensé, ‘Lo ves, se está volviendo loca’. En ese momento, como si hubiera captado mis pensamientos, dijo: “¿Crees que estoy loca?”. No se puede imaginar cómo me asusté. “Anda, siéntate a mi lado”, y me tomó del brazo mientras me acercaba mucho a ella. “Ahora escúchame bien, por favor”. Me miró y esa mirada no la olvidaré nunca en la vida. “Voy a ver a mamá”. Empecé a sollozar mucho. “No deberías ponérmelo tan difícil en mis últimas horas, vamos, sé fuerte”. Ella era la más débil pero tenía que apoyarme a mí, porque me sentía quebrada. “Vamos”, dijo, “mírame y escucha, anda. Parto y estoy tan profundamente feliz de poder irme de viaje. Jozef también lo sabe y sé que ya no leeré su libro. Ahora sé lo que mi madre y Greetje me han contado. Mira”, señaló la mesa, “ahí hay flores, flores espirituales y ahora son solo para mí, porque tú no las puedes ver. Jozef las vería, pero ya no lo veo. Oh, lo quiero tanto. Cuando me muera, tienes que expresarle mi profundo agradecimiento y contarle cómo pienso sobre él y lo que él fue para mí”. Cuando se lo prometí, aún dijo: “¿Dejarás de estar por fin angustiada y de pensar que estoy enloqueciendo? No voy a enloquecer, mujer. Ahora he vuelto a ver y eso lo despertó Jozef con su fuerza; si no, no habría empezado a ver. Eso, al menos, es lo que dice mamá”. ¿Puede ser? ¿Es posible?

—Sí —le dije—, es posible, pero el don debe estar presente, Jeanne era muy sensible.

—También quiero decirle que nos gustaría leer su libro, lo que ella ya no pudo hacer y tanto le hubiera gustado. Jeanne me dio dinero para comprar uno. “Para mí eso hubiera sido una pequeña Biblia”, dijo.

Eso me emocionó profundamente. Nunca había recibido tanto amor. Qué grande era Jeanne como para todavía pensar en eso.

—En una semana tendré los libros, vuelva entonces, y pondré algo, en memoria de Jeanne.

Ambos estábamos muy emocionados: yo por el amor de Jeanne, ella porque solo ahora había conocido de verdad a su hermana.

—Hay tantas cosas más que quisiera contarle, pero no puedo más. Usted, sin embargo, la conoció mejor que nosotros y la amaré aún más.

La hermana se fue y me senté, enviándole muchos pensamientos amorosos a Jeanne. Me había ganado a una hermana.

## *Jeanne vuelve*

Unos meses más tarde vi a Jeanne y la reconocí de inmediato. Estaba rejuvenecida e irradiaba felicidad. Leyendo un libro, escuché que Alcar dijo:

—Hijo mío, ¡mira quién ha venido!

Me concentré en el espíritu y a mi lado estaba Jeanne. En el mismo instante me conecté con ella.

—Querida Jeanne, ¿estás aquí?

Jeanne respondió:

—Sí, Jozef, soy yo y ya estuve antes, pero no se me permitió molestarte.

Para mí fue un momento sagrado y la oí decir:

—Vivo y soy feliz. ¿Me ves, Jozef?

—Sí —respondí—, te veo.

—¿Cómo me encuentras?

—Estás más joven y tienes un aspecto glorioso, qué felicidad que hayas venido.

—Ay —la oí decir—, no he dejado de pensar en ti, Jozef. Vengo ahora en persona a agradecerte todo. Qué bueno fuiste conmigo, cuánta fuerza espiritual me diste. Gracias a ti desperté y entré consciente a esta vida. Estoy con mamá y Greetje, Jozef. Fueron a buscarme. A Greetje no siempre la veo, está trabajando duramente en sí misma, pero cuando la quiero ver es posible.

Jeanne me posó las hermosas manos en la cabeza, lo que sentí claramente, y dijo:

—¿Me sientes?

—Sí, Jeanne, te siento.

—Es glorioso venir a la tierra y que te vean y sientan. Ahora estoy en la vida, Jozef, de la que tanto hemos hablado.

Hubo un momento de silencio y sentí lo que ella pensaba. Pensaba en el tiempo que había quedado atrás. Después dijo:

—Ya no pude leer tu libro y sin embargo fui la primera en encargarlo.

Asombroso, pensé, y pregunté:

—¿Todavía te acuerdas?

—Sí, lo sé; nada se pierde. Todo lo que me has contado de esta vida es la santa verdad, Jozef. ¿No te hace feliz? Es increíble lo natural que es esta vida. Cuánto sabes de nuestra vida. Ojalá las personas lo aceptaran, porque es un gran tesoro poder entrar aquí con esa verdad interior. Uno entonces tiene mucha ventaja sobre quienes la desconocen. Esa entrada es lo más asombroso de todo. Te sientes como si todavía vivieras en la tierra, tan natural es todo. Primero hay que convencer a quienes no saben nada de la pervivencia eterna, y ya te imaginas que entonces se pierden las sutilezas del proceso de morir, porque es algo magnífico cuando puedes vivirlas conscientemente. Cuánto

hemos hablado de esta vida y cuánto te agradezco que tuvieras la paciencia de escucharme. Nunca me olvidaré de que me dedicaras tu tiempo. Dios sabe que te estoy agradecida, porque no hay manera de demostrarlo con palabras.

—¿Todo es como te lo conté, Jeanne?

—Todo, Jozef, pero es más grandioso, no lo podrás expresar. Pero lo más asombroso, Jozef, es cómo sabes y sientes todo eso.

—¿Quién te trajo aquí, o has venido por tu propia fuerza, Jeanne?

—¡Madre! Pero puedo encontrar el camino yo sola. Es como habíamos hablado. Hablabas de leyes, todavía lo sé todo. Resulta que he aprendido esas leyes. Si careces de esas fuerzas, primero hay que aprenderlas, si no la tierra nos es oscura y no puedes ver a la gente. Solo puedes alcanzar a las personas con quienes estés conectada en amor. Ya sientes lo que quiero decir. ¿Ves a mi madre? Está aquí.

Me sintonicé espiritualmente y vi una hermosa escena, madre e hija juntas. Estaban conectadas para la eternidad.

—Sí, Jeanne —dije—, la veo.

—Mi madre es un tesoro —continuó—, me ha ayudado tanto. —Después de una corta pausa dijo—: El camino a la tierra está en mí, Jozef. Vemos a través de toda la materia y ahora sé cómo Greetje se me apareció. Qué sencillo es todo, pero qué profundo e increíble cuando se vive en el cuerpo material. Ay, si hubiera podido imaginarme esto, entonces ya en la tierra habría podido hablar mucho con mamá y Greetje. Pero hay que sentirlo, solo entonces haces la transición a esta vida. Veo por tu irradiación, Jozef, que has estado muchas veces aquí. Ese saber te rodea y es visible para cualquier espíritu que posea amor. Todo es tan asombroso. Aquí logras todo, Jozef, cuando eres algo. De modo que hay que poseer esas fuerzas interiores. No es más que la fuerza del amor y la capacidad de sentir amor por todo lo que vive. ¡Qué hermosa tarea tienes! Jozef, ¿sabes que podré volver más tarde para contarte más de esta vida? El maestro a mi lado me lo dice. ¡Qué felicidad tan grande! ¿No te parece glorioso?

—Es increíble, Jeanne.

—Y sin embargo es así, ya lo llegarás a saber. Ahora no puedo quedarme mucho, porque voy a ver a mis hermanos y hermanas con mi madre. ¿No es fantástico? Ella sabe cómo encontrarlos y yo también lo voy a aprender, pero dice que me es imposible alcanzarlos. Ni nos verán, ni nos sentirán. ¿No es horrible?

—¿Me ves bien, Jeanne?

—Perfectamente, Jozef, como en la tierra, pero muy distinto. Estás en una luz, te veo en una emanación, y esa emanación es tu irradiación, y en ella veo varios colores. Es asombroso, eso lo tiene cada persona: una emanación clara u oscura. Veo que me miras, Jozef; y te miro a los ojos, como en la tierra. Qué

formidable es esto. Me hablas, me sientes, me oyes y me ves, y sin embargo resulto invisible para quienes no poseen esos dones. Me siento exactamente igual a cuando vivía en la tierra y no he cambiado en nada. Ya he experimentado muchos milagros, cada uno más hermoso que el anterior. ¡Todo es impresionante! ¿Me sientes, Jozef? Te apreté las manos.

La sentía y una agradable sensación me recorrió el cuerpo.

—Ahora tengo que irme —la oí decir—, pero apenas puedo separarme de ti. Otra vez estoy hablando, Jozef. Oh, qué feliz soy. Puedes imaginarte nuestra felicidad, porque conoces esta vida. Mamá te manda recuerdos.

—Dale mis cordiales saludos, Jeanne.

—Ya te oyó y te lo agradece mucho. Ha recibido esos pensamientos emitidos, como yo los últimos días antes de hacer la transición. Ahora me voy, Jozef, pero volveré (—concluyó).

Jeanne y su madre se disolvieron delante de mí, cortándose la conexión. Yo no pude leer más y dejé el libro. Qué asombroso era todo. La muerte no es muerte, sino que es vida. La oración de Jeanne por poder volver había sido oída: vivía. Después de que se fuera, me dijo Alcar:

—Cuando vuelva más tarde, hablará de su vida en este lado, y además vendrán otros, de lo que dejarás constancia en un libro. Ahora espera y ten paciencia, ella es un espíritu de amor y es feliz.

Hace ya casi cuatro años que Jeanne hizo la transición. Cuando había comenzado el primer capítulo de este libro, vi a Jeanne. Ella hablaría de su vida y llenaría el segundo capítulo. Cuando terminé el del Sacerdote X, se me conectó con Jeanne. Las palabras de Jeanne fluyeron hacia mí, éramos uno en alma, uno en espíritu.

—Aquí estoy de nuevo, Jozef —comenzó a contar—. Has hecho mucho en este tiempo, lo veo. No es mucho lo que te diré, pero sí vale la pena contárselo a la humanidad. Ahora veo a tu líder espiritual del que me hablaste tanto.

Vi que Alcar se había conectado con ella. Fue un hermoso momento para mí.

Después Jeanne dijo:

—Primero puedes hacerme algunas preguntas, Jozef.

Sonreí y Jeanne sintió lo que me pasaba. La oí decir:

—Sí, Jozef, se han invertido los papeles, ahora sé mucho de esta vida.

Le pregunté:

—¿Cómo sabes con tanta precisión en lo que estaba pensando?

—Capté tus pensamientos; es muy sencillo, a fin de cuentas somos uno, ¿no?

—Jeanne, ¿te resulta difícil concentrarte?

—No, puedo alcanzarte fácilmente. —Después de un breve instante, dijo—: ¿Sientes el silencio, Jozef? ¿Esa paz gloriosa de la que hemos hablado?

Oh, hay tanta tranquilidad aquí, pero hay que llevarla y poseerla interiormente. Es la fuerza del amor.

—¿Viste valles y montañas, Jeanne?

—Sí, Jozef, voy a contártelo. Lo que deseaba lo he recibido de Dios.

Le pregunté entonces si era consciente de todo lo que le había ocurrido, a lo que contestó:

—Puedo acordarme de todo; está grabado en lo más hondo de mi alma. Los últimos días antes de hacer la transición, viví cosas asombrosas. Mientras yacía allí, oyendo sollozar a mi hermana, quería hablar con ella, pero ya no tenía poder sobre mi cuerpo material ni sobre mis órganos vocales. Fue un momento horrible para mí. Me sentía tan impotente, porque ya vivía fuera de mi cuerpo material y me encontraba en la frontera de dos mundos, entre la vida terrenal y la espiritual. Los sollozos de mi hermana me entristecían. Ay, que la gente se domine junto al lecho de muerte, porque es tan difícil para quienes hacen la transición. Muchos lo sienten y por eso es una pesadilla. Te gustaría ayudar a los que se quedan, pero no puedes. Aun así, los sientes próximos, tiran de ti para que vuelvas, pero ya no es posible volver. ¿Sientes el significado de todo esto, Jozef? Es una lucha tremenda, un desasosiego, que realmente no hace falta. Ojalá la gente supiera que morir significa vivir. Es entrar a la vida eterna, donde hay luz y felicidad, donde te esperan tus familiares. Ojalá pudiera salvarse ese abismo, pero veo una profundidad insondable, que de momento no puede sondarse. Solo se podrá llegar allí por medio del espiritualismo. Ese es el puente y esa es la conexión con nuestro mundo. Cuando sentí que ya no podía alcanzar a mi hermana y se me echaba encima la tristeza, vi de repente a mamá y a Greetje, lo que me hizo tan feliz que se me fue la tristeza. Cuánto me habría gustado decirle a mi hermana que vivían y que todo es verdad, pero no podría creerlo, ¿no? Greetje y mi madre me hablaron; entendía cada palabra y me dijeron que pronto estaría con ellas. Eso me tranquilizó y esperé pacientemente. Entonces me dormí. No sé cuánto tiempo habré dormido. Después sentí una fuerte incidencia, una corriente muy fuerte por la que tomé conciencia. Ya sabes de quién eran esas fuerzas y que te sentí entrar en mí. No sé describir ese gran acontecimiento, solo puede sentirse. Pero es el mismo estado en el que nos encontramos ahora, porque también ahora somos uno. Lo que viviste junto a mi lecho de muerte, Jozef, fue un acontecer sagrado. Ahora sé por qué tuvo que ser así. Es para convencer a la humanidad. No te puedes imaginar lo hermoso que es estar conectado a la gente desde este lado. Espera un momento, Jozef, tengo que concentrarme y el maestro dice que no divague. En el instante en que te me acercaste, ya se había establecido la conexión. Empecé a sentir más conciencia y liviandad. Era una sensación muy rara. Pensaba como cualquier otra persona y sin embargo sabía que moriría en la tierra. Ya ves cómo era

consciente de todo, porque después de todo no ha cambiado nada, ¿no? Por eso sabía que el cuerpo espiritual es precisamente el vehículo de lo que luego abandonaría. Por eso no te puedo describir los sentimientos que tuve cuando realmente vi que no había muerte. Empecé a llenarme de una gran felicidad y qué agradecida estaba por todo. Toda mi vida pasó ante mí. Después vi que un hilo plateado me mantenía atada a mi cuerpo material y que ese hilo primero tendría que quebrarse; solo entonces habría muerto en la tierra. Entonces vi una gran luz blanca y con esa luz te vi a ti. Aun así pasó bastante tiempo hasta que estuviste conmigo. Sentía que te acercabas más y más, pero no estaba angustiada, porque sentía que mi madre y Greetje estaban conmigo. No pudiste percibir las por estar contactado conmigo. Cuando ya estabas cerca, te llamé, sentí que entraste en mí y en sentimiento hice la transición a ti. Oh, qué felicidad cuando te sentí. Estuvimos conversando juntos y a la gente le parecerá un milagro, pero es que lo fue. Me deseaste buen viaje, te oía y te veía. Después tuviste que marcharte; quise decir algo más, pero ya te habías ido y yo sentía que volvía a las profundidades. Poco antes de morir oí decir a mi madre: “Pequeña Jeanne, enseguida estarás con nosotras, Greetje también está, así que tranquila”. Entonces ya no supe nada más y morí inconscientemente. Entre el sueño y la transición hubo, por tanto, un tiempo breve en que no tuve conciencia, pero mi madre me lo contó todo después, porque quería saberlo. Después de la rotura del cordón fluido fui llevada a mi propia sintonización en las esferas. Estaba desprendida, Jozef, me había desprendido de mi vestidura material y me desperté en la vida después de la muerte. Cada ser humano morirá tal como se sienta por dentro. Para unos la transición es más hermosa que para otros. Unos irán a la luz, otros a las tinieblas. Lo peor lo pasan los que lo ignoran todo, pero al entrar aquí, ninguno de ellos entiende el milagro de que sí está vivo. Se palpan y se tocan y creen estar frente a un misterio. Todo parece increíble; no pueden aceptarlo. Si aquí ya es tan difícil, ¿cómo será entonces en la tierra? Pero aquí están liberados de cualquier preocupación terrenal y viven en la felicidad y el amor.

En ese momento me llegó una paciente que debía tratar. Cuando volví a sentarme frente a la máquina de escribir, oí decir a Jeanne:

—Tuviste que ayudar a un ser humano, ¿no? Sí, ya lo vi, y así también me ayudaste. Tu irradiación se mezcla con la de ellos y tu fuerza vuelve a poner en marcha el cuerpo. En el fondo, qué sencillo es. En la tierra no puede verse, es demasiado etéreo, solo es posible en el espíritu, o hay que ser clarividente en el grado más elevado, como ya me contaste en la tierra. Desde este lado puedes ver todo en la materia, al menos si uno posee luz, si no se está en tinieblas, ¿y cómo vas a ver la luz si reinan las tinieblas? Mis primeras impresiones como espíritu fueron fantásticas. Yacía en una alta montaña y miraba hacia un profundo valle. Había estrechos caminos alrededor de la montaña

para poder llegar a la cima. Me recorrió una gran felicidad. Estaba sola, no veía un alma, únicamente a lo lejos había algunos paseantes en la hermosa naturaleza. Las vistas eran magníficas. Entonces me puse a pensar. Pensé: ‘¿Cómo llegué a esta montaña?, ¿Habré muerto ya o estaré soñando?’ No, no soñaba, había muerto, estaba muy segura, porque no me sentía como en la tierra. Di gritos de alegría y exclamé: ¡Jozef, me desprendí, desperté! Fueron mis primeros pensamientos y de inmediato pensé en nuestra conversación. Pero ¿dónde estaban mamá y Greetje? Me extrañó: ¿dónde estaban mis seres tan queridos? De repente me pareció ver una figura a través de la frondosidad y las flores a mi alrededor. Aún estaba muy alejada, pero caminaba en mi dirección. Entonces volví a pensar en mí misma. Cómo es posible, estoy en una montaña que me gusta tanto, quién lo hubiera imaginado. No dudé ni un instante de que no hubiera muerto, porque lo sentía, lo veía y lo oía por cómo era naturaleza. Aquí a mi alrededor había demasiado silencio para la tierra. En la tierra se desconoce este silencio. Aquí todo entonaba una bella y preciosa canción y me hacía sentir feliz. ‘Gracias a Dios’, pensé, ‘estoy en el silencio’. Oh, Jozef, qué agradecida te estaba. Entonces sentí necesidad de agradecerle todo a Dios. De nuevo vi la aparición, pero desapareció ante mis ojos. ¿Era un conocido? Vestía una preciosa túnica, vi diferentes colores. Había algo en esa aparición que me resultaba familiar. La figura me era conocida, pero ¿dónde la había visto antes? ¿En la tierra? Aquí todavía no me había encontrado con otros seres. De nuevo la vi y entonces ya no tuve dudas. Grité muy fuerte: “Madre, Madre, ¿es usted?”. ¡Acto seguido estaba en sus brazos! Esos primeros momentos no te los describiré, no sabría. Reencontrarse en la vida después de la muerte es una dicha demasiado grande. Cuando sabes que has muerto en la tierra y que, sin embargo, vivirás eternamente, rodeada de flores, pájaros y familiares, todo es tan sagrado y abrumador que faltan palabras para expresarlo. Después llegó la segunda sorpresa: Greetje, vestida con una túnica hermosa, apareció frente a mí y me abrazó. Mi querida amiga, mi hermana, vivía, estaba rejuvenecida y hermosa. Ya lo ves, todo sucede bien preparado, porque debía despertarme en silencio. Más tarde, después de que me hubieran contado muchas cosas, volví a dormirme, porque me sentía abrumada. No tardé mucho en volver a despertarme en una indescriptible felicidad. En ella permanecería, para siempre y eternamente. Había dormido seis días según el tiempo terrenal. No fue mucho tiempo, porque a muchos les toma meses. Después de mi despertar era consciente de todo y le hice a mi madre miles de preguntas que fueron todas respondidas. Mamá ahora es aún más sabia que en la tierra. “Pequeña filósofa”, me dijo, “¿ya estás otra vez haciéndome preguntas?”. Eso me conmovió mucho, porque me hizo recordar mi infancia en la tierra. Juntas lloramos de felicidad. ¿A quién no le saltarían las lágrimas después de recibir tanto amor y tanta verdad? Todos los

que aquí llegan y se ven conectados con sus seres queridos están muy conmovidos. Hay que verlos, es imposible imaginar algo más hermoso. Había llegado a una esfera que lindaba con mi verdadera sintonización. Es una esfera de purificación, un lugar donde uno se prepara. Estuvimos paseando por la naturaleza y de nuevo mi vida terrenal pasó ante mí. 'Oh, si solo las personas pudieran aceptar esto', pensé. Vivo y todos viven, pero en la tierra piensan que estamos muertos. Qué milagro tan grande. A nuestro alrededor había árboles, flores y pájaros de una sublime belleza. Todo lo que la naturaleza puede generar en la tierra reaparece en nuestra vida, pero, te digo, todo es más hermoso que en la tierra. Vi numerosos edificios y templos. Al edificio donde me desperté llegan miles de personas desde la tierra y todos seguirán para entrar a su esfera existencial. Unos permanecen allí más tiempo que otros, porque todo va según la sintonización interior de cada uno, según cómo se sienta y el amor que posea. Aquí se sabe valorar y llevar a las personas. Aquí el ser humano es hijo de Dios. Sabes lo que eso significa. Nos conocen mejor que en la tierra porque aquí no puedes esconder nada; ven en tu vida y uno mismo ve en la de ellos, y haces la transición al otro. Aquí se aprecian tus buenos actos y entienden y sienten tus intenciones; aquí estás abierto hasta en lo más hondo de tu alma. Así es el ser humano, la naturaleza, así es todo. Las casas y edificios no están cerradas, sería algo terrenal y aquí las cosas no son terrenales. Nos alegramos de ya no tener que ver nada con la tierra y de haber completado el ciclo en la tierra. Cómo deseaba hacer la transición, no me arrepiento de haberla hecho y me siento feliz de no haber tenido que envejecer. Poder morir joven es en sí mismo una enorme gracia. Con mi madre volví a la tierra porque iba a encontrarme contigo. Fui planeando hacia la tierra. La gente no se lo puede imaginar, pero algún día lo vivirán también ellos. Bien sabes que nos hemos hablado y que volví a las esferas. Allí estuve un mes, después fui a mi propia sintonización en el espíritu, a la segunda esfera, donde también están Greetje y mi madre. Mi madre llegó al mismo lugar que yo, por eso también nos entendíamos tan bien en la tierra. Las personas que en la tierra se sientan una volverán a verse en este lado. Su sintonización las mantiene conectadas. Aquellos que posean sintonizaciones diferentes van a vivir en otras esferas y no se encontrarán. En la tierra no quisieron conectarse y aquí no pueden, por más que quieran. Ya es demasiado tarde entonces e imposible, sus caminos se separan hasta que uno quiera sintonizar con el otro y recibirlo en amor. De modo que primero deben deponer su vida terrenal. Aquellos que posean la conexión espiritual y que lleven amor son los felices en este lado. Gracias a la hermosa conexión que tenía con mi madre y con Greetje las vi enseguida en esta vida. Ya te comenté que paseábamos mucho. También en mi nuevo entorno paseábamos por la naturaleza y yo entablaba conversaciones con otros seres, que son mis her-

manas y hermanos. Así fui conociendo mi propia esfera y sentí cómo me entraba la posesión. Cuando terminamos de hablar empecé a pensar en trabajar, porque alguna vez también habría que empezar con eso. Si no se detiene tu desarrollo. Me aislé algún tiempo para encontrarme a mí misma y meditar qué iba hacer. Sentía y veía los muchos errores que aún tenía, y de esta manera me encontré a mí misma, llegando a conocerme como no me había conocido antes. El silencio y la paz a mi alrededor me permitieron alcanzar este elevado estado de ánimo. Quería elevarme más, pero sentí que no era tan sencillo. La vida uno la tiene que vivir y solo paseando no se avanza, por lo que quise perfeccionarme en algo. En esa paz espiritual llegué a comprender cómo lo tenía pensado Nuestro Señor. Con cultura o sin ella, aquí se sigue un solo camino, que todos debemos recorrer. Aquí no conocemos la erudición. Quien tenga mucho amor y quien sienta es sabio, porque ve, y ver es saber y significa sabiduría espiritual. Por la belleza de las esferas, por la meditación y por la música elevada llegué a ese punto y decidí entregarme a los demás. Trabajar por los demás significa hacer algo por uno mismo. Así es nuestra vida, así es como se avanza. Voy a contarte ahora cómo hice: cuando me encontré, pregunté a mi madre qué debería hacer. Me aconsejó que primero acudiera a una escuela. “En esa escuela”, dijo, “te hablarán de esta vida y de todas las transiciones en el espíritu y en el universo. Allí conocerás la sintonización del alma, y después los alumnos se van de viaje con guías competentes para ver la verdad de todo lo que han aprendido”. Así que me apeteció mucho hacerlo. Dentro de mí, en lo más hondo de mí, sentía esa fuerza, porque aquí no puedes hacer nada por consejo de otros si no lo sientes tú misma. Es necesario depositar en ello todo el amor que tengas. Es saber con seguridad, aquí no hay duda alguna. Dudar es sucumbir, es estar muerto en vida. Pero yo vivía, sabía y sentía lo que quería hacer. De modo que seguí esa escuela, Jozef, y unos meses después hice un pequeño pero intenso examen. En la tierra, en ese escaso tiempo, uno no podría aprender nada especial, en realidad tampoco en este lado, pero eran lecciones teóricas y los guías nos mostrarían y aclararían la práctica de lo que habíamos aprendido. Llevábamos esas fuerzas en nuestro interior, pero teníamos que convencernos de la verdad. ¿Sientes lo que quiero decir? Salimos de viaje centenares a la vez, todos divididos en grupos. Me había despedido de mi madre y de Greetje, porque iba a ser un largo viaje. Se me concedió vivir mi primer viaje en la vida después de la muerte, de la que tanto me contaste en la tierra, Jozef. Mi madre y todos los demás espíritus también siguieron ese camino. “Parte”, dijo mi madre, “porque cuando vuelvas podrás comenzar tu amado trabajo”. Primero conocimos todas las transiciones y esferas que están bajo nuestra propia esfera. Visitamos países desconocidos donde vivía gente que no era tan feliz como nosotros, y vimos cosas tristes. Así íbamos de esfera en esfera y

fuimos entendiendo todo. Esa es tu posesión de la que acabo de hablarte. La sientes, la llevas contigo, solo hay que percibirla. Jozef, en el universo no hay más que vida. Todo espíritu que lo haya percibido te lo dirá. Si las personas en la tierra pudiesen ver lo que vive a su alrededor, les entraría miedo y dejarían de practicar el mal y, sobre todo, no hablarían mal de aquellos que ya hicieron la transición. Fuimos hasta el borde de las tinieblas, pero no descendimos al infierno. Aprendimos cómo debemos concentrarnos en el universo y planear, y nos enseñaron otras fuerzas espirituales para que las asimiláramos. Vi el sol, la luna y las estrellas desde este lado, un espectáculo inolvidable. Aquellos que no lleven luz en su interior miran en una imponente oscuridad y naturalmente no ven nada de todo esto. Vi a gente yendo y viniendo de la tierra, que trabajaba allí, o que iba a buscar a los moribundos o que protegía a sus familiares. Hay trabajo para cada uno de los espíritus y todo es para ayudar a la gente en la tierra. En la esfera de la tierra trabajan millones de espíritus. La tierra, vista desde aquí, es horrible. Es por el mal que vive en ese planeta y del que uno no puede hacerse ni idea. Eso primero hay que verlo y vivirlo, pero es muy triste. Los guías seguían un plan establecido y nos enseñaban lo que era necesario. Paso a paso debemos ir conquistando nuestro camino espiritual, asimilarlo, lo que significa avanzar haciendo camino, igual que la evolución eterna. En la esfera de la tierra solo vimos tristeza. Llevan deambulando miles de años y aún pasará mucho tiempo antes de que vayan por el buen camino. Allí conocimos también la finalidad de la existencia terrenal. Allí permanecemos bastante tiempo, pero entonces nuestros guías volvieron con nosotros a las esferas de luz para vivir la fiesta navideña. Era casi la fecha, pero aquí se celebra antes que en la tierra y además de una forma tan diferente. Aquí ni se come ni se bebe. Aquí es una fiesta de meditación. La fiesta navideña en las esferas es para conocer la vida del Hijo perfecto de Dios. En esta fiesta sagrada participan miles y miles de espíritus, desde los más elevados hasta los más bajos; vienen de diferentes esferas para juntarse. Cristo nació y murió en la tierra. Conozco y sé ahora cómo fue todo, pero es diferente a lo que se le enseña a los seres humanos, jóvenes y viejos, en la tierra. No puedo hablar de ello, eso ni lo hacen los espíritus elevados, y se abstienen de hacerlo porque todos sienten un gran respeto por este acontecimiento sagrado. A cualquiera le impresiona eso tan grande y sagrado con que estamos conectados. El árbol navideño, tal como se conoce en la tierra, es, donde nosotros, una columna de luz que representa el sufrimiento, la vida y la muerte sagrados de Cristo. Te haces una idea de la vida sagrada de Cristo; sientes, con la pureza de un cristal, la religión del gran acontecimiento aquí en la tierra. De modo que nuestra fiesta de Navidad es una fiesta de oración y meditación; te encuentras a ti mismo. El Hijo Sagrado de Dios entra en nosotros; quien participe en la celebración lo siente. Vi túnicas

destellantes y muchos seres irradiaban luz, como no había visto nunca antes. Eran espíritus elevados y líderes espirituales de otras esferas. La música que oí allí no la puedo describir. Es muy asombrosa y de ella ya me habías hablado también. Todo es verdad, Jozef, todo es amor. El amor significa felicidad y luz en el espíritu. Todos se arrodillaron cuando terminó la celebración para agradecer a Dios por todo. En silencio volvimos a nuestras propias esferas. Allí me esperaban mi madre y Greetje. Había estado de viaje casi un año entero. También ellas habían vivido todo esto. Nuestros guías partieron de nuevo con otros muchos. Me quedé bastante tiempo con mamá y entonces me entraron deseos de estar sola. Me aislé y medité todo lo que había podido vivir, lo que duró bastante tiempo. Si quería ver a mi madre, la llamaba en mis pensamientos y venía cuando era posible. Solo ahora asimilé todas esas fuerzas y toda esa sabiduría, que penetraron hasta lo más hondo de mi alma. Medité durante mucho tiempo y sentía que se me incorporaba a otros estados, que ya conocía. Había adquirido conciencia y sabía lo que quería hacer. Ahora podía entregarme a los demás y decidí convertirme en una madre de niños fallecidos en la tierra a temprana edad. Era el mismo camino que el de mi madre y quería seguirla. Greetje, a su vez, hacía otro trabajo, pero está trabajando mucho en sí misma, aunque la transición le costó más que a mí. Su muerte fue un acontecimiento terrible, donde el cuerpo material se desgarró del espiritual. Finalmente, llegó el momento y me asignaron tres niños. Los más mayores, dos muchachos, pasaron pronto a otras manos y así pude entregarme por entero a una dulce niña de siete años. Los niños entre siete y catorce años llegan desde la tierra a la primera o segunda esfera. Su padre aún vivía en la tierra, pero su madre estaba en este lado, aunque en otro estado. Paseábamos por la naturaleza y le enseñaba lo que yo misma había tenido que aprender. Le hablaba de esta vida y visité con ella la tierra, mostrándole cómo había nacido y muerto allí. También los niños aprenden todas las leyes espirituales, pero ellos deben haber alcanzado una determinada edad. Jóvenes o viejos, todos tienen cosas que aprender. Los niños sienten y conocen la lucha, porque su sentimiento es terrenal y también ellos deben adaptarse a esta vida. No han cometido grandes pecados, y sin embargo deberán purificarse por haber estado conectados con la tierra. Pero entonces también su desarrollo es más rápido que en la tierra. Liberados de todos esos tormentos terrenales, pueden concentrarse en sí mismos y también esto, es una gloria verlo, lo aprenden a fondo. Este trabajo es muy hermoso; lo hago con amor y trato de guiarla en el espíritu. Mi hija adoptiva sabía que su padre aún vivía en la tierra y que ella, luego, cuando tocara, entraría en comunicación con su madre. Aquí madre e hijo están juntos cuando tienen una sola sintonización. Pero también hay madres y padres que viven en las regiones tenebrosas, y de momento no emergerán. Pasan muchos años, el niño continúa viviendo, pero

aun así llegará el día en que madre e hijo serán conectados. He visto escenas desgarradoras. Niños que preguntaban por sus padres y si se sabe que la madre y el padre han vivido una vida horrorosa en la tierra, entonces sobra que te diga lo triste que es todo esto. Pero también vi otras situaciones, felices, muy felices. Te describiré uno de esos casos felices, en el que la madre fue conectada con su hijo. Mi renacuaja ya estaba lista, al igual que la madre, por lo que podían ser conectadas. Ya se había fijado el momento para ello e iríamos a visitar a su madre con un guía. La madre había muerto poco después de que la hija dejara la tierra. Aquí no llegó a la misma esfera que su hija, sino a la que había debajo de la de su pequeño tesoro. Pero una madre que sepa cómo poder alcanzar a su hija hará todo lo posible y pronto lo conseguirá. Pero si vive en las tinieblas, no es raro que pasen cientos de años antes de que hayan llegado a ese punto. Esta madre había alcanzado la primera esfera y la hija vivía en la segunda. Se la llevaron a un estado de conexión y descendimos hasta ella, de modo que íbamos a su encuentro. Ese reencuentro supone una gran felicidad para madre e hija. Las madres son las que más pueden acercarse a este sentimiento. Sienten esa gran fuerza y saben de la santidad de esta conexión, y la conocen. El amor maternal es el más fuerte que conocemos aquí, hasta que también este haga la transición al amor de esferas, al amor universal, y cuando ocurre esto, la madre siente por su niña, y el padre por su niño, amor fraternal. El reencuentro fue maravilloso. Desde lejos vi cómo se iba acercando la madre, iba acompañada por una hermana en el espíritu. Aún no se veían, pero íbamos acercándonos más y más. De repente, la niña vio a la madre, voló hacia ella y la dulce pequeña ya estaba en brazos de la madre. Viví un reencuentro en la vida después de la muerte y pensé en mi propia entrada en ella, sintiendo toda esta gran felicidad sagrada. Seguimos paseando por la naturaleza y cuando llegó la hora de partir, nos unimos a ellas y la madre me hizo muchas preguntas. Cómo me lo agradeció que cuidara tan bien a su hija, algún día me lo compensaría todo. Entonces seguiré mi camino, entregando a otros pequeños su amor, su amor maternal puro. Así se aprende y uno se da a los demás, eso es amor servicial. Así vamos avanzando paso a paso y alcanzaremos la tierra estival, que está en la cuarta esfera. Allí sentiremos un amor más elevado y estamos libres de cualquier pensamiento terrenal, para hacer, solo entonces, la transición a la vida espiritual. Tú ya describiste cómo es allí, de forma que no es necesario que lo comente. Volvimos a nuestra esfera, y más tarde, después de bastante tiempo, cuando mi querida niña hubo pasado a manos de su madre, empecé a perfeccionarme en otros estados. Hice otro viaje, en este caso junto con mamá y Greetje. Así seguiré siempre, entregándome a los demás. Además, espero recibir aquí en la tierra una tarea para poder proteger a los demás. Aunque para eso falta mucho todavía, porque me quedan muchas cosas por asimilar. Pero

estoy en un camino que asciende hacia lugares para mí aún desconocidos. Cuando haya vuelto a las esferas, recibiré otras tareas. Mi madre siempre está conmigo y siempre lo estará. Ahora ya casi llego al final de mi breve historia. Todos serán muy felices si podemos convencer a unos pocos de nuestra vida.

Querido Jozef, quisiera decirte mucho más, pero tengo que parar. Describí apenas unos fogonazos, detalles; ya podría llenar un grueso libro sobre mi vida, pero hay otros esperando. Veo a mi lado a un hermano que te quiere hablar, así que pararé un poco. Recalcará todo con su propia vida y tendrá más cosas que contar que yo. Su vida es distinta, porque cada vida se encuentra en una sintonización diferente y cada uno, a su vez, tiene que despojarse de otras características terrenales.

Hubo una breve interrupción y se me conectó con otra inteligencia. Después Jeanne continuó:

—He podido vivir mucho en los escasos años que llevo en este lado. Y Jozef, ¿cómo será entonces la vida de los que han alcanzado la cuarta, quinta, sexta y séptima esfera? ¿Qué sé de la eternidad? Ay, todavía sé tan poco y, sin embargo, lo acabo de decir, podría seguir contando sin parar. Pero todos esos millones de seres que viven en las esferas más elevadas, esas figuras luminosas quieren ayudar a la humanidad, porque todo lo que uno recibirá, y pueda recibir, sucede por sus fuerzas y liderazgo. Rezaré mucho por ti y espero que Dios te brinde la fuerza para que des mucho a la gente. Una vez más Jozef, solo son fogonazos. Ahora me despido de ti, pero de tiempo en tiempo, cuando pueda, volveré. Trabaja, trabaja en el espíritu. Haces nuestro trabajo y hay muchos a los que puedes ayudar. Te deseo suerte y mucha luz. Adiós, Jozef. Agradezco al maestro por su gran ayuda. Tu Jeanne.

Jeanne se había ido. Vive y permanecerá viva. Un día estaremos con ella, quedándonos para la eternidad con ella y con quienes nos precedieron. Jeanne volvió a su mamá y a Greetje, y yo había vuelto a recibir sabiduría en el espíritu de alguien que había conocido en la tierra.

*Quien “siente” la vida eterna,  
se siente seguro.*

Alcar

## El regreso de aquel que se burlaba de lo que no entendía

En condiciones similares, otro traspasado habla acerca de su vida del otro lado. Regresó a mí por una conversación que habíamos tenido juntos, poco antes de su partida, sobre la vida después de la muerte. Gerhard era un conocido mío a quien me encontraba de vez en cuando y que era cochero en una funeraria. Yo había estado en un cementerio y me lo encontré en la salida, pues había llevado a alguien a su última morada. Ya desde lejos me hacía señas para que me acercara. Después de la típica charla sobre temas cotidianos y las preguntas sobre las circunstancias familiares de ambos, me preguntó:

—Me enteré de que andas metido en cosas raras, ¿es cierto eso?

Sentí enseguida a donde quería llegar, y pregunté:

—¿Cosas extrañas, dices? ¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, pues me refiero a ese espiritismo, ¿estás metido en eso?

Sonreí y le pregunté:

—¿Acaso es extraño estar metido en eso? ¿Sabes lo que es el espiritismo, lo que significa? No pensarás que es algún tipo de deporte, ¿no?

—No lo sé —me dijo—, pero se oye hablar tanto de eso. No estoy enterado y me parece ridículo, pero me dijeron que dibujabas y pintabas a través de los muertos.

Percibí claramente su sarcasmo, pero no ahondé en el tema.

—¿Le tomas el pelo a la gente? —prosiguió—. ¿De verdad son ciertas esas cosas que se oyen por ahí? Yo no creo nada de todo esto. Y deja que te comente algo —dijo, mirándome mientras lo hacía.

Entretanto yo lo sondaba y cuando percibí el estado en que se encontraba, me reí en voz alta. Sentado en el estribo, en lo alto arriba de mi cabeza, envuelto en mantas y el látigo en la mano derecha, continuó:

—¿Por qué te ríes? ¿Ya sabes lo que quiero decirte? ¿Es un engaño? Ya me lo imaginaba.

No contesté y dejé que terminara de hablar, ¡pues era tan divertido!

—Lo muerto, muerto está —dijo, y me miró a los ojos con agudeza—. Sabes a qué me dedico, trato a los muertos todos los días, y ni uno abre la boca. ¿Cómo quieres que hable un cuerpo así, muerto? A los muertos hay que dejarlos descansar. La gente que está metida en eso —se señaló la frente con la mano— ¡está loca! —Y al decirlo estalló en una carcajada—. La gente ya no sabe cómo divertirse; supongo que se aburrirán bastante aquí y por lo tanto buscan alguna otra cosa. ¿Así que quieres decir que los muertos dibu-

jan a través de ti? —Se sonrió haciendo una mueca y me miró, como si me tuviera lástima.

—¿Ya terminaste de hablar?

—Sí, es todo lo que sé.

—Muy bien, entonces te voy a contestar. No eres un mal tipo, pero de estas cosas no sabes nada, y no debes burlarte de ellas. Eres un burlón de los peores, y un necio. Te ríes de algo que no conoces ni entiendes, y cuyo origen y verdad no puedes sondar. Muchas personas lo hacen y no dice nada bueno sobre su personalidad. Te pregunto: ¿doy la impresión de un loco? ¿Tengo un aspecto diferente al que solía tener? ¿Doy la imagen de un demente? ¿Entonces? Contéstame, ¿quieres?

—No —dijo—, no te noto nada inusual.

—Pues bien, pinto y dibujo a través de los espíritus. O sea, a través de personas que han muerto en la tierra y aun así viven. Regresan con nosotros y hacen, a través de mí, las pinturas más bonitas. Sabes que nunca he pintado y que no sé hacerlo. Por cierto, cuando recibo esas piezas, ni siquiera sé que las estoy haciendo.

—Me es un misterio —dijo—, un gran misterio. Sin embargo, has cambiado.

—Eso piensas tú, pero no he cambiado, en nada. Solo que me he hecho un poco más sabio con respecto al gran problema: la muerte. De veras, Gerhard, no debes burlarte así de eso.

Por lo visto, no se había terminado de convencer, y dijo:

—Sé franco conmigo: ¿realmente crees que eso es verdad? Te repito: para mí, lo muerto, muerto está. Como si no hubiera suficiente circo en el mundo, les hacemos un lugarcito a esos cuentos.

—¿Esos cuentos?

Percibió que me estaba irritando, pero dije:

—¿Tienes ganas de leer?

—Sí, de vez en cuando me pongo a leer.

—Entonces te aconsejo que leas las obras que tratan sobre el espiritismo; mucho se ha escrito ya sobre el tema y entonces cambiará tu manera de pensar.

—¿Entonces tú también las has leído?

—He leído poco, pero veo los espíritus.

—Pero ¿qué dices? —preguntó asombrado—. ¿Los ves?

—Los veo y los oigo —continué con calma—. Conozco sus vidas, porque veo sus vidas y oigo cómo me hablan.

Eso fue demasiado para él.

—¿Pero ¿no estarás metido en eso?

—¿En qué? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues eso de poner las mesas a bailar, como hacen aquellos otros.

—¿Qué otros?

—No finjas que no me entiendes, bien sientes lo que quiero decir.

—¿Los espíritus no son espíritus, la incidencia no es incidencia? Pero de eso no entiendes nada. Esa misma mesita que te causa risa y que llamas un cuento ha consolado a muchas madres y a muchos padres e hijos, uniéndolos. Pero cuando la gente no sabe nada de eso, se burla. Como sea que se manifieste el espíritu, los espíritus son los espíritus, y no hay una muerte. Tú dices que ninguno abre la boca y esa es la verdad, pero ¿es que sería posible? Pues ese cuerpo muerto no hablará, sino que es el cuerpo espiritual, y este vive eternamente. Repito, no eres mala persona y eres un buen padre de familia, pero esas cosas no hay que tocarlas si no sabes nada acerca de ellas.

—¿Quieres decir que no participas en sesiones de espiritismo, o cómo se llama eso?

—Rollos —dije, y ahora era mi turno de mirarlo con severidad y me quedé esperando a ver qué diría.

—Vamos, ahora sí que hablo en serio, ¿no ves que no sé nada del asunto?

—Sí —retomé la conversación—, he pasado por muchas cosas en esa materia. No lo podrás creer, pero si te interesa, vente a mi casa para que veas mis pinturas, que hicieron los espíritus a través de mí.

A eso no me contestó, sino que dijo:

—Cuando esté allí —y de nuevo empezó a burlarse—, ya vendré a contártelo.

—¿Qué es lo que me quieres contar?

—Que estoy vivo, y entonces tocaré, así —aporreó unas cuantas veces el vehículo con el látigo y gritó, carcajeándose—: toc, toc, toc. Me controlé; sentí que se estaba propasando y me preguntó:

—¿Estás enojado?

—No contigo; la gente que habla así no me importa nada.

—Ya me lo imagino —dijo—, pero me da miedo.

—Vaya, ¿te da miedo? ¿Sabes, Gerhard, lo que me da miedo a mí?

—¿A ver?

—Esa burla tuya para con los muertos.

—Pero ¿quién se burla más? ¿Tú o yo?

Sus palabras sonaron ásperas, y continuó:

—Cada día vemos caras nuevas, pero ninguna dice nada.

—¿Vas a volver al principio?

No se le podía convencer, por más serias que fueran mis intenciones. Aun así, no me quería dar por vencido sin más y le dije:

—No olvides que cuando ese despertador interno tuyo se niegue a avanzar, entrarás a esa vida como burlón. No sabemos lo pronto que puede ocurrir

eso. Somos personas de un segundo y luego estarás con ambas piernas en la eternidad, así como eres ahora, profundamente infeliz. Creo que entonces ya dejarás de lado esas burlas.

No dijo nada, miró hacia adelante y se alistó para irse.

—Mira, allí viene mi gente. ¿Estás enojado?

Negué con la cabeza y alcanzó a gritarme:

—Cuidate, amigo, y ¡suerte con los espíritus!

Solo lo escuché a medias, porque estaba demasiado absorto en mis pensamientos. ¡Qué hombre tan burlón! Así pensaba la gente acerca del sagrado espiritualismo, así se burlaban. No era un mal tipo, pero ignorante de las grandes verdades. Así no lo había conocido hasta ahora. Para él, lo muerto, muerto estaba, y del espiritismo no sabía nada. A los muertos había que dejarlos descansar, era lo de siempre. Me pareció triste.

¡Seguramente que todos esos grandes sabios que se habían sacrificado también estaban locos! Conocía a Gerhard desde hacía años, pero rara vez lo veía. ‘Una conversación maravillosa’, pensé, ‘pero es imposible alcanzarlo; no quiere que nadie lo alcance’. Conoce la muerte, pero para él, la muerte seguirá “muerta”. Qué sencillo resultaba para él no empezar a pensar de otra manera; vivir pensando así era lo más fácil. Era un tipo como un roble y aun así, ¿qué es el ser humano cuando habla de esta manera? Se ríen de sus propias estupideces. “¡Ninguno jamás ha abierto la boca!”. No para él, ni para ninguna otra de estas personas que trabajaban en las funerarias, que compartían sus ideas al respecto. Todos los días trataba con los muertos; ellos eran sus amigos y no les tenía miedo, porque los conocía. Estaban muertos, pero él no conocía la muerte, aunque condujera los despojos a su última morada. Los huesos no hablaban, así de sencillo. No pensaban en otra vida, una vida eterna. Todo lo que tenía que ver con el espiritismo y los muertos daba miedo, y aun así, el espiritismo era lo más sagrado que Dios le había dado al ser humano. ¡Pobre espiritismo! Pero llegará el día en que también a ellos se les abrirán los ojos, pero solo del otro lado. Verán, oirán y sentirán que viven eternamente. La muerte no había dejado de ser un horror, sembrando dolor, pena y desgracia. Embaucaba a las personas que lloraban en los cementerios, destrozadas. No sabían de estas cosas, pero tampoco querían saberlas. Seguían sordas, ciegas e insensibles.

La vida, que había tenido una existencia en el cuerpo material, volvía a la eternidad. Luego apoyaba desde aquel lado a las personas que querían unirse con el espiritismo. Cuánta gratitud no debía sentir el ser humano por toda esa belleza. El espiritismo no tenía nada que ver con el diablo. En este caso, eran sus amigos y seres queridos que regresaban hasta ellos, para decirles que estaban vivos y eran felices. ¿Acaso hay algo más sagrado que se le pueda dar al ser humano? Yo conocía un espiritismo que era resplandeciente como un

sol, puro como la vida eterna misma. En ningún momento hubiera pensado que Gerhard haría la transición tan pronto. Quince días después, la muerte había llegado a él. Lo arrasó de golpe, lejos de su mujer e hija. A él también lo había golpeado el monstruo de la muerte. El burlón vivía ahora en la vida después de la muerte. Cuando me lo dijeron, me asusté. ¡Qué asombrosas son las leyes de Dios, de las que se sabía aún tan poco! Era como si lo hubieran llamado y le hubieran dicho: “Ven, amigo, mira y observa, mira si estás muerto, si hay una vida eterna. Observa, tú, ser humano de la tierra, aquí no hay nada que esconder; aquí te conocerás a ti mismo. Mira y siente que la vida eterna está dentro de ti”. Miles de pensamientos me revoloteaban por la cabeza. No dejaba de ser curioso, pero me alegraba haber podido hablarlo todavía con él. Podría asirse a eso, a esa conversación sencilla e intrascendente, llena de sarcasmo y de burla. Aún escuchaba los golpes de su látigo, que en aquel lugar equivaldría a un golpetear en la morada de su alma, insistiendo hasta despertarlo. Sabía que estaba vivo. ‘Qué sorpresa se llevará’, pensé, ‘cuando él también vea que está vivo’.

De su enfermedad supe lo siguiente. Durante unos días, no se sintió bien. Por la mañana tuvo la garganta hinchada y por la noche ya había muerto. Más rápido, imposible. Desde lo conocido había pasado a lo desconocido. ¿Cómo se sentiría? Ahora seguro lo veré pronto, pensé, porque vendrá a visitarme, tal y como hicieron Jeanne y el Sacerdote X y muchos otros que había conocido en la tierra. Pero ¿tendría la fuerza necesaria para ello? Se me hacía dudoso, porque aún le faltaba mucho. Gracias a mis viajes, que había podido hacer con mi líder espiritual usando el desdoblamiento de mi cuerpo, sabía que uno tenía que poseer la fuerza del amor si quería manifestarse en la tierra. De eso probablemente sabría poco o nada. Se acordaría de la conversación que tuvo conmigo, porque nada de la vida terrenal se pierde al entrar a aquella otra vida. Recé por él y esperé, pero no venía. Solo meses más tarde apareció en la sesión de espiritismo en la que yo solía participar como médium, transmitiendo un breve mensaje de su vida. Me dio una pena tremenda no haber estado allí justo esa noche, ya que un enfermo de gravedad había reclamado mi presencia. Al día siguiente recibí este mensaje:

“Dile a Jozef que soy yo”, mencionó su nombre y yo ya lo reconocería. Sí, lo conocía, y me pareció extraño que no dijera nada de nuestra conversación. ‘Ahora sí que lo veré pronto’, pensé, pero todavía tardó una semana, y no fue hasta la siguiente sesión de espiritismo que entré en comunicación con él. Las personas que participaban en la sesión conmigo eran todos intelectuales y no conocían al humilde cochero. Esto anulaba, además, cualquier sospecha de que en su aparición hubiera sugerencia telepática, cuando más adelante oyeron que yo lo conocía. Era una prueba de que estaba vivo, pero me asombraba tener que esperar tanto, ya que si me hubiera visitado, habría podido

observarlo. Pero mi líder espiritual dijo que esperara, y también me enteraría de cuál era la intención.

La siguiente semana fui como de costumbre a ver a mis amigos para hacer una sesión de espiritismo. Se habló de la última sesión y también de él, del que entendían poco o nada. Todavía no nos habíamos sentado en la mesa cuando ya lo observé, cosa que me dio mucha alegría. Cuando hube tomado mi asiento, estaba de pie junto a mí. Sin embargo, no me concentré en él, sino que me enfoqué, como siempre, en mi líder espiritual, esperando a ver qué sucedería. Finalmente, se me comunicó con Gerhard y pregunté:

—¿De veras eres tú, Gerhard?

—Sí, compadre, soy yo. Estoy vivo, Jozef, estoy vivo.

Pensé en nuestra conversación. ¡Allí estaba, el burlón! Tenía la cabeza inclinada; sentí que en él había un respeto profundo y sagrado. Era un reencontro tan humano, tan grandioso. Sentí la seriedad de la vida en él, estaba despierto, abierto a todo lo que vivía. Cómo has cambiado, pensé.

Gerhard estaba sumamente feliz.

—¿Me sientes, Jozef?

—Sí —dije. Y sentí que me posó la mano en el hombro. Me entró una suave pero intensa sensación de amor, dada de forma inmaculada y pura, que brotaba desde lo más profundo del corazón de un ser humano que había conocido la vida. Me animó y me deleitó, de modo que me sentí muy feliz. No se podía hablar mucho, pero se quedó de pie a mi lado toda la noche y permaneció cerca de mí. Sin embargo, en sentimiento éramos uno; yo lo sentía a él, él me sentía a mí. Vi que observaba minuciosamente todo lo que ocurría, mientras al lado suyo había otra inteligencia, que de vez en cuando le hablaba. No obstante, de su vida no escuché nada. Aun así, tenía la esperanza de que Gerhard apareciera todavía, pero no fue así, de modo que la noche pasó sin que G. hubiera hablado. ‘Qué extraño’, pensé, ‘¿por qué no dice nada? ¿No se acordaría de nuestra conversación? Pero no era posible, ya que nada se perdía. Algo decepcionado volví a mi casa. Me concentraba constantemente; ‘Tal vez’, pensé, ‘lo vea en casa y hable conmigo’. Pero tampoco sucedió eso. Le pregunté a Alcar por qué Gerhard ya no había hablado conmigo, ni a través de la cruz y el tablero. Pero si una semana antes también había aparecido, ¿no? ¿Por qué ahora no, por qué no aquí en mi propio entorno? Pero Alcar me dijo:

—¿Todo esto te parece extraño?

—Sí, Alcar, me parece extraño; ¿qué le cuesta hablar conmigo?

—A él también le hubiera gustado, pero no fue posible. Nuestras leyes no son terrenales y nuestra vida es distinta de la tuya. Aún no ha llegado su momento. Entiende bien que en todo hay liderazgo, también en esto. Espera con paciencia —me dijo Alcar—, regresará y te contará muchas cosas sobre

su vida de este lado.

Acepté, ya que no había nada que yo podía cambiar en este asunto, pero seguí pensando que era extraño. A Gerhard no lo oí ni vi para nada por un tiempo. Rezaba mucho por él, pero también eso lo dejé, después de haber rezado durante dos años completos. Nada, nada había ya oído ni visto de él. No lo comprendía, no lo podía explicar. Si otros podían volver a la tierra y recibir una conexión, entonces, ¿por qué él no? Si era la cosa más sencilla. Cuántas ganas tenía de saber cómo se sentía y cómo había llegado allá, pero Gerhard estaba y permanecía envuelto en una misteriosa emanación.

Fueron pasando los años. Había dejado de pensar en él; me ocupaban demasiado otras cuestiones. Pero aquella tarde, cuando estaba trabajando en el segundo capítulo de este libro y el espíritu Jeanne tuvo que detenerse un momento debido a que un hermano quería hablar conmigo, vi a Gerhard, que venía a visitarme. G. dijo:

—Se me concede decirte que estoy aquí. ¿Me ves, Jozef? El maestro dice que te puedo saludar y que después de la hermana puedo contarte de mi vida. ¿Ya lo sabías?

—No —dije—, aún no lo sabía.

—Cuando haya acabado la hermana, entonces podré empezar. ¡Estoy tan feliz, Jozef! ¡Hasta luego!

Sin embargo, Alcar me dijo:

—Sí lo sabías, ya que se te dijo hace algunos años, y ahora ha llegado ese momento. Hemos dirigido todo de esta manera, porque sabíamos que llegaría el momento en que ocurriría esto. Y ahora ha llegado el momento.

Incliné mucho la cabeza y lo entendí. Ya no había pensado en eso. Ante mí veía una red espiritual, de la que todos los hilos habían sido calculados y trenzados entre sí de antemano, y de la que nosotros, seres humanos terrenales, no sabemos nada, ni podríamos saber nada. Los espíritus preveían lejos, muy lejos, cuando querían. Para mí esto fue una lección que me enseñó, además, que podía confiar y entregarme en todo. Sentí un profundo respeto ante este gran problema. En todo se encontraba el sagrado liderazgo. Aquellos que habían vivido en la tierra y continuaban viviendo del otro lado conocían secretos y verdades que permanecían ocultos para nosotros, los seres humanos terrenales, hasta que también entráramos en esa vida. Solo entonces haríamos la transición a todos estos secretos. Entonces los problemas y milagros ya no serían problemas ni milagros, era en ese lugar donde conoceríamos la auténtica verdad. Aquellos que habían partido antes que nosotros vivían en aquella grandiosa vida detrás del velo que para ellos había quedado alzado, se habían conocido a ellos mismos y habían conocido aquella vida. A mí se me revelaba la verdad de que el saber y la sabiduría son del espíritu. Ante eso incliné la cabeza y me rendí de buen grado. Vi a Gerhard muy animado. En su voz

resonaba felicidad, que siguió vibrando en mi interior. El espíritu de Jeanne siguió, terminó pronto y se despidió de mí. Después esperé a que llegara G.

El día después, al sentarme detrás de mi máquina de escribir, no tuve que esperar mucho. Ya por la mañana había percibido a Gerhard. Se colocó de mi lado derecho; a mi izquierda estaba mi líder espiritual Alcar, que dirigía todo. Gerhard tenía lágrimas en los ojos. ¡Cómo había cambiado! No podía pronunciar una sola palabra; se limitaba a mirar hacia arriba, como vi claramente, como si le pidiera a Dios fuerza para este acontecimiento. Así que Gerhard tendría que llenar una parte de este libro. Esperé a que empezara a hablar. Allí, en el mismo lugar en el que habían estado el Sacerdote X y Jeanne, ¡ahora estaba él, el burlón! El mismo que pensaba que todo eran disparates. “Hay que dejar descansar a los muertos”, todavía se lo oía decir. Sin embargo, ahora no quería pensar en eso, así que me despejé completamente, para que pudiera llegar hasta mí. Tenía que recibir a un espíritu, a un ser humano, que había vivido en la tierra, al que conocía, veía y sentía. Estaba junto a mí, alto, fuerte, joven y bello. Le resplandecían los ojos y alrededor suyo había una hermosa luz. Todavía no estábamos conectados, pero ya sentía cómo estaba acercándose y cómo iba entrando en mí. Ya sabía cómo ocurría aquello. Para poder servir como mediumnidad escritora, el espíritu se debe poder comunicar completamente, por lo menos en este momento y de esta manera, porque aún había otras posibilidades. Gerhard entró en mí, en sentimiento éramos uno solo. Fui aupado espiritualmente dentro de su vida y ahora iba a hablar él. Sentí cómo su conversación me atravesaba y al mismo tiempo era yo quien la registraba. En sentimiento siempre estaba en aquellos lugares de los que él me hablaba. Mientras escribía, vivía todo, sentía dentro de mí su lucha, su pena, su dolor y su felicidad, así como su amor. No podía permanecer mucho tiempo en este estado, porque no sería capaz de aguantarlo. Así que en quince días se consignó esa parte del libro. Pero velaban por mí en todos los aspectos. En ese lapso vivía en sentimiento en las esferas, pero al mismo tiempo tenía que seguir viviendo mi existencia terrenal y estaba una y otra vez en conexión con personas terrenales que precisaban mi ayuda. Así que viví en ese estado doble, hasta que quedó cerrado el libro.

Ahora me sentía vacío y ya no podía pensar en nada que perteneciera a la tierra, pero me entró una intensa incidencia, de manera que sentía el silencio de su vida. ‘Enseguida comenzará’, pensé, y lo había intuido bien, porque oí decir a Gerhard:

—Bueno, aquí estoy, ¡por fin un poco más de calma! Me sentía un tanto nervioso, pero por pura felicidad. A esto hay que sumar que tengo que enfocarme en mi vida terrenal si quiero ofrecer una imagen nítida de todas mis vivencias y eso no resulta tan sencillo, porque no pienso en otra cosa. Doy gracias a Nuestro Padre Todopoderoso, Jozef, que se me haya dado y

concedido esto. Yo, el burlón, el que pensaba que los huesos no hablarían, la única verdad que pronuncié a lo largo de nuestra conversación. No se me ha olvidado, cada una de las palabras las llevo dentro. Pero ahora, amigo mío, soy feliz, aunque primero te pido que me perdones. Cómo me burlé de ti y de lo más sagrado que se le ha dado al hombre. No creía en una vida eterna, y para mí, lo muerto, muerto estaba. Qué mal he estado, pero ahora todo ese horror quedó en el pasado. ¡Cómo he trabajado en mí mismo! El trabajo más pesado no me resultaba excesivo cuando supe y acepté que en la tierra había muerto. No creía estar muerto, pero de eso te hablaré luego. Sin embargo, estoy apenas iniciando mi viaje eterno, y aun así camino sobre piso firme. De veras, Jozef, estoy sobre piso firme, no puedo hundirme en él. Lo que tengo bajo los pies es duradero, lo he vivido y para eso he tenido que deponerme a mí mismo, deponerme por completo. ¿Percibes lo que significa eso, tener que deponerte a ti mismo? Eso primero lo tuve que aprender, porque no sabía hacerlo. Nada se me ha regalado. Nada es gratis, se dice en la tierra, pero solo de este lado, después de llegar allí, aprendes a darte buena cuenta de eso. Lo logré, pero ¡qué esfuerzo! Lo escucharás, te contaré todo, todo hasta este momento, el más bello para mí en todo el tiempo que llevo viviendo aquí. ¡Cuánto lo he anhelado y qué camino he tenido que andar! ¡Qué horroroso es el trecho que he recorrido! La gente no lo creará, pero de este lado no se te regala ni un ápice. Aquí te lo tienes que ganar todo, lo tienes que pagar con tu sangre espiritual, pero una vez que llegues, hay felicidad, entonces eres y te sientes feliz y ya está, por lo menos hasta el preciso lugar hasta el que hayas llegado, porque siempre seguimos adelante, siempre hacia arriba. Entonces eres feliz porque entiendes la vida, porque estás vivo y antes eras un muerto en vida. No solo aprendes a entender la vida en la tierra, sino también todo lo imponente que vive en el Universo.

Ahora hablo y pienso de otra manera, seguro que lo oyes; he cambiado. En todos estos años han pasado muchas cosas y he aprendido a ya no burlarme de los demás. Fui un tonto, un gran tonto. Lo son todos los que hacen lo mismo. Estaba loco, Jozef, no tú o aquellos otros que conocen el espiritualismo y lo aceptan como religión. Es sagrado, ¡sagrado! Quien lo tome como base no construye castillos en el aire, sino que trabaja en su morada eterna. Fue solo aquí que aprendí a entender esto. Ay, cómo pude aguantar todo esto; retiré lo dicho, cada una de mis palabras, y pensé que me asfixiaría en ellas. Aun así lo hice, por muy difícil que me resultara. Nuestra vida es natural, la naturalidad falsa solo se conoce en la tierra, porque el ser humano no conoce, ni siente, ni quiere ver las fuerzas naturales que llevamos dentro. Esta antinaturalidad me colocó en un estado horrible, en un estado de demencia, lo que me hizo pensar que estaba enloqueciendo. No quería aceptar lo que se me decía, porque me costaba mi personalidad completa. Sin embargo, se trataba de mí, de la

salvación de mi alma y cuando por fin entendí eso, acepté. Pero me costó mucha fuerza y mucho esfuerzo, porque no me conocía ni me entendía a mí mismo. Todo habría sido diferente si me hubiera convencido de la vida eterna y ya en la tierra hubiera hecho la transición a esa convicción. El ser humano en la tierra no se puede imaginar todo esto; hay que vivirlo y lo vivirá, pero solo cuando esté de este lado. Nadie que viva como yo en la tierra podrá salvarse de esto. Aquí lo aprenderán y los burlones empezarán a respetar precisamente aquello de lo que se burlaban. Miro hacia arriba y pedí perdón ya hace mucho, y lo recibí, porque Dios es amor. Ahora conozco esa gran incógnita, aquello que en su momento señalaba con el dedo, cuando te provocaba y me burlaba de ti. Prefiero olvidarlo ya, pero ¡qué tonto y pequeño era yo!

Lo acepté hace ya mucho tiempo, pero no es tan sencillo asimilar la vida eterna. Es glorioso sentir suelo de sustancia eterna, conocer un mundo en el que nunca es preciso despertar y en el que el silencio del alma te mimas, como la madre a su hijo. Donde no ves más que luz y seguirá siendo así eternamente, y donde solo despiertas para otras esferas que te esperan, más elevadas y más bellas, que esperan a cada hijo que quiera considerarse un hijo de Dios. Esferas que te sonríen, que te acogen y en las que Dios vela por ti y siempre lo hará. En eso me despertó el amor de las hermanas y los hermanos. Cuando supe y vi que no existía y que nunca ha existido la condenación, entonces incliné la cabeza, mucho, profundamente, ante Nuestro Padre. Solo pude hacerlo cuando sentí que estaba vivo, y mandé mi oración fervorosa hacia los cielos, rezando tal y como debe hacerlo un hijo de Dios. Y a mí, que me reía de los muertos, se me concede ahora contar sobre mi propia vida de este lado. ¿Habrías podido imaginarte algo tan bello? Yo no, pero ya ves, también este milagro ocurrirá.

Hay mucho silencio aquí, Jozef; conozco ese silencio. Es el silencio del espíritu, de aquellos que trabajan por ti, que te dan alimento espiritual, que te protegen y quieren convencer a la humanidad de una pervivencia eterna. Aquí en la esfera de la tierra, donde nunca hay paz y es imposible encontrarla, encuentro paz espiritual, la paz del espíritu, del ser más elevado. Yo vengo a ti desde la primera esfera y allí seguiré por ahora, todavía por mucho tiempo.

Ahora empezaremos:

### *Mi transición*

—Sabía desde hacía bastante tiempo que se me había concedido volver a ti. Me dio la fuerza para mantenerme en pie. Solo ese conocimiento me permitió aguantarlo todo. Qué difícil es para ti saber tanto de nuestra vida y aun así tener que vivir en la tierra, pero eres consciente, ves y sientes; si no, no

sería posible. En la tierra me era un misterio; ahora lo conozco: soy yo mismo. Bien sentirás lo que esto significa para mí. Ahora sé que en la tierra ya reina la eternidad. Con esto en mente puedes aguantar y digerir todo, y ¡en eso te admiro, Jozef! Para mí es ya un milagro que me oigas y veas y que yo vea que mis palabras están ya sobre el papel. Va a ser hermoso, porque tengo mucho que contar, pero empezaré por nuestra conversación en el cementerio.

Ya sabes que me arrepentí, y también ya me perdonaste. Yo sabía en ese momento que te lastimaba, y no sabría explicar por qué, pero lo hice adrede. Me gustó tocarte en el alma y aun así no sabía por qué, cosa que me pareció muy extraña. Ahora sé todo esto; eran influencias para poder afectarte a través de su incidencia en mí. Un instrumento para este lado sufrirá por serlo y siempre será el blanco de ataques. No tomaste muy en serio mi mofa y todo lo que decías me pasaba de largo como tantas cosas que pueden enriquecer interiormente la vida en la tierra. No sabía de estas cosas, Jozef. Los seres humanos se lastiman entre ellos muchas veces, de manera consciente e inconsciente, pero la mayoría de las veces con toda la intención, y eso es horrible. Solo después sientes lo horrible que fue, cuando todo se te resuelve y empiezas a comprender el problema. Sin embargo, solo entonces sientes con razón cuánta distancia te separa de ese otro ser humano. Cuando ves y sientes que has profanado lo más sagrado, solo entonces empieza a despertarse algo muy dentro de ti. Así me ocurrió a mí de este lado. Un despertar así duele mucho, sientes un remordimiento que te corroe por dentro, son como latigazos que sientes en el cuerpo desnudo. Deseas enmendar todo, pero entonces llega el gran pesar de que no puedes hacerlo. Tú mismo te quitaste esa posibilidad y solo en ese momento sientes lo lejos que estás de ellos. Quisieras arrastrarte hacia ellos de rodillas, pero son invisibles para ti. Viven de este lado en regiones diferentes y más elevadas y son felices, y aquellos, esos burlones, viven en las tinieblas y permanecerán allí si no son capaces de enmendarlo todo. Y todo ese tiempo lo sientes, te carcome el alma, hasta el punto de que te puedes hundir. Así me sentía cuando comprendí; así deben haberse sentido los humanos cuando clavaron al Hijo perfecto de Dios en la cruz. Es la verdad eterna que el humano aprenderá y que le hará inclinar la cabeza cuando se le enseñe la verdad, hasta que su personalidad haya sido resquebrajada y partida hasta en su esencia. Sentí respeto por esa Magna Grandeza Desconocida, por Dios. Por eso me retracté y enterré a mí yo anterior. Ahora sé lo que es el espiritualismo y lo que significa, ahora que yo mismo soy espíritu y estoy vivo.

Cuando me alejé de ti, iba temblando y estremeciéndome en el coche. Ignoraba por qué. Pensé que me había resfriado, pero me pregunté de dónde vendría eso tan de pronto y me pareció muy extraño. No era normal, y me sentí angustiado. Pero ¿por qué ese repentino miedo? Varios pensamientos

me cruzaron por la mente, pero no di con la respuesta. En mis adentros había algo que estaba incidiendo en mí y pensé: 'Es por él, por ese maldito espiritismo y por los muertos'. Continuamente sentía unos escalofríos y pensé que me caería bien algo caliente. Sin embargo, en mis pensamientos siempre regresaba contigo y entonces volvía a sentir resurgir dentro de mí ese miedo. Así pasaron algunos días, pero no pude liberarme de ese temor. Cosas raras me pasaban por la cabeza. 'Imaginemos', pensé, 'que tenga que morir pronto. Si entonces estoy vivo, como él dice, regresaré a él y le diré: aquí estoy, y tocaría la puerta tan fuerte que no tendría ya descanso en su propia casa'. Pero seguía sin entender por qué estaba tan furioso contigo. Después, mi inquietud creció y el miedo se intensificó cada vez más, lo que me hizo pensar que me habías hechizado. Quería ir a verte, pero no tuve la oportunidad. Quién sabe qué habría pasado entonces, porque ya no me reconocía. '¿Serían los muertos', me preguntaba, 'los que me causan ese miedo? No, porque eso sería un disparate, ¿o no?'. De nuevo pasaron algunos días, pero permanecí en ese estado inexplicable. Después me sentí enfermo, enfermo de verdad; sentía que tenía fiebre pero no cedía a ella. En este estado viví algunos días, sintiendo entretanto cómo aumentaba mi miedo. Era como si el diablo me persiguiera y todo esto lo atribuí a que hubiera hablado contigo acerca del espiritismo. Sentía cómo me ponía cada vez más inquieto y enfermo. Pero ocurre muchas veces que estás tan enfermo que te sientes morir y aun así tienes que trabajar, hasta desplomarte. No te queda más que trabajar, porque en tu lugar pueden contratar a otro. Así que seguí arrastrándome, sin saber ni qué hacer, porque mi miedo no desaparecía. A veces te echaba la culpa a ti, a veces a mi enfermedad. Aun así, este misterio no se me disipaba y se volvía cada vez más antinatural. 'Lástima haberlo llamado, fue él quien sembró ese miedo en mí', pensaba. No puede ser de otra manera, porque empecé a sentirlo inmediatamente después de que te fueras. Atraje mi propio destino, no debí haberme burlado. Mi miedo iba en aumento, pero no permitía que nadie lo sintiera, sino que intentaba saber más del espiritismo. Cuando tenía que esperar con amigos, llevaba la conversación a ese tema. Les preguntaba si sabían algo del espiritismo. El espiritismo, me decían algunos, te pone enfermo de los nervios. 'Allí lo tienes', pensé, 'esa es la causa de mi inquietud. Estoy alterado de los nervios tan solo por haber hablado con él del tema'. Pero yo, que no le temía a nadie, ¿tenía que entregarme a esos malditos disparates? Sin embargo, siempre volvía a acordarme y me era imposible resistirme, así que pensaba estar volviéndome loco.

Pero ahora que sé y entiendo todo, Jozef, todo es impresionante e instructivo y tiene un significado profundo. No sabía de estas cosas, y aunque hubiera sabido, no creo que habría percibido su significado profundo. Estaba incidiendo en mí; el miedo residía en mí y ese miedo significaba que pronto

moriría. No lo había pensado ni un segundo, esa verdad se encontraba lejos de mí. Atribuí esa sensación indefinida a mi enfermedad y a todas aquellas otras cosas. Muchas personas vivirán algo por el estilo y, si viven algo así, es su muerte en la tierra. Era un aviso, una voz interior que me hablaba, pero que yo no entendía, que no quería entender, porque rechazaba todo lo que tuviera que ver con esta otra vida. Era el trabajo de fuerzas de la naturaleza, y tenían que ver conmigo. Algo en mí iba a romperse; estaba conectado con un problema espiritual y era mi muerte terrenal.

Así, muchas personas presentarán su muerte, aunque sin entenderlo, porque son antinaturales y han sofocado esas fuerzas naturales. Todo esto es así porque no queremos llegar a conocer la vida espiritual. La llama eterna que llevamos dentro no puede arder porque no le damos alimento espiritual. En esos casos, el ser humano es un muerto en vida. ¿Sientes lo que quiero decir, por qué tenía miedo y lo que significaba? Qué natural es, pero qué profundo. La sensibilidad para eso, que tendría que haber poseído para poder intuir todo esto de antemano, la posees tú, Jozef. Tu sensibilidad, tu interior encuentra una sintonización con esta vida. Tú y todas esas otras personas que poseen esa misma sintonización están abiertas a esas fuerzas de la naturaleza. Poseer esta intuición interiormente es una gran fortuna. De este lado hay luz y la luz significa sabiduría del espíritu. ¿Cómo hubiera podido intuir esta incidencia espiritual? Después de todo, para mí, ¡lo muerto, muerto estaba! En mi fuero interno tenía que sentir la vida eterna, pero no la sentía. Miles de humanos no sentirán esa fuerza y aun así está tan cerca de ellos, porque ellos mismos la son. Solamente se puede sentir, y cuando todos y cada uno de ellos quieran deshacerse a sí mismos, quieran inclinar la cabeza, quieran buscar hasta haberse encontrado a sí mismos, solo entonces se les abrirá un mundo diferente y verán gloriosas escenas naturales, oirán música hermosa y sentirán el silencio del espíritu. ¿Y no vale la pena recibir todo esto? Para eso el ser humano tiene que buscarse a sí mismo, porque en su interior, hondo, muy hondo, se encuentra la sintonía eterna. Viejos y jóvenes, pobres y ricos, eruditos y no eruditos, todos lo tenemos que aprender; somos hijos de un solo Padre. Esta predicción, pues, que estaba en mí, que percibía y que me inquietaba, la predicción de que me moriría, se echó a perder por lo tanto por falta de sintonización espiritual y fuerza del amor.

Hasta el último día me mantuve firme y cuando desperté por la mañana, era el último día de mi vida en la tierra. Pero no me quiero adelantar. El último día que trabajé, al llegar a casa por la noche, me acosté pronto, porque tenía fiebre y me sentía gravemente enfermo. No quería que llamaran a un médico; no me gustaban los médicos. Mi mujer me aconsejó hacerlo de cualquier manera, pero seguí negándome. Esa noche no pegué ojo. Continuamente pensaba en ti, cambiando de lado sin parar, pero no podía

conciliar el sueño. Aun así empecé a sentir, a fuerza de estar pensándolo todo el tiempo, que era la enfermedad la que tanto me había trastornado. Por la mañana tenía la garganta hinchada, de tal manera que casi no podía respirar. Entonces tuvo que venir un médico. Pero si las leyes y fuerzas cósmicas ponen fin a nuestra vida terrenal, ¿el médico me hubiera podido salvar, en caso de haberlo llamado a tiempo? Es una pregunta, Jozef, que miles se harán, que tiene una sola respuesta, y es: ¡no! Qué extraño, pensará la gente, pero a pesar de eso es la verdad, la verdad sagrada, porque es la voluntad de Dios. Me quité las compresas que mi mujer me había puesto en el cuello, porque pensé que me iba a asfixiar. Después de las medicinas que me dio el médico, dormité unas horas y desperté un tanto aliviado. Ya me arrepentía de no haberlo mandado llamar antes, porque ¡qué testarudos y obstinados somos a veces! Esa obstinación me hacía intratable y me costó más de una lucha de este lado. Media hora más tarde me sentía mucho más miserable aún, ya no podía mantener abiertos los ojos, me ardía la garganta y sentía una fiebre intensa. El cuerpo entero me ardía como si estuviera en llamas, sentía que la situación estaba agravándose.

Aquí Gerhard esperó un momento y dijo después de un instante:

—Me tengo que concentrar mucho, pero todo está fijado en una película espiritual y es la que está poniendo el maestro. No se ha perdido nada de todo eso. Toda mi vida terrenal está fijada en ella. Así que se me ayuda; solo no podría contar todo esto, porque no soy muy ducho en la lengua. Pero donde hay voluntad, hay un camino. El médico volvió a verme por la tarde, y movió su cabeza sabia y vieja. Por lo visto, no tenía ni idea de qué pasaba. Yo escuchaba todo lo que se hablaba y tenía conciencia de lo que pasaba a mi alrededor. Cayó la noche. Pensé que me estallaría la cabeza, pero mantuve la calma y empecé a reflexionar. Entonces me volvió el miedo que no había sentido en todo el día, y entendí que iba a morir. Quería hablar y decírselo a mis familiares, pero no podía. ¡Ay, qué suplicio, tener que morir y querer decirlo, pero no poder hablar! Nunca olvidaré esa terrible lucha interna. No quería dormir, aunque hubiera podido, pero tampoco quería morir. Odiaba la muerte y todo lo que tuviera que ver con ella. Veía todo lo que tenía alrededor como envuelto en una nube y dentro de esa nube veía sombras. Cuando observé esas sombras quise gritar, pero no pude. Yacía allí como quebrado y no podía moverme. Era espantoso, porque mi miedo llegó a ser terrible. Esas sombras no dejaban de dar vueltas a mi cama sin hacer caso de nada. Muy claramente veía labios que me hablaban, pero que no lograba entender, y ojos que me miraban y devoraban, que preguntaban a la vez que reían. Después vi que esas sombras eran siluetas humanas, lo cual me causó escalofríos. Esas siluetas planeaban a mi alrededor, estaban arriba y debajo de mí, pero por más que me esforzara, no lograba verlas con claridad. Seguían siendo som-

bras envueltas en una emanación, amargándome las últimas horas en la tierra. Al menos eso pensaba, porque después, en las esferas, me aclararon que son los hermanos del otro lado que vienen a buscar a los moribundos. Me esforcé con toda la fuerza que me quedaba por dentro; quería mantener la calma y evitar que me inspiraran todavía más miedo. Toda persona que siga consciente hasta el final verá sombras. Ese ver y observar es la conexión con la vida del otro lado. Sentirá la vida espiritual, hace la transición a ella y poco a poco se cumple este proceso. Es la despedida de la tierra; la vida terrenal te abandona y haces la transición a aquello en lo que viven esas sombras. Pero para millones de personas morir es diferente, porque también todas esas personas sienten de otra manera y no son iguales. Cada persona tiene su propia sintonización y estado particular y vivirá la transición a este mundo dependiendo de la sensibilidad y del amor que posea. Para algunos significa felicidad, luz, amor y calor, para otros es un horror. Pero lo que es igual para todos —y todos pasarán por esto y lo experimentarán— es que vivirán y llegarán aquí vivos.

Cuando se acercó mi final, las sombras se hicieron más nítidas. Vi que eran seres humanos, seres humanos como tú y yo y miles de otros. Tenía tantas ganas de decírselo a mis familiares, pero no podía, tenía la garganta taponada y ya no tenía control sobre mi cuerpo material. Vi a mi mujer e hija, las oía llorar, ¡y saber que tenía que morir! Me asaltó una sensación insoportable, porque seguía paralizado, por lo que pensé estar enloqueciendo. Yacía allí tan quieto, pero mi espíritu trabajaba y sufría inmensamente. No se me escapaba nada y aun así tenía que despedirme de la tierra. Me ponía furioso, porque no quería morir; todavía era tan joven. Me sacó de quicio y me encolerizó, porque no podía hablar. Aun así tenía que hacerlo; quise incorporarme, pero tampoco eso lo logré. Nadie alrededor mío percibió nada de mi terrible lucha. El pecho se me encogía y el corazón me latía en la garganta, pero era consciente de todo, y seguí estándolo hasta el último segundo. Poco antes de mi final, de improviso logré erguirme. No entendía de dónde habían salido tan de repente esas fuerzas. Pero también de eso me convencieron de este lado, y aquí aprendí cómo funciona el cuerpo de los sentimientos en esas horas. Quería decirles que iba a morir y balbuceé algunos sonidos, pero mis palabras se perdían. No me comprendieron; no me entendían. En medio de tanta miseria, aún podía pensar. Entonces clamé por ti, solo por ti, porque el misterio se me estaba resolviendo y creí comprender. De repente me di cuenta y supe que esas sombras dibujaban a través de ti, que recibías pinturas a través de ellas. Miles de pensamientos me relampagueaban en la cabeza; era imposible detenerlos. Junté toda mi fuerza de voluntad y quise hablar, pero era como si la garganta se me desgarrara. Pensaba en mi vida terrenal, en mi familia y conocidos; no quería morir y me oponía a ello. A través de

todo sentí cómo se acercaba mi final. De haber cerrado los ojos y haberme recostado plácidamente, habría muerto en silencio, en la paz espiritual. Pero te dije hace unos instantes: no quería, odiaba la muerte (—concluyó).

Gerhard volvió a esperar brevemente y vi que estaba completamente absorto en sus cavilaciones. Estaba a mi lado, presionándose la frente con las manos e inclinándose. ¿Qué estaría pasando por sus pensamientos en este momento? Después de una breve pausa, dijo:

—Estaba en pensamientos y lo sentiste. Ahora he llegado al final de mi vida terrenal. Voy a volver a vivir ahora esa terrible lucha y para ello debo concentrarme profundamente. Debo poder expresarme con claridad, si no, no te va a servir de nada y se perderá lo bonito. Porque es bello, por más terrible que haya sido. Ese clamar por ti fue lo último que dije en la tierra. Si es que fueron palabras; se pareció más a un gritar afónico, un sonido terrorífico. En ese momento morí. Sentí cómo me hundía y pensé que me estaba cayendo por un profundo precipicio. Parecía no terminar nunca y mientras caía, reflexionaba de manera muy acelerada y veía cómo pasaba frente a mí toda mi vida terrenal, hasta el momento de caer y morir. Entonces creí que me desgarraban hasta dejarme en pedazos y sentí una fuerte sacudida; mi cuerpo espiritual salió del cuerpo material y quedé libre. Clamaba por ayuda, pero no llegaba ayuda alguna. Después sentí que me mareaba y que me hundía aun más profundamente. Entonces ya no supe de nada y quedé muerto para la tierra. Muerto en la tierra, pero nacido en el espíritu; en el espíritu estaba vivo y eso significaba la eternidad.

### *Mi despertar en las esferas*

—Me llevaron de la tierra en estado inconsciente para que pudiera despertar en las esferas. Allí recaería muchas veces más en un estado semejante, para despertar algún día para siempre y seguir despierto conscientemente. Dormí durante tres semanas, contadas en tiempo terrenal. Cuando desperté, pensé que todavía vivía en la tierra. Es que no estaba muerto y había dormido gloriosamente, estaba vivo y me sentía descansado. ‘Ahora pronto estaré mejor’, pensé, ‘pero ¿dónde está mi mujer?’. No veía a nadie a mi alrededor y me extrañó, a fin de cuentas estaba enfermo y tenían que cuidar de mí; no estaba acostumbrado a que me dejara solo. ¿Dónde estaba ella? Grité, pero no obtuve respuesta. Me froté los ojos y me di cuenta de que estaba en un entorno extraño, que me era desconocido. ‘Vaya’, pensé, ‘¿y eso qué significa?’. Me miré y me asusté. Llevaba mi ropa terrenal de siempre y estaba en la cama con los zapatos puestos. ¿Qué significaría eso? ‘En la cama con la ropa puesta’, pensé, ‘¿cómo es posible?’. Era el desagradable traje negro que llevaba

cuando estaba en el estribo. Entonces empecé a pensar a toda velocidad. Las paredes estaban desnudas y las cosas conocidas, que yo mismo había colgado en las paredes, habían desaparecido; no veía ni un cuadro. ¿Dónde estaba? Esta no era mi habitación. ¿Estaba en un hospital? ¿Se habría agravado tanto mi enfermedad que tuvieron que llevarme a un hospital? No, era imposible, porque no me pondrían en la cama así. Pero entonces, ¿qué? Quería desvestirme, pero hice el terrible descubrimiento de que mi ropa era elástica y que no podía quitármela. Me dio mucho miedo; me pareció que mi ropa era de goma, y por más que tirara de ella, no podía desvestirme. ¡Imagínate algo así! Y aun así quería quitármela, porque no quería estar en la cama con ropa y todo, y quería volver a dormir, porque sentí que me había hecho bien. Durante los últimos días no había dormido mucho y sentí que ya me estaba cansando nuevamente. Mi enfermedad todavía no había desaparecido del todo y volvería si me alteraba. Pero mi entorno no me tranquilizaba; una y otra vez volvía a pensar en eso. ¿Dónde estaba mi mujer? Grité muy fuerte, pero no escuché ninguna respuesta. Y es que tenía que estar conmigo, ¿o habría ido a algún lado? Mientras reflexionaba, sentía que me volvían los dolores y la fiebre. Luego empecé a tirar de nuevo de la ropa, pero la tenía pegada al cuerpo, como si hubiera crecido dentro de ella. Era una parte de mí mismo, vivía en ella; en ella residía todo mi ser. Pero no lo entendía; solo más tarde entendí el significado de todo esto. No solo me daba miedo, sino que también me asombraba. Nunca antes había usado ropa así. Por Dios, ¿qué me había sucedido? Reflexioné un largo rato, hasta que de repente entendí. Claro, eso era, ¡cómo no se me había ocurrido antes! Debido a la fiebre me había escapado de casa y me habían llevado a un hospital psiquiátrico. Por eso me encontraba ahora en un entorno extraño; no había otra explicación. Los que tenían que cuidarme se habían ido porque estaba dormido, así que no me querían molestar. Al aceptar eso me sentí un poco más tranquilo. A mi alrededor había una luz crepuscular; por eso pensé que aún era temprano. ‘Entonces ya prenderé la luz’, pensé, y salí de la cama, que era más bien un diván, para buscar el interruptor, pero no vi ni lámparas, ni interruptores. Aun así había luz, una luz crepuscular. Las paredes estaban envueltas en una nube grisácea, una especie de vapor, lo cual me pareció un fenómeno muy extraño. ¿Dónde estoy, por Dios, dónde estoy? Si no llega una solución pronto, voy a enloquecer. La cabeza casi me estallaba del esfuerzo. Volví a mi diván y otra vez empecé a reflexionar acerca de mi estado, porque quería saber la verdad. Después de un breve rato, empecé a tirar otra vez de la ropa, porque ese desagradable traje negro no me dejaba en paz. El dolor en la garganta se acrecentó, sentí cómo volvió la fiebre, y también ese espantoso miedo. Así que todavía no estaba mejor, porque sentía de nuevo todo ese malestar. Aun así quería mantener la calma, tenía que mantenerla, pero de nuevo empecé a

reflexionar sobre lo ocurrido, desde el principio, trayendo todo a la memoria. Al llegar al momento en que me había desmayado, ya no pude acordarme de nada, y sentí que me mareaba. Sentí cómo me hundía en la profundidad y ya no supe nada. Volví a despertar. No se me ocurrió que hubiera muerto y que ya no perteneciera a los vivos en la tierra. ¿Cómo podría haberlo pensado, si estaba vivo? ¿Cómo pensar en la muerte y aceptar tu propia muerte si estás vivo? ¿Se puede? ¿Es posible? Desperté y de nuevo me sentí un poco más descansado. Dormir me hacía bien, me sentía refrescado y animado. ¿Ya pronto habrá desaparecido esa terrible enfermedad? Ya habrás entendido, Jozef, lo terrenales que eran mis pensamientos. Vivía en la eternidad pero me sentía en la tierra y por lo tanto pensaba de manera terrenal, porque en mi estado interior, nada había cambiado. Volví a reflexionar. ‘¿Dónde se habrá metido mi mujer?’. Si me hubieran llevado a un hospital en estado inconsciente, habría esperado a que recuperara la conciencia. Así habría actuado yo; ¿por qué no hizo lo mismo? Tal vez esperaba en otra sala; así que decidí volver a llamarla a voces. Grité muy fuerte y escuché con atención, pero no oí el más mínimo ruido. Las paredes de mi habitación hacían resonar todo y por eso se amortiguaban mis gritos. Entonces ya no me pude contener; me enfurecí, salté de mi diván y pateé las paredes, pero eso tampoco me sirvió de nada, porque no escuché más que un golpe sordo, lo que me sorprendió. ¿No eran paredes? ¿Estaban tapizadas con tela? Las tanteé y sentí que no eran paredes de piedra. De una sorpresa pasaba a otra; aquí todo era extraño, macabro y misterioso. Después caminé un poco de un lado para otro buscando la entrada, pero tampoco logré encontrarla. Demonios, ¿dónde estoy? ¿Quién me ha encerrado? Estoy atrapado como un pajarito en su pajarera. Eso me hizo sentir todavía más miserable. Habría hecho añicos todo, si tan solo hubiera podido, pero no había nada sobre qué descargar mi ira. Todo estaba desnudo y envuelto en niebla. ‘Si tan solo primero se hiciera de día’, pensé, ‘entonces vendrán’. En una ocasión creí escuchar voces; ¿habría personas allá fuera? Volví a tirar de mi ropa, pero tuve que dejarlo, exhausto por el esfuerzo. Todo era misterioso, irreal, antinatural. La habitación en la que me encontraba no servía, no podía quitarme el traje, no había luz y las paredes no tenían salida. De repente me entró otra idea. Estaba en un manicomio, sí, estaba loco, loco de verdad. La fiebre y la tensión me habían hecho enloquecer y lo que llevaba puesto era una camisa de fuerza. No era de extrañar que mi mujer no estuviera conmigo, pero llegaría pronto y me visitaría. Y entonces vería que no estaba loco. Todo mi sufrimiento habría pasado entonces, y podría volver a casa. Habían tenido que encerrarme porque estaba furioso y desatado, y todavía no me había tranquilizado. ‘Ahora mantén la calma y contrólate, Gerhard, si no, pensarán que todavía no has mejorado, y ¿no es eso justo lo que quieres, salir de aquí, lejos de todo esto tan misterioso?’.

Así me tranquilicé a mí mismo, pero ¿por cuánto tiempo? Enseguida volví a pensar; sentía que me estaba conformando con algo antinatural, porque una camisa de fuerza era diferente. Lo que traía puesto era el traje que me ponía para enterrar a la gente. Volví al inicio y habría seguido de este modo un año tras otro de no haber llegado ayuda que me convenció de mi extraño entorno y situación. Así llega a la eternidad el ser humano que vive, siente y piensa de manera terrenal.

No pensé en ti ni en el espiritualismo, y aquello sobre lo que reflexionas se apropia de ti por completo, de modo que te pierdes en ello y no pueden penetrarte otros pensamientos. Vivía en el espíritu, pero pensaba como en la tierra. Eso me tenía prisionero, era mi vida y por lo tanto estaba en mi propia caja fuerte, sin poder pensar de otro modo. Me sentía profundamente infeliz y pensaba que para mí ya no había salvación posible. Había tantas cosas que no entendía y eso había cambiado, pero ¿qué? Todo había cambiado menos yo; seguía siendo el mismo, el mismo que en la tierra. Pero eso no lo sabía y tampoco podía pensar en ello, porque no tenía idea.

### *Se me convence de mi muerte terrenal*

—Sientes el horror de esta situación, Jozef? ¿Podría ser de otra manera? Loco de miedo por los fenómenos extraños, me acosté para descansar. Ya no podía concentrarme en un solo punto. De repente pensé ver más luz. Ahora pronto vendrán. Cuál no fue mi sorpresa cuando se abrió en ese preciso instante una puerta que no había visto y entró una persona. Sorprendido miré al hombre que estaba allí frente a mí. Era un ser vigoroso y joven con un bello rostro masculino, de manera que pensé estar viendo un milagro. Por fin estaba viendo a un ser humano. Me contempló durante largo rato y me dijo, sonriente: “Hermano de la tierra”, y siguió mirándome. ‘¿Qué significa eso?’, pensé. ‘Hermano de la tierra’, repetí en mis adentros. “Hermano de la tierra”, repitió, “no me mires tan asustado. ¿Tan raro es ver a una persona?”. Este hombre me ponía aun más nervioso de lo que ya estaba y le pregunté: “Pero ¿qué significa esto?”.

“Se lo voy a aclarar, pero primero a calmarse y a escuchar. ¿Quiere saber dónde está?”.

“Sí, y mucho”, contesté, “pero ¿quién es usted? Dígame dónde estoy. ¿En un manicomio?”, proseguí. “¿De dónde salió esa ropa? ¿Por qué me ponen en la cama vestido? ¿Por qué sin luz? ¿Por qué no había visto esa salida? ¿Por qué tanto misterio?”.

Siguió mirándome y me dijo, sonriente: “Le contestaré todas estas preguntas. Pronto le quedará claro quién soy y qué quiero. Tengo cosas extrañas que

contarle”.

“¿Cosas extrañas, dices? ¿No es todo esto ya suficientemente extraño?”.

Me miró y sentí que era buena persona. “Murió en la tierra”.

“¿Qué dices?”.

“Murió”, repitió, mientras siguió mirándome. “Ahora vive en la eternidad y he venido para convencerlo de eso”.

“¿En la eternidad?”, pensé. Pero si eso no puede ser, entonces estaría muerto, y estaba vivo, ¿o no? Lo compadecía y se me ocurrió una sospecha terrible. ¡Es un loco! Ya lo ves, lo había intuido bien, vivía rodeado de locos. Uno de esos locos viene a visitarme. Me reí a carcajadas, por más triste que fuera todo. Luego volví a ponerme serio, porque me perforaba con la mirada y ahogó mi risa. Pensé en mi propia situación y pregunté: “¿Sabes que aún no me he recuperado, que estuve terriblemente enfermo? ¿A toda esa miseria quieres sumar aún más? ¿No te das cuenta de la gravedad de mi situación, quieres que todo se vuelva aún más extraño? Apenas me estaba sintiendo un poquito mejor y ¿ahora llegas tú con una historia sobre la muerte y el hermano de la tierra? Vamos, sé honesto, ¿qué clase de disparates son esos? ¿Ya llevas mucho tiempo aquí? ¿De eso sacas tu diversión?”.

Mi visitante no respondió y siguió mirándome. Alcé la mirada y vi dos ojos que me miraban amorosamente. “¡Escuche, hermano! En su propio interés, le recomiendo que acepte que ha muerto en la tierra. De lo contrario, no podremos avanzar y tendré que abandonarlo por algún tiempo. Entonces estará solo de nuevo y recaerá en su estado anterior. ¿Quiere que me marche?”.

“No, no, ya no me dejes solo”.

“Así que es en su propio interés escucharme. No estoy loco, como piensa usted; he venido para ayudarlo”.

¿Qué era eso? ¿Pronunciaba mis pensamientos? Sin embargo, yo no le veía nada particular y continuó tranquilamente.

“Tengo que volver a empezar, así que escuche: ha fallecido en la tierra y ahora vive en el espíritu”. Me miró como si esperara que yo tomara nuevamente la palabra, pero me había propuesto dejar que primero terminara. “No está en un hospital, ni está demente, y esa ropa terrenal tampoco es de goma. Eso estaba pensando, ¿no es así?”.

¿Sabía el hombre en qué estaba pensando? Mis propios pensamientos, ¿cómo los averiguaba? ¿Cómo es posible?

“Pensaba”, continuó, como si todo aquello no tuviera que ver con él, “que yo era un loco, un demente, pero le demostraré lo contrario”. No sabía qué actitud tomar, ya no podía pensar y me había asustado terriblemente. No obstante, continuó con calma y pausadamente. “Le repito, su ropa no es de goma”, al decirlo se rio de buena gana, lo que me sentó bien después de tanto esfuerzo y miseria que había vivido en ese breve lapso de tiempo. Su sonrisa

obró milagros. Me reconfortó y me entró una chispa de luz que me alejó mucho de esa miseria, que sin embargo había sentido hacía tan poco tiempo.

“¿Hablo como un loco?” me volvió a preguntar.

“No”, dije y adopté una actitud muy sumisa, “eso no. Pero ¿qué significa todo esto?”.

“A escuchar”, replicó, “es lo único que precisa hacer ahora. Sus pensamientos están sintonizados con su vida terrenal y por ello no puede desprenderse de todos esos suplicios, entiéndame bien, de todo lo que pertenezca a la tierra. Le pido, por lo tanto, que acepte esto por un momento. Cuando una persona muere en la tierra, hace la transición a esta vida. Así que usted vive en la eternidad, pero aún no ha pensado en morir”.

“¿Cómo podría hacer eso”, lo interrumpí, “estoy vivo”.

“Exacto, está vivo y aun así ha muerto. ¿En la tierra nunca ha oído hablar de una pervivencia eterna?”.

Sentí como si me tragara la tierra, porque ahora de repente pensé en ti, Jozef, pero no dije nada.

“Leo en sus pensamientos”, prosiguió, “que le hablaron de una pervivencia eterna, pero que usted se burlaba de eso”.

Un breve silencio; alcé la mirada hacia él y era un alma sondando a otra, de modo que los pensamientos confluían. ¿Cómo hacía este hombre para saber todas estas verdades? ¿Quién era? Una persona, pero ¿qué clase de persona! No podía pronunciar una sola palabra, me encogí de miedo, porque me veía a mí mismo en la tierra, me oía hablándote y sentía mi propio sarcasmo. Me lastimaba, el corazón me latía en la garganta.

“Como puede ver”, continuó, como si fuera el asunto más sencillo del mundo, “lo sé todo sobre su vida en la tierra. Le contaré aún más cosas, pero mantenga la calma e intente comprenderme. Así le quedará claro que no soy un demente y que intento aclararle la verdad, nada más que la sagrada verdad. Se le ha hablado de una pervivencia y aun así usted no la podía aceptar, pero escuche bien: para poder hacer la transición a esta vida, hay que poseer las fuerzas necesarias. Significa poder enfocarse espiritualmente en la vida en la que vive ahora. Pero sabemos que usted piensa y siente terrenalmente, es más, que ni siquiera sabe que ha muerto en la tierra. ¿Cómo podría formarse una idea de su sintonización eterna? ¡Después de todo, sería imposible! Ahora vive en la eternidad, se ha despojado del cuerpo material. La ropa que lleva en estos momentos no tiene existencia y de este lado es irreal, antinatural. Así que vive en un estado antinatural, porque no posee las fuerzas espirituales para esta sintonización, es decir, para esta vida. Tiene que hacer suyas esas fuerzas y en eso lo ayudaré y lo apoyaré hasta que hayamos llegado allí. Y es que es sencillo cuando le digo que nuestra vida es una vida en pensamientos; así como uno piensa las cosas, las atrae, y en ese estado hace la transición. Así

que todo será como usted mismo lo quiera y sienta. Cuando pienso en ropa terrenal, en algo que me he puesto en la tierra, me puedo vestir con ese atuendo porque mi concentración se ha enfocado en eso. Así que hago la transición a ese estado. Pero todo esto lo aprenderá, aunque tengo que convencerlo de esto para que reciba usted una imagen de cómo es su vida ahora. ¿Es posible saberlo todo acerca de otra persona en la tierra?”

“No, eso no puede ser, no he conocido a personas así”. “Pero nosotros sí sabemos hacerlo. Adelante, piense en algo y le diré en qué está pensando”.

¿Y ahora qué? Pensé en nuestra conversación en el cementerio; era a lo que daba más vueltas en la cabeza y pensé: ‘De eso no sabrás nada’, pero cuál fue mi sorpresa cuando dijo: “Cuando estuvo en ese cementerio y le contaron de nuestra vida, pensó que se enfrentaba a una obra del diablo”.

‘Para’, pensé, ‘¿eres un diablo tú mismo?’.

“Nuestra vida, se lo acabo de decir, es una vida en pensamientos. Hago la transición a su vida y lo sé todo de ella. Le aseguro que no soy un diablo, sino su hermano en el espíritu y cuando de verdad lo desee, avanzará rápidamente. Cuando le hablaron del espiritualismo, eso le amargó la vida. Después se enfermó y en su lecho de muerte veía sombras. Cuando se acercaba su final, las sombras se le iban haciendo más nítidas, de modo que podía contemplarlas como siluetas humanas. Se movían a su alrededor, lo que significaba su final, y en ese momento murió en la tierra. Luego pensaba estar cayéndose, más y más profundo caía. Después, su vida terrenal pasó frente a usted hasta llegar al momento de su muerte y entró en un estado de inconsciencia. En ese estado lo transportaron hasta aquí y ha vuelto en sí de ese estado varias veces, es decir, que se ha despertado y se ha vuelto a dormir”.

“¿Cómo sabe todo esto? Es como usted dice, lo viví, pero ¿de dónde lo saca?”.

“Le acabo de decir, y ahora reténgalo bien, ya no lo vuelva a olvidar, o tendré que volver una y otra vez al punto, que puedo leer en su vida. Por eso vivo lo que usted ha vivido y lo que ha sucedido en la tierra. Le daré otras pruebas más de que lo sé todo acerca de su vida. ¡Era cochero!”.

“¿También eso lo sabe?”.

“Sí, ya le dije que lo sé todo acerca de su vida. A mí no me puede esconder nada, ni a nadie que posea estos poderes”.

Incliné mucho la cabeza ante tanta fuerza y sabiduría. Prosiguió: “Así que quiero intentar convencerlo de su propia situación, que usted desconoce. Pero todo depende de usted mismo, su propia felicidad y su vida están en sus manos, y su miseria también. Si quiere empezar a pensar de otro modo, y en primer lugar que ha muerto en la tierra, avanzaremos pronto. Si no puede, todos esos fenómenos terrenales volverán y convertirán su vida de este lado en un infierno. Su mujer todavía vive en la tierra y por lo tanto no vendrá a

verlo ni podrá visitarlo”.

“¿Eso también lo sabe usted?”.

“Nuevamente: lo sé todo; nosotros, de este lado, mi querido amigo, lo sabemos todo acerca de la vida que entra en esta esfera”. ‘Así que después de todo, sí tenía razón Jozef’, pensé. Pero no había ni terminado de pensarlo, cuando ya dijo: “¡Sí, su hermano en la tierra decía la verdad!”.

Ahora entendí que el hombre lo sabía todo acerca de mí y que tenía buenas intenciones conmigo. Me impuso su sabiduría, a pesar de que no entendiera nada. Me había llamado la atención que en todo momento había sido cortés. Aun así, no podía aceptar que hubiera muerto en la tierra; ¿no podría haberse aprendido esas artimañas? Los locos cuentan las cosas más macabras; luego ellos mismos se creen que es la verdad. Pero cuál fue mi sorpresa cuando dijo: “Ahora está recayendo en su estado anterior y esa no es la intención; así no avanzaremos. En realidad, he aprendido esas ‘artimañas’ y usted también tendrá que aprenderlas, o seguirá siendo un muerto en vida”.

Me entró una sensación de insignificancia y pequeñez, dado que parecía saberlo todo.

“Pero sé”, prosiguió, “que es sumamente difícil que deponga su vida terrenal de una vez; requiere tiempo. Sin embargo, tiene que aceptar que ha muerto en la tierra; si no, seguirá dando vueltas”.

Me propuse hacer lo que decía y aceptar, aunque dije: “Pero, por Dios, ya no me deje solo”.

“Ya no lo dejaré solo, solo cuando sea necesario. No es usted tan rudo como parece y quiere ser. Esa costumbre también tendrá que intentar quitarse. Cuanto más puramente piense el hombre, más bello es su entorno de este lado. De modo que se encuentra usted en la tierra del otro lado, lo que nosotros llamamos las esferas. La esfera en la que se encuentra es la primera esfera de existencia en el espíritu, es decir: los que viven aquí no tienen aún bienes espirituales. (Al hacer la transición, Gerhard tenía sintonización con la tierra de la penumbra, que colinda con la primera esfera de luz). En esta esfera y en todas las demás conviven millones de personas. Dentro de poco las verá: en cuanto haya llegado el momento para eso y haya hecho la transición a aquella esfera. Antes no es posible, porque primero tiene que volver a sí mismo. Y cuando quiera aceptar, pronto habremos alcanzado ese punto. Sobre todo recuerde que todo lo que diré es para mí de una seriedad sagrada. No nos burlamos de la vida; es demasiado seria para eso. Pronto sabrá cómo es nuestra vida. Es diferente que en la tierra, pero en sus sentimientos usted sigue siendo el mismo. Ya ve que vive y que seguirá viviendo eternamente. Poco a poco, llegará a conocer esta vida y la asimilará. La transición y la entrada en esta esfera, sentir que vive eternamente, todo eso todavía no sabrá hacerlo, aunque después le quedará claro. Pero antes tengo otras cosas que

contarle y se quedará de piedra cuando le diga que, conforme al tiempo terrenal, estuvo durmiendo durante tres semanas”.

“¿Dice que dormí tres semanas?”.

“Tres semanas completas”.

“Es increíble”.

“Hay quienes duermen durante tres meses seguidos y solo entonces despiertan, para luego volver a dormirse, como usted”.

“¿Así que todas esas personas viven lo mismo que yo?”.

“No, para cada uno es diferente la entrada, el despertar y la convicción de esta vida, y por lo tanto es algo personal. La vida en la que usted se encuentra es una sintonización en el espíritu, de la que todavía no entiende nada. Pero eso también vendrá. A algunos los llevamos de regreso a la tierra lo más pronto posible, mientras que a otros no se les puede dar estas pruebas. Los podemos convencer, pero tenemos que actuar acorde a las fuerzas interiores que posean. Nuevamente, durmió durante tres semanas y nadie le impuso ese sueño. Así que ese es su propio estado interior. Su sintonización con esta vida es material; vivía terrenalmente y ahora está sintiendo en la vida del espíritu. Como ya le dije, veo dentro de su vida y debido a que mi propia vida fue así puedo ayudarlo. Todos los que vivimos aquí estuvimos en la tierra en algún momento y morimos allí. Cuando entré en esta vida, dormí más tiempo que usted, por si le tranquiliza saberlo. Hay personas que necesitan meses y años antes de que puedan despertar. Sus vidas en la tierra estaban destrozadas, pero ellos mismos se colocaron en esa situación. Nadie les impuso ese castigo. Dios no castiga a Sus hijos y ningún hijo de Dios se echa a perder”.

“Curioso”, dije.

“Si alguna vez ha vivido algo natural, entonces este acontecer es el más natural de todos. Así que vine a verlo para convencerlo de su propia vida y para aclararle lo eterno. De modo que tendrá que despertar y ese despertar es la adaptación, la transición, la toma de posesión de esta esfera”.

“Haré lo que sea”, dije, “para adaptarme”. “Gracias”, dijo el hermano, y sentí que tenía buenas intenciones conmigo. Luego prosiguió: “Ya estamos avanzando; siga por este camino. En primer lugar, debe saber controlarse”.

“Sí”, dije, “mantendré la calma. ¿Puedo levantarme ahora? ¡Me siento gloriosamente!”.

“Lo puede intentar”.

‘Intentar’, pensé; ‘¿acaso sería incapaz de caminar? ¡Si ya había caminado! ¿O no?’. Iba a levantarme, pero aún no había alzado el pie cuando me sorprendió un mareo y sentí de nuevo cómo se me hinchaba la garganta y me volvía la fiebre. ‘Qué terrible’, pensé, ‘¿ahora qué seguirá, acaso no me había repuesto aún?’. Tenía un dolor espantoso, y maldije todos estos problemas. ¿No me recuperaría?

El hermano me miró y dijo: “No jure, se maldice a sí mismo, maldice su propia vida. Si tan solo la gente quisiera saber y aceptar eso. Maldice a Dios, porque su vida es divina. Maldice su sintonización eterna”.

Me asusté, porque no me había escuchado jurar, pero había olvidado que el hombre lo sabía todo.

“Respete un poco su propia vida. Así es el hombre y esos pensamientos son terrenales y materiales. Así maldice la paz del espíritu y de la vida, y toda esa vida es Dios. De manera que maldice a su Padre divino y eso está mal, amigo. Podría seguir durante horas para aclararle lo equivocado de esto, pero que lo anterior sea suficiente. Como puede ver, no es capaz todavía de desplazarse por su propia fuerza”.

“Pero si ya lo hice, cuando estaba solo; caminé de aquí para allá y no sentí nada”.

El hermano sonrió y dijo: “Todo eso lo hacía usando mis fuerzas”.

“¿Sus fuerzas?”, pregunté asombrado. ¿Cómo es posible? Vivir y moverme con sus fuerzas, pero allí me atasqué, pues me resultaba un misterio.

“Vive usted con mis fuerzas y voluntad y no tiene aún posesión. Ya le dije que todavía tiene que asimilar todo esto. No se ha librado aún de su vida ni de sus razonamientos terrenales. En el pensamiento todavía sigue viviendo en la tierra, de ahí que se sienta enfermo y que esos tormentos vuelvan una y otra vez. Cuando estaba usted solo, lo ayudé desde la distancia. Esos poderes los llegará a conocer también. Desde el momento en que entré aquí, me conecté con usted y seguiré estándolo constantemente, hasta que posea esos poderes. Ya habrá sentido que nuestra vida es completamente diferente a la que se vive en la tierra. Usted vive en el espíritu y los poderes espirituales todavía le son desconocidos. Ya le he contado todo esto, pero no le entra en la cabeza. Hay que pensar, y seguir pensando, querido amigo, de lo contrario no llegaremos, pero sí que tendrá que pensar de manera más natural. Es la reflexión natural la que le permite hacer la transición a esto. Hace un momento retiré mis fuerzas y mi voluntad, por eso recayó en su propia vida. No sentía nada, ¿o sí?”.

“No, me sentía muy bien”.

“Pero aquellas eran mis fuerzas, se lo voy a probar”.

De repente pensé que iba a morir de sed y le pedí al hermano algo de beber. Pero sonrió y dijo: “Le haré llegar una bebida espiritual”. Ahora hubo una pequeña interrupción y aguardé para ver qué sucedería.

Después preguntó: “¿Sigues teniendo sed?”.

“No, me siento liberado de ese tormento”.

“¿Quiere saber por qué fue liberado de eso?”.

“Por favor”.

“Entonces escúcheme bien: lo puse en mis pensamientos y me concentré en aquello que se manifestaba como sed. Usted lo percibió; entró en usted y

aun así no son más que pensamientos de mi voluntad y de mi concentración. Podría despertar en usted el hambre, la sed y muchos otros sentimientos que todavía tiene que deponer. Pero lo único que le quiero demostrar así es que, en primer lugar, no está enfermo, y que no tiene por qué estarlo; en segundo lugar, que no tiene por qué sufrir hambre ni sed, y en tercer lugar, que no son más que pensamientos terrenales, porque sigue pensando y sintiendo materialmente. Por lo tanto, son sus sentimientos los que piden, porque todavía no posee la sintonización espiritual. Nosotros, aquí, no conocemos las enfermedades, el hambre ni la sed; nada de lo que necesita el cuerpo humano en la tierra para poder vivir. En esta vida, ese apego a su estado material puede por lo tanto significar pena y dolor e incluso su perdición. Eso muestra que nuestra vida no es tan sencilla y que en la tierra usted vivía en un estado antinatural. Nosotros hemos depuesto esa vida y aun así uno siente latir el corazón, es más, por el cuerpo incluso corre sangre, pero de sustancia espiritual. Todo eso tendrá que aprenderlo. Paso a paso seguimos el sendero del desarrollo espiritual. Si pudiera pensar en otro traje, este, el que lleva puesto, se le caería, pero eso tampoco puede hacerlo todavía. Aunque, si quiere, puede intentarlo”.

Hice lo que me pidió el hermano y vi cómo mi traje negro cambiaba de color, pero no logré llevarlo más lejos.

“Su concentración no ha adquirido aún la suficiente fuerza, pero así desaparecerán todos los demás estados, como su enfermedad, tan pronto como pueda sintonizar esta vida. Ahora su concentración se disolverá y usted aceptará un solo estado de conciencia; al hacerlo, no pondrá a trabajar usted su voluntad, igual que cuando en la tierra solía permanecer en una sola conciencia. Así que le habrá quedado claro que aquí no hay nada que ocultar. Le aconsejo pensar siempre en mí, porque haciéndolo va a sintonizar conmigo y todo le será más fácil. Además, así puedo llegar mejor a usted para ayudarle a asimilar estos poderes. Así que después de que me hubiera sintonizado con usted después de su llegada, desaparecieron los dolores y la sed, la fiebre y todos los demás fenómenos, y pudo moverse. Ahora vuelve a sentir la enfermedad, porque me he retirado. Por eso la entrada es el tiempo más difícil para todos los que llegan aquí desde la tierra. Convencerlos de su vida eterna, ya lo ve, no es tan sencillo. Vive ahora en su propia sintonización y ese es su entorno, su casa, su habitación y su luz de este lado. Intentó prender la luz, pero no podía encontrar el interruptor”.

“No”, dije, sintiéndome destrozado. Aquí lo sabían todo, lo cual siempre volvía a sorprenderme.

“Y es que eso no es posible, amigo mío. Tenemos luz y poseemos luz, según cómo nos sintamos interiormente. Su casa se construyó en estado esférico y la razón ahora todavía no se la puedo aclarar completamente, porque no puede

entenderlo. Pero sepa que su vida interior es según piense y sienta, y según posea amor. El amor, hermano mío, poseer el amor, es luz y felicidad de este lado. Cuando le digo que aquí viven personas que poseen los templos y edificios más espléndidos a los que pueden llamar su morada espiritual, ya sentirá lo lejos que estamos todavía de eso. Por tanto, aquello que observa conforme a su amor, a su sintonización, es su luz espiritual. Trató de buscar la salida, pero no había apertura y se sintió encerrado en una jaula. No obstante, yo entré. Así que sí había una apertura; de no ser así, no habría sido posible”.

El corazón me latía en la garganta; no encontraba palabras. El hermano se me acercó, me puso su elegante mano en el hombro, por lo que sentí surgir en mí una fuerza gloriosa, y dijo con voz suave y amorosa: “Su vida en la tierra no fue espiritual, y sin embargo no era mala persona. No quería la vida espiritual, porque era demasiado difícil. Vivir terrenalmente, sentir materialmente, eso no implica una lucha. Vivía su vida y no sentía nada de aquella vida grande e imponente que fluía dentro de usted, a la que se le llama el cosmos y del que usted es una partícula. Esa vida es Dios, y nosotros, los seres humanos, tenemos la sintonización divina y por lo tanto podemos ser esa vida grande e imponente. Pero aún estamos lejos de allí, aunque ya sintamos algo de esas fuerzas y leyes, que son las leyes y fuerzas de Dios y llevamos una vida según lo sintamos interiormente. Usted siente terrenalmente, muchos otros sienten de manera animal y de modo basto material, pero todos están construyéndose una morada. Pues esa es la explicación de cómo se erige una morada espiritual. Quien se sienta divino construye un templo como el universo, pero quien sienta materialmente encuentra después de su muerte terrenal su morada tal y como se sentía como persona en la tierra, en una sintonización material, aunque al mismo tiempo espiritual. ¿Me logra entender?”.

“Sí”, dije, “¡qué imponente es todo!”.

“Ahora siga escuchando. Le hice sentir todo esto porque me conecté con usted; lo incorporé a mi propia sintonización vital; si no, no le habría sido posible poder percibir esto. Ahora le pregunto: ¿Por qué no podía encontrar la salida si yo, a pesar de que no hubiera apertura, pude entrar? La salida no era visible para usted, porque no se ha abierto interiormente para esta vida. Así que se ha aislado a sí mismo; espiritualmente se encerró en una jaula porque no quería vivir espiritualmente. ¿Todo esto le queda claro?”.

“Lo estoy sintiendo, hermano, pero no puedo expresarlo en palabras”.

“De su ropa no es necesario que le hable ahora, eso ya se lo conté. Pero sólo más tarde todo le quedará claro y comprenderá su propia morada espiritual. Su entorno cambiará cuando intente llegar a descubrir esta vida interiormente. Ahora me voy y lo dejo por un momento, pero volveré si piensa necesitarme”. El hermano se fue. De nuevo me quedé en soledad, con miles

de pensamientos, angustiado por tener que estar solo. Había conocido a un “ser humano”. Entonces empecé a pensar. Los pensamientos iban sucediéndose. Algunos me devolvían a la tierra, y cuando allí los agotaba, entonces volvía a esta vida, y terminaba por no poder acordarme de nada. Era un caos de pensamientos que me revoloteaban por el fatigado cerebro; la cabeza me estallaba del esfuerzo. Iban mezclándose los pensamientos sobre mi casa, mi ropa, el universo y todas esas sintonizaciones espirituales; también sentí que volvían la fiebre y los dolores. Pero quería mantener la calma, aunque seguía sin convencerme de la vida en la que estaba viviendo. ¿Podría ser así, era posible? ¿Podría dar el paso, sin más, a otra vida, que me era completamente desconocida, de la que no entendía ni sentía nada, como dijo él? ¿Habría sido capaz de eso, Jozef? ¿Ninguna persona terrenal que entre aquí, aunque tenga otra sintonización que yo, podrá hacerlo! ‘¡Ay!’, pensé, ‘qué difícil lo tendrán todas aquellas personas que no sepan nada de una vida espiritual!’. Te vuelvo a preguntar: ¿Puede un ser humano entrar de una vez en ese gran desconocido? Tú me entenderás. En la tierra no le daba crédito, mi vida era terrenal y no había nada en mí que significara posesión alguna. No poseo las fuerzas para ello, como dijo el hermano. Tenía que conocer la vida en el espíritu para poder adaptarme a mi nuevo entorno. Era un mundo nuevo, desconocido para mí. Un mundo de secretos, pero natural y real. Yo era antinatural e irreal y, por ser antinatural, me burlaba de mi propia vida, me maldecía y me aislaba, de modo que estaba ciego, espiritualmente ciego y no veía salida alguna, o no podía encontrarla. A mi alrededor había niebla y en mi interior no había luz; seguía, pues, estando lejos de esa sintonización elevada. Me veía en medio de un laberinto de desarrollo humano. Tenía que arreglármelas para encontrar una salida, pero ¿cómo? Estaba muerto y aun así vivo. Vivía, pero ¡era un muerto en vida! Sentía muy categóricamente que el no aceptar todo lo que me había sido comunicado me iba a ser fatal. Era como si estuviera frente a una alta montaña que tenía que vencer para ver la luz del otro lado. Solo entonces veía la vida en toda su belleza y en todas sus posibilidades. El hermano poseía el arte de descender en mi interior y yo quería aprender cómo lo hacía y muchas cosas más. ‘Esa era la posesión’, pensé, ‘a la que se refería’. Me ayudaría a encontrar mi camino alejándome de todos esos caminos antinaturales. El camino por el que había andado en la tierra había sido el equivocado. En el hermano veía la luz con la que podía iluminar mi camino en estas tinieblas. Pero tenía que seguirlo y quería hacerlo, aunque a la vez sentía que todavía no era capaz. Por más que reflexionara y me esforzara, no podía retener ninguna de sus explicaciones y aclaraciones, de manera que incurría en las suposiciones más terribles, rindiéndome después por completo. Era muy extraño “el hermano”, como se llamaba a sí mismo. Pero estaba rodeado y colmado de una fuerza tan natural como no había conocido nunca. Tuve

que retractarme de mi pensamiento de que era un loco. Ojalá volviera a mí, porque no quería tener que privarme de esa grandeza desconocida por nada en el mundo. Necesitaba ayuda, mucha, muchísima ayuda. Pensaba en él y en las palabras que me había dirigido, pero ya no entendía nada de ellas. Mientras estaba allí tendido pensando en él, de repente se abrió la puerta y entró. Ahora vi la puerta. ¿Seguiría abierta? Me sobresalté porque tan de repente estuviera de nuevo frente a mí.

“¿Me ha llamado?”

“No lo sé”, dije, “estaba pensando en usted”.

“Pensar así basta para que se conecte conmigo. ¿Cómo está? ¿Un poco mejor?”

“Me siento en la gloria”, dije.

“Como ve, ya estamos avanzando”.

‘Son milagros’, pensé, ‘que he vivido en este breve lapso de tiempo’, a lo que él contestó: “Aprenderá a asimilar todos esos milagros”, así que entendí que ningún pensamiento silencioso estaba a salvo aquí.

### *Desintegración y construcción*

—“Ahora le hablaré de esta vida. Lo que ya hemos hablado pertenece a la vida en la que está, así que son verdades vitales espirituales. Le hablé de las sintonizaciones y le conté que cada persona posee su propia sintonización. Además, que el amor es luz y que de este lado significa felicidad. Pero ahora vuelvo en mis pensamientos a la vida en la tierra, para aclararle algunas de esas sintonizaciones. Así tendrá una imagen nítida del universo y de la vida eterna. Los seres humanos en la tierra viven en la sintonización preanimal hasta la material. Ahora sabe que sintonización significa esfera, y que en esas esferas viven personas. Esas vidas o almas llevan y sienten amor, y conforme a ese amor encuentran sintonización con esta vida. Usted se encuentra ahora en una situación que es la sintonización basta material. Esta esfera, como ya le dije, colinda con la primera esfera espiritual. Pues bien, los seres que han alcanzado la sintonización material viven en la primera, segunda y tercera esfera, para luego entrar a la cuarta esfera, que es la primera sintonización espiritual feliz. Solo entonces están libres de pensamientos terrenales. Así que le quiero mostrar que se encuentra en medio de todas estas sintonizaciones y que está en el proceso de asimilar la primera esfera existencial. A la cuarta esfera le siguen la quinta, sexta y séptima, y todas esas esferas poseen un solo grado cósmico, y ese es el tercero, el de la sintonización universal. Como dije, en todas esas esferas viven personas, personas como usted y yo, pero en un estado elevado. La vida en la tierra sirve para desarrollarnos espiritualmente

y para que volvamos con Dios. Todos nosotros, los que ya estamos aquí y que hemos vivido en la tierra, tuvimos que asimilar esas fuerzas; quiero decir: la convicción de nuestra pervivencia eterna. Pero eso tendría que haber pasado ya en la tierra. Así que aquellos que en la tierra se olvidan a sí mismos y que llevan la vida como les llegue se ven aquí enfrentados con su propia vida y tienen que intentar liberarse de ella. Así que entenderá y podrá aceptar cuando le digo que el cuerpo espiritual, el que posee ahora, es el cuerpo eterno, y que este portaba y dirigía la vestidura material, y que los sentimientos de usted son según cómo los sintiera y viviera en la tierra. Todo eso se lo aclaré y, además, que entró a la vida espiritual con su sintonización terrenal de los sentimientos. Lo dejé solo para que reflexionara sobre aquello de lo que hablé con usted. Sin embargo, todavía no puede pensar; no puede retener ninguna de mis aclaraciones. Siempre piensa en su vida en la tierra, regresa en sus pensamientos a esa vida y es una equivocación. Puede hacer comparaciones, pero entonces debe partir desde este lado. Ahora retenga bien lo que le acabo de decir, reflexione sobre ello una y otra vez y compare esta vida con su vida terrenal. Es decir: aprenda a distinguir entre lo material y lo espiritual. Es sumamente difícil, pero lo ayudaré a hacerlo. Incido en usted de diferentes maneras y todo eso lo ayudará a entrar en esta vida. Siente lo que quiero decir, ¿verdad? Así que vive en la vida eterna, en una sintonización en el espíritu, pero esa sintonización es material y ahora intentaremos juntos deponer esos sentimientos materiales, para asimilar los espirituales. Ahora usted está en paz, la paz espiritual y la fuerza que poseemos, porque he centrado mi concentración y mi voluntad en usted. Así que vive por mis fuerzas y en este estado quiero dejarlo, para que todo pueda incidir en usted con calma”.

Lo escuchaba silencioso y meditabundo, pero no podía mantener abiertos los ojos. Me volví a sentir somnoliento, y por más que me opusiera, no podía vencer ese impulso. Aún alcancé a sentir cómo se me tendían unas manos amorosas, y luego ya no me enteré de nada. Soñé con mis padres, mi mujer y mi hija, los veía juntos y escuché cómo mi madre le decía a mi mujer: “Vamos, hija, la vida sigue, aún eres muy joven y tienes que cuidar a tu hija. Dios lo quiso así y ¿no recuerdas que él está en el paraíso? Está mejor que nosotros y no hay nada que se le pueda hacer. Tenemos que resignarnos”. Después escuché que mi mujer decía: “Todavía era tan joven, y luego todo pasó tan de repente”. Vi que lloraba, y ambas estaban profundamente afligidas. A mí también me puso triste. Cómo anhelaba estar con todos ellos. ¿Me encontraba en el paraíso? ¿Con Dios? ¿Con Dios en el paraíso? ¿Quién era Dios? Dios, ¿ese poder desconocido! ¿Qué sabía yo de Dios? En la tierra pensaba en Dios como toda la gente, como un gran poder desconocido, y dado que esa fuerza era tan grande y estaba tan lejos, no ahondaba en ella. Así me parecía bien y no me esforzaba por llegar a conocer a ese Dios; sí que rezaba y tam-

bién iba a la iglesia, pero aun así —lo sabía y lo sentía por dentro— ese Dios seguía estando lejos de mí. Me desperté con estos pensamientos y proseguí mis vacilaciones. Dios, pues sí, ¿quién era Dios? ¿Sabría esa grandeza desconocida que yo había muerto? ¿Que no tenía posesiones, que no estaba muerto, sino vivo? ¿Quién sabía quién era Dios y lo que significaba? En ese hermano pensaba sentir a Dios, pero no sabía por qué lo sentía así. El hombre que me vigilaba y que no se enojaba, ¿era algo o una parte de esa Divinidad? Qué extraño que mi madre hablara de Dios y que esto me preocupara tanto. Sí, tenía que llegar a conocer a Dios; si no, no avanzaría, porque quería avanzar hacia esas esferas de las que el hermano me había hablado. Yo era una parte de Dios, mi vida era eterna, estaba vivo en el universo, y ese universo era yo. Así me lo había aclarado el hermano. Estaba muerto pero aun así vivo y lleno de espíritu. ¿Ya estaba empezando a sentir eso? ¿Iba por el buen camino? Estaba empezando a pensar de otra manera que en la tierra. Allí, para muchos Dios era una persona y eso no era cierto, por lo menos así me dijo el hermano. Aquí, Dios era la vida y yo vivía en Dios. Esos extraños poderes que poseía el hermano, ¿eran divinos? Ahora que había muerto, ¿había sido acogido por esos poderes? Y en la tierra, ¿qué? ¿No era esta vida la misma que en la tierra? De eso también me acordaba; me lo había contado. “¡Y aún era tan joven!”, había dicho mi mujer. ¡Muerto tan joven! ¿Estaba muerto? Pero, estaba vivo, ¿no? ¿Cómo encajaba una cosa con la otra? En la vida y en la muerte, allí estaba la solución de mi propio problema. Dios, la vida y la muerte, esos tres poderosos fenómenos: todavía no podía discernirlos. Aun así sentía, a pesar de no entenderlo para nada, que ya sabía y sentía más que las personas en la tierra. Para ellas, yo estaba muerto y solo yo sabía que estaba vivo. Había avanzado más que ellas, vivía en ese mundo desconocido del que no sabían nada. Sin embargo, la muerte seguía siéndome un misterio, igual que Dios, y tampoco lograba entender la vida en la que estaba. Pero iba a sentir, ¡así que había esperanza! Por mi sueño sentía algo de aquello imponente y eso me llevó a estar en otro estado. Vivía en el paraíso, había dicho mi madre, pero ¿cómo era mi paraíso? ‘Madre’, pensé, ‘qué poco sabe usted de mi paraíso’. Sí, eso decían los clérigos, la iglesia, su religión. Yo había sido acogido en el paraíso cerca de Dios. Pero estaba encerrado en una jaula y ese era mi paraíso. Sí, Madre, estoy vivo. Para ellos estaba en el paraíso y aun así lloraban y sentían que estaba muerto. ¿Por qué llorar si estaba vivo? Oh, gente de la tierra, ¡grande será la sorpresa que se llevarán cuando encuentren su paraíso de este lado! Pero allí las cosas no son como piensan. Estaba cerca de Dios, pero mi paraíso me daba risa; en medio de toda mi miseria me divertía la comparación que hacía. Para los de la tierra era increíble, pero yo, yo vivía en la realidad. Mi paraíso era un tugurio sin salida y yo estaba encerrado en ese paraíso propio, atado de pies y manos. Sin embargo, era feliz, porque sentía

que me podía concentrar en un solo punto. Empezaba a sentir y a intentar liberarme de este paraíso. Seguía absorto en pensamientos cuando se abrió la puerta y entró el hermano.

“¿Descansó? ¿Soñó y durmió gloriosamente?”

Lo miré y en mi mirada reposaba la pregunta: “¿Ya no puedo pensar ni soñar sin que usted se entere? ¿Es que no hay nada, nada de nada, que aquí se pueda esconder?”

“Nada, mi estimado amigo, nada. Dios conoce a todos Sus hijos. Dios vive en nosotros y en nuestra alma se encuentra la sintonización divina”.

“Pero mi pensar no tiene nada que ver con Dios, ¿no?”

“Justo de eso le quería hablar. Escúcheme. Su vida es Dios, puede ser divina, así que usted tiene que ver con Dios, también cuando piensa”.

“¿Porque estoy vivo?”

“Exacto, porque está vivo. Nuestra vida y la de millones de seres que viven aquí y en la tierra y en todos los demás planetas: toda esa vida es Dios. Sé con qué soñaba y en qué pensaba. Si me es posible saberlo todo de usted, ¿cómo serán entonces esos seres de los que le hablé? Le repito: ¿cómo serán las fuerzas de aquellos que viven en las esferas de luz? Algo dentro de usted se sintoniza con esta imponente vida, que es Dios. Pero cada persona, cada vida ve y siente de manera distinta y otros miles, a su vez, igual que ellas. Como siente usted, sienten por lo tanto millones de personas. Como siento yo, sienten otros; así continúa cada vez más hacia arriba, hasta que hayamos llegado a la sintonización Divina. Así que cada vida siente según el amor que posea. El amor, ya le dije, es luz, y poseer mucha, muchísima luz es la felicidad, es su paraíso de este lado”.

El hermano me miró y sonrió y sentí por qué; lo sabía todo.

“Así que todos estamos de camino para desarrollarnos en el espíritu”.

Pensé en mi sueño, porque todavía no lograba entenderlo, y pregunté: “Oí a mi madre hablar de Dios y de Su sagrada voluntad, pero ¿cómo sabe usted que yo pensaba en eso? ¿Acaso mi madre decía la verdad?”

“Su madre decía la verdad, pero ahora no era su madre; era yo”.

“¿Usted?”

“Yo, amigo querido, nadie más. Si ya le dije de antemano que incidiría en usted de diferentes maneras. Le mandé mis pensamientos, ya que quería darle una imagen de Dios. Todo esto sirve para liberarlo de sus sentimientos terrenales”.

‘Nada es seguro aquí’, pensé.

“Nada”, dijo el hermano, “porque esta es su vida eterna. Tiene que lograr asimilar las fuerzas que admira y cuando sienta esta vida, no querrá poseer ninguna otra”.

“Usted es un milagro”, dije.

“Usted se convertirá en un milagro igual. ¿No es glorioso poseer estas fuerzas? ¿No le gustaría? Pues de nuevo: todo resulta de la concentración y de una voluntad férrea. Ya ve que siempre sigo conectado con usted. Su curiosidad está despertando, un asomo de luz reluce a través de toda esta oscuridad, de manera que pronto podrá discernir su vida espiritual de la material. Si me entendió bien en todo, entonces siente que lo ayudo a pensar, pero cuando quiera puedo destruir incluso su pensar. Así que lo único es que todavía no sabe pensar como debe. Sus pensamientos son terrenales, materiales. Luego le quedará claro que desde su llegada, como ya le dije, ha actuado y vivido a partir de mis pensamientos”.

‘Y esto qué querrá decir’, pensé, y dije: “Si sigue así, ¿me reducirá a la nada!”.

“Al contrario, permanece todo, pero todo eso es terrenal”.

“Y entonces, ¿por dónde empiezo, si no soy nada?”.

“Exacto, ahora hemos llegado: no es todavía nada en el espíritu y por lo tanto intentaré destruir su vida terrenal interior, para poder llegar a usted en el espíritu. Así que hay que deshacer y construir, y por eso le quito todo, porque solo entonces empezará a vivir y entrará en esta vida. De modo que rompo su pedestal por la mitad, pero no lo dejo solo y lo ayudo a construir otra vida, un nuevo pedestal: el del espíritu. Para reemplazarlo le doy nuestra vida, nuestra vida eterna, y ¿acaso no estaría dispuesto a intercambiar su vida terrenal por tanta felicidad? Aún no conoce nuestra vida, pero las fuerzas que hay en mí y que le parecen asombrosas, también las recibirá usted. Asimilará esa vida, esa concentración”.

Allí estaba, no era nada, un gran cero en la eternidad. En la tierra pensaba que no era mucho, pero aun así allá me sentía ya demasiado para no ser nada. ¿Cuánto no tendrán que deponer entonces muchas personas que viven en la tierra? ¿Tenía yo, un simple cochero, algo más que deponer? No era nada y aun así era demasiado en esta vida; aun así había asimilado demasiadas cosas de la vida terrenal y no había aprendido nada en el espíritu. Debí haber vivido de manera más espiritual. Rezar e ir a sentarme en la iglesia no era suficiente; no generaba posesiones espirituales. Las religiones no tenían nada que ver con esta vida, porque esta es diferente.

“Exacto”, dijo el hermano, por lo que entendí que me seguía en todo, “si hubiera empezado a vivir de manera un poco más espiritual en la tierra, dando amor a todo lo que vive, habría entrado en la primera esfera. Usted es como un diamante en bruto, por fuera sin pulir, pero por dentro brilla su sintonización eterna. Sirviendo a la vida, solo por eso, llegará a esa esfera. Aquellos que viven en la primera esfera han asimilado esto, pisan tierra espiritual y no se volverán a hundir. Pero para eso ha de deponer completamente su vida terrenal”.

“Pero ¿a qué debo todo esto?”

“Imposible hacerme una pregunta más clara, continúe así. Escuche, le diré por qué lo ayudamos; es lo que quiere, ¿no es así? Quienes vivimos aquí, o sea, los hermanos y las hermanas en el espíritu, estamos aquí para ayudarlo a usted y a todos los demás. Servimos a la vida y al servir a otros llegaremos a una esfera aún más elevada. Ricos o pobres, sabios o no, aquí no conocemos distinciones y se ayuda a todos. Amamos todo lo que vive y estamos abiertos a la vida. Así que todo lo que yo haga por otro, lo hago por mí, es el amor servicial. Así es nuestra vida y así es como se puede ir avanzando”.

Incliné la cabeza, Jozef. Todo lo que hacía por mí y todo lo que me contaba significaba amor. Realmente, personas como él no había conocido en la tierra. Pero sí que las hay, como me contó el hermano más tarde.

“Vendrán tiempos difíciles”, continuó, “y por eso le aconsejo que se controle en todo. Reflexione con calma y tranquilamente sobre todas las cosas. Al reflexionar empezará a sentir la sintonización y la conexión de la manera en que a usted le hace falta. Entonces tomará conciencia de esta vida y esta hará la transición en usted como posesión, porque entonces vivirá espiritualmente. ¿Siente lo que le quiero decir?”

“Sí, le entiendo plenamente”.

El hermano me miró y dijo: “Le sorprenderá lo que le voy a decir ahora, pero no se deje desanimar por eso. Dice que me siente, pero entonces le tengo que decir que siente esto por mis fuerzas, porque de no ser así, no podría entenderme. Sigue sin volar con sus propias alas, porque poder vivir a través de sus propias fuerzas significa estar despierto en este mundo. Sigue quedándose dormido; sin embargo, siempre volverá a despertar, y así hasta que haya llegado a la primera esfera. Mucha gente en la tierra piensa que posee amor; sin embargo, todo es amor propio y no tiene significado alguno de este lado”.

“Qué difícil es esta vida”, dije.

“Pero real y natural. En esta vida no puede equivocarse. Si de verdad lo quiere, su entorno cambiará y los tesoros del espíritu se derramarán ante sus pies. Y una cosa más: sobre todo no piense en cosas rudas. Pensar y hablar de manera ruda hace que uno se sintonice con otros estados, a saber con las esferas tenebrosas”.

“Me esforzaré al máximo, hermano, y espero que se quede conmigo. Conoce mi vida como si fuera la suya propia”.

“Así es, y si le digo que mi vida fue como la suya, a pesar de que mi condición social haya sido diferente, entenderá que en muchas cosas somos uno. Por eso puedo intuir su vida con tanta nitidez. Cualquiera que entre aquí, recibirá como maestro a aquel o aquella que posea una sintonización así. Cuando entré aquí, como ya le dije, no había alcanzado aún esta sintonización”.

“Soy muy feliz, hermano”.

“Gracias, ya nos hemos hecho amigos y seguiremos siéndolo; hermanos en el espíritu, ¿no es así?”.

En ese momento se quebró algo en mi interior, de modo que caí de rodillas y lloré durante mucho tiempo. Se me había roto el corazón, en sentimientos me había entregado. Estaba profundamente emocionado, di las gracias a Dios y recé a esa fuerza desconocida para pedir perdón. Me sentía como un niño; volví a ver pasar mi vida terrenal y de nuevo tenía la sensación de estar completamente destrozado. Algo en mí había sido destruido: era mi pedestal terrenal.

Me sentía ahora muy alejado de la tierra, pero aun así vivía en ese instante mi existencia terrenal. Sentí que el hermano me puso las manos en la cabeza y oí que dijo: “Muy bien, amigo mío, es glorioso tener un alumno que percibe la fuerza del espíritu y que sabe inclinar la cabeza”.

Alcé la vista hacia él y dije: “Haré lo que pueda, hermano, tan solo tenga un poco de paciencia conmigo”.

De nuevo pensé en mi vida en la tierra y me vi como a un niño, dulce y dócil. Así es como tenía que ser, de esa manera iba a ser yo; ya no me sentía, porque era un “nada”. Cuántos inútiles no había en la tierra, que no querían ser nada, aunque aquí llegarían a serlo. Todos los que se sienten en la tierra, se “sienten” a ellos mismos, son nada en el espíritu. Es andar por el camino que lleva directo a las tinieblas. Todos nosotros, los que vivimos del otro lado y en la tierra, y también los de las regiones más elevadas, somos niños en el espíritu, hijos de ese Dios desconocido.

Jozef, tengo que detenerme, me lo dice el maestro. Mañana podré estar de nuevo contigo. Veo que ya he contado bastantes cosas, y aun así me falta mucho para llegar. ¡Qué rápido pasa el tiempo, Jozef! (—concluyó.)

Todavía lo pude oír decir:

—Le doy las gracias, maestro, doy las gracias a Dios por que se me haya concedido esto. Oh, ¡estoy tan feliz! Pero usted no desea agradecimientos, al igual que todos los que viven en las esferas de luz. Hasta mañana, Jozef.

Ahora vi que Gerhard se disolvía y sentí cómo me quedaba liberado, de manera que la conexión se interrumpió. ‘Asombroso’, pensé, ‘con qué rapidez se ha desarrollado, cómo ha cambiado’. El humilde cochero se había convertido en ser humano y en un espíritu de la luz. No sabía qué había dejado escrito, pero pronto lo leería. Sí sabía de qué me había hablado, porque lo había vivido, pero ignoraba todavía lo que entrañaría todo esto. De esta manera, un traspasado podía contar sobre su vida del otro lado, gracias a que el ser humano, el médium, era aupado espiritualmente hacia su vida.

A la mañana siguiente lo volví a ver. Intentó conectar conmigo, y lo logró. Me abrí y oí que dijo:

—Aquí estoy de nuevo, Jozef. Hombre, ¡estoy tan feliz!

Ahora le hablé, pero de sentir a sentir; mis pensamientos hicieron la transición a él, para que pudiera captarlos. Ya me sentía y me dijo:

—Sí, Jozef, ahora puedo hacer aquello de lo que hablaba el hermano; tú ya sabrás todo eso. He asimilado esas fuerzas y aprendí todo, pero no fue tan sencillo. Hombre, ¡qué asombroso es!

Entendí y sentí lo que quería decir. Gerhard veía el milagro de haber muerto en la tierra y, a pesar de ello, de estar vivo en la tierra nuevamente. Ahora estaba en conexión con el ser humano en la tierra del que en algún momento se había burlado. Ahora él mismo era un espíritu.

—Admiré tus piezas —le oí decir—, resplandecen. Son obras espirituales; poseen gran valor y una fuerza del amor que ilumina toda tu habitación. Esas pinturas hay que intuir las; de lo contrario, no te dicen nada. La luz que irradian incide en uno de manera sanadora; es la paz espiritual del espíritu sintonizado de manera más elevada.

Le hice sentir que tenía que ir a visitar a mis pacientes.

—Bien —le oí decir—, te acompaño y te seguiré en todo. ¡Qué felicidad, Jozef!

Pronto estaba listo para irme y cuando salí vi a Gerhard a mi lado. ¿Quién me iba a creer? Caminaba a mi lado y hablaba conmigo un ser humano, si bien ahora espíritu, al que había conocido en la tierra. Gerhard estaba viviendo un acontecimiento terrenal. Es que esto debería incentivar al ser humano a ponerse a trabajar en sí mismo, a conocerse a sí mismo, como tuvo que hacer él. Todos los seres humanos tendrían acceso a estos milagros cuando ellos también entraran a esa vida. Pero tendrían que empezar a hacerlo durante la vida en la tierra. Si quisieran vivir de manera espiritual, si amaran la vida y todo lo que vivía, y sirvieran a los demás, llegarían a ese punto. Para poder verlo en la tierra, interiormente uno tenía que poseer la luz necesaria.

Allí iba, el hombre que había hecho la transición hacía tan poco tiempo. Ninguno decía nada y aun así éramos uno; hablábamos el idioma espiritual, el idioma de los pensamientos. Gerhard había llegado a conocer la vida, eso se le había enseñado en las esferas. Cuando algo le asombraba, me lo hacía sentir. A veces planeaba encima de mí por el espacio, para después volver a descender hacia mí, como si quisiera mostrarme qué fuerzas poseía ahora. No, yo era incapaz de hacerlo todavía; la fuerza de la gravedad aún no había sido anulada para mí. Luego volvía a caminar a mi lado y me mostraba que caminaba a través de las personas terrenales. Esas eran las posibilidades del espíritu, del ser humano que vivía en la vida eterna. A él le gustaba mucho, porque ahora desapareció en la tierra, asomando la cabeza por encima del suelo, como si me quisiera demostrar que nada en la tierra le suponía un obstáculo. Sentía, veía y escuchaba la vida en la materia y cuando me lo aclaró,

le oí decir:

—He tardado mucho, Jozef, y he sufrido bastante, antes de poder concentrarme en la tierra. Ahora veo todo y veo la vida como la veía cuando aún vivía en mi cuerpo material, y aun así soy espíritu, ¿no es maravilloso?

Cuando llegué donde mi primer paciente, vi a Gerhard y a mi líder espiritual a mi lado. Alcar le mostraba cómo se le puede ayudar al ser humano desde el otro lado. Gracias a la radiación magnética, las enfermedades dejaban de existir, debido a que el cuerpo material empezaba a funcionar de nuevo. Gerhard lo sabía, pero no lo había presenciado todavía. Estaba muy sorprendido cuando observó que el cuerpo humano se iluminaba por la irradiación de Alcar. Oí que decía:

—Todo eso voy a aprender ahora, Jozef, cuando esté listo y haya regresado a las esferas.

Después de que hubiera ayudado a mi último paciente, regresé a casa y me preguntó:

—¿Empezaremos enseguida, Jozef?

—Tan pronto como se pueda —dije—, porque tengo mucha curiosidad por todo lo que aún me tengas por contar.

—Hombre —le oí decir—, qué envidiable eres, qué glorioso poder trabajar para nosotros.

Una vez llegado a casa, sentí una potente incidencia, un impulso por empezar. Me concentré en él y me sentí entrar en una sintonización sosegada, de modo que Alcar pudo conectarme con él. Gerhard descendió en mí, en mis sentimientos fui elevado espiritualmente y pudo empezar.

### *El país en el que yo vivía*

—Arrodillado frente al hermano, volvió a sorprenderme un mareo, una sensación de sueño de la que me era imposible escapar. Me tendí en la cama y dormí un largo rato. Cuando desperté, el hermano estaba frente a mí y me dijo:

“¿En esta ocasión no tuvo sueños? ¿Durmió tranquilo?”.

“Sí, hermano, me siento glorioso y estoy un poco mejor; me sentó bien”. No me molestaban la garganta ni otros tormentos y me sentía muy refrescado. Ahora me pareció que pronto estaría mejor. Pero cuando pensé en eso, sonrió y entendí lo que significaba.

“Vengo por usted”, dijo el hermano, “daremos un paseo para que de una vez pueda admirar este país y también el entorno en el que vive ahora”.

‘Qué bien’, pensé, porque deseaba estar fuera. “¿Podré caminar entonces?”.

“Sí”, dijo, “ahora sí es posible”.

Mi vivienda estaba ahora abierta, yo mismo la había desatracado y se mantendría abierta, de eso me encargaría yo. Todavía traía puesto mi traje negro, que parecía estarme unido sin remedio, porque no podía pensar en otra ropa todavía. Sí era capaz de pensar, pero todavía no tenía suficientes posesiones espirituales ni suficiente concentración. Y es que no había aprendido nada aún; para eso llevaba demasiado poco tiempo en esta tierra. Mi ropa me quedaba bien y pertenecía a toda mi personalidad. Había llegado aquí como cochero y por ahora tendría que seguir siéndolo. Sin embargo me molestaba porque, ¿ahora qué tenía que ver todavía con esa vida terrenal? ‘Tarde o temprano’, pensé, ‘también esto ya irá cambiando’.

Seguí a mi preceptor hacia afuera. ¡Qué extraño me pareció todo! Vi que el edificio en el que ahora me encontraba era muy grande; también que había sido construido de manera terrenal. Podría alojar fácilmente a mil personas. En todos lados veía gente y muchos llevaban ropa terrenal. Algunos llevaban túnicas que eran muy diferentes a todas las demás. ¿Eran preceptores, como el hermano que me enseñaba cómo poder hacer la transición a esta vida? Llevaban la misma túnica que la de mi hermano, por la que me parecía reconocerlo. Luego vi a personas que se habían ataviado con joyas terrenales y que llevaban ropa magnífica, pero también vi a otras que iban en andrajos. Había personas viejas y jóvenes; los jóvenes habían llegado a la edad de veinte, pero no vi niños. La naturaleza era más o menos como el otoño en la tierra. ¿Ya empezaba a hacerse de invierno aquí? Realmente, ¿en qué mes del año vivía? No tenía idea y me pareció aquí frío y húmedo, además de aburrido. No era una naturaleza para quedarse a vivir y sobre todo no para recuperarse. El otoño en la tierra se veía verde y amarillo, pero ni siquiera eso vi aquí. Esta naturaleza era tan extraña, tan antinatural. Pareciera que todo estuviera desteñido y los cultivos todavía no hubieran madurado. No podía imaginarme otra cosa (—dijo).

Me dio risa mientras escribía: una naturaleza desteñida, ¡nunca había visto nada parecido! Vi que Alcar también sonrió.

—¿Te da risa eso? —oí que preguntó Gerhard—. Pero así era de verdad la naturaleza y te digo lo que me parecía. El hermano caminaba delante de mí y yo lo seguía. Todo con lo que me encontraba era extraño. ¿Dónde estaba? No pensaba en todas esas explicaciones, ni en lo que me había aclarado el hermano. No podría hacer comparaciones, porque todo lo que veía era nuevo para mí. ‘Ya lo sé’, pensé de repente. Esta atmósfera es como si fuera a llover pronto, hay niebla. Íbamos por un camino que serpenteaba a través del paisaje. A pesar de la niebla, podía observar los alrededores hasta bastante lejos. Me sentía frío y tenía escalofríos; un poco de sol me sentaría bien. Si tan solo no tuviera que quedarme aquí mucho. Como ya dije, vi a muchas mujeres

y a muchos hombres. Nadie reparaba en mí y eso me extrañó mucho; no se dignaban mirarme. Pero ¿es que no veían que acababa de llegar aquí? ¿O no querían tener nada que ver conmigo? ¿Tenían un rango superior y eran de orígenes más altos? No lo entendía y me sorprendía mucho. ¿Carecía yo de valor como para no dedicarme un momento? Ni uno parecía sorprendido de que yo estuviera aquí; todos hacían como que no era asunto suyo. Parecía que estuvieran afligidos, tan silenciosos e introvertidos estaban. Pero ¿en qué estarían pensando todas estas personas? No podía averiguarlo y, entretanto, el hermano iba muy por delante de mí; ya se lo preguntaría más tarde. Por lo visto, él también estaba absorto en sus pensamientos, así que no quería molestarlo. Pero me parecía que la mayoría de todas estas personas estaban enfermas; estaban tan pálidas. ‘Pues bien’, pensé, ‘entonces aquí no se repondrán pronto; este no es un clima sano’. Pero debe de ser posible encontrar otras regiones además de esta, ¿no? Todo lo que veía era tan terrenal. El hermano me había dicho que me tenía que concentrar, pero ¿en qué? También que pensara, así que no hacía otra cosa que eso; incluso pensaba demasiado y ya me estaba cansando. Ahora sí que estaba ocupado en deponer los pensamientos terrenales. Le parecería glorioso que me esforzara tanto. Nunca en mi vida había reflexionado tanto como ahora. Pero no veía más que caras largas y personas enfermas. Otros, lo percibía claramente, estaban afligidos; no se me escapaba nada. Todo recibía mi plena atención, pero en lo que realmente debería fijarla, en eso no pensaba. Vivía en la eternidad, y aun así pensaba de manera terrenal. No veía flores, pero las flores mueren en otoño; ‘Debe de ser por eso’, pensé, ‘que no las veo’. Una acequia bordeaba la avenida y también el agua en ella era gris; todo estaba cubierto por los tonos pardos del paisaje.

No me faltaba curiosidad por saber a dónde me llevaría el hermano. Ya había avanzado mucho más que yo. También vi a personas diferentes de las que ya había observado y no entendí por qué tenían ese aspecto. Estas no estaban tan pálidas y noté en ellas más salud y vida, porque su color de tez era distinto. ¿No eran como aquellas otras? No encontraba en ellas lo pardo que veía en la naturaleza. Las miraba con pleno interés, pero también ellas actuaban como si no existiera. ¿No era yo un ser humano como ellas? ¿No era hermano en el espíritu? ¿Eran más que yo? Aquí no se hacían distinciones, y ellas, ¿qué hacían? ¿Eran los ricos de la tierra? Esas personas, ¿no querían tener que ver nada conmigo? ‘Son todas unos pobres diablos’, pensé. ¿Qué se creían? Algunas pasaban casi rozándome y, aun así, por lo visto no era nada para ellas. Por fin el hermano me esperó y me dijo que me sentara. A las faldas de una colina encontré un lugar hermoso y me senté allí. ¿Me hablaría el hermano de esas personas? Lo había sentido bien, porque dijo: “Ya empezó usted a adoptar pensamientos; eran en realidad los míos”.

“¿Los suyos?”, pregunté.

“Sí”, los míos.

Me pareció asombroso, a pesar de no haberme percatado, ya que se me habían ocurrido como todos los demás. “Escuche”, dijo el hermano, “lo que voy a decir. Le había pedido que reflexionara acerca de todo lo que hablamos; si no, no avanzaremos”.

Ya me alegraba, ¿así que me había esforzado? Pero continuó.

“Todas estas personas con las que se encontró han llegado aquí como usted, así que ellos también han muerto en la tierra. Llevan su ropa terrenal y no conocen otra, porque no logran concentrarse, ni poseen el amor necesario para ello. Cuando lleguen a la primera esfera la depondrán, antes no. Así que llevan esa ropa como usted, porque no conocen otra vida. Nuestra vida, ya se lo he aclarado varias veces, es una vida de pensamientos y, según el ser humano posea y sienta amor, encontrará su sintonización en esta existencia espiritual. Su vida, como la suya, no fue mala; de eso también hablamos ya. Seguí el curso de sus pensamientos. Las personas que ha visto con ese color de tez diferente pronto se irán de aquí. Por lo tanto, los que viven aquí no han asimilado nada en la tierra. El amor de usted por los demás lo salvó de una perdición total; si no, habría entrado en otra esfera. Aquí todo es pelado y gris, ¿no es cierto?, pero nosotros conocemos otras tierras, que son más bellas y donde el hombre no encuentra más que felicidad. Allí también hay flores y vegetación y la gente lleva túnicas espirituales. Me sorprende cómo piensa de la naturaleza y cómo forma sus comparaciones. Sin embargo, describió esta naturaleza bastante bien, pero no se le olvide de que describía su propia imagen. Usted es como la naturaleza”.

“¿Cómo dice, que soy como la naturaleza?”. ‘Si eso era cierto’, pensé, ‘entonces es que llevo el otoño y la niebla dentro’. Me dio risa. Sin embargo, el hermano se mantuvo serio y dijo: “No se ría, amigo querido, espere un poco, tengo más cosas que contarle. Sus pensamientos acerca de la vida y la naturaleza de este lado son graciosos. Aun así, le aconsejo que empiece a pensar de otra manera. Así no llegará usted. Le repito, describió su propia imagen, así que piense un poco sobre eso. La naturaleza es el fiel reflejo de su sintonización interior. Cuanta más belleza haya en su pensar y cuanto más puros sean sus pensamientos, así cambiará su entorno y se hará más bello. La naturaleza es como usted mismo se sienta. Hay vida, pero no hay amor espiritual ni conciencia. Por eso todo está gris y con niebla, y por eso está usted, como ellos, enfermo en su interior”. Me estremecí; el hermano continuó hablando: “No lloverá aquí, como pensaba, sino que seguirá estando así durante miles de años más, hasta que esta esfera se disuelva en una esfera de luz. No hay luz aquí, ni la hay en usted. Poseer luz de este lado, mi estimado amigo, es saber. Poseer luz es felicidad, mera felicidad y eso significa amar la vida que se encuentra en todo. Significa aceptar la cruz que Dios nos

dio para que la cargáramos. Significa sentir amor por los demás y entender la seriedad de la vida. Entonces no se habla de pobres diablos; entonces se respeta la vida, siempre y en todas partes”. Pensé que la tierra me tragaría; él sabía en qué había pensado yo.

“Entonces esos otros pensamientos están lejos de usted”, prosiguió el hermano tranquilamente mientras me miraba en la profundidad del alma. “Entonces inclinamos la cabeza y rezamos desde lo más profundo de nuestra alma y le rogamos a Dios que nos perdone. Entonces siempre seguimos reflexionando y no nos hace falta que el otro nos repita las cosas diez o veinte veces. Entonces el ser humano se llena de respeto. Entonces no se juega con la vida, sino que se siente veneración por la de los demás y se hace la transición en amor. Espero que usted vaya ganando en seriedad, porque sigue sin darse cuenta de lo terrible de su propio estado. Pensaba usted: pero ¿cómo es su pensamiento?”. Me asusté mucho.

“Por lo tanto, la vida en la naturaleza”, siguió el hermano, “no podrá madurar hasta que otra fuente de calor la irradie. Aquí no hay sol, no hay luz, así que todo sigue triste y desgraciado. Seguirá siendo así en quienes vio, y también en usted, por ahora. Tendrá que permanecer aquí por un tiempo y eso depende de usted mismo. Eso está en sus propias manos, igual que con las personas que se encontró. No me mire con tanto miedo; hacía falta mostrarle la seriedad de la vida. Tampoco le tenga miedo a su estado, porque ya hay fuerzas en usted y no se ha perdido todo lo que le he dicho. Pero reflexionará cada vez más profundamente y recorrerá paso a paso el sendero que hemos cubierto. Los que caminan por aquí piensan en su vida en la tierra y en la vida en la que se encuentran ahora. Piensan y reflexionan acerca de todas las experiencias que han adquirido en esta vida. Van a comparar las dos situaciones vitales e intentan asimilar los tesoros espirituales de ambas. Por lo tanto, meditan, reflexionan acerca de todo e intentan alcanzar un estado diferente pero más elevado. Sienten profundamente lo que los hermanos y las hermanas les aclararon y mostraron. Lo que viven de este lado se convierte en su posesión. Así que poco a poco empiezan a pensar espiritualmente y de esa manera hacen la transición a esta vida. No hacen otra cosa que liberarse de su vida terrenal y en eso nadie los molestará. Sienten y saben que usted pasó a su lado, pero están demasiado absortos en sí mismos para prestarle atención. No quieren que se les moleste y aquí también se respeta al ser humano que se busca a sí mismo. Pero aquí también viven miles que siguen sin buscarse a sí mismos y ya llevan años aquí. Luego se los mostraré; a algunos ya los ha observado. Los que se buscan a sí mismos, sopesan los pros y los contras, separan los buenos rasgos de los malos, hasta que hayan depuesto sus sentimientos materiales y los hayan convertido en los espirituales. ¿Siente cuál es el sentido de esta vida?”. Sentí remordimientos y ya me estaba entristeciendo

haber pensado con tanta indiferencia sobre estas personas.

“Por eso”, siguió el hermano, “a los que entran aquí les parece tan incomprensible esta vida. Sin embargo, es sencilla, siempre que primero hayan sido vencidos los sentimientos terrenales. Eso lo vivirá en usted mismo, y vivir eso es el desarrollo en esta esfera. Cuando vaya a intuir lo incomprensible de esta vida, se vuelve comprensible y eso precisamente es saber, esa es la sabiduría en el espíritu. Cuando dentro de usted comience el deshielo, sentirá calor, el calor del espíritu. Cuando pierda su sentir terrenal, se le abrirán los ojos espirituales y verá la belleza de nuestra vida. Tiene que intentar echar por la borda toda la fantasía e irrealidad, porque en esta vida no conocemos la fantasía. Todo es realidad y quien no quiera ser real y natural tendrá que aprenderlo a través de la lucha, permanecerá dormido mucho tiempo, espiritualmente, para volver a empezar. Solo entonces la vida terrenal hará la transición a la del espíritu y podrá el ser humano usar de este lado lo que aprendió en la tierra. Pero solo en caso de que se les envíe a la tierra para trabajar para la humanidad. Para eso, sin embargo, se necesitan espíritus poderosos que se puedan mantener firmes. Así que tiene que deponer lo que aprendió en la tierra. Todo lo que asimiló en la tierra tendrá valor de este lado únicamente si posee amor”.

‘Difícil’, pensé, pero el hermano ya había adoptado mis pensamientos y dijo: “Todo es difícil, pero con un poco de voluntad llegará a ese punto”.

“¿Seré entonces como usted y podré adoptar pensamientos?”.

“Sí, podrá hacerlo, es la lengua espiritual y nosotros solo hablamos así. Así que para poder hablar espiritualmente y conectarse hay que poseer mucho amor”.

Sentí que de nuevo me entró el cansancio y pregunté: “¿De dónde sigue viniendo ese cansancio y ese sueño, hermano? Me sorprende a cada rato y siempre de manera totalmente inesperada”.

“Es porque sigue sin pensar de manera espiritual. Sigue viviendo entre ambas situaciones. Siempre seguirán volviendo esos fenómenos, porque forman parte de su propia sintonización. Pero la naturaleza le ayudará. Es su sintonización divina la que le da la vida. Así que tendrá que despertar, para que un día siga despierto de una vez para siempre. Vive en un estado desequilibrado, la vida en la que se encuentra actualmente le atrae, pero sigue pensando terrenalmente en sus sentimientos y eso lo supera. No es que esas fuerzas de la naturaleza no incidan en usted, pero usted no es capaz aún de absorberlo todo, porque no posee la suficiente fuerza espiritual. Así que todo lo que vivirá, por más extraño que le parezca, se explica porque siente terrenalmente. Por ahora no podrá escapar de eso. Sin embargo, durmiendo y descansando llegará a ese punto. Le quita sus pensamientos confusos y antinaturales y lo vuelve a llevar a su sintonización natural anterior, para que pueda empezar de

nuevo, hasta que haya vuelto a gastar sus fuerzas. De todo esto se podrá dar cuenta solo después; ahora no se lo puedo aclarar más; tiene que vivirlo. En usted hay una fuerza, el núcleo divino, que está presente en la vida de todos y que lo levantará; que lo hace vivir, también en contra de su voluntad. Eso es lo grande y lo imponente, incluso lo incomprensible, eso es Dios, la fuerza divina de Dios”.

“¿Acaso no tuvo valor entonces mi vida en la tierra? ¿Cuántos miles de personas no viven peor que yo y asesinan para enriquecerse o para otras cosas? Tengo conciencia del mal y he incurrido en él, pero hacía mi trabajo, cuidaba a mi mujer e hija, no robé ni asesiné e iba a la iglesia y rezaba, y aun así soy un nada”.

El hermano me miró y dijo: “Todo esto habla a favor de su personalidad; si no fuera así, entonces habría entrado en otra sintonización, donde no hay niebla, sino que reina una profunda oscuridad. Es decir, todo eso tiene su valor, pero sigue sin ser una posesión divina. Todos esos hermanos y hermanas de la tierra en que piensa cayeron muy bajo. Ellos también tendrán que liberarse de eso. No compare su sintonización con la de usted; ellos vivirán, pero en el infierno de este lado”.

‘Infierno’, pensé, ‘el infierno?’.

“Sí, el infierno”.

¿Acaso no estaba yo entonces en el infierno? No, porque en el infierno ardía fuego; eso se me había enseñado en la tierra y no veía fuego. ¿Estaba yo cerca del infierno? No veía nada y no había visto nada de eso. Sentí cómo me mareaba. Todavía alcancé a escuchar que el hermano dijo: “Conocerá el infierno”. Después ya no supe nada y me quedé dormido.

Dormir, nada más que poder dormir, qué glorioso es descansar y dormir, pero la manera en que yo dormía significaba debilidad, debilidad en el espíritu.

### *Cómo aprendí a controlarme*

—Me había acostado en el mismo lugar en el que había estado sentado. Volví a soñar que estaba en la tierra y que veía a mi mujer con otra persona; mantenían una conversación. La conversación que escuché a escondidas me fue fatal. “Sí”, escuché que decía mi mujer, “de eso solo te enteras ahora que está muerto. Es increíble; ¿quién se lo habría imaginado? ¡Se me hace terrible!”.

“Sí”, dijo la otra persona, “de vez en cuando uno se equivoca. Todos tenemos nuestros secretos. A las personas se las conoce cuando ya han muerto”.

‘Secretos’, pensé, y dentro de mí ya hervía la ira. ‘¿Qué clase de secretos?’.

Después dijo mi mujer: “¡Ay, si aún estuviera vivo!”. Oí que dijo más cosas, pero me perdí la conversación por la ira. Creí asfixiarme. ¿Sabía algo de mí? ¿Había hecho algo indebido? Pero eso era imposible, ¿no? No tenía conciencia de nada. ¿Alguien había dicho chismes de mí? ¿Qué tonterías eran esas, “Si aún estuviera vivo”? ¿Acaso no estaba vivo? Me hirió hasta en lo más profundo del alma. Era lo que me faltaba; como si no tuviera ya suficiente miseria. En este estado desperté y reflexioné sobre la conversación. Me puso nervioso y sentí cómo me estaba enrabetando. ¿Quién lo habría pensado? ¿Se creía ella los chismes? ¿No me conocía? ¿No podía creerme? ¿La engañé y fui un embustero? Sentí que me volvía la enfermedad y que surgían de nuevo en mí todos aquellos tormentos terrenales. Me atormentaban miles de pensamientos. No, no podía con esto. ¿Alguna vez la había engañado? ¿Cómo era posible que pensara de mí así? ¿Quién era esa otra persona? ¿Qué quería decir con “Se me hace terrible” y “A las personas se las conoce cuando ya han muerto”? Ay, si tan solo pudiera parar; mis propios pensamientos me mareaban. Ya le quitaría esa costumbre; quería ver quién era capaz de hablar de mí de esta manera a mis espaldas. Se me volvió a hinchar la garganta y me entró una sed terrible. Luego intenté calmarme, pero sin éxito. De nuevo regresé en pensamientos a la tierra; quería conocer la verdad. ¿Quién mancillaba mi nombre? ¿Quién me desprestigiaba después de mi muerte terrenal? Había llegado a un estado que no había vivido antes. A eso se sumaba esa terrible sed, porque el dolor de garganta y la fiebre estaban volviendo. ¿Sería que nunca me libraría de eso? Sentí cómo me surgía un dolor punzante en el pecho; también me volvió ese miedo que había tenido todo ese tiempo en la tierra. Clamé por ayuda, pero no había nadie cerca de mí. Luego llamé a voces al hermano, pero él tampoco vino, de modo que me quedé solo con todos esos líos y esa miseria. Quería terminar con esas habladurías; no estaba muerto, vivía y no la había engañado, ¡jamás! Le mostraría que no tenía razones para avergonzarme ante ella, porque yo no era infame como ella pensaba. Temía estar enloqueciendo y en mi desesperación me pegué en el pecho con el puño cerrado, de modo que por poco me desplomé. Luego me levanté de un salto del lugar en que había estado acostado y me puse a correr de aquí para allá como un salvaje. Casi no podía producir sonido alguno y sentía que mi cuerpo ardía, como lo había hecho en la tierra cuando la fiebre llegó a su punto más alto. Pero tenía que guardar la calma, porque pasaba de un extremo a otro y ya no era capaz de nada. Quería estar tranquilo y pensar, pero no lo lograba, por más que quisiera. Ya era demasiado tarde, había perdido el control sobre mí mismo y me sentía como si estuvieran zarandeándome. ¿Dónde estaba el hermano, por qué ahora me dejaba solo? Ya casi no lograba ver, la naturaleza y todo lo que me rodeaba iba cambiando. La luz que había observado se fue atenuando y era como si oscureciera. ¡Sin luz, sin un alma a

la que preguntarle algo! Dios mío, ¿no sientes piedad? ¿Qué hice para tener que sufrir tanto? “Dios”, grité, “Dios, ¡ayúdame, por favor! Si hay un Dios, ¿cómo puedes estar de acuerdo con esto? ¿Por qué me dejan aquí tan solo? ¡Me estoy volviendo loco, me estoy volviendo loco!”. Me forcé a recuperar la tranquilidad, cosa que pronto conseguí en cierta medida. Quería pensar, tenía que conocer la verdad, costara lo que costara. Me acordé del principio, cuando llegué aquí con el hermano y me contaba de todo lo que vivía aquí. Me acordaba de cada palabra. Después me había sorprendido ese sueño y había soñado. ‘Ahora ponte alerta’, me dije a mí mismo, ‘y mantén la calma’. En mi sueño escuché que se hablaba, luego desperté, sentí que me enrabiataba y que volvían todos los viejos fenómenos. Maldita enfermedad, pero ¿cuándo sanaría por fin? Aunque ahora me ocupaba otra cosa. Eran esos chismes, quería saber por qué hablaba de esa manera. Sin embargo, no lograba sacudirme mi enfermedad. De nuevo fue penetrando en mí y me sentí como en la tierra. ‘Qué horror’, pensé, ‘en qué estado me encuentro’. Todo ese cotorreo de espiritual aquello y espiritual lo otro, esferas por aquí, esferas por allá, todo esa espiritualidad iba a terminar por volverme loco. ¿Y esas cosas tendría que asimilarlas? ¡No era yo mismo y nunca más volvería a serlo! Todos esos pensamientos pasaban por mi cabeza muy rápido sin que pudiera retener ninguno. Estaba en un laberinto espiritual y veía revoloteando en desorden esferas, personas, animales y la naturaleza. Luego de repente hubo calma y escuché que se decía dentro de mí, como si alguien más hablara en mi interior: “¿Quién la incitó, quién fue quien arruinó nuestra felicidad?”. Pero ese pensamiento tampoco lo pude retener, porque llegaron otros a suplantarlos. En otras ocasiones clamaba por ayuda, pero sentía la garganta cerrada. Mis gritos de auxilio eran un desagradable sonido ronco, los gritos de un demente. Además: esas tinieblas, de las que no entendía nada. No veía ni una estrella, ni un destello. No había nada de donde asirme. Maldecía el instante en que había soñado y todo lo que tuviera que ver con esta vida en la tierra. Dentro de mí había un embrollo de problemas espirituales. Me encontraba en medio de muchos problemas y nada me quedaba claro. Dios no me daba respuestas. No veía al hermano ni había ningún ser cerca. Nuevamente grité con toda la fuerza que tenía dentro, tanto que pensé que se me desgarraría la garganta, pero el hermano no llegaba. “Dé una voz cuando piense necesitarme”, había dicho. Ahora gritaba y ningún ser venía. Maldecía todos esos problemas, me maldecía a mí mismo, a mi mujer en la tierra y todo lo que había alrededor y dentro de mí. Maldecía a todas esas personas calladas, que trabajaban en ellas mismas y soñaban y pensaban y reflexionaban sobre lo que habían vivido, que me pasaban de largo como muertos en vida, y maldecía el momento en que había llegado aquí. ¿Era esto mi cielo en la vida después de la muerte? Estaba en un manicomio, y los que hablaban conmigo

y también los que caminaban por la naturaleza, todos eran locos inteligentes. Luego me sorprendió nuevamente un mareo, de modo que me acosté por segunda vez. Sin embargo, no podía dormir, por más que quisiera. A un pensamiento le seguía otro; mi estado me confundía de manera desesperante. Pero quería dormir y no podía. En mi cabeza enferma todo se revolvía; llegaba a tal grado que la poca capacidad de concentración que tenía por dentro quedó destruida. Yo, que no era nada, me golpeaba contra esa nada, pensando que perdería el conocimiento. Pero tampoco perdí eso, me mantuve consciente; solo que no podía dormir. La locura estaba en mí y alrededor mío, y en todas estas personas, en esas fuerzas espirituales y en ese asimiladero, en todo eso veía la obra del diablo. Ese demonio me tenía agarrado; me había perdido y había llegado a un lugar espantoso. Ese pensamiento incidió tanto en mí que pensé que iba a estallar si no me salvaban pronto. Si las personas que viven aquí quieren desvivirse por los demás, entonces que vengan a ayudarme, y si pueden captar los pensamientos ajenos, entonces que me escuchen ahora. Pero ¿por qué no llegaban? No vi ni rastro de estas personas. Eran unos pobres diablos, unos infelices, al igual que yo, y solo se imaginaban cosas. Sintonizaciones en el espíritu, qué risa me daba. Todas esas sintonizaciones me estaban poniendo la cabeza como un bombo. Jajá, ustedes con todas sus cualidades, vamos, vengan, adelante, los necesito, necesito ayuda. Auxilio, auxilio, volví a gritar, por volver a intentarlo, pero nadie me hacía caso. Esa oscura naturaleza gris era como llevar plomo encima. ¿Dónde había venido a parar? Cómo me rebelaba; así no me había conocido hasta entonces. No era yo mismo, eso lo percibía claramente. Pero ¿por qué y por quién había llegado a encontrarme en este estado? La sed me atormentaba intensamente, quería beber algo y me fui corriendo para encontrar la acequia que había visto. Pero por más que buscaba, no la podía encontrar. ¡Ay, esa espantosa sed! ¿Qué me había dicho el hermano? “¡No tiene sed ni hambre y no hay enfermedades! No le hace falta estar enfermo, porque ¡vive en el espíritu y murió en la tierra! Su vida es una vida en pensamientos, si tan solo quisiera aceptarlo”. ¿Acaso no aceptaba? ¿No pensaba? ¡Me volvía loco! Además, el hermano había dicho: “Yo también estuve en la tierra como usted; yo vivía allí, pero en un estado diferente”. Tonterías, incoherencias: así hablaban los locos; no eran más que disparates. Aquí solo viven locos; de eso estaba convencido ahora. “Somos hermanos y hermanas en el espíritu”, todavía se lo oía decir al que me había contado todos estos disparates. Vivían para Dios, vivían para todos los seres humanos. Vivían para los que se les acercaran; y a mí me dejaban solo en el estado más miserable en el que una persona pueda llegar a encontrarse. Si yo ya no era normal, ellos tampoco lo eran. Muy dentro de mí sentí arder el dolor. Era una sensación extraña, que no lograba explicar con palabras. Era como si algo me consumiera, porque

me abrasaba. Por ese ardor se me hizo aún más intensa la sed. Sin embargo, también esos sentimientos se desvanecieron y empecé a pensar desde el principio. Porque quería conocer la verdad. Quería saber qué significaban esos chismes en la tierra. No me dejaban en paz y volvía sobre lo mismo una y otra vez; era como si los pensamientos se me impusieran por sí solos. ¿Dónde podía encontrar la verdad? Es que era muy vil hablar así de mí. Mientras que en pensamientos me encontraba de nuevo en la tierra y volvía a escuchar esa conversación a escondidas, sentí que me serenaba. Pensé que podía concentrarme mejor ahora, o ¿era solo mi imaginación? No, estaba tranquilo y escuché con atención. Pero al mismo tiempo tuve cuidado; me buscaba a mí mismo, porque quería seguir enfocado en un solo estado. Si tan solo lograra eso, podría avanzar. Luego me dije a mí mismo: “Gerhard, ¿qué haces? ¿Te estás volviendo loco si no mantienes la calma! ¿Por qué te enojas tanto? Sí, ¿por qué, realmente?”. Sentí que me calmaba, mucho, pero seguí: “¿Estás muerto o vives?”. Sí, estaba muerto y al mismo tiempo vivía. Ahora oí una voz como la que hace un rato habló dentro de mí y que dijo: “¿Pero es que esto no te dice nada?”. Sí, me decía muchas cosas, pero ¿qué cosas? ¿De quién procedían esos pensamientos? De ninguna manera eran míos, pero entonces, ¿de quién? No recibí respuesta a esta pregunta y empecé de nuevo. Ya que estaba muerto, ¿qué me importaban entonces esos chismes en la tierra? De todas formas, yo ya no estaba allí, y allí hablaban detrás de las espaldas de la gente todo el tiempo, ¿o no? La gente era vil; ¿iba a tener que enojarme por eso? ¿Seguía siendo asunto mío? Qué extraño, ahora que me había tranquilizado un poco, no sentía sed ni dolor, y mi enfermedad se había atenuado. Ahora que pensaba con calma, prácticamente todo había desaparecido. También la luz cambió, porque ya no estaba tan oscuro. “Ahora mantén la calma”, me dije, “no dejes que se te eche otra vez encima. Tranquilo, Gerhard, vas por buen camino; el misterio se te resolverá. Piensa, pero mantén la calma”. Algo en mí despertó y por eso sentí cómo me brotaba una especie de felicidad. Seguía estando tranquilo, pero apenas si me atrevía a pensar, ya que me daba miedo aquello que me podía hacer enfurecer de nuevo. Levanté alrededor mío un muro de autoconservación, porque por nada en el mundo quería recaer en ese estado anterior. Temblaba por todo el cuerpo. “Siga como es ahora, Gerhard, ¡aguante!”, sin proponérmelo repetí las palabras del hermano, “Aguante, que ya no tiene nada que ver con la tierra; entonces llegaré a la meta”. Repetí estas palabras muchas veces y logré mantener la calma. Sin embargo, tenía que pensar: si no, no avanzaría. Quería salir de aquí, tenía que saberlo todo lo más pronto posible. Sentía que aquí había en juego una disputa y pensé en mi mujer y en esa otra persona a la que no había visto. Lo que habían dicho entre ellas era terrible, pero ¿acaso yo tenía algo que ver con eso? De haber estado en la tierra, ¿qué habría hecho yo? Se lo demostraría

hablando con ella. Exactamente, hablaría, pero ¿lograría algo con eso? Si no me creía, no había nada que pudiera yo hacer al respecto y tenía que aceptarlo. Y ¿por qué no hacer eso en este preciso instante? “Despréndete, Gerhard, despréndete de todos esos pensamientos, ya no tienes nada que ver con eso; después de todo, estás muerto. Estás lejos, muy lejos de la tierra”. En ese mismo instante algo se quebró en mí y un rayo de luz resplandeciente perforó la oscuridad, procurándome una intensa felicidad. Sentí y entendí que me había olvidado a mí mismo. La vida en la tierra ya no era asunto mío, así que también tenía que soltar esa vida y empezar a pensar de otra manera y si pensaba de otra manera, me sentía feliz. Entonces estaba librado de la enfermedad y de la sed y de todos esos otros tormentos. Sí, eso era, había pensado erróneamente. Yo mismo me había metido en este estado, porque no me controlaba. Pero... ¿entonces? No me atrevía a pensarlo, porque entonces me había burlado de muchas vidas y del amor y de todas estas personas aquí, y todo lo había maldecido. ¿Cómo había podido olvidarme a mí de esta manera? Enterré la cabeza entre las manos y no me atreví ya a ver la luz. ¡Qué horror, me puse como un energúmeno! Miré a mi alrededor, pero no había un solo ser cerca de mí. ¿Lo sabría Dios todo? Luego incliné hondamente la cabeza, muy hondamente, y me sentí con el corazón muy pesado. ¡Cómo había sufrido! Había librado una lucha espantosa. ¿Para nada? Ay, ¿cómo podría enmendar todo esto? ¿Acaso era posible? ¿En algún momento lo lograría? Pero había algo que me alegraba los ánimos; estaba muy dentro de mí. Si lo escuchaba en silencio, entonces lo sentía y cuando lo sentía, lo podía oír. ¿Era algo bello? ¿Esto era la felicidad? Estaba muerto, pero vivía; esa precisamente era la felicidad que sentía. Sí, ay Dios, lo sentía; había vencido algo y gracias a esa lucha había depuesto mi vida terrenal. Me sentí desprendido, desprendido por completo de la tierra, y ahora estaba liberado. ‘Qué tonto es el ser humano’, pensé, ‘que va a cambiar la vida terrenal por la espiritual’. Qué incomprensible es el ser humano cuando no se conoce a sí mismo ni a la vida. Reflexioné acerca de todas las cosas con las que acababa de estar conectado. Había estado conectado con un problema y ese problema había sido resuelto dentro de mí mismo. No creía que hubiera muerto, pero ahora que lo había aceptado, todo dentro de mí cambió y mi enfermedad y mi miseria habían desaparecido. No había podido creer porque pensaba de manera terrenal; durante todo ese tiempo había sido un muerto en vida. Ahora sentía mucho cariño por todos estos soñadores, los quería porque yo era uno de ellos y les pedí perdón. Quería enmendar todo, porque ahora entendí por qué mi traje era de goma y por qué, por lo menos por ahora, seguiría siéndolo. Ahora sentí que cobraba vida y vi luz, aunque esa luz todavía no era más que una minúscula y débil llamita. Había entrado en esta vida y había depuesto la vida terrenal. Así tenía que ser; no podía ser de otra manera. Por haberme enojado, en mis

sentimientos había vuelto a hacer la transición a la vida en la tierra, de modo que habían vuelto mi enfermedad y todos los demás tormentos. Si podía permanecer en este estado nuevo, ya nada de la tierra podría molestarme. Había sido horrible, pero lo había dejado atrás de una vez por todas, y me encargaría de que no volviera. Muy dentro de mí había una chispa de aquello grande que poseía el hermano.

¿Quién se atreve en la tierra a decir de sí mismo que se conoce? ¿Cuánto sufrimiento me había costado! Ay, cuando el ser humano está frente al momento decisivo, maldecirá todo, como lo hice yo, para después tener que volver a aceptarlo todo de todas formas. Todos tenemos que vencernos a nosotros mismos y, por lo menos en parte, yo ya me había vencido a mí mismo. Porque eso ya lo sentía, había más de esos defectos en mí, que tendría que vencer y cambiar en el espíritu. Sin embargo, en esta lucha me había vencido a mí mismo. Con eso había depuesto mi vida terrenal y había entrado en la espiritual. Para vencerme me había golpeado y flagelado. Ahora podía inclinar la cabeza y aun así estaba apenas al inicio de ese largo sendero eterno. Tantas cosas que tendría que asimilar estaban todavía por venirme. El sufrimiento que había vencido y con el que todo ser viviente se enfrentará es que hay que vencerse a uno mismo. Nadie escapará de eso, ya sea aquí en esta vida, ya sea en la tierra. Los que empiezan con eso ya en la tierra forman parte de los grandes de espíritu. No tendrán que librar lucha alguna, al menos no esta. Tendremos que librar esta lucha y deponer nuestros defectos de carácter, deponerlos una y otra vez, hasta que no quede nada de nosotros. Entonces estaremos en ese gran espacio infinito donde todo el mundo nos conoce y mira a través de nosotros, pero es que entonces ya no tendremos nada que ocultar. Así lo sentí, así se encontraba en mí, así tendría que llegar a ser yo.

Sí, mi querido hermano, ahora yo podría entenderlo a usted mejor. Ahora sentía felicidad y ya no tenía sueño; nada me molestaba en este momento y allí estaba, apoyando la cabeza en las manos, y podía reflexionar acerca de todo. La felicidad y la paz habían entrado en mí.

De repente escuché una voz tenue, que conocía y había aprendido a amar, que me dijo:

“Bien, hermano Gerhard, mi amigo”.

¿Gerhard? Nunca antes el hermano había pronunciado mi nombre y era él quien me habló así, no había duda. ¿Sabía mi nombre? Eso era muy placentero. Me halagó y me hizo bien escuchar que se pronunciara mi nombre. Pero no me atreví a mirar al hermano y me quedé sentado como estaba, mientras que él siguió hablando. “En verdad, una batalla a vida o muerte; una lucha para entrar de lo terrenal a lo eterno”. Su amor me embargó, pero permanecí inmóvil. Después de todo, ¿no lo había maldecido hace un rato a él y todo lo que vivía aquí? Ahora escuché que dijo: “Esa lucha la tenía que librar usted

mismo, no lo podía ayudar en ello; tenía que despertar. Todos los que entran aquí libran una y otra vez una misma lucha hasta que aceptan. Ha depuesto dos características, ambas pertenecían a la tierra. Una era la muerte, la otra la falta de control. En este momento ya ha asimilado el control de usted mismo. Dios lo recompensará por cada victoria que obtenga sobre sí mismo. Sufrió, pero a cambio la muerte le dio la vida eterna, y el control de usted mismo le dio esa gloriosa paz, que es la paz del espíritu. La primera lo llevó por caminos oscuros y le mostró e hizo sentir precipicios; la otra quemó su odio y sofocó todos sus sentimientos violentos. Sin duda, por estas cosas vale mucho la pena pelear y luchar contra uno mismo. A cambio de eso recibí la felicidad que siento ahora y se ha preservado a sí mismo. Muchos perecen, porque no poseen las fuerzas necesarias. Continúe así, Gerhard, mi amigo y hermano, lo ayudaré en todo. Pensó que escuchó hablar a su mujer, pero déjeme que se lo aclare”.

Agucé los oídos; ¿qué significaba eso? Pero el hermano prosiguió: “Quise poner fin a todo de una sola vez. Había hecho mis cálculos y sabía que se vencería a sí mismo y yo sentía hasta dónde podía ir. Jugué un juego, un juego sumamente peligroso, apostando su personalidad entera. Sin embargo, no arriesgué nada, porque sabía que vencería, después de todo lo conocía. Yo también llegué a jugar de esa manera, aunque con otras fuerzas, y a mí también me ayudaron. Tenía que apostarse a sí mismo; depuso todo y ganó. Yo, Gerhard, lo partí en dos, de modo que ahora ha desaparecido su pedestal terrenal. Por medio de una visión lo volví a conectar con la tierra y deposité en usted dos fuerzas contrarias, haciéndolo escuchar falsedades. Era yo quien le hablaba, no su mujer. Así que lo que vivió, sí, míreme Gerhard, fue por voluntad mía, porque quería liberarlo. Vivió algo en el espíritu, así que ahora ha luchado consigo mismo por medio de la incidencia espiritual”.

Miré al hermano y sintió en lo que yo pensaba.

“También yo”, dijo “maldije la vida”.

“Pero maldije por ignorancia”.

“Dios se lo perdonará también a usted, así como me perdonó a mí. Venga, levántese y acompáñeme; le agradezco la fuerza de voluntad que mostró”.

Tomé las manos del hermano y las besé.

“Eso no, Gerhard, no es a mí a quien debe agradecer todo, sino a Dios, y ahora acompáñeme”.

Tomados del brazo regresamos al edificio y me sentí como el hijo pródigo que volvía. Me había convertido en otra persona.

“Ahora es libre”, dijo el hermano, “y solo ahora podemos volver a la tierra; esa es su recompensa”.

“¿A la tierra?”, pregunté sorprendido.

“Sí, a la tierra. ¿Acaso no tiene deseos de ver a sus familiares? ¿A su mujer

e hija, por ejemplo?”.

“Pues claro que tengo ganas de volver a verlas”.

“Entonces vendré a buscarlo, porque ahora lo dejo, ya que tendrá necesidad de estar solo por un momento”. El hermano se fue. De inmediato me arrodillé y le recé larga y fervorosamente a mi gran Padre, al que pedí perdón. Después me entró una gloriosa paz, y me acosté para pensar y descansar. Ahora había silencio en mi interior; nada perturbaba la paz y me sentía feliz; la primera felicidad natural desde mi muerte en la tierra.

### *De regreso a la tierra*

—Alrededor mío había más luz, y ya dije que mi vivienda permanecía abierta; ahora lo haría para siempre. Entendí completamente mi situación; ya nada me era extraño ni incomprensible. Ahora deseaba estar con mis seres queridos. Intenté formarme una imagen de la tierra, pero tuve que parar porque no supe por dónde empezar. ¿Dónde estaba la tierra, el planeta en que había vivido? ¿Cómo estaban mis seres queridos y desde hace cuánto había muerto? ¿Todavía estaban vivas, mi mujer y mi hija? ¿Estaban sanas? ¿El hermano sabía que tenía una hija! Me pareció que me encontraba aquí desde hacía bastante tiempo. Cómo había cambiado ya y aun así todavía no había hecho nada y había logrado tan poco. Tan solo había aprendido a trabajar en mí mismo, nada más. Sin embargo, pensaba ahora de otra manera y no me costaba ningún esfuerzo, porque ya no estaba confundido. Esa lucha había sido insostenible; no podría haberla aguantado mucho más. Ahora entendía al hermano a la perfección. Pero todavía no podía sondear la profundidad de la vida eterna, eso todavía me quedaba por aprender. Qué sencillo era todo, y sin embargo tan difícil. Qué no tendrían que deponer las personas que vivían a la buena de Dios, y luego aquellas que no sentían amor por nada. Cuántas cosas tendrían que enmendar. Ya desde ahora los compadecía, serían unos pobres diablos al llegar aquí. Ay, me daba escalofríos pensar en ellos. Yo era tan solo un niño en la maldad, no había cometido grandes males y aun así tenía tanto que deponer. En la tierra no le envidié su felicidad a nadie, no ansié la riqueza, sino que viví mi propia existencia terrenal. Sí, era terrenal, lo sentía y comprendí ahora la gran e imponente diferencia entre ambas vidas. No había sido malo, pero tampoco bueno. Viví entre la sintonización material y la espiritual, planeando en el espacio y sin tierra espiritual bajo los pies. En ese estado llegué aquí y ahora había depuesto todo aquello terrenal, todo eso intrascendente. Veía pasar ante mis ojos espirituales a todos mis amigos y conocidos, pobres de espíritu como yo. ¿Cómo se sentían ellos, esos infelices? Cada domingo iban a misa y aun así, ahora lo sabía con certeza, no

tenían posesiones espirituales. De esta manera tampoco las recibirían jamás, ni podrían asimilarlas. No vivían como debían y eran de materia basta, a veces incluso ruines, muy ruines. En el semblante se les podía leer su religión, prendían velas e incienso y maldecían las demás religiones y personas. Ahora entendí todo eso, ahora sabía lo que significaban todas esas cosas terrenales. ¿Cuántas velas habría mandado encender mi madre para mí? Quizás decenas y aun así no estaba yo en el cielo, ni hubiera llegado jamás a él debido a esas velas. Pero la iglesia, su religión y su fe le incitaban a actuar así. Tenía que trabajar en mí mismo, si no, no llegaría y sinceramente es lo que quería. En la tierra conocía a personas que les envidiaban todo a los demás y aun así eran piadosas y creían que ellas también entrarían al paraíso. Ya desde ahora veía sus caras retorcidas y oía que gritaban y preguntaban: ¿por qué y para qué? Recibirían su cielo y se les abrirían las puertas del cielo, pero, ¿qué tipo de cielo? Ay, su sufrimiento sería terrible al llegar aquí. Cuanta más lucha se recibía en la tierra, más feliz sería el ser humano de este lado. Ahora que me había conocido a mí mismo, lo sentía. Por fin llegó el hermano a llamarme y pronto estuvimos fuera. Todo se me hacía extraño, te lo explicaré, Jozef. Caminábamos en la naturaleza, pero mientras tanto veía que la naturaleza y todo lo que había alrededor mío se volvía borroso. Luego sentí que me hacía más ligero y mi entorno había desaparecido. Todo había sido disuelto para mí. Habíamos sido acogidos en el cosmos y planeábamos en el espacio, camino de la tierra. Permanecí en la misma luz, la luz que había alrededor mío y que podía llamar mía. De modo que esta era mi propia sintonización, el amor que poseía. En esa luz veía la tierra. El hermano me aclaraba todo y le preguntaba acerca de muchas cosas que íbamos encontrando en el camino. No te puedes imaginar lo imponente que es planear en el universo. Me sentía como si viviera en la tierra y aun así sabía que allí había muerto. Si bien veía y escuchaba todo, todavía entendía poco de todo eso. Esa disolución de mi esfera me pareció asombrosa. Las personas en la tierra no se podrán formar una imagen acerca de eso, aunque llegará el momento en que todos lo vivan. Vi planetas, estrellas y otros astros donde vivían personas, personas como nosotros, pero en un estado más elevado. Nos encontramos con otros seres, pero a esas personas solo las pude observar gracias a las fuerzas de mi preceptor. Todo esto es concentración, ajustarse interiormente, hacer la transición a todas estas sintonizaciones, pero aún no poseía la capacidad de hacerlo. Le pregunté al hermano desde hacía cuánto tiempo ya me encontraba en las esferas. Me dijo: “Seis meses y algunos días, según el tiempo terrenal”. Seis meses; a mí me parecía una eternidad. Pensé en mi mujer y mi hija. ¿Cómo las volvería a ver y cómo las encontraría? Qué felices se pondrían cuando estuviera con ellas. Ahora oscureció a mi alrededor, pero después volví a ver desde mi propia sintonización, porque mi luz se quedó y aun así me en-

contraba en una oscuridad desconocida. Cuando le pregunté al hermano lo que significaba, me dijo: “Nos encontramos en la esfera de la tierra”. ‘Qué maravilla’, pensé. “¿Con qué pensaba conectarse?”, me preguntó el hermano.

¿Conectarme? ¿Qué era conectarme?

“Quiere ir a encontrarse con su mujer e hija, ¿no es así?”.

“Sí, me encantaría”.

“Entonces me concentraré en usted mientras usted sigue pensando en su mujer y su hija, eso es conectarse. Al pensar en algo y concentrarnos en eso podemos lograr la conexión”.

Ahora entendí lo que quería decir conectarse. Así que pensé en mi casa en la tierra; allí era donde las encontraría. Ni siquiera era difícil y, al anhelar verlas, seguía en comunicación con ellas. Nada me parecía más sencillo.

“Mire”, dijo el hermano, “eso, frente a usted, es la tierra”.

Vi un imponente globo, que desprendía una tenue luz. Alrededor del globo vi un círculo de luz que lo ceñía.

“La irradiación de la tierra”, dijo el hermano. “Ese es el planeta tierra; allí vivió, allí murió”.

Lo que observaba era imponente. “¿Sabe dónde viven?”, pregunté.

“Yo no”, dijo el hermano, “pero eso lo sabe usted, ¿no es así?”.

‘¿Cómo encontraríamos en esa gran tierra’, reflexioné, ‘a mi mujer e hija?’. Pero el hermano dijo: “Siga pensando en ellas, así sus propios pensamientos me llevarán hasta ellas. Como le dije, vuelvo a conectarme con usted, así que sus pensamientos nos llevan hasta donde estén ellas”.

“Qué sencillo es”, le dije al hermano.

“Todo es sencillo si conocemos las fuerzas, pero le aconsejo mantener la calma y estar tranquilo ante todo lo que vivirá. Sobre todo recuerde controlarse”.

“Sí, lo haré”, dije. Ahora me entró la sensación de que no podía pensar más. Por más que quería, ni con todas mis fuerzas conseguía retener el pensamiento deseado. Le pregunté al hermano lo que significaba eso y me dijo: “Le retiré mi fuerza y sentí que andaba planeando como una herramienta sin voluntad. Se quedaría planeando en este lugar sin poder avanzar de no haber otras fuerzas que lo ayudaran. De esta manera le demuestro que le queda todo esto por aprender. Hace falta una concentración potente para lograr conectarse. Luego, cuando posea estas fuerzas, todo será diferente para usted. De esta manera seguiremos avanzando con su desarrollo. Llegará el día en que podrá mantenerse en pie solo, moverse por sus propias fuerzas y actuar cuando sea requerido. Ya estamos en la tierra. Este viaje tomó mucho tiempo, pero quien posea la fuerza para hacerlo, podrá desplazarse tan rápido como el viento y conectarse con la tierra si hiciera falta. Pero todo eso vendrá después”. Cuánto asombro me causó estar de vuelta en la tierra; veía casas

y calles, pero a las personas y todo lo demás de manera tan distinta. Ahora veía a través de las personas. ¿Acaso habían cambiado? No, solo yo había cambiado, junto con todo mi estado. Veía la tierra desde esta vida y era sumamente particular, de modo que lanzaba un grito de admiración tras otro. Qué milagro es estar muerto y aun así estar vivo y poder ver de nuevo en la tierra. Ver a las personas y oírlas hablar y caminar a través de ellas, mientras que no sienten nada de eso. Ese es el milagro más grande que vivirá el ser humano que por primera vez regresa a la tierra desde esta vida. Me conmovió profundamente; a cualquiera le impresionaría.

Vi que habíamos llegado a un vecindario que conocía. Allí vi mi propia calle frente a mí. Quise volar hacia mi casa como un relámpago, pero sentí que me estaban reteniendo. El hermano me miró y dijo: “¿En qué habíamos quedado? Mantener la calma y controlarse en todo. Recuerde, Gerhard: verá cosas extrañas”. Pero cuando entré un poco en la calle que tanto conocía, me liberé de un tirón del vínculo que me apresaba y fui volando hacia mi vivienda, donde había muerto. Agarré el timbre, pero sentí que no poseía la fuerza para hacerlo sonar. ¿Y ahora eso qué significaba? De nuevo quise tocar el timbre y cuando me fijé bien en mis actos, vi que estaba traspasando el timbre.

El hermano, que mientras tanto me había alcanzado, me miró y dijo: “De esta manera no entrará nunca. Yo resolveré este misterio por usted. ¿Por qué tanta prisa? A fin de cuentas vive en la eternidad. ¿Dónde ha quedado su autocontrol?”.

Bajé la mirada y sentí que ya en este momento me había vuelto a olvidar de mí mismo. Qué difícil, siempre tener que acordarse de eso.

“Venga, vamos a entrar”. El hermano me precedió y atravesó la puerta. “A nosotros no nos hace falta que nos abran; somos espíritus, Gerhard, y hemos depuesto el cuerpo material. Venga, sígame”. De nuevo vi que tuvo lugar un milagro; ¿quién habría pensado en eso? Y es que no conocía aún todas esas leyes y posibilidades espirituales.

No tardamos en llegar arriba. Sentí que el corazón me latía con fuerza, porque ahora vería a mi hija y a mi mujer. Allí estaba en mi propia casa, aquí había muerto y aquí estaba todo lo que había dejado atrás. ¿Las vería y seguirían viviendo aquí? Ahora escuché voces; llamé a mi mujer y esperé respuesta. Pero no oí nada. Luego corrí hacia la sala de estar; allí escuchaba voces. Se hablaba de cosas domésticas, lo oía claramente. Volví a gritar, pero no obtuve respuesta. Pero las voces no se me hacían conocidas. Cerca de la ventana me pareció ver una sombra. Una vez más intenté llamar a mi mujer, pero de nuevo sin resultado.

Miré al hermano, que me preguntó: “¿No es aquella que está tejiendo allí su mujer?”. No, ahora que veía más claramente, resultaron ser otras personas. Aunque no las conociera, bien podrían contestar, ¿no? Me encontraba en mi

propia casa, ¿dónde estaba entonces mi mujer?

“No lo pueden oír”, dijo el hermano.

“¿No me oyen?”.

“No, porque usted es espíritu. El ser humano en la tierra no podrá oír sus voces suaves, aunque sean claras”.

Luego grité muy fuerte.

“Eso tampoco lo oyen”, dijo el hermano.

¿Qué significaba todo esto? Aquí había vivido, aquí tendría que volver a encontrar a mi mujer y a mi hija. “Ay, ¡ayúdeme, hermano, quiero verlas! No quiero regresar hasta no haberlas visto a ambas”.

“¡Tranquilidad y calma, Gerhard! ¿Es ella su madre?”.

“No, no lo es”. “Entonces nos equivocamos. Sabía que estábamos equivocados”.

“¿Lo sabía?”, pregunté asombrado.

“Pensó en su casa y por eso vinimos aquí, pero hubiera tenido que pensar en ellas, solo en ellas. Sentí sus pensamientos. Así aprenderá a ajustarse con pureza y a pensar en aquello que quiere volver a encontrar y a ver. ¿Comprende?”.

“Sí, hermano”.

“Otras personas llegaron a vivir en su casa”.

Pero ¿cómo es posible, en esos pocos meses?”.

“Y sin embargo ha de ser así, aunque las encontraremos. Venga, sígame”.

Así que había recibido la primera decepción en la tierra. No había pensado en eso.

“Estará en casa de mi madre, ¿me puede llevar allí?”. Ya dije que había hecho mi primer descubrimiento desagradable. A pesar de eso estaba feliz, porque había vuelto a ver algo mío, aunque fuera tan solo la que había sido mi vivienda. Caminamos por las calles y pronto llegamos al vecindario en el que vivían mis padres. Ahora logré controlarme y seguí al hermano, pisándole los talones. Aquí vivía mi madre. Ya desde que vi el mobiliario en el pasillo supe que seguía viviendo aquí. Reconocí varios muebles que yo mismo había acomodado en el lugar en el que seguían estando.

“¡Mamá!”, grité muy fuerte, “¡Mamá, aquí estoy, soy Gerhard!”. Escuché con atención, pero aquí tampoco me respondían. En medio de esta tensión, ya se me había olvidado lo que el hermano me había aclarado. Entré corriendo a la habitación en la que había estado muchas veces, pero no vi a nadie. ¿Tendría que aguantar una segunda decepción? Qué terrible sería. El hermano me agarró de la mano y me detuvo.

“Lo ayudaré; sigue sin poder concentrarse. ¡Mire, allí!”.

Miré hacia el lugar que me indicaba el hermano y fue cuando vi a mi madre. Corrí hacia ella y exclamé: “¡Mamá, mamá, aquí estoy, soy Gerhard!”.

Pero mi madre hizo como si no estuviera allí. La volví a llamar. “Mamá, mire, estoy vivo, aquí estoy. Piensa que estoy muerto, pero estoy vivo”. Pero mi madre no me veía ni me oía; seguía siendo invisible para ella. “¿No me oye?”. La besé en ambas mejillas, pero hizo como si no me sintiera. Pensé que iba a tragarme la tierra. “Mamá, ¡qué dura es! Pero ¿qué es lo que hice? Míreme, soy yo. ¿Qué significa todo esto?”

De repente mi madre le dijo algo a alguien que también resultó estar allí. Oí que hablaban, pero era tan extraño. De nuevo traté de alcanzar a mi madre, pero no lo logré. Empecé a perder el control de mí mismo y sentí que me volvía el miedo. Nuevamente grité muy fuerte, pero tampoco ahora me oyó. Otra vez escuché que le hablaba a alguien, ahora de más cerca, y luego vi quién había hablado allí; vi a mi mujer. “¿Me dijo algo?”, preguntó. No oí más, porque corrí hacia ella y la estreché contra mi pecho. Qué terrible, no me sentía. Se alejó y no logré detenerla. Me colgué de su cuello para intentar así que no se alejara. Pero hacía lo que quería. ‘Los corazones de las personas en la tierra se han petrificado’, pensé. ‘¿Qué les pasa para que no me reconozcan?’. Grité muy fuerte pero no me oyó e hizo como si no estuviera allí. De nuevo corrí hacia ella y la estreché contra mí, la besé en la boca, en las mejillas y en la frente, pero no me sentía. Ya no existía para ella, porque estaba muerto. Y sin embargo vivía.

Mareado, con la cabeza caída, estaba allí como destrozado. Cuánto la había deseado, y ahora no podía alcanzarla. De nuevo lo intenté con mi madre, pero fue en vano. La agarré con fuerza, le pellizqué el brazo, tanto que pensé que iba a fracturarle esa parte del cuerpo, pero no me sintió y siguió insensible ante mí. De nuevo grité: “Mamá, ¿es que he cambiado tanto? Pero ¡si yo la amo!”, y la sacudí, pero me sacudía a mí mismo; no logré conectarme. Me arrodillé frente a ella y la miré a los ojos, pero su mirada me atravesaba. Sus ojos solo veían lo que pertenecía a la tierra, pero no me podía ver a mí. Me asaltó un sentimiento doloroso, una profunda miseria, rompiéndome por dentro. ¡Cuánto había sufrido ya! No había contado con esto, fue demasiado para mí. Sus ojos estaban y seguían estando ciegos. No me podía oír ni tampoco sentir. Ni sentimiento, ni vista, ni oído, ¡vaya decepción! Todo esto me enojó; me olvidé de mí mismo y corrí hacia mi mujer. La estrujé contra el pecho con toda la fuerza que tenía dentro, le besé con violencia las mejillas, la boca y la frente, oí que le latía mucho el corazón, pero la tuve que soltar, porque caminó a través de mí. No obstante, algo había sentido de mí, porque le dijo a mi madre: “Qué raro, mamá, hace un momento me dieron unas intensas palpitaciones”. Mi madre no respondió, sino que se la quedó mirando. Seguí la mirada de mi madre y sentí que volvían mi inquietud, la sed y la garganta hinchada. Ya no era yo mismo, pero aquí había agua: corrí a la cocina y quise abrir el grifo. Pero tampoco pude hacer eso. ¿O sea, que ni siquiera podía

hacerme con algo de beber? Golpeaba con fuerza el grifo, pero los golpes lo atravesaban. Luego volví a correr hacia la sala. No veía al hermano, me había olvidado de él. Estaba luchando conmigo mismo como un demente. Se me habían vuelto a olvidar la vida espiritual y el control de mí mismo. ¡Estaba viviendo unas terribles experiencias nuevas! Me volví a arrodillar y grité: “¡Mamá, mamá!”. Luego me levanté de un salto e intenté llegar a donde estaba mi mujer, pero no sintió nada en absoluto, estaba aun más lejos de mí que mi madre. En un rincón de la habitación vi de repente a mi hija. Llamé a la pequeña, pero la niña no me oyó tampoco. ‘Dios mío’, pensé, ‘lo que me faltaba’. Todos mis seres queridos estaban sordos y ciegos y, por lo visto, yo ya no existía para ellos. Con mi hija me tranquilicé un poco; jugaba allí tan plácidamente que pude pensar con algo más de calma. Solo entonces vi al hermano. Estaba allí en la entrada de la habitación, los brazos cruzados en el pecho, y me observaba. Empecé a temblar y a avergonzarme, sintiéndome como paralizado. Agitó esa cabeza bella e inteligente y se me acercó.

“Gerhard, amigo mío, de esta manera nunca llegarás donde están ellas. Lo dejé hacer, pero vi cómo actuó y que todo se le ha vuelto a olvidar. Para la tierra está muerto, amigo querido, ¿ya no lo olvidará nunca más? Escuche: si fueran clarividentes, hubieran podido observarlo, pero no pueden ni ver, ni oír; ninguna posee ese don. Por más fuerte que grite, no lo oyen. No podría fracturarles los brazos ni las piernas aunque quisiera”. El hermano me lanzó una profunda mirada y entendí. Qué brusco había sido. El hermano prosiguió: “Ellas viven en la vida material y usted en el espíritu. Para que puedan observarlo, se necesita una conexión. Quienes viven en el espíritu y son médiums clarividentes y clariaudientes, y por lo tanto poseen estos dones, pueden escuchar nuestras voces tenues, aunque claras. Ven y sienten nuestra vida. Así que tienen que sentir interés por nuestra vida; si no, las personas siguen inalcanzables, por más buenos que sean los instrumentos que tengamos. Su fe y mil cosas más las detienen. Sin embargo, me puedo imaginar el estado de usted, porque muchos se olvidan de ellos mismos al volver a la tierra por primera vez. Sin embargo, tiene que saber controlarse en todo”. Miré al hermano mientras las lágrimas me corrían por las mejillas.

“¿Ahora qué debemos hacer? ¿Dónde están mis hermanas y mi padre? ¿Es de día o de noche?”, le pregunté al hermano. “En la tierra es mediodía, pero en este momento no sé todavía dónde están sus demás seres queridos. Ya lo ve, hay diferentes situaciones que le impiden conectarse con ellos”.

¿Qué había pasado con mi alegría? Allí estaban mis seres queridos y no podía alcanzar a ni uno. Aquí yo ya no tenía nada que hacer. Ellas vivían, yo vivía y a pesar de eso no lográbamos conectarnos. Me había vuelto a tranquilizar, junto a mi hija había recuperado la calma. ‘Gracias a Dios’, pensé, ‘que las cosas no fueron a más’; por poco había vuelto a entrar en ese terrible

estado. Pero qué miseria volver a la tierra y que no se te oiga ni se te vea. A pesar de eso no podía irme, porque me tiraban hacia ellas y me apresaban. Sentí su amor y eso me mareó. De nuevo besé a mi madre, mujer e hija y volví donde estaba mi madre. Me arrodillé ante sus pies y recé con mucho fervor por que algún día se me concediera alcanzarlas. Me fui cada vez más hacia las profundidades y ya no supe que vivía. Había una gran tristeza en mí, que me venció y por la que me quedé dormido. Cuando desperté estaba en mi propia habitación. Estaba lejos de la tierra y ahora me puse a meditar sobre todo lo que había vivido en la esfera de la tierra. ¡Qué decepción! Pero ¿quién me había traído a este lugar? No logré acordarme de nada relacionado con el viaje de regreso. En cambio, sí me acordaba claramente de todo lo de la tierra. Mientras tanto me aseguré de mantener la calma, porque no quería recaer otra vez. Luego, con la cabeza apoyada en las manos, lloré durante mucho tiempo y parecía no poder parar. ¿Podría imaginarse la gente en la tierra nuestra tristeza? Bueno, si en la tierra no conocen una tristeza como esta; es la tristeza del espíritu. ¡Oh, sagrado espiritualismo, el medio de comunicación! Si no existiera, ni siquiera podría contar todo esto. Aún no sabía mucho de ello, pero ahora sentía lo sagrado que era el espiritualismo. Me quedé reflexionando durante un largo rato y quise volver a la tierra, quise volver a vivir todo, pero ahora de manera consciente. No había aprendido nada aún. Si tan solo fuera posible. El hermano me había traído de vuelta. Qué bien se había portado al no dejarme solo en la esfera de la tierra. A pesar de eso, me había olvidado de mí mismo y por poco le había roto el brazo a mi madre. Ay, ¡cómo me dolía! Cuando todavía vivía en la tierra, no habría hecho jamás algo por el estilo. Qué antinatural fue todo esto, este reencuentro, y aun así era la realidad, solo que tan increíblemente extraño. Todavía sentía el latir del corazón de mi mujer, lo había sentido claramente y me había asustado. A pesar de eso, ella no me veía ni me sentía. Qué abismo nos separaba; tendría que haber algo que lo pudiera salvar, y eso era el espiritismo. Sin embargo, ellas tampoco querían tener nada que ver con el espiritismo. Mientras pensaba en todo esto, entró mi preceptor. “¿Sigues triste, Gerhard?”.

“No”, le dije, “ya no quiero conformarme con lo inevitable. Le di gracias a Dios y también a usted le agradezco todo. Aun así, quisiera pedirle si puedo volver, porque me encantaría vivirlo de nuevo, pero de manera consciente. Ahora sabré mantenerme firme”.

“Claro, podemos partir de inmediato y me parece glorioso que usted mismo haya llegado a esta decisión. Tiene que terminar este trabajo, si no, no podrá estar tranquilo”.

Me preparé y poco después íbamos camino a la tierra por segunda vez. Ahora fui planeando de forma consciente hacia la tierra. Aprendí a concentrarme y así a ir cada vez más rápido, y me pareció glorioso. Me enfoqué

muy intensamente y avanzamos a gran velocidad. Luego dejé que mi concentración se atenuara, por lo que mi velocidad disminuyó. ¡Me pareció de lo más interesante! Miré al hermano y sonrió. “Continúe”, dijo, “lo sigo”. Cuánta felicidad me causaba poder hacer esto y con esa felicidad ya no sentí más tristeza. Haciendo la transición a esto y aprendiéndolo, me entró una fuerza nueva. Con mucha claridad vi ahora la tierra ante mí y pronto llegaríamos. Había vuelto a encontrar la tierra con mis propias fuerzas.

“Podemos ir más rápido”, dijo el hermano, “lo intentaremos, pero no tenga miedo, porque no va a chocar con nada”. Ahora sentí que surgió en mí una concentración potente y nos desplazamos como un rayo. Todo desapareció ante mis ojos, dado que me había sintonizado con un solo punto. Qué maravillosas esas fuerzas del espíritu; ¡qué grandes pueden ser las fuerzas humanas! Mi último temor había desaparecido y entramos a la esfera de la tierra. “¿Me ayudó, hermano?”.

“No, esta vez lo dejé hacer”, dijo.

¡Qué feliz me sentí! De nuevo entré a la vivienda de mi madre y caminé por las habitaciones, pero ahora no vi a nadie. ¿No estaban en casa?

“Están dormidas”, dijo el hermano, “en la tierra es de noche ahora”. Luego me dirigí a su habitación; allí la encontraría. Me detuve junto a la puerta y escuché. ¿Era mi madre, la que estaba allí en la cama? El hermano me hizo una señal para que me acercara. Sí, era ella; mi madre estaba descansando profundamente. “Su madre está enferma”.

“¿Enferma?”, pregunté.

“Una ligera indisposición”.

“¿Cómo lo sabe tan pronto?”.

“Lo veo en su irradiación: concentración, amigo mío”.

Ahora ya no la llamé, ya que sabía que de cualquier manera no me oiría.

“La veo tan claramente”, le dije asombrado al hermano, “¿eso quiere decir algo?”.

“La vez pasada usted mismo estaba exaltado y por eso la percibió a través de mi fuerza. Ahora ve conscientemente”.

¿Así que también eso lo había asimilado?

“Solo porque se ha controlado”, dijo mi preceptor.

“¿Va a hacer ella la transición, hermano?”.

“No, se va a recuperar. Tendrá que permanecer en la tierra todavía durante muchos años. Más tarde usted vendrá por ella, porque lo empezará a sentir interiormente”.

Ahora miré hacia el lugar que el hermano me señaló y me sobresalté. ¿Qué era eso? Al lado de mi madre y recubriéndola vi una figura luminosa. El ser emanaba una luz hermosa que la iluminaba. Un ser bello la radiaba con luz mientras le posaba las manos en la frente. Mi madre recibía tratamiento, un

espíritu la estaba ayudando, lo sentí de inmediato. ¿Cómo era posible que no hubiera observado esa aparición antes? El hermano me susurró que era un ser con una sintonización superior, que yo todavía no podía observar bien. Eso tampoco podría hacerlo sino más tarde. Durante un rato considerable, el ser permaneció en esta posición, inclinado sobre mi madre, con las manos despidiendo un potente rayo de luz. Inesperadamente, el ser se volvió y me miró, y ahora mi vista encontró dos hermosos ojos humanos que brillaban como soles. Así brillaban también los ojos de mi preceptor, porque en ellos también veía esa misma vigorosa irradiación. Yo conocía a ese espíritu, pero ¿dónde lo había visto? De repente me acordé. “Abuelo, ¡ay abuelo! ¿Es usted? ¿Aquí, con mi madre? ¡Sé que murió hace ya mucho! ¿Sabía usted que yo también estaba en esta vida?”

“Así es, hijo, lo sabía desde mucho antes de que entraras en esta vida”.

“¿Y no vino a buscarme?”

“Todo está bien tal como sucede”.

¿Qué milagros viviré esta vez? “¿Cómo llegó a la tierra, abuelo?”

“Lo mismo podría preguntarte a ti”.

“Es cierto”, dije, “pero es glorioso poseer algo mío en esta vida”, y acto seguido corrí hacia él para abrazarlo. Era como si aún viviéramos en la tierra. Cuántas veces no me había sentado en su regazo. ¡Cuánto me quería mi abuelo! Ahora empezaron a pasarme los años de mi juventud y en ellos vi muchos momentos bonitos. “¿Hace cuánto ya que murió?”

“Hace mucho, hijo”.

“¿Cómo supo que mi madre estaba enferma?”

“Milagros de la vida espiritual, Gerhard”. Me puso las hermosas manos en la cabeza y sentí como me entraba su tranquilidad. Al hacerlo me miró a los ojos y dijo: “¿Serás fuerte y trabajarás en ti mismo?”

“Sí, se lo prometo”, dije. “Es una buena persona, abuelo, me han hablado tanto de usted”.

“Ya cuando eras pequeño volvía de vez en cuando a la tierra. Te contaré algo de mi vida; ven a sentarte aquí a mi lado”. Nos sentamos en un rincón de la habitación, también mi preceptor, y ahora el abuelo se puso a contar acerca de su vida. Oh, ¡fue un momento de lo más bello! Habló de su vida en la tierra y de su transición hasta este encuentro. Pero qué grandioso era todo. Al mismo tiempo me abrió los ojos. Vivía en la segunda esfera y era un espíritu feliz. Velaba por ella, su hija, mi madre.

¿No es maravilloso, Jozef? ¿Llegará el hombre a entenderlo algún día? Te cuento la verdad sagrada, Jozef, se me concedió vivir todo esto. Esto hay que vivirlo para poder intuir lo maravilloso que es y solo entonces el ser humano le da las gracias a su Padre, su Dios.

Qué grande era ahora mi felicidad. Estuvimos juntos durante un largo

rato, pero no podríamos permanecer allí.

“Sigue a tu líder espiritual, haz lo que él te diga, Gerhard”, dijo el abuelo. “Trabaja en ti mismo, ¡yo los cuido y velo por todos!”. “Es un gran consuelo”, dije; “ahora puedo trabajar en mí mismo con el corazón en paz”.

“Nos volveremos a ver; ayudaré a mis hijos, y de igual manera a tu mujer e hija”.

“¿Sabe dónde están?”.

“Aquí al lado, sígueme. No olvides que están dormidas y que les hace falta ese descanso. ¿Te acercarás a ellas en silencio?”.

“Con serenidad, abuelo, con serenidad”.

Me guió hasta donde estaban quienes me pertenecían. Allí yacía mi hija querida y del otro lado su madre, mi mujer. Su sueño era sobre el reencuentro, pero que yo estuviera aquí parado y tan cerca, que la mirara con detenimiento y siguiera su sueño, no, eso ella no lo podría aceptar. Era algo demasiado profundo para su alma sencilla. Pero llegaría el día en que también a ella se le abrirían los ojos. No, no podía pensar mal de mí; en ella había amor, amor por mí y me acordé de mi propio sueño que se me había impuesto. Ahora podría hacerla soñar y sentí de qué manera podría alcanzarla. Así se dejaba soñar al hombre. Sueños que se les dan desde el espíritu. Sueños que eran predicciones, sueños de amor y de reencuentros. Sentí un profundo respeto por esa cosa grande que era Dios. Ahora empezó a moverse; tenía que parar o la molestaría. Qué fácil es llegar hasta el ser humano cuando duerme. Entonces su concentración se encuentra anulada y el espíritu puede conectarse en silencio. Vi cómo trabajaba su corazón y sentí que su sistema nervioso estaba tenso. Estaba en duelo por mi muerte, y sin embargo yo estaba vivo. Luego la tomé de la mano y le di un beso en la frente. De repente hubo un movimiento en ella; su espíritu estaba cobrando conciencia, los órganos materiales volvían a trabajar más deprisa. Vi y sentí cómo el espíritu ponía en funcionamiento el cuerpo material. Este momento me resultó interesante. Despertó, abrió los ojos, pero no me vio ni me sintió. En ese preciso instante me retiré y se volvió a quedar dormida. Hubiera querido seguir allí durante horas, pero eso no me era concedido, ni se podía. Durante largo rato estuve allí, absorto en pensamientos. Pero qué bello es el ser humano cuando en su interior lleva posesiones espirituales y puede encontrar su sintonización con el otro lado. Mis preceptores me habían dado la oportunidad de vivirlo. Ambos me estaban mirando ahora y entendí: el abuelo había querido esto y le estaba profundamente agradecido por ello. De mi mujer fui ahora adonde la niña. Me acurruqué junto a mi hija y la estreché contra mi pecho; después me despedí en silencio.

“Sígueme”, dijo mi abuelo, “te mostraré a un ser más”.

En otra habitación vi a mi padre. No había pensado en él para nada, ya

que no teníamos una conexión fuerte. Qué extraño que eso se hiciera sentir en la vida después de la muerte. A pesar de eso, lo amaba con toda mi alma, pero teníamos diferentes naturalezas; nuestros caracteres no eran afines. En la tierra no había podido comprenderlo y ahora vi por qué no había sido posible. Le puse las manos en la cabeza y pensé en el momento en que también él entraría en esta vida. De este lado nos intuiríamos mejor. Dormía en esta habitación para que descansara mi madre, lo entendí perfectamente. En un rincón de la habitación vi mi propio retrato y junto a él estaba prendida una velita en honor mío. A fin de cuentas, estaba muerto, y eso era lo que se hacía por un muerto. Absorto en pensamientos me quedé mirando la pequeña llama. ¿Me hacía feliz? No, me hubiera gustado tanto sentir prendida la luz sagrada del espiritualismo en sus almas, la seguridad de que estaba aquí y vivía. Qué feliz me haría eso. Pero su fe los retenía y todavía no me era posible salvar ese abismo. Sabía con cuánta intensidad creían, pero qué terrible era eso en el fondo. Mi madre frecuentaba la iglesia y rezaría por mí y por todos los demás a los que amaba. Ahora rezaría más por mí, lo sabía de sobra. ‘Mamá’, dije interiormente, ‘mamá, rece por usted misma, que Dios le abra los ojos. Que Dios la lleve por este camino, el camino de la conexión. Que Dios me dé la fuerza para sacudirlos y despertarlos a todos’. Solo ahora sentí que mi vida del otro lado iba a empezar. Me despedí de mi abuelo.

“Sacar fuerza de todo esto, Gerhard”.

“Lo haré, abuelo”.

“Ya me voy”. Me miró detenidamente a los ojos y ya no se pronunció otra palabra más. Le apreté las manos y sentí cómo se disolvían en las mías. Toda la aparición se disolvió, envuelta en una emanación. “Hasta siempre”, le oí decir, “que Dios te bendiga”.

Cuando la luz desapareció, mi abuelo había hecho la transición a un estado que me era desconocido. Allí, tras esa emanación, vivía. Ahora lo sabía, ya que lo había visto y había hablado con él. Sentí cómo me llegaba su amor desde ese lugar. Así se retira el espíritu después de haberse manifestado en la tierra; el espíritu que vive tras el velo y que queda oculto para los seres humanos en la tierra. Esa emanación mantenía oculta una verdad que solo yo conocía. Ocultaba un tesoro que me era muy entrañable. Tras esa emanación se encontraba el amor abnegado. Es la vida dentro y alrededor del ser humano que muchos aún desconocen. Es el espiritualismo que hace que se esfume esa emanación y que nos hace visibles. Es lo más sagrado que se le ha dado al hombre. Estaba agradecido, oh, ¡tan agradecido! Cuando hube vivido todo esto, murmuré con lágrimas en los ojos: “Padre bueno, Padre amado”, cubriéndome los ojos con las manos mientras caía de rodillas para agradecerle a Dios su bondad. ¿Puedes entender y sentir lo que me estaba ocurriendo por dentro, Jozef, que tras tantas decepciones y tanta búsqueda pudiera vivir esto?

Que exista un amor que supera todo, que te hace olvidarte y perderte. Todo esto hace estremecerte de sagrado respeto ante esa cosa imponente y te hace tomar conciencia de tu propia pequeñez e insignificancia. En la ignorancia arrastras por el lodo lo más sagrado y te burlas de las sagradas fuerzas y leyes de Dios. Fuerzas gracias a las cuales los seres humanos en la tierra pueden recibir conexión con nosotros. Cuando sentí todo esto, me quitó el aliento. Sentí la proyección de la sombra de ese otro amor, más grande aún, un calor intenso que impregna por entero el alma humana. Tener la oportunidad de vivirlo algún día: estaba dispuesto a entregarme completamente a eso. Había estado en la tierra por segunda vez y en esta ocasión me había enriquecido en el espíritu. Ya no me molestaban todos mis fenómenos terrenales y sabía por qué. Ahora me estaba preparando para partir y volver a las esferas. Por ahora tenía suficientes cosas para reflexionar. Sin embargo, todavía no pensaba en ti, Jozef, eso fue solo más tarde. Esto se explica porque otras cosas se apropiaban de mí por completo y entonces no puedes pensar en nada más. Así es nuestra vida, porque aquí no haces más que una cosa a la vez. Pronto llegamos a las esferas y pude volver a reflexionar. Permanecí en este estado durante mucho tiempo, Jozef, tal vez fueron semanas. Después sentí que me llegaban pensamientos gloriosos y fue solo entonces que me di cuenta de que pensabas en mí y que rezabas por mí. Oh, ¡qué feliz me sentí de poder captarlo de manera consciente! Te lo agradecí mucho. Mira, de esta manera una oración tiene mucha fuerza, porque se manda conscientemente. Tú me mandabas tu felicidad, pero otras oraciones muchas veces te ponen triste, al estarlo el propio ser humano. Ahora me entraron pensamientos de felicidad y saber. Ahora te puedo contar que una oración mandada con plena conciencia puede obrar milagros. Te da fuerza y te proporciona un intenso calor. Sentí tu amor y amistad hacia mí. Después empecé a pensar en mí mismo de nuevo. Le recé a Dios fervorosamente, porque quería empezar a hacer algo por los demás. Había una gran paz en mí y ahora poseía la concentración. Había conocido a Dios, conocía ahora una mínima parte de la Grandeza, que vela por todos Sus hijos. Ahora podía rezar desde lo más profundo de mi alma y le di gracias a Dios por todo lo bello que me había sido dado. Después fui a visitar al hermano, porque ahora me podía mover libremente por mi esfera. Me miró y él también estaba feliz. ¡Cuánto había cambiado ya!

“Mire la naturaleza”, dijo, “verá todo distinto; ahora lo grisáceo ha desaparecido”.

Estaba viendo la naturaleza como había sido siempre, pero era porque dentro de mí todo era tan diferente y por haberme convertido en otra persona.

“Ya ve”, dijo el hermano, “que al entrar aquí el ser humano es uno con la naturaleza”. Ahora yo era como los demás que vivían aquí. Algo crecía y se había despertado en mí. Le pregunté al hermano qué hacer; así no podía

seguir. Quería asimilar otras fuerzas, quería servir y trabajar, como él.

“Escuche, amigo mío”, dijo el hermano. “Ahora hemos llegado al punto en que quiere ponerse a trabajar por los demás. En usted hay una voluntad fuerte, pero para eso también hace falta conocimiento. Sabe aún tan poco de esta vida y hay todavía tantas cosas que tendrá que aprender. Lo que le mostré en la esfera de la tierra fue por su propio bien y fue para que se desprendiera de ella. Supongo que ya sentirá que escogí el camino correcto, ¿verdad? Si hubiéramos vuelto de inmediato, se hubiera olvidado de sí mismo en la tierra y las consecuencias habrían sido terribles. Pero todo eso ahora lo ha dejado muy atrás. Sin embargo, también ahora podríamos regresar y le podría mostrar todas las leyes espirituales, así como de qué manera podemos trabajar allí como lo hacen su abuelo y otros, pero para eso también hace falta conocimiento. Aquí en nuestra propia sintonización también podemos aprenderlo. Así que si regresáramos pese a ello, sí aprendería, pero no podría hacer nada por los demás, y esa no es la idea. Así que escuche, Gerhard: pase por la escuela en la que le aclararán todas las condiciones de transición, de la más elevada hasta la más baja. Allí llegará a conocer diferentes cielos e infiernos”.

“¿Infiernos, dice?”

“Exacto, ya le hablé de eso, pero fue en el momento en que iba a dormir”.

“Asombroso”, dije, “¿aún lo recuerda?”.

“Ya lo ve, no se me ha olvidado, pero ahora escuche. Allí llegará a conocer las sintonizaciones espirituales, además de otras leyes y fuerzas, planetas y estrellas, hombres y animales, hasta lo más elevado. Ese es el ciclo del alma. Esa escuela dura unos meses según los cálculos terrenales. Cualquiera que piense naturalmente, que haya depuesto la vida terrenal y que haya hecho la transición a esta vida asistirá a ella. Solo cuando usted haya pasado por esa escuela bajará a las esferas oscuras y empezará su vida, su cometido de significar algo para los demás. Bajar a las regiones oscuras es el trabajo más difícil que conocemos de este lado, pero allí aprenderá en tres meses más que en tres años en otras condiciones. Ya sentirá lo difícil que es ese descenso, pero en esa escuela se lo aclararán. La vida en las esferas oscuras, amigo mío, es terrible, pero decídalo usted mismo; no tengo consejos para darle al respecto. Solo le cuento lo que se puede hacer. Así que piénselo bien, porque hace falta mucho sacrificio para trabajar allí. Pero allí no hay fuego, como ya le dije antes”, y me miró al decirlo, “allí lo que hay es el fuego de las pasiones y de la violencia; son los que han caído muy bajo los que viven allí. Solo descenderá allí para ayudar a los demás. Venga, demos un paseo y le enseñaré también a otras personas que llevan ya más tiempo aquí, pero que siguen sin asimilar nada. Al principio le hablé de eso. Piense entonces en lo que le acabo de decir y luego me dice lo que haya decidido”. Nos encontramos con muchas personas,

pero el hermano no me decía nada. Yo sopesaba los argumentos, aunque no me hizo falta reflexionar durante mucho tiempo. Sí, quería descender; tenía que avanzar para asimilar fuerzas espirituales. Por más terrible que fuera allí, quería. Le pregunté: “¿Usted también descendió cuando se lo contaron?”. El hermano asintió con la cabeza que así fue, y yo ya me había decidido y le dije: “Decidí que me gustaría descender”. “Excelente, Gerhard, usted sigue mi camino y el de otros miles”, y me agarró del brazo, mientras decía: “Ya pensaba, no, más bien sabía, que decidiría hacer el trabajo más pesado. Luego disfrutará los beneficios”.

“Y ¿cuándo puedo descender?”.

“Bueno, no se apresure tanto, ¿se le olvida que primero irá a la escuela? Después vivirá otras condiciones que yo le mostraré y solo después descenderá. Admiro su voluntad firme y me parece glorioso. En la escuela, como ya le dije, llegará a conocer varias leyes y los maestros son espíritus de esferas más elevadas. En la oscuridad se le plantearán problemas diversos y todos pueden destruirlo. Puede volver a hundirse y esa no es la idea”.

“Vaya, ¿no era ya imposible eso?”.

“Tiene que ir más despacio, no sabe quiénes viven allí, todavía desconoce sus repugnantes y terribles fuerzas. Todas esas fuerzas y resistencias pueden desanimarlo y quiero protegerlo. En estos momentos ya no estoy apostando toda su personalidad. Esa apuesta se está volviendo demasiado cara. Así que, cuando regrese de la escuela, le enseñaré muchas otras condiciones y eso también lo alentará a esforzarse. Y habrá sorpresas, pero eso será después de su examen. Allí le enseñarán cómo conectarse. Ya ha vivido algunas transiciones, más en particular la transición a la tierra”.

Llegamos a una amplia plaza donde estaban reunidas muchas personas. Entre ellas vi a muchas con las que ya me había encontrado anteriormente. Ahora entendí a toda esta gente, conocía su sintonización y podía seguirlos en el espíritu.

“Mire allí”, dijo el hermano, “esa señora mayor ha dejado la tierra hace ya mucho tiempo. Lleva ropas terrenales, porque estos son sus pensamientos, y aun así llegará el día en que tendrá que deponerlas. Así que, si quiere ser sencilla, tiene que renunciar a sus posesiones, pero todavía no es posible. Si la sigue en sus pensamientos, sentirá su propia sintonización y le quedará claro cuánto le queda por recorrer. Primero ese atuendo, luego su personalidad entera. Por eso debe alegrarse por haber llegado aquí en ese traje de enterrador, porque si no, habría tenido que deponer aun más cosas. Ni el oro o las gemas le oscurecen su luz espiritual, ni el dinero o los bienes lo tiran de vuelta a la tierra. Pero mire a estas pobres criaturas, llevan puesto lo que usaban en la tierra y esto en sí no sería tan terrible, pero no pertenece a esta vida. Por eso su lucha será terrible. Sabe de qué manera sucede ese deponer, no tengo que con-

tarle nada sobre eso. Ellos también maldecirán esta vida y todo lo que tenga que ver con su propia personalidad. Solo entonces se les caerá la vida terrenal y entrarán aquí. Así que viven en la vida del espíritu, pero en sus sentimientos siguen en la tierra. La señora llora porque piensa que se le está descuidando. Pero es imposible alcanzarla y por eso no se le puede ayudar. Todo esto no se lo hubiera podido aclarar al principio; no lo habría entendido. A pesar de eso, muchos de ellos saben que han muerto en la tierra. Otros siguen sin poder aceptarlo y llevan su vida como ellos mismos quieren. Pero en la eternidad son muertos en vida. Tienen que empezar con ellos mismos, antes no cambiará su estado, es imposible. Más tarde podrá hablar con ellos; ahora se lo desaconsejo de la manera más tajante. Los hermanos y las hermanas están aquí para ayudarlos a todos ellos; eso ya le habrá quedado claro. Ese hombre viejo, allá, es un muerto en vida. Se siente todo un señor, pero eso pertenece a la tierra. De este lado, todos somos niños en el espíritu y quien no lo es, tendrá que aprenderlo. Se siente toda una personalidad y presume de lo que fue y logró en la tierra. Sin embargo, usted lo sabe, todo esto es terrenal y no tiene aquí ningún significado. Hablan de asuntos terrenales y viven del otro lado. ¿Acaso es tan extraño que no porten posesiones espirituales? ¿Que vivan en una esfera situada entre la sintonización de materia basta y la espiritual? ¿Que no posean luz y que se hayan cerrado a todo lo bello que poseemos de este lado? ¿No es triste? Se les habla de esta vida y escuchan atentamente, pero no viven de acuerdo con eso. Se sienten felices, pero para nosotros, su felicidad no tiene ningún valor. Por eso son muertos en vida, exactamente como en la tierra; así viven allá estas personas y en el mismo estado llegan aquí. Se cierran a la vida espiritual, todavía no la necesitan. Pero llegará ese día, tal vez después de muchos años. Créame cuando le digo que pasarán decenas de años antes de que empiecen a trabajar en ellos mismos. No son malos, sino que no portan posesiones. De esta manera verá qué glorioso es cuando ya en la tierra está uno enterado de la pervivencia eterna y llega aquí con pocas pertenencias terrenales. Aquellos que en la tierra se sintonizaron con nuestra vida y vivieron de acuerdo a eso viven ya en las esferas más elevadas. Llegaron hasta la primera y segunda esfera y son felices en el espíritu.

Aquí, entre estas personas, están los intelectuales de la tierra; sienten el amor, aunque solo por ellos mismos. Aquí ricos y pobres conviven, pero los niños viven en las esferas más elevadas. Un niño que en la tierra haya muerto pequeño tiene otra sintonización que la que ellos poseen. Sin embargo, en la escuela llegará a conocer todas esas sintonizaciones. Le repito, todas estas personas, y hay miles aquí, no son malas, no tuvieron una vida animal, sino que les falta deponerse a ellas mismas. Podría mostrarle cientos más de condiciones parecidas, pero quiero que sea suficiente así, ya que se puede imaginar todas las demás situaciones. Mire, allí está nuestro edificio”.

## *A la escuela*

—“Vendré por usted y luego nos iremos. Si mantiene presente esta imagen pronto avanzará”.

Me acosté para pensar en todo. Qué pobres eran estas personas. Quien no poseyera amor era, en el espíritu, un muerto en vida. Me esforzaría, porque quería avanzar; trabajaría duro en mí mismo. Ahora entendía al hermano en todo. Qué sencilla era esta vida a fin de cuentas. En la tierra se hablaba de religión, pero todas estas religiones no tenían realmente un significado si no se sentía amor, si no se poseía amor por todo lo que vivía. En el ser humano se encontraba el núcleo divino; el ser humano estaba sintonizado con Dios. Sin embargo, estos estaban muertos, muertos espiritualmente. Si se me fuera dado vivir una vez más esta misma vida, qué diferente la viviría entonces. No asimilaría más que amor, porque el amor significa luz y felicidad. Mi preceptor poseía mucho amor, porque estaba abierto a mí y se entregaba por completo. Así es como quería ser yo también, como él y muchos otros.

Poco después el hermano vino a buscarme y me llevó a otro edificio, muy grande, ubicado cerca del lugar en que vivía yo. Cuando me despedí de él me dijo que vendría a visitarme de vez en cuando. Amaba mucho a mi preceptor ahora, pues para mí era como un padre. No me fue tan fácil despedirme de él, pero era por mi propio bien. Con unas palabras afectuosas resolvió también esta dificultad y entré en el edificio grande. Me dieron una preciosa habitación, donde podía estudiar, meditar y llegar hasta mí mismo. Estaban reunidos cientos de hermanas y hermanos; todos querían capacitarse. Todos tenían unos treinta años, algunos eran más jóvenes, pero niños no había. Todos estos seres ya estaban convencidos de su vida eterna. Esperé en mi habitación a que me llamaran. Allí tuve suficiente tiempo para pensar en todo lo que había vivido durante mi estancia aquí. Repasé mi vida en la tierra y las cosas bellas que ahora poseía. En la tierra nunca había soñado con sentir y pensar como lo hacía ahora; mi vida allá había sido tan radicalmente diferente. Ahora estaba vivo; en la tierra, en cambio, me había quedado dormido. Nunca había pensado en mi estado interno ni en mi sintonización. Sí vivía, pero ¡cómo! Hay que amar la vida, si no, uno se queda al margen de ella y no siente nada de lo que Dios ha depositado en todo. Una y otra vez volvía sobre esta misma cuestión; no podía pensar en eso lo suficiente. No había escuchado aún que de este lado vivieran condenados. Sin embargo, en la tierra los sacerdotes hablaban de la condenación y del infierno, y ese infierno lo llegaría a conocer dentro de poco. Descendería a él, era un lugar terrible, según me había dicho el hermano. Pero no estaba atemorizado; lo que podían hacer los demás, ¡yo también lo sabía hacer! Me preparaba para eso; quería asimilar todo lo que tuviera que ver con esto. Ahora ya no tenía sed ni hambre, solo

sentía un hambre espiritual dentro de mí y quería saciarla. Para eso había solo un camino y ese era el que iba a recorrer.

Alrededor mío reinaba un silencio glorioso, que me agradó. En este silencio sentía la vida terrenal aun más claramente. Un animal terrible roe las almas de las personas y ese animal se llama “comodidad”, la comodidad de las posesiones terrenales. Ahora me parecía glorioso que no hubiera conocido posesiones. Estos animalitos roen muchas almas y causan la perdición de muchas personas. Serán como me las había mostrado el hermano. La mayoría de las que había observado llevaban ya cincuenta años o más en esta vida y todavía les roía el alma, oscureciendo así la luz eterna. La comodidad sirve al ser humano, pero no hay que olvidar que es temporal. Solo ahora entendí todo esto, ahora, en este silencio, mientras me preparaba para empezar un curso espiritual. Aquí sentí el sentido profundo de la vida en la tierra. No tendría que esperar mucho para que dieran comienzo las primeras clases, por las que obviamente sentía mucha curiosidad. Ya me llevaron a una amplia sala en la que había reunidos unos cientos de personas. Todas las clases y capas sociales se habían juntado aquí. Aquí no hay diferencia ni se distingue entre nacionalidades y religiones; aquí blancos y morenos eran uno en el espíritu. Aquí ya no hay cuestión de blanco y moreno, pero eso no lo llegué a comprender sino más tarde. Aquí nadie se burlaba de mi traje de enterrador, porque vi a personas que iban harapientas. Ya nos habíamos convertido en hermanas y hermanos, y nos apreciábamos. Las personas que iban vestidas con harapos pronto partirían a esferas más elevadas y allí recibían sus túnicas espirituales. En la escuela éramos uno en todo.

Nos aclaraban la vida espiritual en teoría. Nos aclaraban lo que significaba la vida en la tierra. Nacer, la vida en diferentes condiciones transitorias, de la juventud hasta la vejez y luego el morir. Nos aclaraban todas estas distintas transiciones. Vi muchos lechos de muerte humanos, todos diferentes, obviamente, según cómo se sienta el ser humano. Todo eso fue muy imponente e instructivo. Además de eso, vi cómo el espíritu ayuda al ser humano cuando muere, cómo se rompen las auras y cómo se establecen las conexiones. Luego, cómo las personas entran a esta vida y reciben su esfera y felicidad según su sintonización. Si quisiera comparar el tiempo con el terrenal, tan solo en esto se fue un mes. Entonces el hermano vino a visitarme y juntos caminamos por la naturaleza y allí me hizo varias preguntas, que contesté todas.

“Va avanzando bien”, dijo, “y ha entendido todo. Ya ve lo útil que es la meditación”.

Me hizo feliz oír eso de mi preceptor. Con renovados ánimos retomé el trabajo. Después llegamos a conocer las fuerzas cósmicas. Cuando empecé mi historia te hablé de eso. Son las fuerzas que le permiten al ser humano sentir que va a morir. Nos aclararon cómo esas grandes fuerzas interiores

pueden perderse y cómo el ser humano deja de sentir las. Supongo que me habrás entendido cuando te hablé de eso, ¿verdad? Además, los recursos de nuestra capacidad interior para la sintonización espiritual. Llegaba muy profundo y solo para eso nos dieron más de quince días. Es impresionante sentir la profundidad del alma humana. Sin embargo, pudimos entender todo esto porque en sentimientos todos habíamos sido liberados de la tierra. Todo esto está relacionado con la constitución del cuerpo humano y allí residen los tiempos de transición que vive el ser humano en la tierra. Son los diez años, los veinte y los treinta, hasta que se haya llegado a la sintonización humana, es decir: a la edad adulta. Son todos sucesos cósmicos, de los que no se siente nada en la tierra; sin embargo, el ser humano hace la transición a ellos de manera inconsciente. El significado de eso está oculto en el alma; son fuerzas inconscientes y es el amor que porta el ser humano. En el despertar —así me gustaría llamarlo— se manifiesta la sintonización espiritual, que es cósmica. Así que el ser humano llega a la tierra con un propósito fijo y no puede escapar de su destino. Todo eso lo aprendimos y comprendimos, como ya dije, gracias a que en nuestros sentimientos habíamos dejado la tierra. De no haber trabajado en mí mismo, hubiera tenido que esperar hasta haber aceptado y haberme depuesto. Así que quien no quiere, seguirá siendo un muerto en vida en este lugar. Después, la clase trató de los primeros instantes en esta vida, de los que conocía ya muchas transiciones de los sentimientos, que había tenido oportunidad de vivir a través de mi propio preceptor, como ya te conté. Pero hay que tener presente que cuento todo esto en fogonazos, porque si no, duraría demasiado y el maestro dice que esa no es la idea. Luego aprendimos a conectarnos y a intuir diferentes condiciones, los infiernos y los cielos, desde las condiciones más bajas hasta las esferas más elevadas. Aprendimos que toda sintonización humana puede ser un infierno o un cielo. Por eso se habla aquí de cielos e infiernos. A través de hermosas visiones vimos pasar ante nuestro ojo espiritual los cielos y rebosábamos de felicidad porque aún nos esperaban tantas cosas bellas. Ya habíamos aprendido sobre las profundidades del infierno y volvimos luego a través de todos estos estados de transición al cielo más elevado de la sintonización espiritual. Luego conocimos los grados cósmicos, aunque de eso no comprendimos mucho. Sin embargo, gracias a todo esto se nos ofreció una imagen de toda la vida en el universo. También eso tomó un mes largo y luego volvió a visitarme mi preceptor. Me causó muchísima felicidad verlo de nuevo. También ahora estaba contento, y es que me había esforzado, porque no paraba antes de sentir y comprender todo, para lo que dábamos paseos en la naturaleza, ya que la vida que reside en todas las cosas ayudará al ser humano. De esta manera aprendí a resolver varios problemas para poder vivirlas más adelante. Mientras tanto fui haciendo muchos amigos y estos se convirtieron en mis hermanos y hermanas en

el espíritu. Seguiremos siéndolo para siempre. Después tuvimos que someternos a pruebas y nos hicieron preguntas, uno por uno. Solo cometí un par de errores y ninguno de nosotros tuvo que repetir el examen. Sentíamos lo necesario que era para nosotros saber todo esto. Ahora comprendía los muchos problemas que el hermano me había aclarado; ahora los iría a vivir y a asimilar. Así que aprobé y cuando el hermano vino a recogerme, regresamos juntos a mi esfera y al edificio en el que vivía. Para este curso yo había hecho la transición a otro estado, aunque sin ser consciente de ello, porque el edificio no estaba tan lejos del mío. Sin embargo, había entrado en un estado de transición, como me dijo el hermano. Las esferas se confunden, de lo que sin embargo no vi nada, porque era el primer estado de transición al lado de mi propia esfera. Otro estado más adelante y más elevado, y que se puede observar, porque entonces todo cambia. Pero eso lo viviría más tarde.

### *La comunicación contigo en la tierra*

—Por el camino el hermano me dijo que me esperaba una sorpresa, de la que me había hablado antes de ir a la escuela. Tenía mucha curiosidad y no me podía imaginar qué sería. Agradecía recibir por fin algo de alegría; miré al hermano y le pedí no hacerme esperar tanto.

“Escuche”, dijo, “espíritus más elevados me permitieron acompañarlo a la tierra para asistir juntos a una sesión de espiritismo. Allí, en la sesión, se reencontrará con alguien a quien conoció en la tierra”.

“¿Con mis padres?”, pregunté de inmediato, “¿me ayudará a alcanzarlos?”.

“No, con ninguno de sus familiares, pero cuando se establezca la conexión, lo reconocerá de inmediato”.

“Ah”, dije, “entonces sé a quién se refiere”. El hermano sonrió. “Con Jozef”, exclamé, “nadie más sería capaz de darme esta enorme felicidad, él es alcanzable”.

Lo había intuido bien, porque el hermano dijo:

“A él es a quien visitaremos”.

Luego le tomé las manos entre las mías y le di las gracias de corazón.

“Su propio líder espiritual me lo encargó. Hay más sorpresas, pero esas vendrán después”.

En eso no había pensado para nada, así que realmente era una gran sorpresa. “¿A qué debo eso, hermano?”.

“A usted mismo, se ha desarrollado tanto que se le puede permitir vivir esto, pero habrá más sorpresas”.

Volví a mi propio entorno rebosante de felicidad. El sol resplandecía para mí y bebí sus rayos con avidez. Solo ahora estaba empezando a vivir; qué

glorioso poder sentir esto. “Como ya le aclaré antes, podría haberlo llevado de vuelta a la tierra, pero entonces todas esas vivencias por las que ha pasado ahora se habrían perdido”. Entendí al hermano y me pareció glorioso que mi desarrollo sucediera paulatinamente.

“Ya le habrá quedado claro que actuamos de acuerdo a la fuerza interior que posea el ser humano y con la que esté sintonizado. Paso a paso ha entrado aquí, pero otros, al verse enfrentados al hecho, se perderán durante mucho tiempo. Pero incluso entonces está calculado; aquí no se hace nada sin saber para qué. Así que otros tendrán que recaer, y lo harán, y ese recaer es necesario porque de otra manera es imposible alcanzarlos. Pero será entonces cuando se levantarán y empezarán de nuevo. Le aclaro esto porque podrá intuir que cada sintonización humana es un estado personal que dirige nuestros actos. Aquella vez también le dije que en usted había algunas posesiones. Así que esas fuerzas me permitieron actuar de esta manera y enseñarle nuestra vida. De este modo avanzamos cada vez más, hasta que haya llegado a la primera esfera y pase a otras manos”.

“¿Acaso debo abandonarlo?”, pregunté asombrado.

“Nunca nos separaremos, seremos uno y seguiremos siéndolo eternamente, tendremos una unión interior, pero trabajaré, como lo hago yo y lo hacen muchos otros. Partiremos pronto. Ahora lo dejo solo y más tarde vendré a buscarlo”.

Ya te imaginarás, Jozef, que estaba feliz ahora que te volvería a ver, y de paso ya sabes por qué me hice esperar durante tanto tiempo. Pero no tenía idea de cómo sería una sesión de espiritismo. En la tierra no lo había vivido, porque me daba miedo y me parecía obra del diablo, pero ahora percibía su enorme gracia. No tuve que esperar mucho y poco después pudimos partir. No tardamos en llegar a la tierra. El hermano me precedió y entramos a una sala de estar en la tierra. Vi a varias personas reunidas, sentadas alrededor de una mesa en la que había una cruz de madera y un tablero en el que figuraba el abecedario. Obviamente, conocerás todos esos materiales necesarios para una sesión de espiritismo. Pero en ese momento no entendí nada de todo esto, aunque pronto intuí lo que significaban la cruz y el tablero. Vi muchos espíritus elevados, pero por más que forcé la vista, a ti no te vi. Me quedé muy decepcionado. Aun así, no me sentí desalentado, ya que después el hermano me contó la razón. Uno de los espíritus elevados era el líder espiritual de todos. Era el maestro bajo cuyo alto mando estás, pero no era tu líder espiritual, sino el maestro de todos estos espíritus elevados. Ya sabes a quién me refiero. La sesión ya había comenzado y tuvimos que esperar pacientemente el momento oportuno, ya que se me daría la posibilidad de decir algo. Todas estas personas estaban envueltas en una emanación azulada, por lo que estaban completamente aisladas para este mundo. Para los miles de espíritus

que vivían en la esfera de la tierra, estas personas, o sea, las que participaban en la sesión, eran invisibles.

El hermano me dijo:

“Para nosotros es una enorme gracia entrar en conexión, pero también para las personas en la tierra. Muchos en la tierra intentan lograr esta conexión. Otros, en cambio, sufren porque sus conexiones, en las que han trabajado durante años y años, las interrumpen personas terrenales que usan el espiritualismo para fines sensacionalistas. Ven destruidos años de trabajo. Pero ¡ay de aquellos que interrumpen estas conexiones adrede!; cargarán con pugna y pena por destruir la felicidad ajena. Olvidan que los maestros vienen a la tierra, en ese ambiente de pasión y violencia, para administrarles alimento espiritual. Olvidan la dificultad de nuestra vida, además de que anhelamos entrar en comunicación con nuestros seres queridos. Son ellos, Gerhard, quienes traen sufrimiento y pena donde se podría haber traído felicidad. Este maestro, que se conecta con ellos, es un maestro de la séptima esfera. De esta manera, las personas terrenales son conectadas en el espíritu y así se les dan muchas pruebas de pervivencia. Aun así, muchos no quedan contentos y siempre quieren más pruebas. Sin embargo, si no llegan, el espiritualismo no tiene, según ellos, valor alguno; piensan haber malgastado su noche y pierden el interés. No saben lo difícil que es para nosotros poder aportar siempre las pruebas que desean. Se les solicita que depongan su personalidad durante unas horas. Estas comunicaciones se establecen por medio de la concentración y la voluntad. Cuando a sus seres queridos se les concede permanecer a su lado durante un breve tiempo, no solo están muy felices, sino que de eso sacan fuerzas para seguir desarrollándose. Cuando también ellos hagan la transición hacia acá, estarán conectados para siempre. Sin embargo, muchos de nosotros tenemos que sufrir porque esas bellas conexiones se interrumpen. Las maneras en que pasa eso son muchas. En primer lugar están las gentes que abusan del espiritualismo por sensacionalismo. Luego, los que se hacen pasar por instrumentos, falsificando nuestro mundo y engañando a las personas. Después, cuando entren en esta vida, tendrán que padecer mucho sufrimiento. Además, están los que no se quieren abrir y creen estar por encima. Para todas estas personas es mejor ni siquiera dar el paso, porque no saben que están pisando suelo sagrado y que hay que salvar un abismo enorme, o sea, el que se extiende entre la vida terrenal y la eterna. Ahora vea lo que ocurrirá”.

Observé entonces claramente que un espíritu elevado se apropió de una persona terrenal. Era alguien de mediana edad que servía de médium. Me resultaba muy extraño, sobre todo verlo desde este lado. El espíritu irradiaba una luz hermosa, que envolvía su ser entero e intentaba tomar posesión del cuerpo material. Vi claramente cómo el espíritu descendió y desapareció en

la persona material mientras que las dos irradiaciones se conectaban, como si se mezclaran. Al observar ambas irradiaciones, comprendí que el ser humano en la tierra debe poseer una irradiación de los sentimientos parecida para que se dé la posibilidad de llegar hasta esa persona. De tener otra irradiación, una que no se mezclaba, no había posibilidad de manifestarse a través de ese instrumento terrenal. Qué grande es la gracia para el espíritu al poder usar un ser humano terrenal, un cuerpo material. El hermano me dijo que yo lo había intuido bien y que me había ayudado influyéndome en silencio. Eso haría siempre. Además sentí que el espíritu dejaría una gloriosa sensación de felicidad en esa ropa terrenal cuando más adelante dejara el cuerpo. Ahora vi que el espíritu terrenal iba a abandonar su propio cuerpo material. Al médium lo acogieron espíritus del amor, que lo apartaron del círculo para llevarlo a las esferas donde se le enseñaría la vida espiritual. Volvería a la tierra cargado de sabiduría espiritual. Pero de repente la persona desdoblada llegó como un rayo y quedó dentro de su propio cuerpo, golpeándose. Fue un golpe terrible, y lo sentimos temblar dentro de nuestros propios cuerpos. ¿Qué había pasado? Sentí que había una interferencia, aunque no podía comprobar de dónde venía esa interferencia. El cuerpo material se contrajo por el acelerado regreso del espíritu, le brotó el sudor, el corazón le latía en la garganta. Eso lo vi y lo sentí claramente y entendí lo difícil que era para ambos seres. También el líder espiritual, el espíritu que era expulsado fuera del cuerpo material, sentía ese terrible acontecer, como si hubiera sido arrojado con fuerza fuera de ese cuerpo. El hombre como médium despertó con una tremenda sacudida, como ya dije, pero se le socorrió con ayuda terrenal. Al lado nuestro hacían largos movimientos de roce magnético encima de su cuerpo material, tranquilizándolo un poco, y pudo respirar más cómodamente. Sentí el gran peligro de este acontecer. Otra inteligencia contó a través de la cruz y el tablero lo que había sucedido. El espíritu se concentró en los que sostenían la cruz y a todas estas personas se les desconectó en sus sentimientos para poder hablarles. Alrededor de la cruz había ahora una espesa emanación azulada, que se componía de fuerzas espirituales y terrenales, irradiaciones de los espíritus y de los humanos. Ahora sentí que el espíritu más elevado se concentraba y la cruz empezó a moverse. Vi claramente qué letras se deletreaban, todas estas letras formaban palabras y esas palabras se convertían en oraciones y así el ser humano sabía lo que había sucedido. Por más sencillo que fuera, para mí este acontecer maravilloso se me hacía casi incomprendible. Los participantes nombraron todas las letras y cuando hubieron recibido el mensaje, se lo leyeron a todos los demás y al médium, para tranquilizarlo, ya que estaba muy exaltado. “Nos molestan”, escuché, “los elementos”. ‘Los elementos’, pensé, ‘¿qué significará eso ahora?’. Los participantes lo sabían, por lo visto, pero yo, que vivía aquí, de este lado, no tenía idea. El hermano

dijo que tenía que concentrarme en él y cuando lo hice, comprendí el gran acontecer. Escuché una fuerte tormenta y llovía a cántaros. Debido a estas fuerzas de la naturaleza, había ocurrido un fallo. Qué asombroso que no hubiera escuchado nada de eso. “Ya lo ve”, dijo el hermano, “todo consiste en conexión y concentración; todo esto lo aprenderá más tarde”. Luego el líder espiritual volvió a decir a través de la cruz que se apropiarían del médium. No podían abandonarlo en este estado, ya que entonces su sistema nervioso quedaría perturbado. Ahora todos tenían que ajustarse y concentrarse; también había que rezar. Luego todavía alcancé a escuchar que el líder elevado dijo: “Este fallo no es culpa nuestra, las fuerzas contrarias son las preocupaciones terrenales. Hemos hecho nuestros cálculos y este fallo se detendrá en cuanto el médium quiera entregarse por completo y logre desprenderse de todo”. Todos los de este lado rezamos y también los participantes estaban absortos en oraciones. Este momento me resultó sagrado; no había vivido nunca antes nada tan bello. Detrás de mí había cientos de espíritus infelices que podían asistir a esta sesión de espiritismo y que habían venido en silencio. El hermano me lo advirtió, porque no los había visto aún. De nuevo el espíritu intentó conectarse con la persona material. Ahora fue mejor y más fácil y pronto vi que el médium se desdoblaba y el viaje a las esferas comenzó. Dios mío, qué grandes son los dones que los seres humanos han recibido de ti. Esos eran mis pensamientos cuando vi que se consumaba esto tan elevado. Luego viví otro milagro más. Vi que brillaba en el rostro material la irradiación del espíritu elevado, tanto que los presentes lo notaron claramente. Había llegado un momento sagrado e inclinamos la cabeza. Pero vi que los participantes no la inclinaban tanto como nosotros. No sabían ni veían quién les hablaba. La figura luminosa que se había apropiado del cuerpo material empezó a hablar ahora a través de ese mismo cuerpo. La voz del instrumento era suave y había cambiado; antes había escuchado hablar al médium con otra voz. El espíritu usó los órganos terrenales y logró hablar perfectamente. La inteligencia habló a los participantes y estos recibieron una lección espiritual, un mensaje desde esta vida. Todo trataba del amor y del gran significado que tiene. Se les aclaró cómo tendrían que vivir si querían llegar a las esferas de luz. La inteligencia habló de su vida en las esferas y en la tierra. Mil seiscientos años —me estremecí al oír el número— llevaba ya viviendo el espíritu en las esferas. Pensé: ‘¡Ay de ti ser humano, que mancillas y destruyes esta vida!’. Solo ahora entendí las palabras de mi propio preceptor, que los que rompían estas conexiones adrede tendrían que sufrir. Me resultó una bella e instructiva lección y después de que hubiera terminado, vi que el médium había regresado y que volvía a descender en su cuerpo. El médium despertó en un estado elevado y se sentía feliz. Luego pudieron hacer preguntas y pidieron consejos en materia de enfermedades y otras preocupaciones terrenales. Después dio

un paso al frente un médico espiritual, otro que también era un espíritu con sintonización elevada y que les contestó a todas sus preguntas. Hubo respuestas directas a cartas cerradas que luego se abrieron y se vio que habían sido respondidas correctamente. Me pareció muy asombroso; no habría sabido hacerlo y así entendí cuánta distancia había entre todos estos espíritus y yo. No solo sabían lo que preguntaba el ser humano terrenal, sino que también llegaban al diagnóstico correcto. Oí que los participantes decían, asombrados: “¿Cómo es posible? Saben todo. Para ellos no hay secretos”. La persona a la que se le ayudó estaba muy agradecida. Otras preguntas terrenales fueron contestadas a su vez por otra inteligencia más. Luego se me permitió entrar al círculo y así sucedió que por primera vez en la tierra se me concedió que fuera escuchada mi voz. Sobra que te diga que esto fue para mí algo sensacional. Pero por más que me concentrara, lo hice fatal. El alto maestro les dijo entonces a los participantes:

“No ha aparecido antes, tienen que ayudarlo”. Entonces escuché que alguien dijo: “¿Podemos ayudarlo?”. Una señora con una bonita irradiación me hizo esa pregunta; tenía una voz amorosa. “Me encantaría”, deletreé. Mis pensamientos llegaron a trompicones y gracias a Dios me entendieron. Pero sí sentí que me había ayudado el espíritu elevado. Dije: “Dígale a Jozef que estoy aquí; me conoce y sabe quién soy”. Pero no dije mi nombre, solo: “El cochero, él ya sabrá”. “Muy bien”, dijo la señora que me hablaba, “le pasaré su recado”. La entendí al pie de la letra. Oh, estaba tan contento de que quisiera pasarte mi recado que hubiera querido besarle el vestido. Sé lo mucho que te decepcionó que no dijera nada de nuestra conversación, pero eso vendrá luego y entonces te quedará claro también esto. En esta sesión —así lo estaba sintiendo— reinaba mucha felicidad. Vi dos espíritus que vivían de nuestro lado y cuyas mujeres o seres queridos estaban en el círculo. Sobra que te cuente lo fuertes que son estas conexiones. Ellos vivían y el ser humano en la tierra sabía de esta vida y por eso estaban nuevamente conectados. Durante unas horas estuvieron reunidos muy intensamente. Gracias a la ayuda de mi preceptor había entendido todo esto. Qué enorme es entonces el espiritualismo, qué bellas son estas sesiones. Aquí la sabiduría se recibía por medio de la cruz, pero nosotros podemos hacer esto de varias maneras, como me dijo el hermano. Por ejemplo, a través de una mesa que deletrea el alfabeto por medio de golpes. Es un medio muy sencillo para recibir una conexión. Cómo temblé y me estremecí cuando el hermano me contó esto, pues sabía cómo me había burlado de esta mesita hace tiempo. Pero todo esto estaba ahora muy detrás de mí y ya comprendí lo ignorante que puede resultar el ser humano. Esta velada terminó con oraciones; podría regresar en otra ocasión.

¡Cuántas cosas gloriosas se me había concedido vivir en la esfera de la tierra! ‘Y ahora ¿qué?’, pensé. ¿Tendría que volver a mi propia esfera? No lo sabía,

pero después de nuestra partida, el hermano dijo: “Ahora le aclararé la vida material de la que aprendió en la escuela; venga, ¡sígame!”.

“¿Así que no volvemos?”.

“Por ahora nos quedamos en la esfera de la tierra”.

“¿Entonces, ahora no lo veré?”. “¡Sí, más tarde!”.

Pero ese más tarde se convirtió en el siguiente día, porque primero viviría otras condiciones. Caminamos por las calles como si aún viviéramos en la tierra. “Somos espíritu”, dijo el hermano, “y aun así podemos vivir todo lo que experimenta el ser humano material en la tierra. Hicimos la transición a su vida y lo que vive el ser humano, lo que siente y ve, lo vivimos nosotros por igual. Así como podemos conectarnos en una sesión, también es posible en la vida normal”.

Estaba viendo ahora la vida terrenal con más claridad que cuando vivía en la tierra. Veía a través de todo y en aquel entonces no sabía hacerlo. Veía a los seres humanos y junto con ellos al ser humano astral. Ahora entramos en un edificio terrenal en el que había reunidas muchas personas y donde escuché música. La música que sonaba tenía muchos redobles, nos pareció chirriante, estridente y gritona. ¿Dónde estábamos? “En un cine”, dijo el hermano, “aunque no nos quedaremos aquí, quería dejarle claro que también podemos vivir esto”.

Vi muchos espíritus, que estaban todos aquí para supervisar a seres queridos y para protegerlos. Visto desde este lado, el espectáculo me pareció muy antinatural. Sentí cómo la vida era objeto de burla; implicaba algo que encerraba un gran peligro para la vida espiritual. El ser humano se quería divertir y de esta manera se le ofrecía diversión. También sabía que a través de la película se puede mostrar la vida espiritual. Lo que veía ahora, sin embargo, era solamente sensacionalismo; aquí se mostraba algo que en el espíritu no poseía valor ni fuerza educativa. Esto era pura pasión. Así se influía en el ser humano y se le contaminaban los sentimientos. Alrededor del ser humano había muchos demonios. Vi seres animales que no había visto aún de este lado. “El hombre terrenal”, dijo el hermano, “no se puede ocultar de estos seres. El hombre astral busca diversión y la encuentra solamente pudiéndose conectar con el ser humano en la tierra”. Qué natural era todo. Escuchaba claramente sonidos de voces materiales, veía todo como lo vivía el ser humano en su cuerpo material. “Qué imponente es vivir esto de este lado”, le dije al hermano. Veía la vida en la tierra como no la había conocido hasta este momento. Entonces fuimos a otras localidades que antes no habría visitado jamás. Pero el hermano quería que conociera lo animal en el ser humano, porque volvería a encontrarme con estos seres en las esferas oscuras. Me aclaraba todo y me estremecí por tanta animalización. Vi al ser humano que se había destruido a sí mismo y a otros. Le di gracias a Dios en silencio por no

haber conocido esto a lo largo de mi vida material. Vi a muchos hombres y mujeres reunidos. Qué bajo habían caído. Muchos hombres caían en las trampas que se les habían tendido. Sabía que estos tipos todavía vivían en la tierra, pero lo veía desde este lado y era repugnante. Los atravesábamos con la mirada y sentíamos lo que querían y veíamos la pasión y la animalización detrás de esas máscaras. ¿Cómo se olvida la gente así de sí misma?

“Estos seres”, dijo mi guía espiritual, “son los que sin duda han caído más bajo y solo de este lado verán la profundidad de su propia vida oscura y terrible, lo que no les conllevará más que miseria”. Alrededor y dentro de ellos vi a los seres astrales; tenían a las mujeres agarradas: el animal que había vivido en la tierra y que había vuelto a ella. Vivían la misma vida que en la tierra, cuando aún vivían en el cuerpo material. Cada vez más se hundían en el lodo y permanecerían allí durante muchos años, hasta que en algún momento empezaran otra vida. ¿Cuánto tendrían que deponer todas estas personas? Comparando su vida con la mía, yo era un santo. Y aún así, ni yo tenía todavía posesiones. Miraba dentro de unas profundas tinieblas y me estremecí al pensar en toda esa miseria. Ay, si las personas supieran que nunca están solas, entonces se cerrarían ante todas esas cosas terribles. Cada pensamiento que abrigan y transmiten se recoge, y así atraen aquello que ellas mismas quieren y con eso continúan. Entonces ya no habrá ser alguno que pueda liberarlas. Aquí tampoco permanecemos mucho tiempo, ya que no hubiera podido mantenerme firme. De esta manera conocí leyes espirituales que había aprendido en la escuela. En estos momentos estaba dentro de la verdad de la vida y sentía dentro de mí esas fuerzas, por lo que, si aún hubiera vivido en la tierra, no habría participado en estas cosas. Vi cómo el pobre ser humano destruía su vida eterna a través de una corta existencia terrenal. Aquellos que abrigan el deseo de la felicidad doméstica, que se comprenden como hombre y mujer, que quieren aprovechar la vida terrenal y tienen un hijo y lo pueden educar, esa es la felicidad más elevada y al mismo tiempo la gracia más grande que Dios le puede conceder al ser humano. Para eso se vive en la tierra; es la más elevada de todas estas condiciones humanas. Esa es una felicidad grande y sagrada, es caminar por el sendero por el que en algún momento caminarán todos los seres humanos. Vi la vida en la tierra de día y de noche, cuando el ser humano está inmerso en un profundo descanso. Solo entonces el animal astral asalta subrepticamente al ser humano que vive mal, para chupar sus jugos vitales. Todo esto me lo aclaró el hermano. El hombre astral se fuerza una entrada en el cerebro humano y uno cumple su deseo, pensando que esas cosas son deseos propios. En lo más oscuro de la noche el ser humano asesina y roba, impelido por las propias pasiones y las fuerzas astrales. Sin embargo, tampoco se pueden detener las fuerzas animales cuando brilla el sol. Una conexión siempre será una conexión y todo se vivirá si el ser

humano se abre a ello.

“Ya sentirá”, me dijo el hermano, “que todavía hay mucho por cambiar antes de que quieran ser hijos de nuestro Padre sagrado, que también es el de ellos”.

Luego visitamos varias iglesias y otros edificios y comprendí que solo el espiritualismo podría obrar un cambio en los dogmas. Los espiritistas han establecido la comunicación entre nosotros y la tierra. Agradecí al hermano estas explicaciones.

Ahora me mostró algo muy curioso: la transición de un ser humano a este mundo. Atravesábamos las casas y permanecimos en una de ellas. El hermano dijo: “Mire, aquí nuestros hermanos son los espíritus ayudantes para asistir al moribundo”. Nos encontrábamos en un amplio dormitorio, donde había un hombre viejo en la cama que no viviría mucho más tiempo. Junto a la cama lloraban varios familiares, pero el hombre que haría la transición no había llevado a cabo una gran vida. Vi las sombras que también había observado en mi lecho de muerte; eran los ayudantes espirituales de este lado. A cada ser humano que hace la transición se le ayuda de esta manera. Pero no había solo espíritus ayudantes, sino también los que ya vivían de este lado y le causarían sufrimiento y pena.

“A este moribundo”, dijo el hermano, “lo esperan muchos y todos le pedirán que rinda cuentas del daño que les ha hecho”.

‘En verdad, no es una perspectiva muy gloriosa’, pensé.

“Venga, sigamos. Le podría mostrar muchos lechos de muerte, pero eso será más adelante. En la escuela le han hablado de eso y ahora lo entenderá todo mejor. Este no es uno de los felices que llegan aquí”. Después viví muchas sintonizaciones más, estados humanos de los que me habían hablado en la escuela. Ahora entendí todas estas transiciones; de otra manera no habría sido posible. Luego me llevó a un lugar y aquí se encontraba sin duda lo más bonito que viví a lo largo de mi paseo terrenal. Entramos a una habitación en la que un ser humano estaba escribiendo, lo que podía ver claramente. Quería ver la cara de ese hombre que estaba allí trabajando; estaba de espaldas hacia nosotros, pero el hermano me detuvo. “Deténgase”, dijo, “no puede molestar aquí”. Alrededor suyo vi, por medio de la fuerza del hermano, una silueta luminosa que inspiraba al ser humano terrenal. “Mire”, dijo el hermano, “vaya que es una conexión bella; el que escribe es un médium en manos nuestras. Recibe y está escribiendo aquello que su espíritu guía, o control, como suele decirse, le quiera dar, pero lo ha vivido anteriormente de este lado. Este médium se desdobra saliendo de su cuerpo material y recibe nuestra vida espiritual, como le enseñaron en la sesión de espiritismo. Sin embargo, sale de su vida material conscientemente, lo que solo se concede a unos cuantos. El ser que ve al lado de él es un espíritu de la quinta esfera,

un maestro de la luz. Ya había estado yo antes en conexión con este líder espiritual, pudiendo realizar trabajos con él. Ya ve, Gerhard, que el médium está íntimamente conectado con nuestra vida y con su maestro. Nos sirve de instrumento y su líder espiritual quiere convencer a las personas de nuestra vida. No podemos molestar, por eso le impedí que se acercara”.

Me encontraba observándolos a unos metros de distancia del lugar. “Oh, qué gracia”, le dije al hermano, “poder recibir esto”.

“En sus sentimientos, esta persona está muy alejada de la tierra. Ha visto las esferas y ya ha descendido al infierno para experimentar la vida allí, aunque acompañado de su líder espiritual. Dejará constancia de todas estas vivencias y usted está viendo de qué manera puede suceder eso”.

Alrededor del hombre terrenal vi la emanación azulada que lo rodeaba como una pared de fuerza espiritual. No se podía penetrar en ella desde este lado; estaba cerrado para nuestro mundo.

“Una maravillosa conexión”, le dije al hermano, “no me podría haber mostrado algo más bello”.

Ahora sentí algo diferente, como si me sintiera atraído hacia él. Desconocía el significado de eso y no quise o no me atreví a preguntar, temeroso como estaba de imaginarme cosas. Sin embargo, no pude deshacerme de esa sensación que me había entrado tan de pronto. No pude impedir contarle al hermano lo que sentía, por lo que le dije: “Recibí una sensación muy particular, que no me atrevo a decirle, porque no quiero meterme ideas en la cabeza”. “¿Qué es, Gerhard? Dígamelo sin miedo”.

Y cuando el hermano sonrió, sentí que sabía más del asunto. “Cuando lo miro, veo a Jozef, ¿puede ser?”.

“Escuche, Gerhard. El que allí está dejando constancia de nuestra vida es su amigo en la tierra, que le contó de nuestra vida antes de que usted partiera”.

Le apreté las manos al hermano de pura felicidad. “¡Jozef! ¿Es Jozef? ¡Qué felicidad poder volver a verlo de esta manera!”.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Qué grande es el espíritu que lo dirige y qué grande es el significado de este mensaje! Un cometido glorioso. Ahora puedo decirte todo esto, Jozef. Cuando te vi por primera vez no pude hacerlo; solo me era permitido observar. Sentía respeto ante el líder elevado y amor por ti. Luego llegó un momento en que pensé que me iba a desplomar. De repente el espíritu elevado se dio la vuelta y me miró sonriente. Sabía que estábamos aquí y el contacto se interrumpió. Te levantaste y te fuiste. Saliste de la emanación azulada, invisible para la tierra, y me atravesaste caminando, y escuché cómo suspirabas por las emociones sufridas y por la fuerza de la inspiración. Me sobresalté tremendamente porque pensé: ‘Ahora me va a ver’. Pero, ¡ay decepción!, no me viste, y tú también hacías como si no estuviera

allí. También tú estabas ciego, pero ¿acaso no eras clarividente? Te llamé por tu nombre, pero no me escuchaste. ‘Está sordo’, pensé, ‘él también está sordo y ciego. ¿Acaso no es un instrumento dotado?’.

“¿Es clarividente?”, pregunté al hermano.

“No solo clarividente, sino que también puede escuchar nuestras voces”.

“Pero no me escuchó cuando le llamé por su nombre al pasar por aquí y me atravesó caminando como si yo no estuviera”.

¡Me quedé sin palabras! Luego volviste y seguías sin verme ni escucharme. Qué triste me sentí. El que me había hablado de esta vida y me dijo que veía espíritus no veía en realidad nada; estaba ciego y sordo como todos los demás seres humanos. ¡Es que así no me lo habían enseñado en la escuela! Cuánto me hubiera gustado hablar contigo, porque sentía tu ímpetu y fuerte voluntad de conocer nuestra vida. Sentí que sabías más de ella que yo, que ya vivía aquí. Ponías todas tus fuerzas en este trabajo, te abrías como un niño; cualquiera podía irrumpir en tu casa, como si nada. Sin embargo, por más abierto que estuvieras, para mí y muchos otros permanecías cerrado. Ningún ser, ningún espíritu podría llegar a ti sin pasar por el que te conducía. De inmediato volviste a estar en conexión y tus dedos volaban por encima de la máquina de escribir. En este estado ya no podía intuirte, en sentimientos estabas muy alejado de mí. Tu cuerpo material llevaba a cabo el trabajo, tu espíritu iba siendo elevado en esta vida. El hermano me hizo intuir todo esto; si no, no lo habría comprendido. El hermano llamó mi atención sobre las pinturas que habías recibido de este mundo y se me mostró otro milagro más. Cada lienzo tenía su propia irradiación. Luego, cuando hube admirado todas esas obras, me senté cerca de ti y no dejé de mirarte. No podía dejar de pensar en ti. Pero chocaba con algo, no podía penetrar en la emanación; nada de este lado te perturbaba. ‘Asombroso’, pensé. Los dos eran uno; el maestro, que estaba de pie junto a ti, se había conectado contigo en los sentimientos. Uno solo en el alma, un solo deseo, una sola vida: eso percibí. Al volver a verte así, algo nació en mí: era el deseo de ser así también. Sí, quería asimilarlo. ¿Podría alcanzarte aún? El ser humano que ya en la tierra ha recibido la conexión espiritual y que vive de acuerdo con ella está muy por delante del espíritu de este lado. Cuando se cancelan los tormentos materiales, van a aquellos lugares que se encuentran mucho más arriba que los de la tierra. Son personas dotadas, que ya en la tierra saben que existe una vida eterna. Pero te repito, Jozef, solo en caso de que vivan realmente de acuerdo con ella, porque si no, nada tiene sentido.

“¡Sí!”, grité de pronto, “¡quiero llegar a ser como él!”. Ya dije que algo en mí se había roto, algo había nacido y despertado; quería asimilarlo. “¡Quiero llegar a ser como él, quiero ver y sentir como él!”.

“Lo recibirá a usted, Gerhard,” dijo el hermano, “usted trabajará para

otros, como él ya lo hace en la tierra”. “Quiero sentir la vida en la que él vive, sí, quiero conocer esa vida. ¿Me ayudará usted?”.

“Ya está en ello”, respondió el hermano, “y pronto empezará usted”.

“Pero ¿por qué no me ve?”, pregunté.

“Se lo voy a aclarar, escuche: este instrumento ve solamente cuando lo quiere su líder espiritual. Así que ve a través de la voluntad de este espíritu elevado. Lo ha aprendido durante los años en los que esta conexión se ha ido estableciendo. Así que solo se abre cuando su líder espiritual lo considera necesario. Más adelante lo vivirá usted. En este estado no se le debe molestar. Caminé a través de usted, pero él no lo sintió; tampoco le hubiera dicho nada, ni siquiera si lo hubiera sentido o percibido. Solo ve cuando se le ordena y se cierra para todo. Si no supiera hacerlo, miles de seres astrales se precipitarían sobre él y destruirían su conexión espiritual. Un instrumento como este es valioso. No es fácil desarrollar a un médium hasta esta altura. Conozco desde hace mucho a su líder espiritual, porque se me concedió realizar trabajos para este maestro. Por eso sé cómo el maestro incide en él y lo cierra ante todos estos peligros, para que no se le pueda destruir. Por más fuerte que grite usted, él no lo oirá, por la sencilla razón de que su líder espiritual no lo quiere. Cuando se interrumpa esta conexión, usted podrá llegar hasta él, pero también entonces solamente si su líder espiritual está de acuerdo. Los seres humanos que sirven como instrumento para poderes más elevados deben tener un sistema nervioso fuerte y resistente; si son débiles, no se les puede formar para este trabajo. En caso de que ocurriera un fallo o una separación entre el espíritu y el cuerpo material, ya sentirá usted a dónde lo llevarían. Pero, como ya le dije, estos instrumentos son seleccionados con tacto y aun así se manifiesta un gran número de diferentes fuerzas, y todas pueden oponerse. Un médium como él tiene que poseer, en primer lugar, una gran confianza y una poderosa fe. Luego, mucho amor por nuestro trabajo y la voluntad de servir a la humanidad. Si se rinden incondicionalmente y quieren dejar todo en manos de sus líderes espirituales, no se podrán producir factores que interfieran. Se tienen que rendir en todo, es decir, se tienen que desconectar por completo y ese desconectar por completo no es tan sencillo; esto es la mediumnidad y solo entonces se puede llegar a un instrumento. Ahora escuche bien: cuanto más se desarrolle un médium, tanto más elevadas son las esferas donde puede entrar un instrumento, pero también son tanto más grandes los peligros, porque están abiertos a muchas fuerzas. Ha visto usted la vida en la esfera de la tierra y le mostré el mundo astral y ahora le pregunto: ¿acaso es asombroso que su líder espiritual lo cierre para no ver seres más que cuando él piensa que será necesario? Le repito, uno tiene que tener un sistema nervioso fuerte; si no, se pueden producir fallos y aparecerán varias enfermedades corporales. No olvide que todas esas transiciones, que usted

ha aprendido en la escuela, él las ha podido vivir desdoblándose. Y tener que vivir en la tierra a pesar de ello requiere fuerza, muchísimo esfuerzo. Si este instrumento se sintiera como un ser humano —ya entenderá lo que quiero decir con esto— no le sería posible poder desconectarse de toda esta vida en la tierra. Sin embargo, en sentimientos se entrega como un niño a su líder espiritual. Es necesario y en eso reside el secreto de poder lograr todo esto. Es la entrega, Gerhard, y una gran confianza y fe; es el amor hacia nosotros y hacia el ser humano en la tierra, es el deseo de convertir el sufrimiento y el pesar en un glorioso y tranquilo reencuentro de este lado. Es servir, nada más que servir. Ese sentimiento lo lleva dentro. Él, su amigo, vive en sentimientos de nuestro lado. Se entrega por completo y seguirá haciéndolo. Para eso recibe nuestra sabiduría y con esos tesoros espirituales vuelve a la tierra, que ahora está registrando por escrito. Nuestra vida lo llena y es prácticamente increíble cuánto tacto necesitan quienes poseen semejante instrumento. Por eso son solo los espíritus de la luz los que tienen permiso para hacer estas cosas y la capacidad. Así que le quedará claro, Gerhard, que en la vida material el instrumento tiene que procesar también de manera consciente toda esa verdad espiritual que ha vivido por medio del desdoblamiento. Sin embargo, quien viva religiosamente no estará perdido, y quien sepa entregarse como un niño recibirá una sabiduría en el espíritu que no conocen ni los sabios de la tierra. Una vez establecido esto, todo peligro habrá pasado y el médium hace la transición a nuestra vida.

“¡Dios mío!”, dije, “¡qué posesión! ¡Saber ya en la tierra tantas cosas sobre nuestra vida! ¿Para él ya no hay peligro, hermano?”

“No, Gerhard, ya lo venció; ya no hay peligro alguno para él. Es consciente y quien es consciente de su estado lo vive y lo carga como una posesión eterna. Él, su amigo, se ha liberado de todos los placeres y deseos materiales. Vive exclusivamente para su líder espiritual, para sus dones y para el deseo de poder hacer algo por la humanidad, y así se destruye cualquier peligro. Vive como debe vivir un instrumento si es que quiere lograr algo como médium. Ya ve lo que se ha logrado aquí. Sin embargo, el ser humano en la tierra todavía no lo aceptará porque quiere ver y oír por sí mismo. Ha penetrado hondamente en nuestra vida, pero el ser humano que vive y piensa materialmente no puede percibir la santidad de nuestra vida. Aun así se llega a muchas personas y esos individuos nos ayudarán a su vez a difundir el espiritualismo en la tierra. Este trabajo puede llevar la bendición de Dios, pero también se puede convertir en una maldición y de eso se encargan aquellos que se olvidan de sí mismos. Hay que tener piernas fuertes para poder cargar con la abundancia, pero muchos pueden hacerlo y solo entonces se logra realizar muchas cosas. Le repito, Gerhard, no se preocupe por él; está en buenas manos”.

Fue la primera vez, Jozef, que me encontré contigo en la tierra después de

mi muerte. Grandes, sagrados y puros son estos dones que el ser humano recibió de Dios. Tus dedos pasaban por encima de la máquina a una velocidad vertiginosa, y en el tiempo que estuve contigo, habías llenado de palabras diez grandes hojas. Pronto una parte habría quedado registrada. Te había conocido en la tierra y sabía quién eras. Nunca habías aprendido nada y me parecía asombroso que fueras capaz de hacer esto. Viví entonces en carne propia lo que vi en ese momento. Esas palabras que te había dirigido en el cementerio me flagelaban el alma. Qué grandiosa era la vida espiritual y el espiritualismo; ahora podría repetir eso igual mil veces. Alrededor de ti había una gran paz, la paz del espíritu que trabajaba a través de ti y que era tu líder espiritual. Sentí entonces que el hermano quería irse; sin embargo, no podía desprenderme de ti. Hubiera querido permanecer aquí por mucho tiempo más, pero tenía que terminar. Había adquirido nuevos conocimientos y ya no era una decepción que no me percibieras. Entendí la gran dificultad de ser un médium en la tierra. Poder hacer viajes en nuestra vida y aun así tener que seguir viviendo allí, Jozef: para mí era un misterio cómo podías aguantarlo. Aun así lo sentía pero ya no era necesario que me angustiara, porque ya te estaban cuidando. Después nos despedimos de ti y del maestro.

En el camino le pregunté al hermano varias cosas que me aclaró, y solo entonces me sentí completamente tranquilo. Luego visitamos unos cementerios y vimos a las personas terrenales que iban a visitar las tumbas de sus seres queridos. Vi unas escenas terribles, pero ¿por qué los buscan precisamente allí? A fin de cuentas, ¡allí no están! Pongan las flores al lado de su retrato en la habitación donde vivieron y trabajaron y hablaron con ustedes, pero no pongan esas valiosas flores sobre las tumbas, donde no descansan más que huesos. Entristece al espíritu que vive de este lado. Eso quiero decirles alto y claro a las personas desde este lado. Visitan a sus muertos y al lado suyo, con hermosas túnicas y envueltos en luz, avanzan aquellos que creían muertos. ¿No es triste que en la tierra no se sepa nada de eso? Cuando en el cementerio hablé de todas estas cosas contigo, Jozef, pronuncié —ya lo dije— la gran verdad de que los huesos no sabían hablar. Me burlé y no debí haberlo hecho. Junto a las personas que se lamentaban, veía al espíritu, que estaba triste porque no podía alcanzarlas. Allí vi muchas situaciones, de las que una me conmovió profundamente. Voy a contártela.

De repente pensé en mi propio cuerpo material. ¿Dónde yacía mi vestidura? ¿Estaba enterrada en este cementerio? Miré a mi preceptor y supo de inmediato lo que me pasaba por la mente. Ahora también entendí por qué nos encontrábamos en ese lugar. Así que le pregunté al hermano:

“¿Está mi vestidura material aquí?”.

Mi preceptor me tomó de la mano: “¿Se sentirá lo suficientemente fuerte para ver su propio cuerpo, Gerhard?”.

Reflexioné y dije: “Sí, quiero verlo. Ahora que he vivido todo esto, también quiero vivir eso, por más terrible que pueda ser”.

“Venga, sígame”.

“¿Cómo sabe en dónde estoy enterrado?”.

“Concentración, amigo mío, nada más que la fuerza de los pensamientos. Usted mismo constituye ahora mi conexión, de modo que por medio de usted encontraré la otra vestidura que algún día le perteneció”.

Estaba temblando y sentí cómo el corazón me latía con fuerza. Fuimos recorriendo varias tumbas y por fin mi preceptor me detuvo. Leí: “Aquí descansa G. D.”.

“Su propia vestidura”, me dijo el hermano, “su cuerpo, que ocultó este a lo largo de la vida terrenal de usted”.

Me senté en el borde de mi propia tumba y me miré. Allí yacía, muerto, pero yo vivía aquí y miraba aquello que un día me perteneció. A través de la tierra me vi a mí mismo en estado de descomposición. ¿Te puedes imaginar algo más espantoso, Jozef?

Pensé en mi vida en la tierra. Mi tumba estaba adornada con flores que mis seres queridos habían depositado allí. Sentí sus pensamientos de amor por mí, que había muerto. Esta escena era atroz. Pensé: ‘¿Por qué me busca aquí, mamá, y no cerca de usted?’. ¿Cuántas veces habían estado ya aquí mis seres queridos, llorando, tanto que podía sentir su dolor! Pronto no quedarían más que huesos, ya no faltaba mucho. Por más que quisiera, no habría podido forzar una entrada en ese cuerpo. Algo me retenía y sentí que era mi preceptor quien me lo impedía. Había depuesto mi vestidura terrenal y recibido otra que seguía viviendo eternamente. Dios mío, qué imponente es este reencuentro, qué pequeño e insignificante se debe sentir el ser humano que pueda vivir esto. De modo que así me sentí, pequeño e insignificante; me había tomado por sorpresa. Por más horrible que fuera, la imagen fue muy instructiva. Aquí mi madre trataba de encontrarme, aquí vertía sus lágrimas, pero aquí yo no volvería jamás. Quería irme, lejos de aquí. Pensé que podría asimilar todo esto, pero aun así me superó. Qué grandioso es Dios, que dirige todo esto. ¡Polvo eres y en polvo te convertirás! Pensé en estas palabras. Había sido polvo y me había vuelto a convertir en polvo. En el borde de mi propia tumba recé con fervor, mucho fervor, por que se me fuera concedido recibir la fuerza para abrirles los ojos a mis seres queridos. Por eso recé, y mi preceptor conmigo. Aquí no volvería jamás, lo sabía y lo sentía. Mamá, ¡ay mi madre querida, no vuelva aquí! Estoy vivo y soy feliz y llegará el día en que la volveré a ver. Esparza flores en los senderos humanos cuando aún están vivos. Dé amor, mamá, a todo lo que vive, solo entonces siente la vida eterna y ya no me buscará aquí. Entonces sabrá que estoy vivo y que puedo volver a usted. No me busque aquí; ya no quiero ver lo que yace aquí. Gracias

a Dios, yo estoy vivo y aquello, allí, está muerto'. Por última vez miré con detenimiento mi vestidura y luego dejé el lugar muy rápidamente, para no volver. Luego pensé en ti, Jozef, y te admiré aún más, que desde la tierra ibas a registrar nuestra vida, para darla a conocer así a la humanidad. Partimos en silencio; yo estaba sumido en pensamientos.

Luego visitamos círculos de espiritualismo, donde se reunían muchas personas. Entramos en una gran sala, donde se pasaban mensajes a partir de objetos. Alrededor de un médium vi a varios espíritus que querían ser admitidos, ya que en la sala había familiares suyos. A muchos se les conectó de esta manera, aunque cientos de nuestro lado y otros tantos en la tierra regresaran a sus casas decepcionados porque no habían recibido una conexión. Si los seres humanos pudieran percibir cuántos espíritus estaban presentes allí, no lo podrían creer. Sin embargo, solo reconocieron a unos pocos. También este trabajo es bello y sagrado; es hermoso querer ofrecerse para ello. Aprendí muchísimo en la tierra y entendí lo difícil que era vernos y oírnos. Supe acerca de esta dificultad porque mi hermano me aclaraba todo, ahora que me era permitido volver a la tierra. Desde allí fuimos a otros países. Durante mi vida nunca había ido de viaje, pero ahora hacía largos viajes junto con el hermano y llegué a conocer todo el planeta tierra. Todo lo que me mostraba era asombroso. Se forzaba la entrada a todos lados, junto conmigo; sin que nadie nos lo pidiera accedimos a palacios y otros lugares y edificios importantes. Por el camino me encontraba con muchos espíritus, hermanos y hermanas que venían a conocer estos lugares, como yo. Viajamos de norte a sur, de este a oeste. Eso nos tomó bastante tiempo. Entendí mucho y vi cosas asombrosas. Vi escenas que no quiero nombrar aquí, pero vi la verdad de la vida en la tierra, y todos sus horrores. ¡Ay de aquel que se olvida de sí mismo! A los que viven como aquellos a los que vi, a esos les esperan las tinieblas. Entonces será cuando vean, escuchen y sientan los males que cometieron.

De repente, el hermano me dijo: "Aquí nos quedaremos un poco más".

Miré a mi alrededor para ver qué quería enseñarme. Pero no dijo nada, lo que me extrañó, visto que siempre me aclaraba todo. Sin embargo, estaba empezando a ver dónde me encontraba y allí, frente a mí, te vi. ¡Qué sorpresa! "¡Jozef!", grité, "¡soy yo!". Me percibiste enseguida y dijiste: "Chico, ¿de veras eres tú? Recibí tu mensaje, Gerhard, ¡cómo has cambiado!". Abracé al hermano sumamente agradecido. Imperceptiblemente, habíamos regresado a donde estabas, en concreto al lugar donde participabas en la sesión de espiritismo. También esto me asombró, que sea tan fácil volver a encontrar todo. Después, el hermano me ayudó a conectarme contigo. Oí que me hablabas y sabes que no podía decir mucho, lo que también a mí me decepcionó. Pero cuando supe por qué no me era permitido decir mucho ni podía hacerlo, me sentí agradecido. Únicamente tú no lo entendiste y es solo ahora que ha

llegado el momento en que te lo puedo decir. Ahora también sabes por qué no te visité en toda esa semana. Estuve de viaje con el hermano, aunque ya había estado contigo, pero en esa ocasión no se me conectó contigo. Toda la noche estuve a tu lado y cuando terminó nos fuimos. Solo después supe que cuando pudiera mantenerme firme, podría volver a verte para contar acerca de mi propia vida a través de ti, como lo hacía tu líder espiritual. El hermano lo sabía desde hacía mucho tiempo, porque el maestro se lo había comunicado. Ya sabes qué ocurrió, así que ahora puedo seguir. Aun así, quiero mencionarte antes de continuar: ¡Qué capacidad de previsión hay de este lado, Jozef! ¿No es asombroso? Cuando aún vivía en la tierra, ya se sabía de este lado lo que ocurriría.

De regreso a mi propia esfera, el hermano me contó de este gran acontecer. Cuánta felicidad me dio cuando lo supe. Los elevados líderes espirituales, los conoces, le habían dicho al hermano que podía llenar una parte del libro. Así es: cuando ellos así lo quieren, un espíritu elevado puede ver con una antelación de centenares de años.

Cuando volví luego a mi esfera, tenía muchas, muchísimas cosas en que pensar. Para eso busqué la silenciosa naturaleza y allí asimilé todo. Tomó meses, pero cuando por fin estuve listo, había llegado el momento de descender hacia la oscuridad. Ahora estaba preparado, Jozef; primero por la escuela, luego por la vida en la tierra y, cuando había absorbido todo hasta en lo más profundo de mi alma, estuve por fin listo para trabajar por los demás y en mí mismo. También había tenido en ese lapso conversaciones con las personas con que me encontraba; ya no podrían influir en mí, porque ahora ya no me saldría del sendero espiritual. Dentro de mí había empezado el deshielo; me había llegado a conocer a mí mismo. Les conté a muchas personas con las que trababa una conversación acerca de las cosas que se me había permitido vivir. Figúrate que ellos también se burlaban de mí y que no querían o no podían aceptarlo. Esos eran los muertos en vida; ya lo habían escuchado en repetidas ocasiones, pero no lo creían. Eran personas que por ahora no despertarían aún. Ahora veía a través de ellos y conocía su sintonización. Me llamaban el cura, porque seguía vestido de negro. Aquí también se gastan bromas y hay quienes se burlan. Aunque al mismo tiempo percibes que se burlan de sí mismos. Los dejé que se rieran tranquilamente; por ahora, seguirían riéndose. Hacía años ya que permanecían en este estado poco avanzado.

## *Al infierno*

—El hermano me vino a recoger después de que le comunicara que me encontraba listo. Desde mi esfera descendieron centenares y me encontraría con ellos en la frontera de las regiones oscuras. Mi propio preceptor me acompañó hasta allí y desde su propia esfera incidiría en mí y me ayudaría. Sabía ahora que era posible, pues lo había aprendido. Pero nunca se me olvidará el momento en que nos separamos. Cuando me miró a los ojos, poniendo en ello su gran amor, de modo que mi alma estaba colmada de esa fuerza descomunal, en ese momento volví a caer de rodillas y le di las gracias por todo. Pero no quería agradecimientos; aquí, un ser humano que trabaja para los demás nunca quiere saber de agradecimientos. Y allí iba de regreso, mi preceptor, para ayudar a otro ser humano. Me incorporaron a una pequeña columna. Primero tuvimos que someternos a unas pruebas y luego concentrarnos en una señal secreta, por la que nos reconoceríamos los hermanos. Esa señal era una estrella de siete puntas, el símbolo de sintonización espiritual. Quien no tuviera sintonización no podría percibir esa señal. Así que dentro de mí ya había alguna posesión, por poco que fuera, pero estaba despierto, y quien estaba despierto, era consciente y vivía. Ahora me sentía muy tranquilo. Alrededor mío vi una luz marrón rojiza, pero cuanto más descendiéramos, más oscuro se haría. De haber sabido lo que me esperaba, no habría estado tan tranquilo; no habría podido controlarme. Claro que sentía curiosidad por saber a dónde nos llevarían. Debía ser un lugar horrendo. Las pruebas que tuvimos que hacer tomaron bastante tiempo, pero cuando también eso hubo pasado, nos hablaron y se nos llamó la atención sobre varias posibilidades. Entre nosotros había guías espirituales competentes; muchos habían descendido ya varias veces y seguían dispuestos a hacer este trabajo para ayudar a esa pobre gente. En primer lugar teníamos que controlarnos en todo, eso también me lo había recomendado encarecidamente el hermano antes de despedirse de mí. Que sería peligroso allí ya lo sentía. Por fin llegó el momento que significaría para mí un gran momento en la historia de progreso. Nos separamos en cientos de grupos. Nosotros éramos cinco, entre quienes había un guía competente. No descendimos por las puertas del infierno, sino que los guías se conectaron inmediatamente con la parte más interior. Si no hacían eso, se les atacaría al instante, como nos contaron los guías y también entendí más tarde. Aun así, todavía me sentía tranquilo, pero cuando íbamos a conectarnos y por lo tanto estábamos siendo acogidos en ese estado e íbamos a aceptar esa vida, entonces me asaltó un miedo horrendo y fui presa de una sensación como si súbitamente alguien me estuviera estrangulando. “Aquellos que bajan por primera vez lo sienten con más fuerza”, dijo el guía. Me pareció espantoso, porque los hermanos que habían descendido conmigo

parecían haberse convertido en animales. También eso me sobresaltó mucho, a pesar de que ya hubiera aprendido todo esto en la escuela. Sin embargo, me tomé por sorpresa y ahora también entiendes cuánta utilidad tienen estas lecciones espirituales. Cuando hubo pasado esto y me hube recuperado un poco, caminamos por las calles, como en la tierra, pero alrededor de nosotros acechaban las hienas humanas, que se abalanzarían sobre nosotros en cuanto tuvieran la oportunidad de hacerlo. El guía nos había ayudado a mí y a los otros que se habían sobresaltado mucho, y nos pusimos en marcha, camino a la vida desconocida y animal. No tuvimos que esperar mucho. Entonces olí una terrible pestilencia, la irradiación de aquellos que vivían aquí. También de eso estaba enterado, así que no me afectó demasiado, pero a través de todo sentí el latir de mi corazón y en el fondo ya no estaba tan tranquilo. Tu líder espiritual te ha aclarado todo esto y el maestro dice que no es necesario contarte nada de esto. Pero pensé en ti, Jozef, que hayas tenido la valentía de enfrentarte a todo esto como persona terrenal y que lo hayas resistido. Ahora todos los poderes oscuros me habían atravesado y junto con los demás había sido acogido en el infierno. Esta vida nos había engullido. Aquí convivían millones de personas, todas ellas malogradas de la tierra. Aquí tendría que trabajar y permanecer durante mucho tiempo. El guía me indicó que algunas personas habían llegado a las manos. Miré hacia el lugar donde estaban peleando, pero en unos cuantos segundos ya eran cien. Aquellos que se caían se defendían a patadas y golpes hasta derrumbarse inconscientes. Aun así no los dejaban tranquilos, sino que los arrastraban hasta dejarlos impresentables. Tanta crueldad me sacaba de quicio y apreté los puños, listo para abalanzarme sobre ellos, porque esto ya no era humano. Sin embargo, el guía me detuvo y dijo: “¿Quiere ser destruido usted mismo? ¿No le enseñaron que hacer la transición significa destrucción y conexión?”. Lo sabía, y aun así no se me había ocurrido. Estaban unos encima de los otros como animales y vi sangre. Sabiendo que se vive en el espíritu, es casi imposible de entender, pero también de esto me habían hablado en la escuela. Los vencidos emitían unos alaridos aterradores. Finalmente, junto con otro hermano vimos la oportunidad de liberar a uno de ellos de entre sus garras. Era un hombre viejo y estaba inconsciente. Por poco lo habían despedazado. ‘Pero qué pintas tú en esta vida’, pensé. Lo llevamos lejos de allí y esperamos a que hubiera recobrado la conciencia. El hermano a mi lado, que había bajado ya algunas veces, lo irradió. No habría pensado en eso, a pesar de que me hubieran hablado de esto en la escuela, lo mismo que de todo lo que viviría en esta vida. En las altas esferas se conocía perfectamente esta vida. Profundas arrugas recorrían el rostro del hombre y este ser humano tenía el aire de un viejo animal salvaje. ¿Hasta dónde había descendido, qué pecados había cometido? Lloraba y clamaba por su madre cuando volvió a recuperarse un poco. Gracias a la

irradiación magnética, pronto hubo recobrado la conciencia. En esta vida, estos rayos obran milagros. Qué cosa tan terrible tener que escuchar a un vejstorio clamando por su madre. Qué terrible me pareció. “¡Ay, ayúdenme!”, gemía. “Ay, esa escoria!”.

“Queremos ayudarlo”, le dijo el hermano, “¡venga, síganos!”. El malogrado nos miró; tenía los ojos inyectados de sangre. Sin embargo, nos siguió mirando. De repente gritó: “¡Aléjense de mí, váyanse, déjenme en paz!”. Nos dedicó varios insultos y maldiciones, y nos habría destruido de haberse concretado sus palabras en acciones. Sin embargo, fingimos no escuchar nada e intentamos tranquilizarlo.

“Somos amigos”, le dijo el hermano, pero al parecer nunca se había encontrado con amigos. Nos miraba como si quisiera desgarrarnos. Solo ahora comprendí lo difícil que era convencer a estas personas de una vida diferente. No reaccionaba a nuestras palabras y solo gritaba que lo dejáramos en paz. Nos insultaba y maldecía a todos, incluido a Dios, y antes de que nos diéramos cuenta se había levantado de un salto y desapareció de nuestra vista. La oscuridad lo había vuelto a engullir y su vida, antigua pero nueva, empezaría una vez más de pe a pa. Había recibido mi primera lección; había querido ayudar a un ser humano, pero este no quería que se le ayudara. Por más que hubiéramos hablado con él, daba igual. De nuevo nos disolvimos en la masa y en la esquina de una calle, en un oscuro nicho, vimos a otro ser humano. ¿Necesitaría ayuda? Me acerqué al ser y empecé a hablarle. Era un ser humano que se veía tan asilvestrado como aquel otro, aunque un poco más joven. El hermano estaba a mi lado. “¿Podemos hacer algo por usted?”.

“¿Por mí?”, dijo incrédulo.

“Sí, por usted. Somos sus hermanos”.

En ese preciso instante nos contestó: “Por mí váyanse al infierno. ¡Jajá, hermanos!”. Solo ahora vi lo salvaje y feroz que era este ser. Sin embargo, no nos dimos por vencidos, y dije: “Venga, hay otra tierra, donde no se le atacará de nuevo. Síganos, despídase de esta vida, no se quede aquí. Si lo quiere, puede empezar otra vida”. Pero también él abandonó el lugar donde lo habíamos encontrado. Ahora estábamos solos y abandonados por los demás hermanos, en medio de este pozo de pasión y horror. El hermano me llevó a un lugar en el que no se veía más que chabolas y cavernas en las que vivían personas. Había estado aquí cuando vino la última vez y quería volver. Después de deambular un buen rato por allí, volvió a encontrar el lugar y nos encontramos en medio de la miseria más grande que haya visto jamás. Escuchamos lamentos y nos acercamos. Había una persona necesitada de ayuda. Pronto llegamos al lugar y en una oscura caverna yacía un ser humano. En esa oscuridad emitía quejidos, de los que deduje que era una mujer. ¿Ahora qué me tocaría vivir? Solo al acercarnos vi lo inhumanamente honda

y miserable que era esta vida. ¿Una mujer? ¿Madre en la tierra y a pesar de ello caída tan bajo? Pensé en aquellos que había visto con mi preceptor en la tierra. ¿Era una de ellos? “¿Qué mal ha cometido para estar en esta vida, para llegar a esta miseria?”, le pregunté al ser. No pronunció una sola palabra. Ya casi no llevaba ropa. Empezó a lamentarse con más fuerza aún y nos gritó que nos largáramos. Vi que tenía la ropa hecha trizas. “¡Váyanse!”, nos gritó. Pensaba que nosotros también éramos diablos. “Déjenme en paz”. Mientras tanto, pensé: ‘Qué curioso que todos quieran que se les deje en paz; entonces, ¿aquí qué hacen?’.

“Queremos ayudarla”, le dijo el hermano.

“Ya sé lo que significa esa ayuda”, dijo y de nuevo empezó a lamentarse. Se contraía a cada paso que dábamos acercándonos a ella. “Malditos hombres, ya conozco esa ayuda suya. Son todos unos desgraciados. Quieren poseernos y luego abandonarnos como trapos. Prefiero reventar”, dijo.

Entendí que tenía el alma desgarrada y que le sangraba el corazón. Pero por más que intentáramos convencerla, no quería.

“Escoria, perros, degenerados bestiales, prefiero reventar”, dijo otra vez. “Con violencia, pero entonces por encima de mi cadáver”.

‘Por el amor de Dios’, pensé, ‘qué cosas habrá vivido’, pero lo adiviné todo y me pareció repugnante. El hermano incidió en ella concentrándose y así se calmó un poco. Le hablé inclinándome hacia ella. No podía percibir lo que ocurría alrededor ni detrás de mí. Estaba demasiado absorto en mi trabajo de ayudarla como para haber podido fijarme en eso. De repente emitió un alarido horrible y antes de haber podido prevenirme, se habían abalanzado sobre nosotros. Ella gritaba que cochinos y alimañas, pero todo su griterío se perdía en el tumulto. Un animal humano de aspecto salvaje nos tenía a ella y a mí en sus garras. Caí al suelo, rodando por encima suyo, y me agarré de ella, porque no quería soltarla. Mientras tanto, le daba puñetazos al animal, pero era como si una mosca quisiera atacar a un elefante; no podía con él. Perdí la conciencia y no recuerdo lo que nos pasó después. Recobré la conciencia en un lugar tranquilo, en un entorno diferente y librado de ese oscuro infierno. La pobre mujer seguía inconsciente. El monstruo casi había llegado a estrangularme y le pregunté al hermano lo que había ocurrido.

“Otros hermanos nos liberaron”, dijo, “y nos encontramos en otra esfera”.

“Gracias a Dios”, dije. “¿No pueden alcanzarnos aquí?”.

“No, ¡imposible!”.

“¿Dónde está ese animal?”, le oímos preguntar.

“Tranquila”, dijo el hermano.

Gracias a la ayuda del hermano, que me había dado un buen tratamiento magnético, me recuperé pronto. Aún sentía esas terribles garras apretándome la garganta. Qué alimaña la que nos había asaltado. Miré a la pobre mujer

y me sentí feliz de que siguiera entre nosotros. Ella también recibió ayuda. Ahora el hermano intentó liberarme con unos movimientos de roce magnético del lazo oprimente, cosa que logró completamente. Luego pude pensar mejor y sentí que me volvían las fuerzas. Ahora la mujer preguntó:

“¿Dónde estoy?”.

“Tranquila, enseguida se sentirá mejor, aquí no hay peligro”.

Así que había conocido la vida después de la muerte en el infierno y no se me había recibido muy cordialmente. Mientras tanto, la mujer se había quedado dormida; la dejamos dormir tranquilamente y esperaríamos a que despertara. El hermano dijo:

“Cuando nos atacaron, algunos de los nuestros acudieron a los gritos de auxilio de ella y vieron en qué estado se encontraban. Yo me había liberado volviendo a mi propia sintonización, porque no era capaz de dominar a ese animal por mi cuenta. Usted también tiene que intentar evitar esto siempre; ¿sí se lo enseñaron, verdad? Siempre tiene que procurar mantenerse fuera de su alcance y acercarse a los infelices con táctica, pero poco a poco aprenderá todo esto. Sin embargo, pudo protegerla y no era algo tan sencillo, se lo aseguro”. Mientras tanto, la mujer había recuperado la conciencia y por lo visto había escuchado nuestra conversación con disimulo. En todo caso, sabía que había pasado a buenas manos. Nos miró y dijo: “Permítanme que les dé las gracias. ¿Aún es posible encontrarse con personas buenas? ¿Cabe esperar todavía que se nos ayude, y confiar en ello? ¿Hay un Dios que nos perdonará? Los quiero seguir a ustedes, sé que tienen buenas intenciones y a ese lugar no quiero volver. ¡Ay, el que me llevó a esa vida, el que destruyó mi vida! ¡Ay, ese canalla miserable que me destruyó! A mí, que me olvidé de todo, ¿podrá y querrá Dios perdonarme? Cómo he pecado, yo, que me entregué para la eternidad a ese animal que me mancilló y que me arrastró a ese abismo. Descendí a las profundidades más profundas con él porque lo amaba; qué forma de destruirme. ¡Mamá, ay mamá!”, gritó de pronto, “Mamá, venga y perdóneme mis pecados; perdóneme mis errores. ¡Ay, mamá, me pateó y me pegó y me vendió! ¡Ay, ese animal con apariencia de humano! Fui descendiendo cada vez más, mamá. Cuánto tiempo estuve rezando, ¿no me oye? No podrá venir a mí y aun así sé que me ama. Ay, tengan piedad, Dios mío y madre mía. Ya no quiero esta vida, no quiero volver. Quiero volver a usted; Dios mío, perdóname mis pecados. Mamá, mamá, ¿me oye? Me dijeron hace ya mucho tiempo que podría llamarla y que vendría, pero no me atrevía a gritar. Ahora grito desde hace tiempo, ¿no me oye? Mamá, no deje que sea en vano, o vuelvo a caer; ya no puedo mantenerme firme yo sola”.

Me puse a llorar, Jozef, y el hermano también. ‘Pobre criatura’, pensé, ‘pobre mujer’. Estaba sentado a su lado y recé por que se oyera su ruego. De repente se le nubló la mirada y cuando miré hacia arriba, admiré a un ser

hermoso que parecía sostenerse en nubes luminosas. Ante sus ojos planeaba su madre. Estaba manifestándose en esta oscuridad para salvar a su hija. ¡Así era el amor de una madre por su hija! En el último momento hubo una intervención desde esferas más elevadas. En este momento era posible llegar a ella, lo sentía y lo veía. Es de lo que era capaz un espíritu elevado. Cuando la persona perdida imploraba con fervor perdón, entonces había conexión y una oración podía obrar milagros. El ser gritaba a su madre, llorando sin cesar. Ante mis ojos se desarrollaba una escena preciosa; conmovía. No había visto nunca antes algo tan bello.

“¿Me perdonará, mamá?”, le exclamaba la pobre mujer a la aparición. El ser elevado asintió con la cabeza, con una sonrisa alegre en el bello rostro. Era un ángel de la luz que había descendido al infierno para ayudar a su propia hija. “Déjeme decirle lo que hice”, dijo con voz clara la infeliz.

“No me digas nada”, oí ahora, “lo sé todo; Dios te ha perdonado, y trabaja, trabaja mucho en ti misma, yo te apoyaré desde aquí”.

“Mamá, ay, ¡venga a mí! ¿Por qué no descende de esas alturas para venir a mí? Mamá, quédese conmigo, querida madre”.

Pero entonces la madre dijo: “Hija de mi alma, me tengo que ir, volveré”.

“¡Ay, es usted un ángel, mamá! ¿Volverá?”.

“Volveré, hija mía, velaré por ti. Doy gracias a Dios; mis oraciones han sido escuchadas,” oí que dijo el bello ser. “Sabía que tarde o temprano sería posible ayudarte”.

Entonces la aparición se disolvió y desapareció ante nuestros ojos. Se me había concedido presenciar algo asombroso. Había partido hacia otras esferas vitales, a su propio cielo. Este momento fue grandioso y estaba viviéndolo en el infierno. Así que también aquí se podían vivir momentos bellos. Llevamos cargando a la mujer a la esfera de conexión y la pasamos a otras manos. Allí iban a cuidarla dándole los primeros auxilios espirituales. Cuánto había descendido, pero había un ser que velaba por ella y ese ser era su madre. Le había rogado a Dios por ayuda y esa ayuda había llegado. En el momento menos esperado, las fuerzas divinas empezaban a trabajar y entonces existía la posibilidad de una conexión. Ahora su hija había vuelto al camino correcto. Me había conmovido profundamente, fue un momento glorioso, por eso me enfrentaría a lo que fuera. Solo en el infierno había sentido el horror de su propia vida. Cómo había sufrido, y únicamente porque pensaba estar amando. Había amado a un animal con aspecto humano. Aun así, había seguido a este monstruo, porque el animal no la dejaba en paz y su propia vida no había sido diferente de la de él. Cuánta felicidad sentí por haber podido ayudar por vez primera a un ser humano. Me quedé algo más con los hermanos y las hermanas y cuando volví a sentirme bien, ambos descendimos de nuevo, después de decidir quedarnos juntos. De nuevo sentí cómo me envolvían

las tinieblas y esa influencia apestosa. Era terrible tener que vivir esto una y otra vez. Nuevamente deambulamos por las calles de la ciudad que había sido construida a base de odio. Todos temían ser atacados; la gente rehuía a los demás. Vi establecimientos donde se podía beber alcohol, igual que en la tierra, pero la bebida te quemaba por dentro. Esto era algo nuevo para mí, me causaba repugnancia y nos alejamos de allí. Por ahí había unos luchando como animales salvajes, pero ahora los dejé; todavía no se les podía ayudar. El maestro dice que viviste todo esto, así que no hace falta que te cuente nada al respecto. Pero siempre me vuelvo a preguntar, Jozef: ¿cómo pudiste procesar todo esto siendo un ser humano terrenal? El ser humano que hace la transición vivirá todo esto y se hará esa pregunta. Porque quien escucha historias sobre el infierno de nuestro lado y siente que se quiere enriquecer espiritualmente descenderá, como yo, y querrá conocer todas esas situaciones. Porque es sabiduría espiritual saber todo esto.

De repente alguien nos habló. Teníamos ante nosotros a algunos seres y entre ellos estaba nuestro guía. Nos alegró encontrarlos; me sorprendió mucho cuando me preguntó si había podido ayudar a esa pobre mujer.

“¿Acaso está enterado de eso?”, le pregunté.

“Si lo queremos, lo sabemos todo. Ya lo ve, seguimos conectados, también cuando está solo. Le quería mostrar que no tiene por qué temer y que siempre hay ayudantes, esté donde esté”.

Eso me fue un gran apoyo; los guías velaban por las gracias y desgracias de los hermanos más jóvenes.

“Concentración, amigo mío”, dijo, y le entendí.

Luego volvimos a separarnos. Habíamos estado en varios edificios y ya había conocido mucho de esta vida. Sin embargo, todavía no me sería posible dar con la esfera de conexión por mis propias fuerzas. Pero me enteraría de eso, fuera como fuera. Eso era posesión espiritual y quería asimilarlo. Se me había hecho visible un atisbo de la vida animal de este lugar. Vi varias peleas más, pero no me entremezclé y los dejé pelear tranquilamente, porque ya había aprendido la lección. Deambulamos durante horas y sin darnos cuenta nos habíamos acercado nuevamente a las cavernas y las chabolas. También allí estaban peleando y llegó el momento en que perdí al hermano y me encontré completamente solo en el horror. ‘¿Ahora qué?’, pensé, ‘¿cómo haré para volver a encontrar a los demás?’. Busqué y busqué, pero a ningún ser le vi la estrella por la que debía reconocer a un hermano. Pensé mucho tiempo sobre qué hacer ahora. Como un ciervo ahuyentado corrí de una calle a otra. Me arreaban de un lado para otro, hasta que me perdí por completo. Ya no podía concentrarme, porque me había asaltado el miedo. Por eso perdí toda mi concentración y decidí posicionarme en algún lugar para que alguien me abordara. Si era un hermano estaría a salvo, y si era una de esas personas ter-

ribles, ya vería qué hacía. Me posicioné en la esquina de la calle y esperé. ¿Por qué no me había fijado bien yo mismo en el camino que había recorrido con el hermano? No se me había ocurrido. En la esquina donde estaba, pronto me abordó un individuo terrible. “¿Qué haces aquí?”. No tenía preparada ninguna respuesta y no supe qué decir, sino que apreté los puños y estaba listo por si me atacaba. Antes de darme cuenta, ya estaba envuelto en una terrible pelea. Rodé por el suelo, el animal encima de mí. Era como un tigre. ¡Qué fuerzas las de estos seres! No podía con él, grité como un loco y me sentí irremisiblemente perdido. Después sentí cómo me hundía y ya no supe nada. Cuando abrí los ojos, había algunos hermanos a mi lado: me encontraba en la esfera de conexión. Habían escuchado mis gritos de auxilio y me habían liberado de sus garras. Eran repugnantes las personas en este lugar y nuevamente había recibido una dura lección. A través de toda la miseria fui aprendiendo; sin embargo, de nuevo no había entrado aquí por mis propias fuerzas y por eso empecé a desanimarme. Qué difícil era trabajar allí.

Todo esto me había afectado demasiado y quería volver a mi propia esfera, porque de no hacerlo, no aguantaría; me sentía abatido. Pensé en esto durante mucho tiempo. Era lo que me faltaba, que me hubieran molido a palos y sin que yo hiciera nada. Sopesé los pros y los contras; volver a mi propia esfera o descender de nuevo. Pensé en mi preceptor y en todo lo que me había dicho. “Podría recaer y perder las esperanzas y de eso quiero guardarlo”, eso era lo que había dicho. Sí, había perdido las esperanzas y dudaba de mí mismo. Seguí con este humor durante un largo rato. Pero ¿qué había ganado entonces? ¿Cómo podría contar de esta vida? No había aprendido nada aún y sabía demasiado poco de estas esferas. Muchos habían vuelto ya porque no habían podido aguantar. Con estas dudas me surgieron otros pensamientos y sentí que se me estaba ayudando a distancia. ¿Era mi preceptor que venía a ayudarme? No, no regresaría desanimado, mil veces no, me dije a mí mismo: lo que podía hacer otro, yo también sabría hacerlo. Entonces volví a presentarme y descendí en otra columna. Esta vez, oí el ruido de los aullidos y gritos terribles de las tinieblas. ‘Qué extraño’, pensé, ‘no haberlo escuchado al descender por primera vez’. Pero el guía me dijo que seguía sin estar conectado. ‘Ahí está’, pensé, ‘qué poco sé aún de esta vida’. Era horroroso lo que oía. Era como si se anunciara un huracán, una gran tormenta de pasión y violencia. Aun así, me alegré de haber descendido nuevamente, porque ahora me sentía fuerte y descansado. Me habían aclarado que tenía que pensar en mí mismo. Ahora velaría por mí mismo y tendría más cuidado. De nuevo estábamos entre chabolas y cavernas; allá vivían los que habían caído más bajo, los necesitados de ayuda y solían ser accesibles. Se aislaban de la masa y pedían ayuda, algo que solo ahora aprendí a entender. En otro lugar vi manos que se retorcían pidiendo ayuda a través de las grietas. Pero si alguien

acudiera a sus gritos de auxilio, le fracturarían las manos. A estos seres no se les podía ayudar. Descubrí las fuerzas con las que se podía percibir a quien se podía ayudar y a quien no. Nuestro guía me indicó que estábamos en la esfera de los suicidas. Aún no había visto este estado. Aquí vi a los asesinos de la tierra, todos habían llegado aquí de manera antinatural. Allí estaban juntos mujeres y hombres. Sentían sus dolores y penas con la misma intensidad con que yo los había sentido, pero qué dolor y pena y miseria tan diferentes. Con sogas en los cuellos, orificios en las cabezas; en una palabra, yacían allí en la miseria más terrible. Entre las mujeres vi escenas horrendas; vivían en sus pecados y todos esos horrores las rodeaban como siluetas; no podían liberarse de ellas. Aquí vi a personas en las condiciones más inhumanas, algo imposible de imaginar. Toda esa miseria me estremeció. Condiciones que no quiero ni puedo describir, porque de cualquier manera no podría captar en palabras su verdadera desgracia. ¿Qué significaba mi miseria comparada con la de ellos? En el mal yo era un niño; no había cometido ese tipo de pecados ni los conocía. Pero, Jozef querido, no había manera de ayudarlos. ¿Cuánto les quedaba por deponer? Y es que los suicidas son los seres más infelices de este lado. Durante muchos años no hay manera de ayudarlos. Ya dije que extienden las manos retorciéndolas, pero ay de ti si logran agarrarte. Primero tenían que perder todo ese salvajismo, es decir, deponerlo, luego inclinar la cabeza y no querer saber nada de esta vida. Antes de eso, es imposible llegar a ellos. Sin embargo, algunos ya habían alcanzado ese estado y a ellos visitaríamos. Aquí llegaban mutilados desde la tierra y así seguirán durante mucho tiempo hasta que quieran empezar otra vida. ¿Puedes entender que estas personas necesitan cientos de años antes de que puedan desprenderse de su miseria? Incluso yo necesité algunos años. En un segundo se sumen a sí mismos en este estado, en esta sintonización miserable. Con un disparo, un pedazo de soga o un salto al agua se sumen en esta miseria y eso les cuesta incontables años de tristeza. Todo esto es realidad, ¡esta es la miseria humana!

Ay, no quiero ni pensar en lo que viví allí. Sin embargo, estas personas se lo causan a sí mismas, porque Dios es un Padre de amor. Él no quiso esto. Podría seguir hablando mucho más sobre esto, pero toda esa miseria, ya lo dije, es indescriptible. Nuestro guía y los demás ya se habían adelantado, cuando de pronto oí que alguien pedía ayuda. Sonaba suave y doloroso, de modo que pensé que alguien necesitaba y quería ayuda. Quise volver a intentarlo, pero tendría cuidado. De nuevo intenté escuchar, y sí, otra vez escuché cómo pedían ayuda suavemente. “¡Ayuda, ayúdenme!”, clamaba alguien con voz ronca. Me había detenido para escuchar; ahora me acerqué un poco y lo escuché de nuevo.

“¿Me llama?”, pregunté cortésmente.

“Sí”, dijo la voz, “ayúdeme”.

Me metí como pude por una grieta y en un rincón de la caverna vi a un ser humano. Yacía allí, encogido en cuclillas. Me atreví a acercarme un poco más y volví a preguntar: “¿Lo puedo ayudar? ¿Quiere que se le ayude?”.

“Sí, quiero irme de aquí, ¡ay!, no me deje solo”.

Me sobresalté mucho; en algún momento también yo había exclamado estas palabras. Ese “No me deje solo” me era conocido; me azotó el alma. A él lo ayudaría. Qué aspecto más terrible tenía este ser.

“No me haga nada malo”, dijo el ser.

“No”, le dije, “no le haré nada malo; lo ayudaré”. Tendría que actuar con rapidez; cuanto antes me fuera de aquí con él, mejor para ambos. Era un hombre viejo y me sentía muy feliz de haberlo oído y de poder ayudarlo. Lo arrastré hasta colocarlo en un saliente para poder subírmelo a la espalda, porque por lo visto no podía ni estar de pie ni caminar. Tenía las piernas paralizadas y le colgaban del cuerpo balanceándose. De este otro lado de la grieta pude desaparecer con él, y pronto estuve de camino. Pero ahora me vi ante un grave problema. ¿Cómo podría encontrar la esfera de conexión? Pensé y pensé, pero no sabía qué hacer. Le pedí mantenerse tranquilo y me concentré, y ¡vaya sorpresa!, sentí que me hacía más ligero. Ese sentirme más ligero quería decir que había salido de esa espantosa influencia, haciendo la transición a otro estado. Mi propio cuerpo estaba cambiando y por eso sentí que iba por buen camino. Sí, lo sentía, había encontrado el camino correcto. Sin embargo, no era fácil avanzar; algo me detenía, pero no sabía qué. Aun así, quería avanzar y dejar ese infierno de miseria. Por fin se hizo algo más fácil y cuando estuve seguro de haber dejado atrás las tinieblas, descansé un poco. Lo puse en el suelo cuidadosamente y lo miré con detenimiento. Qué aspecto tenía el pobre tipo. ¿Qué mal había cometido?

“¿Cómo llegaste allí?”, le pregunté. Pero no hizo caso de mi pregunta y preguntó: “¿Dónde estamos aquí; a dónde me lleva?”.

“Oh, no se preocupe por nada, no le pasará nada malo ya, yo velaré por eso”.

El hombre se frotó las manos y no dijo nada. ‘Tal vez’, pensé, ‘ahora estaba realmente dispuesto a empezar una nueva vida’.

“¿Cuánto tiempo lleva allí abajo?”, le volví a preguntar.

“Puede que sean años”, dijo.

“Pero ¿tiene conciencia de haber muerto en la tierra?”.

“Sí, eso lo sé”, me respondió escueta y hoscamente.

‘Mira’, pensé, ‘eso lo sabes; yo no lo sabía en aquel tiempo’.

“¿Seguimos?”.

“Sí, vayámonos”.

Volví a cargármelo en la espalda y allí iba. Se hacía cada vez más difícil y de nuevo quise descansar un poco.

“¿Tomará mucho más tiempo”, dijo, “llegar adonde encuentre la paz?”.

‘Qué sabrá de paz’, pensé. Nadie aquí sabía nada de paz espiritual. ¿Quién o qué era él? Ya no temía no encontrar el lugar, porque ahora me podía orientar y avanzar en la dirección correcta. El hombre hacía como que las tinieblas y la vida no fueran asunto suyo. Jamás había visto a un tipo así. En muchas personas había visto lágrimas, pero, por lo visto, él aún no sentía dolor ni pesar por los muchos pecados que había cometido. “¿De dónde saca eso de la paz?”, le pregunté de improviso, “¿la conoció en las tinieblas?”. Mi pregunta me pareció tonta y confusa, pero ya estaba hecha.

“¿Esa paz?”, dijo. “¿Acaso no me está diciendo que me llevará a otro país donde habrá tranquilidad? Me entrego a usted”.

De nuevo me quedé desconcertado. ‘Curioso, este tipo’, pensé. En todo caso, no es como aquellos “salvajes” de allí abajo, y aun así vivió allí. Me resultaba incomprensible esta sintonización.

“¿Continuamos?”.

¿Tenía miedo o era curiosidad? En realidad, ¿qué sentía? Asombrado, dije: “Me parece que no es tan infeliz como había pensado”.

Sonrió y dijo: “Si supiera concentrarse mejor y usar sus fuerzas, sin pensar demasiado en las personas allá y concentrarse más en su propio estado, ya habría sabido quién soy”.

Sorprendido, miré al ser y tenía enfrente a mi propio guía. Se había despojado de su disfraz. ‘¿Qué diablos es esto’, pensé, ‘qué significa esto?’.

“Ahora sabe encontrar la tierra crepuscular. Admiro su valor y su voluntad de avanzar y por eso decidí ayudarlo. Sé de su vida y a quienes quieren de verdad los apoyaremos con todas las fuerzas que llevamos dentro. Realmente, estoy contento. De los cien principiantes, setenta y cinco ya han regresado; todos sucumbieron. Desde el principio estuve incidiendo en usted y lo detenía, logrando así que aprendiera a fortalecer su concentración. Hacer la transición a otras condiciones, desconocidas para nosotros, es la aceptación interior de esa sintonización. Seguía sin aceptar y ahora lo he ayudado en ese aspecto. Ahora puede llegar a esta tierra por sus propias fuerzas”.

Mi alegría fue grande. A pesar de haber metido la pata, había aprendido algo.

Mi guía dijo: “Usted me cargó, yo le enseñé y sobre todo no se le olvide nunca —sea con quien sea que entre en comunicación— de concentrarse en su propia sintonización. Así es como siente usted la vida de los demás y sabe cómo actuar. Al conectarse con otros, uno hace la transición a esa vida. ¿Está listo para seguirme? Entonces le enseñaré ahora todas las transiciones que conocemos en las tinieblas”.

De nuevo descendí y viví cosas horribles. De un mundo pasaba a otro y cada problema era todavía más difícil que el anterior. Lo que había visto

hasta ahora era cosa de niños comparado con eso. Aprendí a concentrarme en todas las transiciones y descendimos hasta las esferas más bajas, cada vez más hondo. Luego volvimos. Encontramos a los otros hermanos y luego empecé de nuevo a ayudar a infelices. Subí a muchos; vi condiciones elevadas y también algunas profundamente trágicas. Vi a un padre reencontrarse en estas tinieblas con su hijo, y ambos lloraron, mucho tiempo. Vi a niños con otros niños y a madres que a pesar de todo eran imposibles de retener, y que habían descendido hasta sus seres queridos para buscarlos en este horror, año tras año, hasta ver por fin recompensada su búsqueda. Vi desarrollarse escenas desgarradoras.

Di las gracias a mi preceptor, ya que sentía sus fuerzas que me habían mantenido firme. Ahora conocía el infierno con todas sus profundidades y todos sus horrores. Todo esto me había convertido en otra persona. Había conocido el infierno en la vida después de la muerte; sabía ahora cómo se establecían las conexiones, había aprendido a concentrarme y lo más importante era que había hecho algo por los demás. Cuando subí con el último de mis infelices, se me dijo que ya no tenía que descender, ya que mi columna regresaría a nuestra propia esfera. Los demás no se hicieron esperar mucho y pronto estábamos listos para partir. Ahora podíamos estar de nuevo algo más tranquilos. Habíamos estado allí abajo durante nueve meses, según el tiempo terrenal. Nueve meses de miseria, tensión y horror. Cinco de esos minutos en la tierra ya son una eternidad para el ser humano. Además de eso, tener que asimilar todas esas influencias diabólicas, no, lo digo honestamente: todos nos alegrábamos mucho de poder volver a nuestra propia sintonización para descansar un tiempo. Nos acercamos a las esferas de luz planeando. Había terminado mi primer viaje al infierno, pero, como ya dije, me había convertido en otro ser humano. Qué grande fue mi felicidad al ver en el lugar de despedida a mi preceptor. Sobra que te diga cómo nos saludamos. Sabía de mis peripecias, o sea, una prueba más de cómo de este lado se puede seguir en conexión recíproca. Nuevamente vi la naturaleza de mi propia esfera de otra manera; ahora toda la tenebrosidad había desaparecido. Cavilé durante un largo tiempo y cuando terminé volví a hacer largas caminatas. Las personas con las que había hablado seguían iguales a cuando las dejé. Ni siquiera se les ocurría empezar. ¿Cuántos años tendrían que pasar para que ellos también empezaran a trabajar en sí mismos? Y hacer algo por los demás era la última de sus preocupaciones. Me sentía muy feliz, porque aquí realmente no había cambiado nada; solo yo había cambiado. A quienes más se lo notaba era a quienes conocía. Muchos me recibieron cordialmente en mi esfera y hubo una fiesta en honor de los que habíamos regresado. Muchas mujeres seguían llorando de tal manera que pensé que dejarían sus almas secas a fuerza de llorar, hasta que no les quedara una sola lágrima. Eran personas que caus-

aban lástima, y ¿qué se tendría que hacer con estos seres? Es que no había manera de ayudarlos.

Yo había logrado mucho y aun así no estaba todavía allí donde me gustaría estar. Seguía sin estar contento con este resultado, porque quería llegar a la primera esfera. Así que después de haber asimilado todo hasta los problemas más hondos y de haber penetrado en la naturaleza, volví a visitar después de un tiempo al hermano y entonces me comentó que volveríamos a emprender un viaje. De nuevo conocí todo tipo de transiciones; después fuimos a la tierra y un año después regresamos a nuestra esfera. Entonces el hermano me sometió a muchas pruebas. Ahora podía rezar, porque en ese tiempo había aprendido cómo elevar una oración sencilla. Antes de volver a nuestra esfera ya había decidido volver a descender durante unos años. Ahora mi viaje a las tinieblas duraría algunos años, porque esta vez ya no reinaba en mí duda alguna. Era consciente de todo lo que hacía y sabía cómo conectarme, sin importar lo que vendría a mí. Aunque durara más, ya no tendría que sufrir tanto como en mi primer viaje. No quiero describirte este viaje. Baste con que diga que descendí y que no dudé ni un segundo en entregarme por completo donde hiciera falta ayuda. Pasaron dos años enteros antes de que volviera a subir. Mucho tiempo para la tierra, pero para la eternidad tan solo un destello. Sin embargo, el destello me bastó para hacer mucho trabajo; pude convertir mucho sufrimiento en felicidad y aprendí infinitamente muchas cosas. Alivié heridas y curé almas. ¡Ay, cuánto trabajo hay por hacer allí! No nos detendremos hasta que el infierno se haya convertido en una esfera de luz. Cuando hubo pasado también ese tiempo y volvimos a nuestra propia esfera, mi preceptor me recogió en la frontera de las tinieblas y juntos volvimos a entrar en mi esfera. Ahora ya no vi el otoño; en mí estaba la tranquila paz de una buena sintonización espiritual. Lo grisáceo que había visto y sentido en todo había desaparecido. Permanecí en la naturaleza durante mucho tiempo y medité y reflexioné sobre todas las cosas que me habían permitido vivir. Había asimilado todas las leyes psíquicas que me habían enseñado en la escuela, quiero decir las de los infiernos de la tierra, hasta mi propia sintonización. Cuando terminé de meditar, el hermano me dijo que emprenderíamos otro viaje.

### *A la primera esfera*

—Antes de partir, el hermano me dijo:

”Despídase de aquellos a los que ama y que lo entienden, Gerhard, pues de momento ¡no volverá aquí!”. Hice lo que quería mi preceptor y luego salimos de viaje. A mi derecha iba el hermano al que amaba como un niño

puede amar a su padre y madre. Para mí había sido ambos y siempre le estaría agradecido por eso. Estuvimos caminando durante un buen tiempo, pero de repente me pareció que la naturaleza estaba cambiando. ¿Lo veía bien, o solo me lo estaba imaginando? Pero no, veía verdor, verdor de verdad, como en la tierra. Cuanto más avanzábamos, más cambiaba la naturaleza y todo lo que vivía en ella.

“¿Hemos estado aquí antes, hermano?”

“No”, dijo, “aquí aún no hemos estado”.

No me dio más explicaciones. Los árboles llevaban su vestimenta estival y vi flores que no había visto en todo el tiempo que llevaba viviendo aquí. No paraba de exclamar mi admiración. “¡Mire allí, hermano, pájaros! ¿Adónde vamos? Todo aquí es tan diferente de mi propia esfera. Hace tiempo que no veo a esos tiernos animalitos. ¿Estoy soñando o es realidad? Ande, dígame adónde vamos, hermano”. Miré a mi preceptor y me quedé esperando a ver qué diría. “Todo cambia, hermano”.

“Escuche, Gerhard. Vamos de camino a la primera esfera”.

“¿Qué dice?”

“A la primera sintonización espiritual en el espíritu”.

“¡No me diga!”

“Es verdad, aquí no nos burlamos, como ya sabe; ya no hace falta que se lo diga. Va usted a su propia sintonización”.

Entonces le tomé de las manos, lo miré a los ojos, pero la felicidad me impedía hablar. El hermano ya lo percibió y seguimos el camino tomados del brazo. Oh, ¡qué feliz me sentía! Entonces pronto podría ir a la tierra para contarle todo esto a Jozef. ¿Cómo agradecerse a Dios? ¡Camino de la primera esfera! Casi no lo podía creer. Los pájaros cantaban como dándome la bienvenida a mi nuevo entorno. Mi felicidad no tenía límites. Conforme avanzábamos, todo lo que había en esta sintonización cambiaba. Por fin entré a la primera esfera. Ahora entendí que el ser humano se aísla él mismo, porque, por lo visto, los que vivían en mi esfera no podían dejarla aún. Todo me parecía asombroso.

“Bien sentido”, me dijo el hermano, “esto es muy evidente. Usted ha cambiado, por lo que puede moverse con más libertad; todo es como uno se siente interiormente”.

La naturaleza era como se conoce el verano en la tierra, suave, con un cielo azul claro y algunas nubes blancas como la nieve, pero aún como por la mañana, cuando todo es todavía tan gloriosamente de ensueño, cuando la naturaleza canta y todo te sonrío. Así exactamente es la primera esfera. Aquí todo seguiría así, ninguna sombra oscurecería la luz. ¡Había llegado a mi primera sintonización espiritual! Muchas personas iban en la misma dirección que nosotros y entendí que no era el único que entraba aquí. En la frontera

me esperaba mi primera sorpresa. Mi abuelo caminaba hacia mí; sabía desde hace mucho que yo vendría. ¿Te puedes imaginar, Jozef, lo feliz que estaba? Esta felicidad la reciben la madre y su hijo, el hermano y la hermana, y muchos otros seres queridos. Todos esperan a quienes vuelven adonde está Dios. Esto es así para todos, todos irradiaban felicidad y vi cómo se vertieron muchas lágrimas de amor y reencuentro. Y es que no era para menos el viaje que muchos habían hecho. Había quienes habían esperado cincuenta o cien años. ¿Puedes entender su felicidad? Gente querida, piensen mucho en esto, pero, sobre todo, piensen en su propia sintonización. Recibí mi morada, porque “en la casa de mi Padre hay lugar para todos”. Estamos reunidos aquí millones de personas. Llegaré el día en que recibiré mi propia morada espiritual. Ahora salimos de excursión para admirar la primera esfera y todas sus bellas comarcas. El hermano me enseñó cómo tenía que conectarme en esta sintonización.

Permanecimos durante mucho tiempo en la primera esfera, porque había muchas cosas que se me tenían que aclarar. Aquí también se hace arte, pero es un arte que no se puede comparar con el de la tierra. ¡Qué bella la música que escuché! Tan solo con esto podría llenar un libro. No te he contado aún que el hermano vivía en la tercera esfera y que esa esfera es su sintonización. Cuánto me queda para llegar allí, pero algún día yo también la alcanzaré.

Ahora empezaba un tiempo que no me agradó mucho, ya que tuve que separarme de mi preceptor. Se le había encargado otra tarea que aquella a la que se había dedicado en cuerpo y alma durante años. El hermano fue a la tierra y se convirtió allí en el líder espiritual de un conocido círculo y además en líder espiritual de un instrumento terrenal. Ya ves que aquí todo está determinado, que no se puede hacer sin más lo que uno mismo quiera. Hay quienes dicen sí poder hacerlo, pero esos espíritus no tienen sintonización espiritual. Esos seres también viven en el mundo material y son idénticos a estos, por ejemplo los que se apropian de la mediumnidad aunque no la posean. ¿Percibes a lo que me refiero? Esos mismos médiums atraen a aquellos que de este lado no poseen luz y de esa manera se le miente y engaña a la gente en la tierra. Ambas partes son infelices y algún día tendrán que enmendar todo eso. Cuando se tiene sintonización espiritual, también se está conectado a una orden. Esa orden guía todo, los manda a la tierra y allí están conectados con miles, no, millones de espíritus, que todos comparten un solo objetivo, y es liberar a la humanidad de todos los problemas y más que nada convencerlos de una pervivencia eterna. Luego volvería a ver al hermano en la tierra. En la eternidad éramos uno y seguiríamos siendo uno; a pesar de eso, su partida me conmovió hondamente. Cuánto había llegado a amarlo. Dijo: “Gerhard, como me ama a mí, así sienta por todo lo que vive”. ¿Qué tendría que haber contestado a eso? No pronuncié ni una palabra, pero le entendí. Después

se fue y ahora me quedé esperando qué ocurriría. Por fin, ¡cómo lo había ansiado!, me llegó el momento de partir a la tierra. Los espíritus elevados que estaban en conexión con Alcar me avisaron de que me preparara. Estaba listo, Jozef, y esperé con impaciencia ese tiempo grande y glorioso.

### *A la tierra, para hablar de mi vida*

—Supe encontrarte por mis propias fuerzas y sabes cómo vine a ti, de eso no hace falta que te diga más. Ya siento que se acerca el final de nuestro encuentro. Ojalá pudiera durar años más, entonces podría contarte otras muchas cosas, pero he llegado al final, Jozef. En el par de años que llevo viviendo aquí ya he aprendido mucho de esta vida; pero imagínate cuánto te podría contar sobre esta vida un espíritu de la cuarta y quinta esfera, de la sexta y séptima. ¿Percibes que la vida es infinita? ¿Y que un ser humano en la tierra no puede asimilar esto? Vivo en la primera esfera y hay seis más por encima de la mía y de las que tú ya has hablado en tus libros. Para mí, esas esferas permanecerán invisibles cientos de años más. A pesar de eso soy feliz; llegará el día en que yo también entraré allí. ¿Lo podrá creer la gente? No, mi querido Jozef, no pueden, pero tampoco lo exigen los que viven en las esferas más elevadas. Tan solo piden que las personas en la tierra comparen su propia vida con la de ellos y cambien su manera de pensar. Solo aquí se entregarán con convicción, porque entonces se encontrarán ante la verdad desnuda y es cuando o aceptan y empiezan a trabajar en sí mismos, o bien siguen muertos espiritualmente durante muchos, muchísimos años, del mismo modo en que vivían, pensaban y sentían en la tierra. Ahora he contado de mi propia vida y doy gracias a Dios porque esto me haya sido concedido. Pero si no hubiera trabajado en mí mismo, entonces habría seguido mi propio camino y no el de aquellos que viven aquí y nos enseñan. Entonces tal vez habría llorado mucho tiempo, muchísimo tiempo, hasta vaciarme a fuerza de llorar, como aquellos que viven en mi esfera anterior y aún no saben nada de esta vida. Gracias a Dios se me han abierto los ojos.

Gerhard se detuvo y oí decirle:

—Maestro Alcar, no sé cómo agradeceré, pero no quiere agradecimientos, lo sé. Solo puedo estarle agradecido y hacerlo feliz si le digo que seguiré haciendo todo lo posible y que trabajaré fervorosamente en mí mismo y por los demás.

Ahora oí que Alcar dijo: “¡Que Dios lo bendiga! Cuando tenga trabajo para usted, lo mandaré llamar, como ahora”. Vi que Gerhard inclinó mucho la cabeza ante Alcar, mientras continuó:

—Jozef, a ti te agradezco todo lo que me has dado. Qué difícil me es de-

jarte ahora. Por el momento me quedo en la tierra, porque me hice el propósito de traer a mis familiares a este camino. No sé si lo lograré, porque su fe los detiene. ¿Puedes darles este libro cuando se publique? Los encontrarás, sabes donde están. Vamos, inténtalo; incidiré en ellos, para que lo lean. Rezaré por eso, le pediré a Dios su apoyo; mi preceptor y mi abuelo me ayudarán. Tal vez pueda llegar a uno de ellos. Y cuando te llegue tu hora, que sepas entonces que yo seré una de las sombras que te ayudarán en tus últimas horas. Me verás de antemano y luego, Jozef, estaremos juntos eternamente. No quiero ni pensarlo, pero ¡llegará el momento! ¡Qué felicidad! Vendré a ti lleno de amor. Escribe, Jozef, tienen que saberlo muchos. Si a unos pocos se les abren los ojos, los maestros estarán contentos y felices, y nuestro trabajo común quedará recompensado. Que Dios quiera que ocurra. Hubo un tiempo en que vivía en la tierra y ahora estoy en la eternidad; no estoy muerto, sino que vivo eternamente, sigo viviendo eternamente.

Ahora cierro los ojos, porque a todo le toca su fin, también a esta felicidad, aunque no al amor ni a la vida eterna.

Querido Jozef, me voy en silencio, voy a él, a mi preceptor en el espíritu. Hasta siempre, Jozef, me voy.

Tu Gerhard.

Gerhard se disolvió, desapareció detrás del velo; yo sabía que allí vivía y que lo volvería a ver. Todos los demás viven allí donde hay luz y felicidad eterna.

Estimado lector, estimada lectora: ¿qué me queda por añadir a esto? No haría más que empequeñecer su exposición honesta y profundamente humana. Yo también me voy en silencio, pero no antes de agradecer a Dios la gracia de poder servir de instrumento para aquellos que han partido y que han vuelto. Que convenza y abra los ojos a unos cuantos.

La Haya, 1937.

J. R.

Alcar dice:

*“No temas a la muerte  
Porque la Vida Eterna está dentro de ti”.*